M.ª JESÚS
ÁLAVA REYES

BIBLIOTECA

EL NO TAMBIÉN AYUDA A CRECER

Cómo superar momentos difíciles de los hijos y favorecer su educación y desarrollo

M.ª JESÚS
ÁLAVA REYES

BIBLIOTECA

EL NO TAMBIÉN AYUDA A CRECER

Cómo superar momentos difíciles de los hijos y favorecer su educación y desarrollo

EL NO TAMBIÉN AYUDA A CRECER

BIBLIOTECA M.ª JESÚS ÁLAVA

María jesús Álava Reyes

El NO también ayuda a crecer

Cómo superar momentos difíciles de los hijos y favorecer su educación y desarrollo

la esfera de los libros

Primera edición: junio de 2010

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Álava Reyes Consultores, S.L., 2002
© La Esfera de los Libros, S.L., 2002, 2010

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel. 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com
ISBN: 978-84-9734-070-0
Depósito legal: M. 26.011-2010
Fotocomposición: IRC, S. L.
Fotomecánica: Unidad Editorial
Impresión: Rigorma
Encuadernación: Sport
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

Agradecimientos 17

Prólogo de Josefina Aldeoca 19

Introducción 23

Apuntes previos 29

- No se trata de ser blandos o represores, ni progresistas o tradicionales 29
- Los adultos necesitamos normas. ¿Necesitan los niños pautas, normas, reglas, límites, hábitos...? 32
- Los niños de hoy lo tienen más difícil 34
- Si los adultos nos sentimos desbordados, ¿como se sienten ellos? 36
- Nunca el medio fue tan agresivo para todos: grandes enemigos de hoy (prisas, tensiones, presiones, ausencia de silencio, de tranquilidad, de espacio vital...) 37
- ¿Hay cada vez más niños problemáticos? 40
- A qué pueden jugar los niños, dónde, con quién 42
- En qué nos aventajan los niños 46

Capítulo 1. Qué sienten y piensan los niños 51

Capítulo 2. Cómo favorecer su correcto desarrollo 55

- Desde el nacimiento hasta los tres años 56
- Período de los tres primeros meses 61
- Período de tres a seis meses 63

El caso de julio 67

Período de seis a nueve meses 71

Período de nueve a doce meses 74

Breves consideraciones sobre los primeros doce meses 78

Período de uno a dos años 80

Período de dos a tres años 87

El caso de Andrés 88

Desde los tres a los seis años 95

El caso de Cristina 99

El caso de Héctor 104

Desde los seis a los nueve años 106

El caso de Natalia 113

Desde los nueve a los doce años 116

El caso de Fernando 121

Desde los doce a los quince años 123

El caso de César 129

Desde los quince en adelante 132

El caso de Mercedes 133

Capítulo 3. Situaciones no deseadas 139

Cuando los niños se han hecho unos tiranos .. 142

El caso de Belén 145

Cuando tenemos ante nosotros grandes manipuladores 152

El caso de Alejandra 154

Cuando nos sentimos sus esclavos 163

El caso de Antonio 166

Cuando ya no sabemos qué hacer 170

El caso de Pedro 172

Capítulo 4. Cuando la desesperanza llega a las familias 179

«¡Pero si lo hemos intentado todo!» 180

El caso de Manuel 181

«¡Ya no aguantamos más! ¡No podemos con él! ¿Por qué es tan agresivo?» 186

El caso de Alberto 188

Cuando la convivencia se hace imposible (nos planta «cara», se salta las normas y se pasa el día desobedeciendo y contestando) . . . 192

El caso de Carlos 193

El caso de Conchita 197

«¡Se ríe de todos y además se porta mal en el colegio!» 200

El caso de Marta 201

«Nos terminaremos separando por su causa» . . 207

El caso de A fredo 209

El caso de Elena 212

La soledad del padre separado («¡Encima soy el malo!») 215

El caso de los hermanos Fernández 216

El caso de Mónica 221

El drama de algunas sentencias judiciales 223

El caso de Estefanía 224

El caso de Elsa 229

«No podemos llegar antes a casa: trabajamos los dos» 233

«¡Nos sentimos culpables!» Cuando uno o los dos padres tienen horarios muy extensos . 235

El caso de Federico 237

El caso dificil de Covadonga 240

Problemas adicionales 243

Con algunos niños adoptados 243

El caso de las hermanas Rodríguez 246

El caso de Teresa 249

Niños con problemas físicos 254

El caso de Ernesto 255

Con niños «excesivamente deseados» 258

El caso de Tomás 260

Capítulo 5. Preguntas típicas (cuando surgen problemas) 265

¿Por qué este niño es así? ¿Por qué es tan agresivo? ¿Por qué es tan diferente de sus hermanos y no para de meterse con ellos? . 265

El caso de Francisco 266

¿Por qué no es sociable? 270

El caso de Patricia 272

¿Por qué es tan egoísta? ¿Por qué está permanentemente insatisfecho? 275

El caso de Almudena 276

¿Por qué es tan blando? (sufre mucho) 279

El caso de Bernardo 280

¿Qué hacer cuando no estudia o va mal en el colegio? 282

El caso de Leticia 285

El caso de Raúl 288

¿Qué hacer cuando no quiere comer? 289

El caso de Javier 291

¿Qué hacer cuando no se quieren acostar, tienen miedo o se despiertan por la noche? 293

El miedo de Pilar 294

El miedo de Pepe 296

¿Qué hacer cuando se le escapa el pis o la caca? 298

El caso de Eduardo 299

Capítulo 6. Errores a evitar (breves notas) 303

Intentar ser «COLEGAS» en lugar de PADRES ... 304

Intentar «comprarlos» haciendo de «BUENOS» o poniéndonos siempre «de su parte» (ser sus «jefes de prensa») 305

El caso de Amalia 306

Protegerlos en exceso, hacer que el mundo gire «en torno suyo» 307

El caso de Andrea y Sofia 309

El caso de Gema 310

Ceder para evitar «males mayores» y pensar que «esto» pasará con el tiempo 312

El caso de Juan y Nuria 314

Creer que en cualquier situación con el diálogo todo se arregla 316

Sacrificar constantemente a los otros hermanos o miembros de la familia 319

Cerrar los ojos: Negar lo evidente, pensar que los otros exageran, que los profesores son unos alarmistas y que, en todo caso, la culpa es del otro cónyuge 321

El caso de Iván 324

Favorecer el CONSUMISMO 326

Creer sus MENTIRAS y caer en las TRAMPAS y trucos que emplean ... 328

Capítulo 7. Pautas a adoptar (resumen) 331

¿Por dónde empezar? 332

¿Cómo acercarnos a la solución? 333

Cómo hacer para que reaccionen 334

El caso de Ignacio 334

Programas (pautas, reglas, normas, hábitos, límites...) 337

Cómo superar el momento clave (cuando nos ponen de nuevo «a prueba») 339

Capítulo 8. Reglas de oro (en pastillas) 343

Tenemos que ser más perseverantes que ellos. Podemos

conseguirlo 344

El caso de Luis 344

Los DISCURSOS sirven de poco. No podemos ser ingenuos 346

El caso de Silvia 346

¡Hay que intervenir; no volvamos a decir «ésta es la última vez»! 348

El caso de Beatriz 349

Hay que unificar criterios y actuar con seguridad 351

El caso de Adriana 352

A veces tenemos que asumir papeles incómodos, poco populares 354

El caso de Víctor 355

No podemos sucumbir en las situaciones de crisis. Tenemos que aprender a ver nuestros progresos 357

El caso de jacobo 359

Muchas veces no podemos permitirnos bajar el el listón ni desanimarnos: ¡Hay solución! . 361

El caso de jorge 361

Capítulo 9. Reflexiones finales 365

Cómo debemos actuar para hacerlos más autónomos y seguros 365

¿Qué está fallando en la educación de los niños de hoy? 369

Bibliografía 373

A mis padres, especialmente a mi madre, la persona con más inteligencia emocional que he conocido en mi vida, y que nos hizo sentirnos los hijos más queridos del mundo. Gracias por respetar nuestras individualidades, por potenciar nuestras cualidades, por mitigar nuestros defectos, por tu comprensión en nuestras rebeldías, por tu ánimo en los momentos difíciles, por generar en nosotros (papá, Fermín, Pedro, Josechu y yo) tanto amor. Gracias por «estar siempre ahí» y habernos preparado para la vida.

Agradecimientos

GRACIAS

A todos los niños que me han regalado su sonrisa.

A todos los adolescentes que me han mostrado su mundo.

A todos los jóvenes que me han transmitido su vehemencia.

A todos los padres que me han enriquecido con sus inquietudes y dudas.

A todos los educadores que me han enseñado la complejidad, dificultad, generosidad, belleza y trascendencia de su trabajo.

A todos los adultos que me han abierto sus vidas.

A josefina Aldecoa, que me ha permitido disfrutar de su persona y aprender de su sabiduría.

A todas las personas cercanas, que durante el último año han llevado con buen humor mis muchas horas de dedicación a esta obra y que me han ayudado con sus valiosas aportaciones.

Prólogo

María jesús Álava es una excelente profesional. Psicóloga, educadora, psicopedagoga, María jesús ha visto crecer a muchos niños durante muchos años. Pero lo mas importante es que ella no es una simple observadora de laboratorio. Sabe, ha sabido desde el principio, que para muchos de esos niños que ha tenido cerca es muy dificil vivir. Porque hay padres autoritarios que se plantean un programa «perfecto» para su hijo desde que nace. Padres cargados de angustias y temores ante el futuro del niño que quieren hacer de él un adulto triunfador en la sociedad que le toque vivir. Con la mejor intención la mayoría de las veces, pero olvidando que cada niño lleva dentro una ley propia, unas capacidades, unas necesidades que hay que ayudarle a desarrollar.

Por otra parte, hay padres que confunden la educación en libertad razonable y controlada, con la indiferencia y el descuido. Y los hijos tienen que aprender a vivir por sí mismos, sin orientación, sin ayuda, experimentando en cada momento, a tientas, soluciones para sus conductas.

Entre los padres exigentes y rígidos y los que confunden el respeto a la personalidad del niño, con la dejación de sus responsabilidades, hay muchos casos intermedios.

María Jesús Álava conoce muy bien una gama variada de diferentes casos en los que la educación ha fracasado, a pesar de la buena voluntad que en esa educación han puesto los padres. En sus archivos, reposan historias dolorosas de niños fracasados por un inadecuado tratamiento familiar y en muchas ocasiones, por la inadaptación escolar a un centro cuyo proyecto educativo no es el que mejor se aviene con la personalidad y las circunstancias de un niño individual.

En su libro, María Jesús Álava nos presenta muchos casos de niños con problemas que ella ha estudiado y tratado y encauzado hacia una normalidad razonable. La lectura de estas historias nos proporciona el testimonio vivo de los errores familiares, escolares o sociales que han gravitado sobre la educación de esos niños. Los casos se repiten. Los errores se repiten. Los modelos educativos inadecuados, también.

Este libro no da soluciones mágicas. En educación nunca las hay.

Pero despierta en el lector interesado e inquieto, una serie de preguntas que tienen respuesta. Unas dudas que pueden aclararse.

Afortunadamente, vivimos un momento en el que, como nunca antes, los padres jóvenes están preocupados por la educación de sus hijos, lo cual es muy esperanzador para el futuro individual y para el futuro de nuestro país. Padres que quieren saber y no se resisten a aceptar como fatales los problemas de sus hijos.

Para ellos está escrita la obra de María Jesús Álava que parte de una realidad a tener en cuenta: cada niño es diferente a todos los demás. Por eso es tan dificil aplicar a todos los niños las mismas fórmulas, los mismos modos de actuación. Es verdad, pero también es cierto que hay principios universales muy bien apuntados en el libro que nos ocupa. Principios explícitos unos y otros que se derivan de la exposición detallada de los casos que sirven de ejemplo y referencia.

La sensibilidad de la autora, su dilatada experiencia y al mismo tiempo el equilibrio y la sensatez que muestra al afrontar los problemas, convierten en meta educativa el contenido de esta obra: «Ayudarles a crecer». En ella encontrarán, padres y educadores, sugerencias y respuestas a la apasionante y muchas veces difícil tarea de educar.

Josefina Aldecoa

Introducción

En una reciente publicación, Josefina Aldecoa nos decía que «la educación es un proceso que no termina nunca».

Este principio es básico, pero muchos lectores se preguntarán: ¿cuándo empieza o debería empezar la educación de un niño?

La educación empieza antes del nacimiento, y no sólo por la influencia que el niño pueda recibir en su hábitat durante el período de gestación, sino básicamente por las ideas previas que sus padres se han hecho sobre cómo educarlo.

A veces nos planteamos cómo es el niño de determinada edad o qué receta mágica debemos aplicar ante un problema específico.

La práctica de la psicología me ha enseñado que no hay reglas universales ni terapias milagrosas, pero, afortunadamente, sí existen unos principios básicos que pueden ayudarnos en esa difícil, delicada, maravillosa y compleja tarea que es educar.

Con frecuencia, cuando tenemos alguna dolencia física, nos quejamos de que la medicina se ha especializado tanto que nos tratan «a trozos», sin visión de conjunto, «nos arreglan el dolor muscular y nos fastidian el estómago».

Es importante que cuando observamos un niño, cuando nos preguntamos qué hacer con él, no nos suceda lo mismo, no nos perdamos en los síntomas y olvidemos lo fundamental.

Un niño es una personita única, increíble y singular, desde el mismo momento en que nace. Es única porque no existe nadie como él, incluso aunque tenga un gemelo con su misma dotación genética, pero él, y sólo él tiene su propio temperamento.

Este hecho nos lleva a otro principio básico. Todos los niños nacen con un temperamento, el suyo y depende de cómo sea este temperamento serán más permeables o menos influenciables por el medio externo que los rodea. Precisamente por ello no sirve ni es justo «tratar a todos los hermanos igual, ni a todos los alumnos igual, ni a todas las personas igual».

Este libro no pretende entrar en una de las grandes discusiones del último siglo: ¿Qué puede más: el temperamento o el medio?, ¿la dotación genética con la que un niño nace o el entorno que le rodea? Mi experiencia me ha demostrado que «depende», depende de cómo sea el temperamento con el que nace el niño y depende cómo sea su medio.

Seguramente, la mayoría hemos podido ver a niños con un temperamento fortísimo y una resistencia tremenda a las normas más elementales que les querían inculcar desde el exterior y, por el contrario, niños increíblemente permeables y sensibles con todo lo que les rodeaba.

He tenido la gran suerte de convivir con cientos de niños en sus edades más tempranas, en lo que hoy denominamos Educación Infantil, pero además he podido completar esta vivencia con el tratamiento de todo tipo de «problemas», dentro de un amplísimo abanico de edades, que abarcaría desde el nacimiento hasta la vejez. La principal razón de este libro es poder transmitir aquello que he creído aprender en los más de veinte años de práctica de la psicología.

Cada vez es más frecuente la orientación que el psicólogo ofrece desde el propio medio escolar. De la misma forma se ha generalizado la costumbre de acudir a este especialista cuando surgen problemas de conducta o dificultades de aprendizaje.

En el ejercicio de mi profesión he sido testigo del dolor humano, de la impotencia, de la duda permanente, de la desesperación. En innumerables ocasiones me he planteado cómo es posible que aún hoy en día, en nuestra sociedad occidental, sigamos dejando «tan solos», tan desorientados, tan perdidos..., a tantos y tantos padres, profesores, familiares...; en definitiva, a tantas personas que intervienen en la vida de los niños, de los adolescentes, de los jóvenes, de los adultos, de los mayores...

¿No sería deseable que dentro de ese abanico de materias que nos hacen estudiar a lo largo de tantos años de escolaridad se incluyeran algunos capítulos fundamentales sobre la persona? ¿Acaso no nos ayudaría saber cuáles son las leyes básicas de la conducta humana?, ¿o cómo podríamos mejorar nuestras relaciones sociales, profesionales, familiares, de convivencia?; ¿cómo sentirnos mejor con nosotros mismos?, ¿cómo desarrollar el máximo de nuestro potencial?, ¿cómo hacer más fácil nuestra vida...? Cómo, en definitiva, ser «más personas».

Es imposible ofrecer en una publicación «todo aquello que nos sería útil en nuestras vidas», pero sí podemos cen trarnos, y lo vamos a hacer, en aquellos principios que nos ayudarán a no seguir cometiendo errores claves.

> Es necesario poner unos límites, unas normas básicas, unas reglas claramente definidas, que nos ayuden a todos a desarrollar y alcanzar los recursos que faciliten nuestro crecimiento como personas, nuestra convivencia como seres humanos, nuestra responsabilidad con el medio que nos rodea, nuestra alegría, nuestra felicidad, nuestra sensibilidad...; en suma, que nos ayuden a «vivir» nuestra vida.

En un intento de hacer más fácil y fructífera la lectura de este libro lo hemos dividido en capítulos y apartados, que tratan de recoger y ofrecer orientaciones claras y precisas, que nos ayuden a superar, con garantías de éxito, la problemática y la riqueza que encierra la vida del bebé, del niño, del adolescente, del joven..., del adulto incompleto que todos somos y de la persona sensible y compleja que se esconde en cada uno de nosotros.

La persona que lea este libro se encontrará con la exposición más completa de casos reales que a nivel divulgativo se ha realizado hasta la fecha; algunos le recordarán su problemática particular, pero de todos podrá extraer valiosos recursos, que le serán de suma utilidad en su relación con los niños y le ayudarán a superar dudas o dificultades. (Como es lógico, se han cambiado todos los nombres y datos significativos que pudieran inducir a la identificación de los casos para garantizar el anonimato de estas personas.)

Por último, es comprensible que muchos lectores vayan directamente a las páginas que tratan sobre el tema que más les preocupa en ese momento, pero una vez realizada esa aproximación sería aconsejable que continuaran su lectura siguiendo el orden de esta publicación. De esta forma, los apuntes previos les proporcionarán las ideas básicas que les ayudarán a comprender qué sienten y piensan los niños, premisa fundamental para saber cómo favorecer su desarrollo. Posteriormente, verán cómo generar los recursos que necesitan para enfrentarse a las situaciones no deseadas y superar esos difíciles momentos que aparecen cuando la desesperanza llega a las familias.

A continuación, podrán conocer las respuestas a las preguntas típicas y los errores que hay que evitar en la medida de lo posible, leyendo las pautas necesarias y las reglas de oro. Por último, se proporcionan unas reflexiones finales, que les ayudarán a asimilar fácilmente lo leído.

Apuntes previos

No se trata de ser blandos o represores, ni progresistas o tradicionales

A veces, cuando algo resulta excesivamente complejo, o no se llega a comprender bien lo que significa, se tiende a simplificarlo al máximo, con la idea equivocada de hacerlo más asequible.

Existen muchos tópicos en relación con la educación de los niños, pero uno de los más extendidos, y también de los más equívocos, es confundir algo tan rico como es el proceso educativo con algo tan simple como son las tendencias políticas.

¿Qué significa ser progresista o tradicional en educación? En los años setenta y ochenta se extendió el concepto de que ser progresista o liberal significaba educar a los niños «en libertad». La mayor parte de los universitarios de aquella época salimos de nuestras facultades confundiendo estos términos. En general, y según los planteamientos que indicaban un profundo desconocimiento, pensábamos que ser progresistas significaba «educar a los niños sin límites».

En mi caso, la experiencia directa con los niños en el medio escolar, y el trabajo en equipo con excelentes profesionales de la educación, me ofreció la oportunidad de comprobar muy pronto lo erróneo de estos principios. Si aprendes a observar a los niños, éstos te indican claramente lo que necesitan; pero también es cierto que rápidamente «captan» nuestros estados y emociones, y pocas cosas les perturban tanto como ver a un «adulto inseguro»; en esos casos nos prueban hasta el extremo y, desgraciadamente para nosotros, no les damos lo que a gritos nos están pidiendo, confundimos sus demandas con sus necesidades y optamos por aquella decisión que nos resulta más cómoda, pero que a la larga es perjudicial para el niño.

Cuando diariamente te toca «resolver» los conflictos que se dan en las clases y las situaciones problemáticas que constantemente te plantean los padres, no tienes más remedio que hacer un trabajo absolutamente riguroso si quieres responder a lo que se espera de ti.

Los psicólogos estamos para «orientar», para facilitar los recursos y los medios que les permitan, tanto a los profesionales de la educación como a los padres y adultos en general, afrontar con éxito su difícil

misión.

Desgraciadamente, muchos psicólogos, muchos educadores y muchos padres afrontaron su delicada tarea con «mucha teoría bienintencionada a sus espaldas», pero con «mucha teoría equivocada», basada en principios poco realistas, que indicaban un profundo desconocimiento de la vida de los niños y planteaban un mundo y unas situaciones muy utópicas. Estos hechos sólo han producido confusión, insatisfacción y sentimientos de impotencia cuando se han intentado llevar a la práctica.

Lo peor de estas experiencias es que se han hecho con «personas», y hoy en día las consultas de los psicólogos están llenas de educadores deprimidos y de padres «perdidos» que «han tirado la toalla» y que buscan, con bastante escepticismo, algo que les permita encontrar un poco de «luz» entre tanta oscuridad.

Por supuesto que lo que se entendía por educación tradicional tenía sus fallos; fallos en muchas ocasiones sangrantes y desgarradores, pero la solución no era irse al extremo contrario. Posiblemente, tendríamos que haber empezado por hacer una cura de humildad y todos juntos intentar redescubrir qué necesitaba el niño de hoy, qué nos pedía, para qué debíamos prepararle, qué recursos debería adquirir, qué destrezas fomentar, qué competencias desarrollar...; en definitiva, qué inteligencia emocional precisaría para enfrentarse a una vida llena de retos, de posibilidades, pero también de presiones, de angustias y de situaciones críticas; donde la amistad y el compañerismo con frecuencia están dejando paso a la competencia feroz y al «sálvese el que pueda».

No es progresista quien no pone límites, ni tradicional el que sólo quiere el inmovilismo.

Cuando decimos que los niños necesitan pautas, normas, reglas, límites, hábitos... no lo decimos para «anularlos», sino todo lo contrario; lo defendemos y argumentamos desde el convencimiento de que, gracias a este modelo educativo, el niño de hoy podrá ser un adulto auténticamente «libre» en ese «difícil mañana» que le espera.

> Confundir progresismo con ausencia de normas y tradicional con represión, es tan absurdo como ilógico sería pretender poner una etiqueta a lo que debe ser, llana y claramente, una educación basada en el sentido común.

Los adultos necesitamos normas. ¿Necesitan los niños pautas, normas, reglas, límites, hábitos...?

¿Podemos imaginarnos cómo funcionaría una empresa sin ningún tipo de normas, de convenio, de reglamento interno? Y en un centro educativo, ¿cómo sería la vida de una escuela o de una universidad sin reglas, sin exámenes, sin controles de alumnos ni de profesores...?, ¿y una familia en la que no existiera ningún tipo de pautas, donde cada miembro hiciera lo que quisiera en cada momento, sin preocuparse para nada del resto?

Si es fácil imaginar el estado de caos, desesperación y hasta de injusticia que se daría en esas situaciones, ¿cómo podemos pensar que los niños podrían desarrollarse, crecer, madurar, hacerse personas y vivir mejor sin esas pautas, normas, reglas, límites o hábitos?

En una reciente publicación escribía que «nada desconcierta más a los niños que la ausencia de normas»1.

Siempre mantengo que la observación nos ayuda extraordinariamente en nuestra labor con los niños. ¿Cuántas veces hemos visto cómo los niños, con sus caras expectantes, están esperando que nosotros, los adultos, actuemos para poner «cierto orden» en sus vidas, para decirles que no pueden tocar el enchufe de la luz, o para separar al niño que les está pegando, o que acaba de hacer trampa en algún juego?

Si a pesar de nuestra «vitola» de adultos, de la supuesta experiencia que nos dan los años, de las múltiples situaciones vividas..., cada día comprobamos cómo aún nos senti mos vacilantes ante determinadas situaciones, o nos asaltan las dudas en nuestro trato con las personas que nos rodean, ¿cómo podemos sostener que los niños estarían mejor descubriendo por sí mismos lo que deben o pueden hacer en cada momento? Muchas veces podrán y deberán tener la experiencia de descubrir lo que es mejor, peor o más justo (dependerá de la situación, de su edad, de sus vivencias...), pero en otras ocasiones les estaremos poniendo ante una realidad que les sobrepasa, para la que aún no han generado recursos propios y que, indefectiblemente, sin nuestra ayuda y orientación, les llevará a la confusión, al dolor inútil, al sentimiento de injusticia, impotencia y abandono.

Algunos defensores de la teoría de que los niños vivirían mejor «sin pautas, normas, reglas...» basan su argumento en que «puesto que la mayoría de los adultos tienen muchas dudas en sus vidas, ¿para qué

transmitir estas dudas a los niños?, ¡mejor que vivan y descubran las cosas por sí mismos!».

Este argumento, aun respetando que haya personas que lo consideren válido, es tan peligroso como irracional. ¿Cómo puede el ser humano abdicar de su parte racional y dejar que los niños se enfrenten a la vida con menos recursos que los que tiene cualquier animal de nuestro planeta?

¿Acaso no es el niño el recién nacido más débil e impotente de nuestro entorno?, ¿acaso los progenitores de los animales, a pesar de que éstos nacen con más defensas, no se preocupan de prepararlos para la vida que les tocará afrontar?

La educación de los niños, nuestra propia educación, seguramente es la tarea más difícil a la que se enfrenta el ser humano. Pero, ¡ya está bien de hacerlo por las buenas!, ¡sin una preparación mínima, improvisando y aplicando lo del ensayo-error, como si no fuéramos conscientes de que estamos «jugando» con lo más importante de nuestras vidas: con la persona humana!

Este libro pretende ofrecer, al menos, esas orientaciones básicas, que nos permitan abordar con éxito lo que hemos denominado nuestra misión más importante: «Ayudar al ser humano a encontrarse a sí mismo»; especialmente en un mundo en el que «los niños de hoy lo tienen más difícil.»

Los niños de hoy lo tienen más difícil

Muchas personas considerarán esta afirmación como una provocación. Pueden pensar que dificil lo tuvieron ellos, con las «privaciones» que soportaron o las «rigideces» a las que debieron enfrentarse.

Cuando afirmamos que los niños de hoy lo tienen más difícil no nos referimos a los aspectos materiales, sino a la vida que les ha tocado vivir.

Comentábamos en el apartado anterior que hoy muchos padres y educadores están llenos de dudas; no quieren tratar a los niños como los trataron a ellos y, además, es imposible, pero no saben cómo enfrentarse con los retos y situaciones que constantemente se les plantean. La verdad, en su descargo, es que también ellos lo tienen difícil; han de estar constantemente adaptándose a un mundo en

continuo cambio, cada vez más competitivo, más tecnificado, más inhumano... Un mundo que les exige una actualización rápida, un esfuerzo permanente, una carrera sin tregua, y que a cambio no les permite tener vida familiar; sus horarios de trabajo son cada vez más extensos, sus obligaciones aumentan, a la par que su calidad de vida disminuye, sus insatisfacciones se multiplican y sus deseos deben posponerse constantemente.

Éstos son los adultos que ven los niños, los que tendrían que transmitirles confianza y seguridad, los responsables de su desarrollo, de su educación; los que hoy les dicen una cosa y mañana otra, los que les miran con impotencia, con profundo cansancio, con tristeza, con resignación. Puede parecer muy pesimista esta visión, pero al menos en las grandes ciudades ésta es la realidad actual, y nos tememos que el futuro inmediato no nos depare mejores situaciones.

Pero las presiones no se quedan en los adultos; para los niños cada vez es más difícil tener la infancia que necesitarían. Cada día tienen que aprender más cosas, aunque muchas sigan siendo inútiles, tienen menos tiempo y menos espacios para jugar, menos hermanos, menos niños a su alrededor, menos ambiente relajado, menos alegría...

¿Realmente podemos pensar que tienen más fácil su vida? Los niños necesitan, fundamentalmente, amor, dedicación, tiempo, paciencia y seguridad. ¿De verdad estamos en condiciones de ofrecerles lo que precisan?; porque, además, lo precisan de nosotros, no de otros adultos que intenten sustituirnos o llenar sus huecos.

Éstos son los niños de hoy, los que pueden sentirse aturdidos ante el gran consumismo de la sociedad en que viven, pero que, ni mucho menos, pueden sentirse más ricos o más privilegiados.

Éstos son los niños a los que les esperan los contratos basura y la movilidad geográfica, los horarios interminables y los sentimientos de culpa, los niños que, aparentemente, «hoy lo tienen más fácil».

Si los adultos nos sentimos desbordados, ¿cómo se sienten ellos?

La mayoría de la población occidental ya no se dedica a la agricultura y vive en el entorno de grandes urbes. Si hacemos un análisis sobre los sistemas de vida actuales, ¿deduciríamos que la mayoría de los adultos llevan la vida que les gustaría?; ¿consiguen

realizar sus ilusiones, alcanzar sus sueños, cumplir sus objetivos, sus horarios, sus «obligaciones», sus compromisos...?

Cada día es más fácil observar a personas a nuestro alrededor con un profundo sentimiento de insatisfacción, de desorientación, de injusticia; personas que se sienten perdidas, cansadas y escépticas ante la posibilidad de que las cosas mejoren.

Personas que se pasan la vida aplazando lo que realmente les gustaría hacer; pero que se dicen a sí mismas que deben postergarlo hasta que puedan dar la entrada del piso, hasta que lo paguen, hasta que consigan un trabajo mejor, un salario mejor, hasta que sus hijos crezcan, vayan a la universidad, terminen de estudiar, hasta que se casen, hasta que se jubilen, ¿hasta... cuándo?

Si un porcentaje importante de adultos se sienten «prisioneros», prisioneros de su vida y de sus circunstancias, ¿cómo creemos que se sienten muchos niños de hoy?

¿Cuántas veces hemos sentido pena al verlos tan impotentes? ¡A cuestas con sus pesadas mochilas desde tempranas horas de la mañana, sin apenas tiempo para jugar, para disfrutar de sus padres, de sus amigos, de otros niños cuando llegan cansados a sus casas: sin posibilidad de vivir su vida, su niñez!

Dentro de esa agresividad que manifiestan a veces, ¿cuántas insatisfacciones se esconden?; ¿cuántos deseos incumpli dos, sueños no realizados, alegrías no disfrutadas; cuántas «tensiones» innecesarias vividas a su corta edad?

Si nos «parásemos y analizásemos su realidad», aunque sólo fuera de vez en cuando, encontraríamos muchas respuestas a cómo se sienten; lo perdidos que se encuentran, lo desbordados que están.

Afortunadamente, y no me cansaré de repetirlo, los niños tienen más defensas que los adultos; pero, dentro de las posibilidades de cada uno, y sin ánimo de crearnos inútiles sentimientos de culpa, ¿no podríamos intentar que su vida cotidiana fuese más tranquila, más sosegada, más adaptada a su ritmo natural, a sus auténticas necesidades, a sus posibilidades de asimilación, maduración y desarrollo?

¡Claro que se sienten muchas veces desbordados! Pero, de verdad, podemos hacer más de lo que creemos para ayudarles, y con menos

dificultad de lo que pensamos.

¿Por dónde empezar? Aunque parezca utópico, ofreciéndoles y ofreciéndonos a nosotros mismos parte de ese tiempo, de esas ilusiones, de esas esperanzas, de esa alegría que hemos ido perdiendo en nuestra «lucha sin final»; aprendiendo, entre otras cosas, a no dejar que lo «aparentemente urgente» nos impida vivir lo «realmente importante».

Nunca el medio fue tan agresivo para todos: grandes enemigos de hoy (prisas, tensiones, presiones, ausencia de silencio, de tranquilidad, de espacio vital...)

Muchas personas, cuando piden orientación profesional, exponen, con gran convencimiento, que en realidad ha sido el propio «ser humano» quien ha creado un medio tan hostil como el actual.

Es cierto que nosotros somos los principales autores de esta situación, pero, para qué engañarnos, también somos las primeras víctimas y, lo que es más sangrante, no es fácil que lo podamos solucionar a nivel colectivo, y resulta imposible hacerlo individualmente. De cualquier forma, no nos sintamos ahogados inútilmente en nuestra propia ansiedad, ni nos sintamos condenados a una vida predestinada, sin «libertad».

A pesar de todo, y aun reconociendo que no es una empresa sencilla, podemos «crearnos», poco a poco, un espacio vital más tranquilo, menos asfixiante, más relajado, más cercano, más amigable...; en definitiva, un espacio más humano.

Muchos lectores pensarán que resulta muy fácil exponerlo y casi imposible lograrlo; además, les gustaría ver cómo podemos tratar de solucionarlo. Afortunadamente, sí que es posible empezar a trabajar en la búsqueda de nuestro «espacio vital».

Es cierto que no es una tarea simple encontrar el «medio» que nos permita avanzar en nuestro objetivo, pero será mucho más difícil si lo hacemos solos.

Como siempre, si miramos a nuestro alrededor queriendo ver, poco a poco encontraremos el camino. Llegados a este punto, podríamos preguntarnos: ¿quién nos ayudará en ello?; la respuesta es menos complicada que lo que creemos: ¡nos ayudarán los niños!

La observación de la conducta infantil, de lo que hacen los niños que están a nuestro alrededor, será el mejor medio para redescubrir los primeros pasos a dar y constituirá el estímulo que necesitamos para no sentirnos perdidos.

Ellos son únicos para «no contagiarse de nuestras prisas», de «nuestras tensiones»; para dedicarse, como si en ello les fuera la vida, a lo realmente importante (sus juegos, sus pensamientos, lo que les ilusiona y les estimula). Son únicos para defenderse de las presiones, para buscar y encontrar sus propios espacios, para «aislarse» cuando el medio es hostil, para acercarse y mostrarnos su afecto cuando nos sienten tristes, desesperanzados, derrotados, sin horizonte.

Ellos nos mostrarán «de nuevo» el valor de las cosas sencillas, del contacto humano, del diálogo, de la comunicación, del gesto, de nuestras miradas, de nuestras sonrisas... El valor de recuperar el uso y disfrute de nuestro tiempo, de nuestra compañía, de la amistad, de los problemas compartidos. El valor de la esperanza y la satisfacción de reencontrarnos con la alegría.

Recientemente escribía que, para poder «captar» y sentir lo que los niños nos ofrecen, sólo necesitábamos dos premisas: a) mirar con «ojos limpios, ojos de ver», y b) tener decisión para descubrir una de las cosas más bellas del mundo: cómo aprende el niño desde que nace.

Nosotros, los adultos, también podemos volver a disfrutar de las cosas sencillas y aprender a escucharnos a nosotros mismos; ello nos permitirá descubrir lo que necesitamos y, lo que es más dificil, cómo conseguirlo.

¿Hay cada vez más niños problemáticos?

Acabamos de sostener que hoy en día el «medio» es bastante hostil para todos. Si esta premisa es válida, ¿no sería muy arriesgado aventurar que cada vez es más dificil que los niños se desarrollen sin problemas? Para ser más precisos, quizá deberíamos hablar más de niños con dificultades de adaptación que de niños propiamente problemáticos. Esas dificultades provocan cuadros o problemas conductuales poco frecuentes en otras épocas.

En efecto, nos pasa con los trastornos infantiles algo parecido a lo

que nos ha ocurrido con la psicología aplicada al campo de los adultos.

Las crisis de ansiedad han relegado a los cuadros de depresión, como los problemas de conducta a las dificultades escolares. Antes era impensable que padres de niños muy pequeños acudieran a consulta para exponer su impotencia con sus hijos de 2, 3, 4 o pocos años más. Hoy en día es frecuente escuchar cómo a esas edades el niño los chantajea, no los deja dormir, coge rabietas constantes, se niega a ir a la cama... o se pone muy agresivo cuando le niegan algo.

Ciertamente, es triste oír a padres que te dicen que llevan años sin descansar, que se sienten tensos, constantemente estresados, impotentes ante las situaciones que les plantean sus hijos, incapaces de darles la orientación que precisan, los límites que tanto les demandan.

Hay niños, afortunadamente pocos, que manifiestan una agresividad tremenda para su corta edad, una insatisfacción casi constante, unas demandas insaciables y permanentes, un estado de continua lucha, de exigencias interminables, de manipulación permanente; en suma, una sintomatología que deja ver su infelicidad, su inestabilidad, su búsqueda constante de seguridad, de autoestima, de atención, de afecto, de tiempo, de dedicación...

Ya comentábamos en la introducción que todos los niños son únicos e irrepetibles, que nacen con su propio temperamento y que en función de cómo sea éste y el ambiente que les rodea pueden ser unos niños tranquilos, afectivos, sociables, sin dificultades de convivencia o, por el contrario, presentar una problemática permanente, para la que sus padres se encuentran sin recursos.

Los profesionales de la educación son testigos de estas dificultades, del aumento de casos problemáticos. Contemplan a veces con impotencia cómo los padres se sienten desorientados y perdidos ante sus propios hijos, sin saber cómo actuar, potenciando o reforzando las conductas inadaptadas de los niños. A veces los mismos profesores se sienten muy incómodos con estas situaciones, limitados en su actuación, con grandes dificultades para encauzarlas o para formar un buen «equipo» con los padres.

A pesar de todo, afortunadamente estos casos siguen siendo minoría, al menos en las primeras edades.

La adolescencia cada vez es más temida por padres y profesores, pero quizá lo más preocupante no son los estallidos propios de esta fase o las reivindicaciones sin tregua de los jóvenes; lo más grave es el adelanto significativo en las edades en que los niños presentan estos problemas de conducta, de convivencia, de sociabilidad.

No obstante lo expuesto en este apartado, afortunadamente, una parte importante de los casos se resuelve cuando padres y profesores logran ponerse de acuerdo, o cuando ambos progenitores consiguen dedicar el tiempo, la atención y la continuidad necesaria para unificar criterios y llevar las mismas pautas con los niños.

En aquellos casos más rebeldes conviene no postergar la visita a un especialista, pues cuanto más tiempo se alargue esta problemática más le costará al niño y a los adultos que le rodean encauzar la situación y encontrar las condiciones y los medios que ayuden a todos a terminar con estas «pesadillas».

Por último, quisiera lanzar dosis de esperanza y optimismo a todas las personas que «sufren» y viven estas dificultades. La mayoría de estas situaciones mejoran a las pocas semanas de tratamiento y, aunque a veces hay niños que insisten hasta la extenuación, lo cierto es que con paciencia, perseverancia y siguiendo las orientaciones del especialista, padres e hijos terminan encontrando un «acuerdo viable», una convivencia mas gratificante para todos y mucho mas sana desde el punto de vista psicológico.

A qué pueden jugar los niños, dónde, con quién

Antes de abordar este tema, es importante aclarar que existen muchos tópicos sobre el juego y los juguetes.

Desgraciadamente para los niños, sus juegos se han convertido en una posibilidad enorme de «consumo», que está siendo explotada por una industria voraz, a la que poco le importa su buena o mala adecuación, su idoneidad, su ausencia de peligrosidad, o si el producto final favorece o perjudica a sus usuarios.

> Nunca los niños tuvieron tantos juguetes, y nunca se han mostrado tan aburridos, escépticos y desinteresados por los mismos.

Capítulo aparte serían los mal llamados juegos electrónicos, los ordenadores, las consolas y los videojuegos, que acaparan gran parte de la atención y del tiempo de los niños, sustituyendo los principios fundamentales del juego y creándoles en muchos casos auténticas «adicciones». Muchos de estos juegos, lejos de favorecer la sociabilidad, el desarrollo físico, la creatividad..., utilizan al niño para crearle necesidades, para introducirle en un mundo excesivamente agresivo y violento, donde casi todo vale con tal de «ganar». Evidentemente, los ordenadores tienen muchos aspectos positivos y abren muchas posibilidades a los niños, por lo que, utilizados correctamente, constituyen una gran ayuda. Pero los ordenadores no deben ser máquinas de juegos indiscriminados que aíslan y favorecen la pasividad del niño.

En cualquier caso, volviendo al tema de este apartado, el juego es vital para el niño; favorece su desarrollo y su maduración; aprenden a pensar, crear, imaginar, razonar, «trabajar en equipo», ayudar a sus compañeros, buscar soluciones difí ciles... Les enseña a saber ganar y a saber perder, a disfrutar y a sentir...

Un principio que puede parecernos paradójico es que, en general, «el niño no necesita juguetes para jugar». Este hecho explicaría el porqué hay tantos niños «aburridos», a pesar de que están literalmente invadidos por juguetes.

Los niños inventan juegos a partir de los objetos más sencillos. Si hacemos memoria, seguro que rápidamente sonreímos al recordar juegos que inventábamos en nuestra infancia.

Cuando los niños piensan, inventan, exploran, descubren... además de favorecer su desarrollo, nos muestran cómo se encuentran en esos momentos, lo que les preocupa, les inquieta, les asusta, les motiva... Los niños suelen ser muy espontáneos en sus juegos, y con frecuencia tratan de resolver aquellos conflictos que padecen en esos momentos; por ello muchas veces insisten e insisten en determinados juegos, ensayan y ensayan situaciones, persisten y persisten hasta que agotan sus posibilidades.

> El juego es tan importante en la vida de los niños, que conviene que tengan algún espacio para poder desarrollarlo pero, sobre todo, conviene que tengan tiempo para ejecutarlo y puedan así aprender todo lo que les ofrece.

A los niños les encanta competir y, entre otras cosas, podrán asimilar la importancia de respetar las reglas, de conocerse a sí mismos, de saber sus limitaciones y sus puntos fuertes, de profundizar en su autocontrol y en su propia aceptación. Les gusta en general jugar con otros niños, pero a veces nos pedirán jugar con ellos, especialmente cuando estén solos o aburridos.

Aunque nos cueste, debemos partir de su interés, no del nuestro. Serán ellos los que nos digan a qué quieren jugar. Nosotros intervendremos cuando los veamos poco imaginativos o apáticos; en esos casos haremos aportaciones que favorezcan siempre su desarrollo, que estimulen su imaginación, su creatividad, su razonamiento.

Es importante que utilicemos esos momentos para hacerlos pensar, para incitarles a descubrir cómo funciona la mente, cómo podemos resolver, a través de ella, casi todos los conflictos que se nos plantean, casi todas las dudas que nos aparecen, casi todas las situaciones que podemos vivir.

También trataremos de sensibilizarlos hacia el disfrute de las cosas sencillas, hacia los misterios que encierra la naturaleza, hacia la expectación y sorpresa que nos crean los experimentos sencillos, hacia las inagotables posibilidades y ventajas de los deportes adaptados a sus edades... hacia el deleite, en suma, de compartir experiencias, de descubrirse a ellos mismos y a los demás a través del juego.

Si dejamos que salga ese niño que todos llevamos dentro, seremos una compañía muy valiosa en los juegos, pero, sobre todo, tendremos a nuestro alcance uno de los medios más eficaces para conocer a los niños y favorecer su desarrollo.

El juego precisa de tiempo; el niño necesita seguir su propio ritmo, que con frecuencia nos parecerá muy lento; será muy importante que respetemos esa cadencia y que le demos el tiempo que él precisa, a la par que le regalemos el nuestro.

Llenar la jornada de los niños hasta el extremo de que no tengan tiempo para jugar en casa es una de las mayores afren tas que podemos hacerles y, en cualquier caso, constituye una estafa que generaciones anteriores no sufrimos.

Favorezcamos el juego, juguemos con ellos, disfrutemos viéndoles con otros niños, observemos sus conductas y nos mostrarán lo que necesitan.

Los adultos sólo tendremos que «aprender a ver», para saber lo que nos «enseñan», lo que nos muestran. Nos será muy útil «dejarnos llevar» y disfrutar de nuevo de los juegos.

> Si tenemos problemas de comunicación con los niños, el juego será un «vehículo» maravilloso para restablecer esos diálogos.

En qué nos aventajan los niños

A poco que reflexionemos sobre esta pregunta, coincidiremos en que los niños nos aventajan en muchos campos.

Por supuesto que alcanzan un nivel más alto en destrezas, coordinación de movimientos, rapidez, ingenio, velocidad, uso y manejo de las nuevas tecnologías...

Ya comentábamos en otro apartado que una de las cualidades claves que tienen los niños es su gran poder de adaptación. Gracias a ello son capaces de acomodarse a las múltiples situaciones que constantemente tienen en su vida: educadores distintos, colegios diferentes, cambio de compañeros, nuevos amigos, baile de canguros...

Todo ello, sin hacer referencia a situaciones más difíciles como: diferentes criterios de los padres, adultos ciclotímicos (que pasan de la alegría al llanto), separaciones de sus pro genitores, muerte de familiares, cambio de vivienda (que para ellos es muy importante), nacimiento de nuevos hermanos...

Los niños tienen un poder de adaptación, ¡que ya lo quisiéramos los adultos!

¿Nos hemos parado a pensar lo rígidos que nos volvemos a medida que vamos cumpliendo años?, ¿lo que nos cuesta aceptar los cambios que inevitablemente se producen en nuestro entorno? ¡Cuánta desventaja tenemos en este aspecto en relación con los niños!; por eso a veces nos preocupamos inútilmente, pensando que lo estarán pasando muy mal, sin darnos cuenta de que ellos tienen más defensas que nosotros ante estas situaciones y que estamos trasladando nuestras emociones, nuestros miedos y nuestras angustias.

Muchas veces observo la cara de desconcierto de algunos adultos

cuando les digo que no se angustien por el impacto que causará en los niños determinada novedad; probablemente, en ese momento creen que no conozco a sus hijos lo suficiente, para «medir» las consecuencias que ese acontecimiento tendrá en sus «jóvenes vidas». Pasadas unas semanas, su cara de asombro y desconfianza se transforma en una «expresión de admiración desmedida» al comprobar que los niños superaron la situación sin mayores complicaciones y se encuentran incluso felices ante los últimos cambios.

Afortunadamente, los niños están especialmente preparados para afrontar situaciones que desestabilizarían a la mayoría de los adultos; aunque no podemos inferir por ello que pueden superar sin dificultad todo lo que les acontezca. Por supuesto que cada niño es un mundo diferente y tendremos un cuidado exquisito en tratarlo como él necesita, pero afortunadamente no nos lo ponen tan difícil si sabemos escucharlos, y ellos, a través de su conducta, nos dicen «a gritos» lo que necesitan y lo que les pasa; sólo nos queda superar uno de los grandes retos que tenemos los adultos en relación con los niños: «Aprender a observarlos.»

La «observación» nos dirá en cada momento cómo el niño está viviendo esa etapa y, lo que es más importante, cómo los adultos podemos ayudarle (más adelante, en el libro, ofreceremos unas pautas muy claras de cómo deben realizarse las observaciones).

Otro de los aspectos en que nos aventajan es en su perseverancia. Aquí radica uno de sus principales recursos cuando quieren conseguir algo, ¡hasta qué punto pueden ser perseverantes los niños!, ¡casi hasta la desesperación!; no obstante, los niños son perseverantes, pero no estúpidos. Su insistencia estará en función de la seguridad o inseguridad con que vean al adulto. Es cierto que ellos tienen una especie de «radar» que inmediatamente les «avisa» de nuestro estado emocional, y que en función de este análisis seguirán y seguirán porfiando o pidiendo, si creen que estamos débiles o a punto de tirar la toalla, pero desistirán, aunque sigan «manteniendo el tipo», cuando se den cuenta de «que no tienen nada que hacer». Su tiempo de respuesta irá en función de nuestra debilidad o fortaleza, de nuestra seguridad o inseguridad, de nuestra confianza o desconfianza en lo que estamos haciendo.

Con frecuencia me encuentro adultos que confunden este «recurso» de los niños con un gesto de impertinencia o «mala fe». No es ninguna de las dos cosas, es un medio que ellos deben saber utilizar en cada momento.

Como especialista en psicología, me preocuparía mucho más por aquellos niños que siempre ceden a la primera y que no parecen mostrar resistencia ante los cambios que ocurren en su vida.

En definitiva, los niños nos aventajan en muchas áreas, y eso es un apoyo para su propio equilibrio físico y emocional, a la par que una tranquilidad para los adultos y una seguridad que garantiza la evolución de la humanidad.

¡No nos enfrentemos inútilmente a los niños, nos desgastaremos! Será más positivo que aprendamos cómo «complementarnos» para potenciarnos mutuamente.

Igual que les pedimos con naturalidad que nos expliquen cómo funciona un determinado aparato electrónico, aprenderemos mucho de ellos si sabemos observarlos, si impedimos que el miedo, el cansancio o la desesperación se apoderen de nosotros. Es mucha la ayuda que podemos y debemos prestarles, pero también es un «mundo» lo que ellos nos pueden enseñar: ¡Abramos los ojos para verlos y disfrutarlos, a la par que les mostramos cómo pensar y reflexionar juntos! ¡Afortunadamente, aún tenemos mucho que ofrecerles!

¡Hagamos de sus ventajas «nuestros aliados» y no pretendamos parar el agua que fluye incesantemente!

Capítulo 1

Qué sienten y piensan los niños

Cuánto daríamos a veces por saber lo que piensan o sienten los niños! La verdad es que no es tan complicado; lo manifiestan con más espontaneidad, de forma más sencilla y natural que los adultos.

Hay un principio básico que todos los profesionales seguimos: «Si aprendemos a observar a un niño, sabremos lo que le pasa.»

En efecto, ellos nos manifiestan sus estados emotivos a través de su conducta, de lo que hacen o dejan de hacer, de lo que dicen o de lo que callan; en definitiva, a través de sus manifestaciones verbales y no verbales.

Aquí será muy importante que aprendamos a sensibilizarnos y valorar el mundo gestual.

En otro apartado sobre los errores a evitar abordamos «la importancia del gesto, más que la palabra». Igualmente, en el capítulo de pautas a adoptar detallamos cómo hacer los Análisis de las Situaciones, los Registros, Programas...

En estos momentos lo fundamental es «perder el miedo», no sentirnos impotentes ante lo que pueda estar pasando por la mente del niño o ante los sentimientos que esté experimentando.

El niño constantemente nos está dando «pistas»; el problema es que no las vemos, porque nos quedamos en la superficie. Con frecuencia actuamos según el juicio de valor que nos hemos hecho a priori, o en función de cómo estamos en ese momento, o de lo que otros nos dicen.

A veces, muchos padres o profesores nos explican que ellos tratan de escuchar lo que el niño dice, pero que cada vez se sienten más confundidos. Este hecho se repite con frecuencia: nada suele ser tan desconcertante como las expresiones verbales de los niños cuando se sienten mal por algo poco concreto, o cuando nos ven preocupados, confusos o perdidos.

Pocas cosas les agobian más que el sentir «despistados» o «inseguros» a los adultos. Para ellos es muy difícil comprobar que «los mayores», los que «lo sabemos todo», no acertemos a ver qué les está pasando, no intuyamos el trasfondo de la situación. Esa vivencia les produce mucha inseguridad y empiezan a «desahogarse» con una verborrea confusa, llena de exigencias, que cada vez adquiere un tono más alto y apremiante y que consigue, en no pocos casos, «desquiciar» al adulto y que la crispación se apodere de todos.

Son las típicas situaciones en que al final sólo hay ruidos; niños y adultos que se esfuerzan por ver quién chilla más, quién irrita más, quién cansa antes al contrario.

Evidentemente, ése no es el camino, no nos confundamos:

> Los niños nos dicen mucho más con una mirada, con una cabeza agachada, con una sonrisa o un gesto de tristeza; especialmente si ven que los miramos, que tratamos de comprenderlos, que no los apremiamos, que nos acercamos a ellos con gestos cariñosos, afectivos, sonriéndoles, sentándonos a su lado, tomándonos el tiempo que ellos precisan, no metiéndoles prisas ni llenándolos de «improperios». Como dice un proverbio árabe: «Quien no comprende una mirada, tampoco comprenderá una larga explicación. »

Cuando no sepamos qué pasa por la mente del niño: ¡sonriámosle, mirémosle con cariño, acerquémonos a él y sentémonos a su lado!; la corriente afectiva que se establece hará el resto.

El niño sabe valorar muy bien nuestro esfuerzo, y se empieza a calmar y a «abrir» cuando ve que estamos a su lado, dándoles nuestro tiempo, dispuestos a escucharlo, a entenderlo.

¡No nos preocupemos! Es normal que muchas veces estemos perdidos, eso no le asusta al niño, lo que le preocupa es que no nos vea en disposición de «conectarnos con él»; lo que le angustia son nuestras prisas, nuestras exigencias, nuestra falta de diálogo.

En general el niño termina aceptando bien nuestras sugerencias cuando ve que le hemos escuchado, cuando se siente querido, valorado y respetado.

Una vez hecho ese esfuerzo de aproximación y después de haber

pensado la mejor solución, deberemos llevarla a efecto con tranquilidad y calma, pero también con firmeza. La respuesta del niño estará en función de esa calma, pero también de la seguridad que vea en nosotros.

Por último, volver a insistir en que un gran aliado nuestro, en esos difíciles momentos, es el juego. Si vemos que al niño le cuesta abrirse, que no termina de acercarse, a pesar de nuestra actitud serena y afectiva, siempre nos queda el recurso del juego; ahí raramente se niegan, aunque se puedan hacer «de rogar al principio». Con un poco de imaginación, seguro que vencemos su resistencia.

No olvidemos tampoco el otro aliado natural: nuestro sentido del humor; aunque a veces puede desconcertarles un poco, nada les termina relajando y apaciguando más que la posibilidad de «echar unas risas». Con el humor les ofrecemos una «salida digna y divertida»: ¡Pocos son los niños que se resisten y, además, es una excelente terapia para el adulto!

Capítulo 2

Cómo favorecer su correcto desarrollo

En este apartado vamos a tratar de exponer algunas de las reglas básicas que nos ayudarán en nuestro intento de favorecer al máximo el desarrollo de los niños.

Sería utópico intentar abarcar, de forma exhaustiva, todas las premisas, condicionantes y situaciones que se pueden dar en estas edades; necesitaríamos varios tomos para realizar una simple aproximación a este tema; por otra parte, existe en el mercado editorial suficiente material de consulta en esta área; además, recientemente, Josefina Aldecoa ha dirigido una excelente obra, en colaboración con varios autores españoles, que abarca los principales aspectos de la educación de los niños desde el nacimiento hasta los 14

En consecuencia, intentaremos ofrecer orientaciones claras y precisas sobre los aspectos que consideramos cruciales para favorecer al máximo el desarrollo y la evolución de los niños.

Nuestra experiencia nos ha enseñado que es imposible pretender «solucionar» cualquier conflicto o situación comprometida que viva el niño; es imposible y además sería muy negativo, pero es importante que «no se nos escapen» los aspectos claves que pueden ayudarle en sus aprendizajes, que pueden fomentar sus recursos, desarrollar su inteligencia emocional y favorecer su maduración.

A continuación, cumpliendo uno de los objetivos de este libro, vamos a tratar de ayudar a los padres en esa maravillosa tarea que es acompañar a sus hijos en su viaje por la vida.

Para hacer más fácil su lectura, abordaremos estas orientaciones por grupos de edades.

Desde el nacimiento hasta los tres años

Los niños cambian drásticamente la vida de sus padres. Nada vuelve a ser igual; al principio es como si hubiera llegado un terremoto. Se trata del nacimiento del bebé, del ser más débil y

desprotegido de la creación.

Tanto el recién llegado como sus padres necesitan tiempo para adaptarse a la nueva situación, para acostumbrarse a los nuevos ritmos, a esa nueva vida.

Los progenitores deben perder esos miedos que les atenazan, esos vértigos que les asaltan, esa responsabilidad que les inmoviliza. Con frecuencia, creen que no van a ser capaces de responder a todas las necesidades del niño, y se sienten solos y sin recursos ante ese nuevo mundo, para el que no están especialmente preparados.

Afortunadamente, la realidad se impone y será el propio niño el que más los ayude a superar este choque. No olvide mos, además, que hay cosas para las que la naturaleza nos ha preparado especialmente y, sin duda, el cuidado del recién nacido termina convirtiéndose en uno de los hechos más bonitos en la vida de sus padres.

Pero no pensemos que al principio todo son obligaciones y responsabilidades, también hay situaciones nuevas, maravillosas, que pronto permitirán el disfrute y el deleite entre el niño y sus padres.

> El niño necesita el contacto de sus padres y éstos precisan abrazarlo, tocarlo, mirarlo, mimarlo...; no permitamos que nos agobien teorías radicales, que nos insisten en que no acostumbremos mal al recién nacido, que no acudamos a sus llamadas, que los cojamos sólo para darles de comer y «cambiarlos»...

Muchos pueblos y generaciones han vivido sin estas teorías y han educado maravillosamente a sus niños. ¡Bastantes cambios y sobresaltos tienen al principio los padres, para que encima no puedan disfrutar de sus hijos por culpa de un malentendido concepto de educación!

Los niños y los padres necesitan establecer esos contactos, esos lazos afectivos que les van a permitir conocerse mutuamente, respetarse, sensibilizarse ante las necesidades del otro, maravillarse ante sus vivencias, sentir al límite sus emociones, reír como nunca lo habían hecho y llorar como sólo se llora ante la felicidad.

Esto no quiere decir que podamos despreocuparnos, dejarlo todo a la improvisación; ¡por supuesto que no!, pero hagamos de nuestra

experiencia con los niños algo maravilloso; no lo convirtamos en una agonía permanente.

Es verdad que estas primeras edades son cruciales, y los estudios realizados en este sentido son unánimes: la mayoría de las dificultades que presentan los niños en etapas posteriores suelen originarse mucho antes de cumplir los tres años. Será muy importante lo que hagamos en estas edades, y el «peso» de esa educación recae en los padres; otros adultos significativos podrán ayudarlos, pero no sustituirlos.

Quizá en este punto muchos padres se inquieten y manifiesten que, al fin y al cabo, «la educación reglada no aparece hasta la entrada del niño en la escuela infantil o en el colegio correspondiente». Éste es un error muy frecuente. La verdad es que, ya lo comentábamos en la introducción, la educación del niño empieza incluso antes de su nacimiento, pero, sin alargarnos demasiado, un principio clave es que todo lo que hacemos con los niños en estas edades es «educación». Con nuestros gestos, palabras, acciones..., estamos constantemente enseñándolos; el niño es como una esponja que absorbe todo lo que le viene del exterior; de ahí la importancia de nuestra misión.

Debemos considerar que la acción educativa se está llevando a cabo sobre un sistema nervioso en formación, un psiquismo que se está construyendo y una personalidad en elaboración. A este respecto, Gaston Mialaret nos señaló que «a los seis años el cerebro ha desarrollado ya un 90 por ciento del peso que tendrá en la edad adulta; el 10 por ciento restante se alcanza en los diez años siguientes».

Alexandre Galli reafirma la importancia de este hecho, cuando sostiene que a los seis años ya se ha perdido todo.

El profesor Lelong decía que no podemos olvidar que, si las necesidades psíquicas de los niños de esta edad no se satisfacen, los daños resultan irreparables.

Son clásicos ya en psicología los estudios de M. David, cuando nos señalaba que estos primeros años corresponden a un período tremendamente fecundo y a la vez crítico.

«Fecundo, por cuanto que en él se desarrollarán las adquisiciones intelectuales, psicomotrices y afectivas, que irán conformando los mecanismos fundamentales de su personalidad; mecanismos que le van a permitir adaptarse con alegría y provecho a una sociedad

extremadamente compleja, así como establecer relaciones armónicas con su ambiente familiar y social.

»Crítico, puesto que cada aprendizaje tiene su momento óptimo de madurez en el niño y las funciones que no se ejercen en este momento se pierden, no permitiendo una buena integración de otra serie de funciones que aparecen posteriormente en el curso del desarrollo del niño, por estar basadas, en parte, en las primeras.»

En consecuencia, un dato importante a considerar es que los aprendizajes requieren dos hechos fundamentales: primero, que exista una maduración previa que los haga posibles y, segundo, que al niño se le permitan hacer múltiples ensayos para realizar este aprendizaje. Aquí tendremos que ser pacientes y cautelosos, para no forzar la marcha evolutiva del niño ni desanimarnos ante los primeros fracasos.

Cuando el niño esté realizando un nuevo aprendizaje, o tratemos de enseñarle algo nuevo, previamente tendremos en cuenta los siguientes aspectos:

1. Como ya hemos indicado, que el organismo del niño esté maduro para afrontar esta tarea.

2. Que el aprendizaje en sí no puede afrontarse de una vez; será programado por partes, comenzando siempre por la más fácil.

3. Estimularemos y reforzaremos sus aprendizajes, premiando cada pequeño logro del niño (recordar que una sonrisa puede ser el mejor premio).

4. Nos mostraremos pacientes y no olvidaremos que al niño de esta edad le es difícil seguir nuestras explicaciones. Aprende más fácilmente por «modelado»; es decir, ofreciéndole algunas demostraciones de lo que queremos que haga.

5. Es mucho más efectivo el premio que el castigo. El premio favorecerá nuevas conductas y aprendizajes en el niño. El castigo será útil cuando necesitemos extinguir una conducta y el niño no responda ante otros recursos, pero el castigo no conseguirá implantar conductas nuevas.

Uno de los aspectos que más favorece los aprendizajes del niño es su vivencia de sentirse querido y aceptado por sus padres. La seguridad afectiva del pequeño será una de las primeras metas a

lograr. Ya nos decía Piaget «que la afectividad es el motor o el freno de la inteligencia».

No tendría sentido exponer aquí detalladamente todas las fases y momentos que atraviesa la vida del niño, pero sí vamos a tratar de ofrecer una visión panorámica, que nos permita situarnos correctamente y favorecer el desarrollo del niño, en estas edades que serán cruciales para su vida posterior.

Dado que en el primer año de la vida del niño se produce un desarrollo, un avance tan intenso que es comparable a todo el resto de su vida en conjunto, vamos a detallar de forma exhaustiva los principales hitos que suceden durante este período. Igualmente, expondremos las actividades más significativas y los momentos claves de intervención.

Período de los tres primeros meses

Como ya hemos señalado, nunca el niño, en todo el resto de su vida, experimentará una evolución semejante ala que tiene lugar durante el primer año, de ahí la importancia de nuestra actuación como adultos.

Como siempre, el primer objetivo será establecer una buena relación afectiva; simultáneamente, las actividades irán encaminadas a proporcionar al niño un medio rico, que favorezca su estimulación sensoriomotriz (principalmente a través de la vista, oído y tacto).

Para estimular el desarrollo del área motriz aprovecharemos de forma especial los momentos del cambio y del baño. El niño se encuentra muy motivado al verse libre de ropas molestas y al poder sentir directamente, en su cuerpo, las sensaciones del medio que le rodea: toallas, agua, jabón, tabla de cambiar, frío, calor...

Cuando esté desnudo será un momento ideal para acariciarle y darle masajes en su cuerpo. Potenciaremos los movimientos de sus manitas y de sus pies (doblarlos, subirlos hacia arriba, hacer como si pedaleara...).

En el tercer mes podremos empezar a jugar al escondite con el niño, tapando con una gasa o similar los objetos que llamen su atención; inmediatamente se los mostraremos de nuevo, con cara de felicidad y asombro.

Igualmente, enseñaremos al niño objetos de colores muy vivos, que llamen su atención, y los desplazaremos suavemente, para que los siga con su mirada.

Podemos ponerle unos trapecios de juguete encima de su cuna, o colocaremos objetos, por encima de su cabeza, que llamen su atención (a una altura aproximada de 30 cm).

También podemos decorarle su habitación con muñecos, juguetes y objetos de colores vivos, móviles colgados del techo y que estén cerca de la cuna del niño...; de esta forma estimularemos su vista, oído y tacto. A esta edad es importante que respetemos su sueño, pero trataremos de ir acostumbrándolo poco a poco a los ruidos habituales de su entorno.

Cuando esté despierto, lo cambiaremos de postura y de lugar; además, hacia el tercer mes, le permitiremos que esté algún rato recostado en una sillita, para que pueda observar los movimientos y sonidos que se producen a su alrededor.

En relación con el lenguaje, debemos tener claro que hay dos tipos: el comprensivo y el expresivo. El lenguaje comprensivo siempre es previo al expresivo y, lógicamente, va por delante de éste. Este hecho resulta claro en los adultos, pero también podemos verlo fácilmente en los niños (hay etapas en las que apenas hablan media docena de palabras y, sin embargo, entienden casi todo lo que les decimos). Aprovecharemos cualquier momento propicio para hablar con el niño, cantarle y repetir los sonidos que él vaya emitiendo.

En las primeras semanas, cuando el bebé es tan impresionable, procuraremos que nuestro tono sea suave y dulce, de tal forma que el niño se sienta relajado y arropado al escucharnos. No olvidaremos que los momentos de cambio, aseo y baño son muy especiales para él; por lo que le hablaremos con dulzura, gesticularemos y nos mostraremos muy expre sivos para establecer esa relación afectiva y de cariño que es tan positiva para él como para los adultos.

La comida es otro de los momentos privilegiados con el niño. Procuramos hablarle suave y tiernamente. Favoreceremos su sociabilidad premiando con amplias sonrisas y con caricias sus pequeños avances, como coger algo con sus manos, empezar a sonreír, a emitir algún sonido...

Iremos acostumbrando de forma gradual al niño a que pueda estar

con diferentes personas; éstas constituirán además una fuente de estimulación para él.

De la misma forma, intentaremos acostumbrar al niño a que se sienta relajado en diversos lugares y ambientes: calle, parque, casa...

Período de tres a seis meses

Al comienzo de este período se produce un hecho maravilloso: el niño empieza a reconocer a sus padres, se comunica con todo su cuerpo, no sólo con la sonrisa, también con sus miradas, con sus gestos, con sus balbuceos y vocalizaciones.

Para el bebé de tres meses todos son descubrimientos: se queda maravillado ante cualquier movimiento de las personas, pero de forma especial ante el rostro humano y la voz; él reacciona sonriéndoles y «comprometiéndolos», para que le respondan, para que jueguen con él. Anteriormente el bebé ya podía reconocer de vez en cuando la voz de su madre, pero ahora ese reconocimiento es constante; de la misma forma que es capaz de diferenciar la vivencia de tocarse él a que le toquen.

Las experiencias previas le permiten al niño que, llegada esta edad, ya pueda distinguir entre las cosas que le gustan y las que le disgustan; de la misma forma que ya ha aprendido que le darán de comer cuando tenga hambre, le cambiarán cuando esté mojado y le consolarán cuando llore.

Uno de los problemas que se empiezan a manifestar en esta etapa es que para el bebé no existe la modulación, puede ir de la sonrisa más abierta al llanto o la rabia más estrepitosa. Aquí los padres y las personas de su entorno, con paciencia, pero también con seguridad, le irán marcando, poco a poco, el camino a recorrer.

> Por supuesto que hay que ser comprensivos ante el estado que atraviesa el bebé y su falta de «medida», pero también lo iremos acostumbrando a superar pequeñas esperas, pequeñas frustraciones que, lejos de marcarle el resto de su vida, le permitirán tolerar lo que no les gusta; casi sin darnos cuenta, iremos sentando las bases para que llegue a ser una persona «libre e independiente», con recursos para solucionar los problemas que le vayan surgiendo.

En este período le encantará que le sienten, pues desde esta posición puede observar su entorno con otra perspectiva.

Hacia el final del sexto mes se vuelve «un poco reservado»; su principal centro de atención serán los juguetes, las cosas y los objetos que pueda alcanzar y manipular. Será una fase corta, donde las personas parecen relegadas a un segundo plano. Es importante que los padres no se sientan desilusionados mientras dure esta situación, es un peldaño más en su evolución, y, como tal, debe ser asumido; además, dentro del área motriz, el interés del niño por los objetos podemos aprovecharlo para jugar con él, ayudándole a ejercitarse en sus primeras manipulaciones.

Seguiremos cambiándolo de posición y de lugar de vez en cuando; continuaremos con su estimulación a través de los móviles en el techo, de los objetos que emitan sonidos, de los movimientos con sus pies y sus manos... Empezaremos a colocarlo durante pequeños ratitos delante de un espejo, para que pueda mirarse.

Para potenciar su adaptabilidad podemos utilizar momentos tan importantes como el baño; con un poco de destreza, sujetaremos al niño para que se sienta seguro, pero dejándole suficiente movilidad para que vaya descubriendo los diferentes fenómenos que este medio le proporciona (ver cómo se mueve el agua, chapotear con ella, sentir su temperatura...). Cuando más libre de movimientos se sienta el niño, más favorecemos su desarrollo en estas áreas, por lo que intentaremos ponerle ropa cómoda y amplia.

Cuando esté despierto le dejaremos algunos objetos a su alrededor y, en la medida de lo posible, aprovecharemos cuando tenga fija su atención en ellos para hacerlos rodar; de esta forma el bebé los intentará seguir con su mirada.

Respecto al lenguaje, seremos muy expresivos con el niño. Siempre que la situación lo permita, le hablaremos, sonreiremos y cantaremos con frecuencia. No olvidemos que los momentos del baño, el cambio y la comida son especialmente adecuados para lograr esta comunicación. Aunque parezca pronto, mientras cambiamos o bañamos al niño podemos ir nombrándole ya las diferentes partes de su cuerpo, le hablaremos sobre lo que le estamos dando y sobre lo que sucede a su alrededor. Durante la comida le enseñaremos cómo se lla man las cosas y las personas que lo rodean, esforzándonos en repetir los sonidos que él emita.

Cuando forzosamente lo dejemos solo, podemos ponerle una radio o casete (pero no más de media hora).

Estimularemos su sociabilidad mostrándole nuestro cariño y afecto en todos los momentos posibles (no pasa nada porque nos pasemos el día abrazándolos). De forma especial les sonreiremos ante sus manifestaciones sociales y ante los pequeños aprendizajes que vayan adquiriendo.

Intentaremos «sacarlo de paseo» al menos una vez al día. El niño podrá ver nuevos lugares y personas, y tendremos una excelente ocasión para comentarle los acontecimientos del entorno que va descubriendo.

En nuestra sociedad occidental, y fundamentalmente en las grandes ciudades, durante este período suele producirse la incorporación del bebé a la escuela infantil.

Entre los meses tercero y cuarto la mayoría de las mujeres deben incorporarse de nuevo al trabajo; son momentos muy difíciles para los padres, pues sienten que el niño aún es muy pequeño para sufrir tantas alteraciones en su vida (salir de casa a una hora tempranísima, romper su sueño, someterlo a cambios de temperatura, a los ruidos exteriores, dej arlo con otra persona, en un sitio desconocido para él, con niños que chillan, lloran, patalean...); en definitiva, enfrentarlo a un cambio muy drástico, para el que tiene pocas defensas, al menos desde el punto de vista físico.

Realmente es una situación dificil, especialmente para la madre, pero la verdad es que el bebé no suele pasarlo mal; es cierto que coge muchas enfermedades, hasta que consigue elevar su nivel de defensas, pero emocionalmente se adapta sin demasiadas dificultades.

Por otra parte, la escuela infantil, cuando cuenta con personal experto y preparado, y tiene las instalaciones y los medios que precisa, puede cumplir un papel preventivo y formativo crucial. Los educadores pasan muchas horas con los niños, por lo que, no solamente pueden ayudar a los padres en su labor con sus hijos, sino que además, en muchas ocasiones, son los primeros que detectan dificultades, deficiencias, trastornos o lesiones cerebrales, que hasta ese momento habían pasado inadvertidas. Una de las experiencias más bonitas, y a la par más dolorosa, que he vivido profesionalmente, fue con julio.

El caso de julio

Julio tenía 4 meses cuando fue a la escuela infantil. Su madre era una persona con carácter, luchadora, tierna, sensible, inteligente y con una gran humanidad; su padre era un encanto, prudente, agradable, afectivo, tierno y enamorado de su hijo.

Teníamos veinte grupos de niños, desde 0 a 6 años; de los cuales cinco eran de bebés. El equipo pedagógico era un «lujo»; pocos centros contaban con un personal tan especializado y tan profesional. Julio «cayó» con una de las personas más valiosas que he conocido, con una persona que «nació» para educar niños, para transmitirles todo el amor que llevaba dentro, para hacerles descubrir la vida, para sacarlos adelante cuando tenían dificultades, para mimarlos cuando lo necesitaban, para quererlos siempre. Pronto adoptó a julio, como hacía con todos sus niños, pero con Julio la historia fue especial.

A los pocos días de estar el niño en la escuela, su educadora nos transmitió su preocupación por el niño; «hay algo que no me gusta en julio, tenéis que mirarlo despacio, de ver dad que le pasa algo al niño»; su madre tampoco estaba tranquila, ¿qué le ocurría a ese niño, por lo demás simpático, alegre y tierno como pocos? Apenas unas semanas después, no teníamos dudas, julio sufría algún tipo de lesión que le impedía tener un desarrollo psicomotor acorde con su edad; su madre y su educadora fueron las dos primeras personas que se dieron cuenta, pero el equipo médico que atendía al niño tardó aún varios meses en reconocer su lesión; afortunadamente, mientras tanto, desde la escuela, todos los días su educadora le hacía al niño estimulación precoz y Julio evolucionaba muy bien, tan bien que su pediatra y el neurólogo infantil seguían resistiéndose a admitir un diagnóstico de lesión cerebral. Por fin hacia el octavo mes el niño fue diagnosticado correctamente, y desde ese mismo momento, además de la estimulación de la escuela (y la que sus padres le hacían en casa), recibía sesiones de fisioterapia. Su educadora y su fisioterapeuta llegaron a compenetrarse de tal forma, que, juntamente con la madre, hacían un equipo perfecto. Los meses que nos habíamos adelantado al diagnóstico habían sido cruciales; Julio tenía un desarrollo tan espectacular que su neurólogo llevaba su caso a los congresos para mostrar lo que podía hacer una estimulación temprana en estas edades.

Todo el tiempo que Julio permaneció en la escuela (los seis primeros años) disfrutó de una dedicación y de un trabajo muy

intenso, los distintos educadores se volcaron con el niño, aunque su primera educadora era como su segunda madre: ¡nos ponía a todos firmes con Julio! Al final del segundo año el niño era capaz de andar agarrándose a las paredes, posteriormente se movía sin problemas por la escuela, primero a través de un andador que le fabricamos y después con un triciclo. En el resto de las áreas el niño estaba de maravilla: la madurez de su lenguaje era excepcional, tanto a nivel de comprensión como de expresión; su adaptabilidad era altísima y, por encima de todo, era un niño alegre, muy observador, tremendamente inteligente, sociable como pocos y feliz, increíblemente feliz.

El drama surgió cuando tuvo que abandonar la escuela infantil; sus padres y nosotros intentamos buscarle un centro donde pudiera seguir su excelente evolución; un centro donde admitiesen niños de integración, por las limitaciones de movimiento que aún tenía Julio, pero un lugar por lo demás normal, con un buen profesorado, como lo tienen la mayoría, pero, sobre todo, un centro con ganas de implicarse, de sacar adelante a un niño que se lo «dábamos» en unas condiciones extraordinarias; un niño que con pequeñas adaptaciones podía seguir perfectamente la escolaridad, un niño que no les plantearía ningún problema de integración ni de relaciones sociales; antes bien, estábamos seguros de que Julio, al igual que había sucedido en la escuela, sería un niño «integrador» dentro del grupo, un niño al que adorarían sus compañeros.

Desgraciadamente, no encontramos este centro. En algunos colegios concertados nos decían que no podían admitirlo porque les estropeaba su planificación; consideraban que una persona adulta tendría que acompañarlo desde la clase al patio y viceversa; de nada sirvieron nuestras explicaciones; les contamos cómo el niño, agarrándose, era capaz de bajar y subir escaleras y desplazarse, pero lo vieron como un problema, no como una oportunidad única de conseguir que un niño, con una pequeña lesión cerebral, pudiera tener una vida normal, enriqueciéndose con el trato y la relación con otros niños «normales», y aportarles su ingenio, su inteligencia, su afán de superación, su afecto, su sociabilidad, su simpatía, sus ocurrencias; pudiera cautivarles con su forma de ser, de sentir, de vivir la vida.

Fue una etapa donde nos preguntamos el sentido de determinados centros, con determinadas etiquetas; centros que señalaban que su principal preocupación era la ayuda a la persona, al desarrollo de la misma como individuo. Pocos niños hemos conocido con la humanidad de julio, pero no debía ser suficiente persona para estos

colegios o, simplemente, les causaba un problema logístico, que no estaban dispuestos a asumir; total, sólo se perdía una persona humana, y ellos tenían cientos, miles de estudiantes en sus aulas.

Al final, julio terminó donde nunca debió estar; la consecuencia es tremenda. Ahora tiene doce años, y lejos de seguir evolucionando, de mejorar, ha perdido gran parte de los avances que se produjeron en los seis primeros años de su vida, y los ha perdido irremediablemente, mejor dicho, ¡se los han hecho perder! Su desarrollo psicomotor ha sufrido una regresión tremenda; está rodeado de niños que no tienen nada que ver con él, que nada pueden aportarle.

Pensar en julio hace que me sienta profundamente decepcionada con un sistema educativo que no le ofreció ninguna salida, que le cerró todas las puertas, que le impidió vivir como él podía. ¿Alguien puede imaginar cómo se sienten sus padres, y su hermana, y su educadora del alma que aún sigue viéndole, que se le parte el corazón cada vez que comprueba lo que pudo ser y lo que es?

Ojalá la divulgación de la historia de julio sirva para que no vuelva a suceder una situación tan injusta y tan injustificable.

Sus padres cumplieron maravillosamente su papel (y lo siguen cumpliendo), la escuela infantil también cumplió su misión, ya que ayudó en la detección y el tratamiento de Julio. ¿Quién o quiénes no cumplieron con Julio?, ¿quién o quiénes tomarán medidas «de verdad», no demagógicas, para que no vuelva a quedar ningún Julio sin escolarizar debidamente, sin ser tratado como persona, como una persona maravillosa que, aún hoy, sigue estando por encima de la media de todos los que le rodeamos?

Que nadie piense que he adoptado un tono trágico. Si hubieran conocido a Julio y hubieran vivido su historia se darían cuenta de que estoy siendo «muy prudente»; lo que no puedo, y no quiero dejar de ser, es una persona sensible, humana, aunque nunca llegaré a la dimensión de julio.

Período de seis a nueve meses

En esta etapa se producirán importantes adquisiciones para el bebé. El niño podrá sostenerse sentado y comenzará a gatear o rodar, en su intento de alcanzar los objetos o juguetes que llaman su atención. Empieza a manifestar un gran interés por las palabras, tanto

por las que oye como por las que emite.

Puede adaptarse ya a una rutina diaria bastante uniforme; generalmente, duerme durante la noche, hace cuatro tomas al día y realiza dos siestas.

En relación con el medio, vuelve a mostrarse más interesado por las personas que le rodean, aunque puede mostrar cierta timidez ante un extraño.

En el área motriz sus gustos han cambiado de forma ostensible; ya no le gusta estar tumbado en posición supina (boca arriba), todo su interés es gatear y poder arrastrarse. Sobre este particular el parque o corralito podrá ser de interés al principio, pero sólo hasta que el niño se afiance en sus avances. Una vez que pueda sentarse correctamente y muestre inquietud por gatear y arrastrarse, lo sacaremos del parque, al menos la tercera parte del tiempo que permanezca despierto, pues este «recinto» puede llegar a ser una especie de «cárcel» para el niño, que le impide desarrollar su movilidad y le limita su campo visual. Para poder estimular su gateo lo tumbaremos en posición prona (boca abajo), encima de una manta, y le pondremos, en los extremos de ésta objetos o juguetes que llamen su atención; de esta forma el pequeño sentirá la necesidad de tener que trasladarse para poder alcanzarlos.

Si el niño se hubiera acostumbrado demasiado al parque y termina acomodándose a tenerlo todo a su alcance (en el corral), o es un niño demasiado «tranquilo», podemos estar contribuyendo a hacerle perezoso, lo que, entre otras cosas, le quitará hasta las ganas de andar.

Es cierto que tenemos la vida complicada y que nos viene bien un poco de calma con los niños, pero no debemos considerar que las actividades que tiene que realizar a esta edad «son menores o intrascendentes»; sería un grave error.

Hemos visto numerosos niños de estas edades que apenas alcanzan los reflejos correspondientes a un bebé de tres o cuatro meses. Al hacer la historia con los padres, con frecuencia nos dicen que el niño es tranquilo y que además no juegan con él o no lo estimulan demasiado, para no suscitar los celos de algún hermano mayor. Estos hechos pueden tener consecuencias serias si no los cortamos a tiempo.

Pero volviendo a este período, de nuevo aprovecharemos los momentos del cambio y del baño para jugar con él todo lo que podamos; pondremos a su alcance algunos objetos, fuera y dentro del

agua, para que el niño juegue con ellos. Lo dejaremos desnudo algunos minutos y haremos girar o rodar su cuerpo con suavidad (encima de la cama). Hacia el final del noveno mes podemos empezar a estimular la marcha del niño, cogiéndolo por debajo de las axilas e incitándolo a dar unos pasitos.

En el área de adaptabilidad se producen importantes adquisiciones. Durante la comida ya podremos dejar que el niño (siempre que esté en nuestros brazos) sujete un poquito el biberón él solo. Al final del noveno mes ya podrá ir tomando un trozo de pan por sí mismo; además, lo estimularemos a que haga algunas cosas por su cuenta: coger un vaso, la cuchara...

Los juguetes y objetos que más llamarán su atención durante los períodos en los que el niño esté solo serán: pelotas grandes y pequeñas de plástico, objetos de distintos colores y cosas que hagan ruidos; cubitos que puedan llenarse con la arena, bolos grandes, juguetes de encajar, objetos de distintos tamaños y cosas de diferentes materiales (ásperas, blandas, suaves, duras); teléfonos, osos de trapo y, en general, los objetos de la casa que estén a su alcance y que inciten su interés.

Para favorecer su lenguaje seguiremos utilizando todos los momentos en que estemos con los niños, hablándole de los objetos que utilizamos. Durante el aseo, de nuevo le nombraremos las distintas partes del cuerpo que estemos lim piando, secando o vistiendo, así como los utensilios que nos sirven para este fin (peine, esponja, toalla...).

A esta edad generalmente el niño no puede aún repetir lo que le decimos, pero conseguiremos que se vaya familiarizando con estos nombres, una situación que favorecerá que poco a poco los identifique por completo, con lo que estaremos desarrollando su lenguaje comprensivo.

En relación con su sociabilidad, aquí será crucial que los padres y adultos más significativos de su entorno mantengan unidad de criterios en su actuación y adopten posturas coherentes, que favorezcan el establecimiento de los hábitos deseados en el comportamiento del niño.

Recordemos que ellos necesitan que manifestemos nuestra alegríay aprobación ante sus pequeños avances; de esta forma

fomentaremos su autonomía, independencia y seguridad en la medida que su edad se lo permite.

De nuevo será importante pasearlo todos los días, que pueda acostumbrarse a estar con otras personas, ver otros lugares y oír ruidos extraños.

Período de nueve a doce meses

A lo largo de este período el niño se va afianzando en las adquisiciones de la etapa anterior. Justo cuando cumple un año está a punto de adquirir una serie de habilidades que le harán más autónomo.

Debemos ser conscientes de un hecho muy especial: el niño de esta edad es capaz de percibir y captar, de forma muy clara, el estado emocional de los adultos que le rodean. Además, ya va adquiriendo una cierta capacidad para influir con su conducta en esos estados emocionales y logra, en última instancia, adaptarse a los mismos.

Nos parecerá increíble, pero resulta muy difícil que los podamos engañar; se darán cuenta de cómo nos sentimos en cada momento, mejor de lo que lo hacen los adultos que están a nuestro alrededor. De la misma forma irán ensayando «actuaciones» por su parte, que les permiten evaluar cómo reaccionamos ante ellas, por lo que van aprendiendo, con bastante rapidez, cómo influir en nuestras emociones y... cómo conseguir lo que quieren.

En el área motriz «no parará» cuando esté despierto. Constantemente se interesa por todo lo que le rodea, quiere alcanzar, manipular y sentir todas las cosas que atraen su atención.

Aunque parezca una tontería, esta curiosidad del niño será uno de los hechos que más favorezcan su inteligencia, por lo que, salvo casos extremos, no cortaremos este afán de exploración del niño.

Igualmente, cuando lo sacamos de paseo, al parque o al jardín, ya no se tratará de que contemple todo lo que le rodea, sino de que lo dejaremos un rato suelto, permitiéndole que manipule la arena, que se arrastre por el suelo, se ponga de pie apoyándose en algún banco, vea

lo que hacen otros niños...

Durante el baño y los momentos de cambio seguiremos estimulándolo al máximo, pero además le pediremos que empiece a colaborar con nosotros, que nos ayude cuando lo vistamos, sequemos... Si tenemos paciencia, el niño pronto empezará a sentir interés por querer «bañarse él solito», procurando siempre que pueda jugar un poco en el agua.

Nos podrán parecer pequeñas cosas, pero son actos claros de independencia y autonomía que premiaremos continuamente con elogios, sonrisas y abrazos.

Aunque nos resulte agotador, en los períodos en que está despierto lo dejaremos que pueda gatear y trasladarse de un lugar a otro; de nuevo premiaremos sus intentos de ponerse de pie, pararse él solo, intentar caminar...

Desarrollaremos su capacidad de adaptación fomentando su independencia. Le encantarán los juegos de encajar aros, cubitos, meter bolitas en la caja o recipiente, jugar al escondite... Éste será el momento de jugar a tapar los objetos por los que sienta interés con una tela para que trate de buscarlos. Asimismo, serán grandes aliados los juegos de imitación; por ejemplo, dar palmadas, mover las manos, taparnos la cara...

Durante la comida fomentaremos la autonomía del niño, que irá cogiendo por sí solo la cuchara, el biberón, las migas de pan... Al final del período, y una vez que haya aprendido a sostener el vaso con sus manos, le pondremos un poquito de agua para que se lo lleve a la boca.

Fomentaremos la organización temporal del niño a través de la vivenciación del ritmo; utilizaremos para ello nuestras canciones, pero, cuando no nos sea posible, le pondremos alguna cinta de música, incitándole a que lleve el ritmo dando palmadas, golpeando con una cuchara en un tambor, en un bote, utilizando diversos objetos...

Para estimular su lenguaje, como siempre, aprovecharemos los momentos en los que tengamos una relación directa con el niño: baño, comida, cambios..., para hablarle y provocar la aparición de nuevos sonidos.

Dado que el niño ya es capaz de comprender pequeñas frases, le

incitaremos a que nos dé las respuestas apropiadas a nuestras preguntas o mandatos. Ejemplo: ¿Dónde está papá?, ¿dónde hemos colocado el chupete?, o, alargando la mano, podremos decirle: ¡Dame el biberón! ¡Dame el juego que tienes en la mano...!

Lógicamente, algunas veces el niño no responderá a nuestras peticiones; en esos casos deberemos mostrarle cómo hacerlo y alabaremos después su conducta. A esta edad disfruta emitiendo sonidos, ejercitándose en la pronunciación de sílabas diferentes, imitando ruidos...

Estas manifestaciones constituyen la base del lenguaje que aparecerá después, por lo que las reforzaremos continuamente: imitaremos los sonidos del niño, produciremos otros nuevos, aplaudiremos sus intentos...

De nuevo, insisto, ¡no nos agobiemos! Es normal que a veces os resulte difícil dedicarle al niño todo el tiempo y la atención que él quisiera, ¡pero tranquilos! Por una parte, son pequeñas frustraciones que el niño debe acostumbrarse a tener; no puede pensar que cualquier necesidad o petición suya será satisfecha de inmediato. Por otro lado, para no dejarlo demasiado tiempo solo, podemos tenerlo cómodamente instalado en el sitio donde estemos haciendo las actividades. Esto le permitirá poder observar los movimientos de la familia, sentir los ruidos que hacen, los cambios que origina su conducta en el medio y, además, tendrá a los adultos a su lado.

No olvidemos que deben ir acostumbrándose a personas extrañas, oír voces diferentes, contemplar niños y adultos de diversas edades... Esta etapa será muy adecuada para que le enseñemos a imitar diferentes gestos y expresiones; en este sentido, ante una situación propicia, podemos mostrarle gestos de alegría, pena, tristeza, enfado...

> Recordar que el niño necesita tanto adquirir nuevas destrezas como ver y sentir que éstas son aceptadas por nosotros. No es el momento de escatimar elogios, aplausos, premios y caras de alegría ante los pequeños avances del niño o las conductas que realiza para agradarnos. Casi sin darnos cuenta, estaremos contribuyendo a fomentar su seguridad, su autoestima, su sociabilidad..

Breves consideraciones sobre los primeros doce meses

Hemos descrito con bastante detalle las fases que va pasando el niño a lo largo de este período, para que nos sea más difícil «perdernos» y no nos agobiemos innecesariamente; pero también lo hemos hecho para que podamos respetar escrupulosamente la evolución y las dificultades por las que atraviesa el pequeño, ayudándole en la solución de los problemas que, de forma natural, se presentan en el curso de su desarrollo.

No olvidemos que en un principio la unión del niño con la madre es total, sigue siendo muy estrecha durante los pri meros meses de su vida y casi hasta el sexto mes no empieza a percatarse de la figura del padre y del lugar central que éste ocupa. A muchos niños les resulta dificil empezar a compartir a su mamá, por lo que la actitud de los padres deberá ser firme, pero comprensiva y tolerante en un principio. No se trata de que no quiera a su padre, sino que está siguiendo los procesos lógicos de su desarrollo; el conocer éste y otros hechos parecidos sin duda nos evitará más de un disgusto.

Por otra parte, hacia los diez meses (a veces a partir de los ocho) el niño atraviesa una etapa conflictiva, pues empieza a sentir ansiedad cuando ve que su madre se va (esta ansiedad puede permanecer hasta los dieciocho meses). La explicación es muy sencilla: el niño de esta edad no es capaz de distinguir entre una separación temporal y una definitiva; pero ni mucho menos esto significa «una vuelta atrás», como a veces creen algunos padres, cuando se quejan y manifiestan que el niño antes era mucho más sociable.

Para ayudarlos a superar estos dificiles momentos, la actitud de los adultos será de comprensión y cariño, pero fundamentalmente de seguridad. Es muy importante que el niño no perciba ansiedad en vuestros rostros, sino una sonrisa llena de afecto y seguridad.

Una escena que se repite constantemente en las escuelas infantiles con los niños de estas edades es el momento trágico que viven muchas madres cuando dejan a sus hijos por las mañanas y éstos manifiestan la ansiedad típica de la separación. ¡Cuántos llantos desgarradores, impotencia y culpabi lidad sentían estos padres, hasta que los convencíamos de que era un hecho natural y que debían alegrarse, pues significaba que su hijo estaba evolucionando! Pero este hecho también se repite con frecuencia en el medio familiar, en el momento en que la madre debe ausentarse y dejar al pequeño al cuidado de otro

adulto.

La mejor prevención es acostumbrar al niño a diferentes rostros y personas, pero si queremos que éste las acepte en esos difíciles momentos, cuando lo entreguemos a otras personas mostraremos calma y seguridad en nuestro semblante. El niño deberá ver una sonrisa franca y tranquilizadora en nuestro rostro; recordemos que a estas edades ya son capaces de distinguir los estados emocionales de sus principales adultos de referencia, ¡y a nadie conocen tan bien como a su madre!

Período de uno a dos años

De nuevo será un período de gran evolución, aunque no tanta como la del primer año; no obstante, los niños ponen a prueba la resistencia física de sus padres y de todos los adultos de su entorno: ¡no paran un instante!; a las habilidades y capacidades que han desarrollado se une su insaciable necesidad de conocer, experimentar y explorar el mundo que les rodea, con los peligros que puede suponer, pero con las grandes posibilidades de aprendizaje que encierra.

No será fácil mantener ese equilibrio entre proteger, pero no sobreproteger; cuidar, pero no anular; estimular, pero no desestabilizar. Si conocemos bien las distintas fases por las que atraviesa, así como el desarrollo evolutivo que experimenta, nos será más sencillo ayudarle a solucionar sus pequeños conflictos o sus grandes dificultades.

El niño de uno a dos años vive en un continuo vaivén, entre sus deseos de independencia y su necesidad de cercanía y seguridad con sus padres. Muchas veces habremos observado cómo un niño, que parece estar absolutamente fascinado con lo que está haciendo, corre rápidamente en busca de su madre cuando ésta abandona el sitio donde se encontraba. ¡Qué mayores parecen ser y qué dependencia muestran aún! ¡Cuánta paciencia habremos de mostrar para proporcionarles el afecto y la seguridad que necesitan! A pesar de ello, nuestro rostro de comprensión no estará exento de firmeza cuando veamos que el niño cae en una espiral de la que no sabe salir: llora sin saber ya ni por qué empezó a llorar. En estos casos da un resultado excelente sonreírle, mirarle con ternura y cambiar su atención hacia otra cosa que no tenga nada que ver. Por ejemplo, ¡has visto el pájaro

que hay ahí! (aunque no haya ninguno, el niño mirará por la ventana y se calmará, sobre todo si nos ve sonrientes, y de forma inmediata le proponemos un juego; eso sí, enfatizando nuestra propuesta como si se tratara de lo más maravilloso que haya visto nunca).

A continuación expondremos las principales peculiaridades de esta etapa y la forma en que podemos ayudarles en su desarrollo.

En el área motriz el niño alcanzará grandes hitos: comenzará a caminar e intentará explorarlo todo. No es fácil seguir su ritmo, pero el desarrollo de su inteligencia estará unido, en este período, a su curiosidad, a ese afán de exploración y de autonomía. Necesitan tocarlo todo, palparlo, sentirlo, manipularlo. Les atraerán más los objetos que los juguetes. Aquí surgirán muchas veces nuestros miedos, pero salvo situaciones realmente peligrosas (enchufes, tirarse desde las alturas, tocar las cosas calientes...), nuestra misión será favorecer esa búsqueda, esa indagación constante.

Esto no quiere decir que la casa deba ser un caos, ni que el niño podrá hacer todo lo que quiera. Como siempre, necesitará unos límites claros, pero no unas normas arbitrarias, que varíen en función de nuestro cansancio o estado de humor.

> Será crucial el establecimiento de unas rutinas, que deberán repetirse sistemáticamente. Eso es lo que le da seguridad a un niño, lo que le ayuda a situarse, es la forma que ellos tienen de saber lo que vendrá después, lo que se les está pidiendo, lo que ellos pueden esperar. Las rutinas abarcarán todas las áreas de su vida (sueño, comidas, horarios, actividades...) y constituirán la mejor ayuda que podamos proporcionarle.

Pero esas rutinas también se extenderán a las respuestas de los adultos ante sus conductas. Nada les puede desestabilizar y desorientar más que lo que hoy está permitido, e incluso es alabado, mañana sea motivo de negativa y desaprobación. Es verdad que es dificil ser constantes y coherentes, pero ésa es una de las principales misiones que debemos asumir los adultos.

Por otra parte, en este período las reacciones de los niños son muy extremas. Pueden ponerse insoportables cuando están cansados, cuando sus expectativas no se cumplen, cuando sienten miedo ante ruidos o acontecimientos extraños, cuando tienen hambre o están incómodos... Con frecuencia pueden aparecer reacciones de ira o

agresión y surgen las primeras rabietas.

De nuevo, los adultos nos moveremos en el difícil equilibrio entre la calma, la paciencia, la comprensión y la firmeza. Sería utópico intentar ofrecer aquí reglas universales que nos sirvieran en los diferentes casos; ya hemos comentado que cada niño necesita un «traje a medida» y que nuestra reacción dependerá de su conducta, y en último término estará condicionada por las circunstancias que imperen en ese momento, por lo que haya vivido antes y lo que espere después. Pero lo que no podemos pretender es que no se note que hay un niño en casa, y menos un niño de esta edad. Él necesitará gritar de vez en cuando, reír sin aparente motivo, chillar cuando no le damos algo o nos siente ausentes, llorar cuando está cansado o no sabe qué hacer... Necesitará que lo saquemos de sus apuros, que le demostremos que lo queremos, que le demos la calma y la confianza que él es incapaz de tener.

En este período pueden surgir continuas disputas con la comida. Por regla general, querrán comer solos y girarán la cabeza más de una vez cuando pretendamos darles la comida; además, habrá etapas en que no querrán algunos sólidos que estamos introduciendo en su dieta y se pondrán todo lo «tercos» que son capaces a esta edad, ¡que es mucho!

Como norma general, y nunca como principio universal, conviene ya que los dejemos empezar a comer solos, aunque al principio les ayudemos bastante. Suele dar muy buen resultado darles a ellos un cubierto, para que vayan ensayando y consigan los primeros triunfos (acertar a llevarse la comida a la boca, lo que de por sí ya les es difícil, y, poco a poco, conseguir no tirar casi todo por el camino); simultáneamente, nosotros les ayudaremos dándoles de comer con otro cubierto.

Cuando les cueste comer los sólidos, es preferible dejar el puré como segundo plato y empezar por el sólido, para que juegue a nuestro favor el apetito que suelen tener al comienzo de la comida.

En el marco de la escuela infantil es más fácil, los niños se animan mucho viendo comer al resto de sus compañeros; además, ahí las normas y las rutinas son muy claras. En casa los niños pueden plantear más problemas, pero no hay que desanimarse ni obsesionarse con la comida, ya que rápidamente aprenden cuáles son las preocupaciones de los adultos y les resulta muy atrayente tener a toda la familia a su alrededor.

Algo parecido ocurre con su sociabilidad. A esa edad, por mucho que nos empeñemos, los niños no son sociables; se toleran en el mejor de los casos, se miran en lo que hacen unos y otros, pero aún no saben compartir.

Su forma de relacionarse es muy rudimentaria; como además están en una etapa de explosión motriz, fácilmente se «arrollan» unos a otros; no controlan su propio cuerpo, y queriendo jugar se empujan y se tiran al suelo, con el consiguiente llanto del compañero empujado y el asombro del niño «agresor», que no entiende los lloros que ha provocado.

Algo parecido ocurre con los juegos o con el objeto que en ese momento atraiga su atención. Aunque tengan la habitación llena de juguetes, casi siempre querrán lo que tiene el otro en la mano y pelearan como si en ello les fuera la vida. De nuevo, tendremos que mostrarnos tranquilos e intervendremos cuando veamos que son incapaces de solucionarlo, pues muchas veces ellos solos lo consiguen, si les damos el tiempo que necesitan; en ese momento no valdrán las palabras, ni nos empeñaremos en que comprendan que deben compartir las cosas, será preferible que a cada uno le demos un juguete u objeto diferente y que, con mucho énfasis y bastante teatro, atraigamos su atención hacia otra actividad.

Ésta será también la etapa de los mordiscos, y aunque deberemos cortar inmediatamente con los mismos y enfatizar mucho nuestra postura, para que el que acaba de morder entienda que no debe hacerlo, la verdad es que les cuesta controlarse. Aunque nos pueda parecer extraño, a veces es una forma de relacionarse, otras veces lo hacen con un tono más agresivo, para terminar con una disputa, pero ellos no son verdaderamente conscientes del fuerte dolor que pueden provocar. En estos casos consolaremos al agredido, pero le ofreceremos una «salida digna» al agresor, con una frase del estilo de: «¿Verdad que tú no le querías hacer daño? ¡Venga, que sois amigos y Pepe te va a dar un beso y vamos a cantar todos juntos!» Normalmente, los niños reaccionan bien, sobre todo si cambiamos su atención hacia algo que les estimule. La fase de los mordiscos se pasa en unos meses y raramente aparece en otras etapas del desarrollo.

En relación con el lenguaje, podemos notar grandes diferencias entre niños de la misma edad, pero, salvo casos extremos, este hecho no debe preocuparnos.

La evolución del lenguaje es muy irregular; habrá niños que hablen

sin parar al final de este período y otros que apenas pronuncien una docena de palabras. De la misma forma que hay niños que articulan perfectamente desde el principio y otros que arrastran una «lengua de trapo» durante bastante tiempo.

Ya hemos comentado que el lenguaje comprensivo es previo al expresivo. Los niños de esta edad son capaces de enten der mucho más de lo que pueden expresar. Si además les facilitamos demasiado su labor, no se esforzarán, y experimentarán un «parón» en su lenguaje. Es el caso de aquellos niños que entienden lo que les decimos y se hacen entender señalándonos las cosas que quieren; entonces... ¿para qué se van a esforzar? Tanto en estas situaciones como en aquellas en que repiten sistemáticamente algunos vocablos que ven que nos hacen gracia, tendremos que empezar a mostrarnos firmes y decirles que no los entendemos, que si no se esfuerzan no les podremos atender, porque no sabemos lo que nos piden. Evidentemente, el niño no cambiará sus costumbres a la primera de cambio, pero si todos los adultos de su entorno nos ponemos de acuerdo, poco a poco experimentará un significativo avance.

En consecuencia, en el área de lenguaje los retrasos, pero también los avances, pueden ser sorprendentes. Ya hemos comentado que el desarrollo es muy irregular, por lo que en pocos días pasan de no hablar casi nada a «soltarse» y hablar sin parar, como si tuvieran que recuperar el tiempo perdido.

En definitiva, será otro período maravilloso y de grandes cambios, donde no pararán de moverse, pero tampoco de observarnos; de cómo nos vean y nos sientan dependerá, en gran medida, tanto su evolución como su conducta. Es verdad que el temperamento de cada niño también puede facilitar o dificultar nuestra labor; no obstante, si nos sienten seguros, tranquilos, alegres y dueños de las situaciones estaremos ayudándolos de la mejor forma que podemos, con nuestro ejemplo. Nada los tranquiliza más que nuestra tranquilidad y nada los desestabiliza más que nuestra inseguridad.

Período de dos a tres años

El niño de dos años es menos maduro de lo que su «aparente desarrollo» pudiera indicarnos. Parecen ya «mayorcitos», pero aún son muy bebés; se muestran muy dependientes de su madre y controlan poco sus impulsos.

Es una etapa trascendental en la vida del niño. El pequeño empieza

a tomar conciencia de su identidad, de su propio yo, pero dada su inmadurez y dependencia, este hecho termina desembocando en una etapa conflictiva, donde el elemento predominante es la autoafirmación a través del negativismo. El niño no suele atender a sugerencias, razonamientos o explicaciones; el «no» será su frase favorita.

Como siempre, el que pueda superar los conflictos de esta etapa dependerá, en gran medida, del equilibrio, la seguridad y la madurez que presenten sus principales adultos de referencia (padres y educadores, cuando vaya a la escuela infantil). De nuevo, cuando no sepamos qué hacer, será útil escuchar lo que nos dice nuestro «sentido común». No adelantaremos mucho enganchándonos en una guerra continua con los niños, pidiéndoles coherencia en sus actuaciones y exigiéndoles un control que no poseen. Será preferible que reorientemos su conducta y calmemos sus insatisfacciones con nuestra serenidad, haciendo gala, como siempre, de un buen sentido del humor y de toda la creatividad que tengamos.

Al niño le será más fácil terminar con sus rabietas si ve que no le damos mucha importancia a la «puesta en escena de las mismas» y, por el contrario, le ofrecemos la posibilidad de participar en juegos o actividades sugerentes para él.

Los límites serán claros y precisos, pero elegiremos sin ambigüedades las situaciones en que debamos mostrarlos (cuando el niño se está convirtiendo en un tirano, cuando avasalla o abusa de otros niños, cuando quiere saltarse las normas más elementales...).

Seguramente, la exposición de un caso real nos ayudará a comprender mejor la importancia de los límites a estas edades.

El caso de Andrés

Andrés era un niño de 2 años y 6 meses que tenía a sus padres literalmente «aburridos». En la escuela infantil su conducta no presentaba problemas significativos; era un niño sensible, inquieto y afectivo, que disfrutaba con las distintas actividades y se relacionaba perfectamente con su profesora y sus compañeros. Por el contrario, en casa era un «pequeño dictador»; en cuanto le

negaban algo, rápidamente se tiraba al suelo, pataleaba y chillaba como si le estuvieran matando; podía pasarse diez o quince minutos en esta actitud, «gimoteando y quejándose lastimosamente», sin saber ya ni por qué lloraba y, mucho menos, sin encontrar la forma de terminar la escena. Sus padres tampoco tenían muchos recursos para estas ocasiones; la madre además se encontraba muy preocupada, pues el niño se quedaba literalmente «ronco»; según las circunstancias, unas veces cedían (la mayoría), aunque el niño seguía agresivo todavía un rato; otras le consolaban, en algunas ocasiones le chillaban, le amenazaban o se ponían a discutir entre ellos.

Los registros (ya veremos más adelante cómo hacerlos), nos mostraron un caso típico y característico de rabietas incontroladas. Andrés era un niño muy observador, bastante pendiente de la actitud de sus padres, que se desestabilizaba ante dos hechos muy precisos: a) cuando veía a sus padres inquietos o alterados por algo, y b) cuando él estaba cansado o con sueño. Normalmente, los padres reaccionaban con bastante inquietud y nerviosismo, por lo que le transmitían inseguridad y la situación se hacía cada vez más insostenible para todos.

Las pautas fueron muy claras: en primer lugar, intentarían hablar más con el niño, acercándose afectivamente, con buen ánimo, mostrándose sonrientes y relajados, jugando alternativamente con él y permitiéndole que también tuviera sus pequeños espacios solo; cuando Andrés empezase sus rabietas, pondrían cara de disgusto y, según la intensidad de las mismas, no le prestarían atención y se irían a otra estancia de la casa, y desde allí, para ayudarle a terminar la rabieta, al cabo de unos minutos le llamarían para alguna cosa atrayente (como si nada hubiera pasado); o bien, cortarían la situación desde el primer momento, cuando fuera imposible seguir la otra opción (por ejemplo, cuando debían salir de casa para ir a la escuela, cuando era la hora de acostarle, bañarle...). La forma de terminar la escena sería hablándole con calma, pero cogiéndolo con firmeza, para llevarlo al baño y mojarle un poco la cara, a la par que le diríamos con buen tono alguna frase de distracción que le permitiera salir airoso de la situación; por ejemplo, «bien, Andrés, entonces hoy verás a Marcos y le podrás enseñar tu nuevo juego», o «esta tarde te iremos a buscar muy pronto, en cuanto terminemos de trabajar, ¿vale?, ¡pues adelante!». Normalmente, los niños se quedan muy sorprendidos ante estas salidas y con ojos de asombro asienten a lo que les decimos, pero si persisten en su rabieta, sencillamente ¡actuaremos!: saldremos de casa, o los

llevaremos a la cama, o al baño..., de forma resuelta y con seguridad, pero sin que nos vean tensos. En esos momentos da muy buen resultado que los padres hablen entre sí con calma, y al cabo de unos minutos le den la posibilidad de entrar al niño en la conversación.

Andrés, como era de esperar, se mostró muy sorprendido ante el cambio de actitud de sus padres; les probó media docena de veces más y, cuando comprobó que siempre pasaba lo mismo, dejó de hacerlo; su actitud en casa seguía siendo observadora, pero se mostraba más relajado, más tranquilo, de mejor humor y más «parlanchín». Sus padres pronto se tranquilizaron y admitieron que tenían un niño «listo y sensible», que de vez en cuando necesitaba sentirles seguros y tranquilos, especialmente cuando él no sabía cómo salir de los pequeños «líos» en que se metía. Por lo demás, el caso de Andrés es muy típico y característico de estas edades; nos hemos encontrado multitud de veces con situaciones parecidas, y siempre que los padres adoptan una actitud segura, tranquila, pero clara y firme, los niños reaccionan rápidamente.

Volviendo al niño de dos años, es una edad preciosa, donde muestran un notable afán por aprender y descubrir todo lo que les rodea. Sus comentarios y reflexiones nos sorprenderán y «alegrarán» la vida. Su aparente independencia y la gran vulnerabilidad que muestran nos enternecerán y, poco a poco, al final de esta etapa, su negativismo dejará paso a la cooperación y a las actitudes sociales; intentarán complacernos y se mostrarán muy pendientes de nuestras reacciones, preguntándonos constantemente si lo han hecho bien.

En este período su desarrollo muscular adquiere para él gran importancia. El niño se siente feliz con las actividades motrices, donde «vivencia» todo su cuerpo.

Será una buena edad para llevar a los niños a la escuela, aunque con tres horas diarias sería suficiente para ellos. Salvo que otras causas lo hagan necesario, deberíamos intentar que su estancia no fuera superior a cinco horas.

En relación con las actividades que pueden desarrollarse en esta etapa será preciso consolidar las iniciadas en el período anterior.

Como es lógico, partiremos de la realidad que tenemos ante nosotros. El niño de dos años es un ser aún bastante desvalido, necesitado de afecto y, como ya hemos indicado, poco sociable. Intentaremos desarrollar poco a poco su sociabilidad a través de

nuestra relación afectiva con él; esa relación le va a dar la seguridad que necesita para superar las dificultades que se le vayan presentando.

Por otra parte, el papel que desempeñamos en su vida nos permitirá encaminar al niño hacia los hábitos deseados; hábitos que adquirirá, en gran medida, a través de la imitación de nuestros actos.

En esta etapa cuidaremos, de forma especial, las adquisiciones en determinados aspectos:

Aseo

El niño controlará el pis durante el día y, en muchos casos, también por la noche. Hemos de señalar que, una vez que el niño ha alcanzado el control diurno, durante los seis meses posteriores se da un período muy favorable para alcanzar el control nocturno. A veces el pequeño nos lo muestra con mucha claridad y deja de hacerse pis de forma continuada; no obstante, no siempre ocurre así, y las señales son más débiles: algún día amanece seco, pero otros no; en ocasiones, se despierta por la noche, pero cuando ya está mojado; otros días se despierta justo cuando se le está escapando o en ese momento, pero luego se vuelve a mojar... Es preciso considerar que no siempre le resulta fácil al niño adquirir este control, por lo que deberemos estar muy atentos a las «señales» que observemos, para poder ayudarlo.

En concreto, si vemos que el niño se despierta alguna vez seco, o justo cuando se le acaba de escapar, le será más fácil conseguir la meta si le quitamos el pañal. No olvidemos que los pañales de hoy están diseñados para que el niño apenas note la humedad, y este hecho dificulta en extremo su aprendizaje de «estar seco». Igualmente, podremos jugar con él a que realice algunas cosas «divertidas» durante el día para fortalecer los esfínteres, como: cortar el chorrito, cuando está haciendo pis; aguantarse un poquito las ganas, para aumentar la capacidad funcional de la vejiga y fortalecer el detrusor (músculo interno que debe activarse durante la noche para que el niño sea capaz de despertarse antes de hacerse pis); apretar como si fuera a hacer pis, pero sin que se le escape nada...

De cualquier forma, tampoco nos obsesionaremos con el control nocturno del pis si, una vez establecidas esas medidas que pueden favorecer su control, vemos que el niño sigue sin conseguirlo; es probable que lo adquiera en los próximos meses y, si no fuera así, una vez que el pediatra haya descartado posibles causas orgánicas que

impidan o dificulten el control, a partir de que el pequeño tenga cinco años, los psicólogos disponemos de unos métodos muy eficaces para que el niño pueda alcanzar el control nocturno.

En relación con otros hábitos relacionados con el aseo, trabajaremos con el niño para que colabore en el lavado y peinado; en vestirse y desnudarse (llegará a descalzarse y a cerrar una cremallera).

-En la comida, el niño deberá terminar comiendo correctamente (sin ayuda y sin que se le caiga mucho), no mostrándose tirano y masticando antes de tragar.

Sociabilidad

Como ya hemos indicado, el niño deberá comprender la necesidad de compartir juegos y juguetes con sus compañeros. Su relación con otros niños se basa casi exclusivamente en juegos físicos. Los contactos sociales, aunque han evolucionado en relación a la etapa anterior, aún no adquieren el carácter realmente social de los tres años. Con frecuencia, los adultos nos despistamos con los niños de esta etapa y les llamamos egoístas, sin tener en cuenta que aún tienen un sentido muy «vigoroso» de sí mismos y no comprenden que tienen que compartir las cosas con sus compañeros.

Ante las exigencias sociales pueden desarrollar una serie de defensas y mostrarse perezosos cuando la motivación es débil.

Motricidad

Sus padres se valdrán de los estímulos constantes que crea para el niño una situación de juego.

A modo de orientación, el niño de dos años podrá correr sin caerse, salvar obstáculos simples, transportar objetos, abrir una puerta, subirse a una silla, trepar por la escalera, jugar con la pelota... A veces nos empeñamos en que el niño juegue a algo que no le atrae en absoluto; éste es un claro error que no debemos cometer, con un poco de habilidad partiréis del interés y de la motivación que muestre el niño, encauzando posteriormente esa motivación hacia vuestros fines.

Igualmente, respetaremos los juegos sedentarios que realizan los niños con los elementos naturales (agua, arena, hierba, piedras, palos...), así como su forma de entretenerse observando pequeños

insectos (lombrices, movimientos de hormigas, saltamontes, mariquitas, mariposas...).

Estimularemos los juegos de pelota y balón, los de construcción, ensartar bolas grandes, abrir, cerrar, llenar y vaciar cajas o frascos de envase...

Adaptabilidad

Fomentaremos la búsqueda de los juguetes perdidos; sacar y guardar los juguetes de su sitio; ver libros de imágenes, pasando con ellos las hojas...

Cuidaremos la motricidad fina, proporcionándole al niño materiales para modelar: plastilina, barro..., así como pintura para pintar con los dedos y ceras de varios colores. A veces pensamos que los niños ya pueden ser pequeños artistas, es importante que seamos realistas y consideremos que a esta edad apenas pueden hacer otras cosas que no sean garabatos y algún que otro círculo.

Lenguaje

Como ya hemos indicado en etapas anteriores, no nos cansaremos de establecer conversaciones con los niños, responderemos a sus preguntas y estimularemos su pensamiento y su imaginación, motivándolos para que pregunten, pero cuidándonos de encauzar correctamente su fantasía. Nos ayudarán a nuestros propósitos los cuentos, dramatizaciones, teatro, guiñol...

Tampoco olvidaremos el ritmo, aspecto básico y fundamental a cultivar en esta edad. El niño debe poder adquirir una correcta organización temporal; esta área es clave para posteriores aprendizajes, como por ejemplo la lectoescritura. Podemos trabajarlo con canciones y pequeños juegos de ritmo: palmadas y pausas de silencio.

Al ser ésta la edad del movimiento muscular, la mayoría de las veces el ritmo irá unido a juegos de motricidad.

En definitiva, intentaremos estar a su lado en los momentos claves y les ayudaremos fundamentalmente a través del juego para alcanzar el desarrollo madurativo necesario, tanto a nivel psicomotor como emocional.

Desde los tres a los seis años

Ésta es una de las etapas más encantadoras en la vida de los niños. De nuevo se produce un gran desarrollo, aunque no comparable al de los tres primeros años.

El niño se hace social, intenta agradar, quiere ser un miembro más de la familia, se toma muy en serio su papel y colabora para crear un ambiente mucho más relajado y distendido.

Se hace más autónomo, aunque a veces manifiesta algunas regresiones (comportamientos de etapas anteriores), cuando no sabe cómo solucionar pequeños conflictos. En estos casos los padres se mostrarán pacientes, pero seguros en su relación con el niño; le ayudarán a terminar esas pequeñas crisis cuando ellos se sientan incapaces.

El desarrollo de sus habilidades le permite un mayor control de sus movimientos, tanto a nivel de coordinación como de destrezas finas.

Son incansables, no paran un momento, no tienen un dispositivo que los avise cuando se van agotando; sencillamente «se desploman», caen rendidos.

El lenguaje alcanzará un desarrollo tan espectacular que lo preparará para acometer uno de los aprendizajes claves en su vida: la lectoescritura.

Serán los años del juego simbólico (representan escenas de personajes que no están presentes, y que nos proporcionan mucha información sobre el niño. El juego simbólico constituirá para él un excelente medio para desarrollar su inteligencia).

Sus progresos también son muy significativos en el área de aseo, higiene y autonomía personal.

1. A los tres años le enseñaremos a utilizar el tenedor correctamente, soltar las lazadas de los zapatos, desnudarse y vestirse sin ayuda, aunque sin abrocharse; subir las escaleras sin ayuda, andar sobre las puntas de los pies, ser capaz de aumentar o disminuir la velocidad corriendo, poder evitar las situaciones que puedan encerrar ciertos peligros (cerillas, cuchillos, cristales...), ser capaz de ordenar si se lo pedimos... Con los niños de tres años se pueden realizar múltiples actividades, como: juegos de parque, patio, con balancines, toboganes,

columpios, trepadores...; jugar con los adultos a la pelota, tanto con los pies como con las manos; llevar el ritmo con palmadas y con los pies; aprender canciones sencillas y canciones mímicas; pintar con pinceles gruesos y con los dedos, rasgar, picar, recortar...; pedalear un triciclo; escuchar narraciones, cuentos y mantener conversaciones; llevarlos de vez en cuando a observar la naturaleza; construir rompecabezas simples; ordenar objetos por tamaños... En relación con los niños de dos años se ha producido un cambio fundamental; a esta edad necesitan mucho menos a los adultos para realizar sus actividades, juegos, aprendizajes...

Su lenguaje mostrará un avance muy significativo, empezarán a utilizarlo con fluidez y seguridad. A veces se produce una corta fase de tartamudez, que se pasará al cabo de unas semanas; no obstante, no haremos que repita las palabras ni manifestaremos signo alguno que denote inquietud o impaciencia por nuestra parte.

2. A los cuatro años su lenguaje puede ser más aparente que real; a veces podemos confundirnos y pensar que su riqueza y seguridad en el lenguaje encierra más conocimientos de los que realmente posee.

El niño de esta edad puede tener ciertas expectativas ante el fracaso, su comprensión del pasado y del futuro es muy escasa y poco estructurada. Ahora le gusta más pasar de una cosa a otra que repetir constantemente la misma actividad; le encanta crear. Su mente es vivaz, y por ello sus interrogatorios son continuos, pudiendo improvisar preguntas de forma casi interminable. Aquí los padres no deben angus Liarse, a veces los niños hacen preguntas sobre temas difíciles de explicar; en realidad, los adultos solemos complicarnos mucho la vida y nos extendemos en explicaciones que los aburren y no comprenden; es preferible contestar con sencillez; realmente a esta edad están más preocupados en seguir preguntando que en atender a nuestras respuestas. Su locuacidad es interminable, son muy rápidos para buscar pretextos, pero no hay que alarmarse, lo hacen más por interés social que por deseos de desobedecer.

A esta edad les preocupa mucho distinguir entre fantasía y realidad y pueden tener temores irracionales, como el miedo a la oscuridad, a determinados animales, a veces producto sólo de la ficción. Los miedos y los terrores nocturnos pueden hacer su aparición. Conviene que los adultos vivan estas situaciones con normalidad pues, de lo contrario, un hecho natural, propio de la evolución del niño, puede «enquistarse» absurdamente. Hay que tener paciencia en estos

momentos en que los niños sienten «esos miedos»; será importante que los padres estén a su lado, que hablen tranquilamente sobre lo que les inquieta, que se muestren cercanos y afectivos, pero que no los sobreprotejan. En esas fases les dará miedo irse a la cama y reclamarán vuestra presencia; igualmente, pueden despertarse por la noche y llamaros de inmediato, o presentarse en vuestra habitación. No pasa nada porque os quedéis un poco con ellos cuando se acuestan, hablando o contándoles un cuento, pero debéis marcharos antes de que el niño se duerma; de lo contrario, asociará no tener miedo con vuestra presencia, y en cuanto se despierte volverá a necesitar que estéis a su lado. Hay muchos niños que sistemáticamente aprendieron a despertarse todas las noches a una hora determinada y al cabo de los meses, incluso de los años, siguen haciéndolo; en realidad, la atención que obtenían era tan reconfortante que lo que no debía durar más de unos días o semanas se termino convirtiendo en una costumbre, en un hábito dificil de quitar. Algo parecido le pasó a Cristina.

El caso de Cristina

Cristina era una niña de 4 años que hacía 8 meses había empezado a despertarse por las noches, al principio hacia las 3 de la mañana. Las primeras noches sus padres se levantaban y se estaban con ella hasta que se dormía, pero al cabo de dos horas volvía a repetirse la misma situación, así que el padre decidió que así no podían continuar, y cuando Cristina se despertase la primera vez, él se iría a su cuarto y la niña dormiría con su madre. El resultado es que la niña cada vez empezó a despertarse antes y, desde hace siete meses, directamente se acuesta en la cama de su madre.

Los registros nos mostraron que a la niña realmente se le habían pasado los terrores nocturnos, aunque sentía un poco de miedo a la oscuridad, en gran medida provocado por la sobreprotección de sus padres. Dado que las costumbres estaban muy arraigadas, debimos entrenar a Cristina a «convivir» con la oscuridad, primero durante el día, después por la noche y por último en su cama. La verdad es que la niña, cuando comprendió que, se pusiera como se pusiera, ya no volvería a dormir con su madre, colaboró rápidamente, y con un par de trucos y un sistema de puntos, que le premiaba por dormir en su cama, consiguió volver a la «normalidad» ¡en siete días! Al cabo de tres semanas bromeaba con sus padres sobre este particular y se mostraba más autónoma en otros ámbitos: aseo, comida, jugar sola...

En otras áreas debemos considerar que el niño de cuatro años no es sensible a lo incompleto, por lo que no le importa abandonar cualquier actividad por otra más importante.

El niño de cuatro años estará ya en el segundo curso del segundo ciclo de Educación Infantil, y normalmente irá al colegio o a la escuela infantil, pero en casa podéis complementar sus actividades; por ejemplo, fomentando su vivencia del ritmo; el niño podrá repetir algunos ritmos y ser capaz de respetar ciertas pausas o secuencias ante la aparición de otros ritmos. A esta edad reaccionará bien ante motivaciones interesantes.

En lenguaje podremos fomentar su razonamiento verbal, estableciendo conversaciones con ellos que les inciten a pensar, a imaginar, a salir de apuros... Asimismo, podremos hacer juegos de diferencias y semejanzas: ¿en qué se parecen una guitarra y un piano?, ¿en qué se diferencian un perro y una paloma...? Así, más tarde, podrán llegar a abstraer y generalizar.

Igualmente, podemos trabajar su memoria auditiva, narrándole cuentos o historias, y pidiéndole luego que nos las cuente, que nos diga lo que iba antes o después...

Los puzzles, juegos de encaje, de construcción o reproducción de modelos fáciles ayudarán a configurar su organización espacial.

3. A los cinco años aún necesita el niño algunos momentos de soledad y de retiro. Se produce un avance importante en relación con el nivel de independencia que es capaz de alcanzar.

En motricidad se nos presenta más ágil, con un gran control de su actividad corporal; este hecho hace que tome pocas precauciones en sus juegos peligrosos, pues su sentido del equilibrio está ya muy desarrollado.

Sus hábitos básicos: vestirse, lavarse, comer..., los tiene dominados; este hecho le proporciona gran autonomía; sin embargo, aunque su desarrollo intelectual parece muy avanzado, un análisis minucioso de sus juicios y nociones verbales nos revela aún sorprendentes formas de inmadurez en su pensamiento.

Su lenguaje está bastante completo y puede expresarse con frases correctas y terminadas.

Generalmente, es muy sociable, se muestra bastante dócil y transparente en sus sentimientos. Tiene además mucha capacidad de imitación de la conducta adulta y este hecho también le ayuda en su socialización. Le agrada además asumir pequeñas actividades y privilegios dentro del hogar.

Aunque aún sufre ansiedad ante los temores irracionales, la seguridad en sí mismo, la confianza en los demás y la conformidad social son los rasgos más característicos de su aspecto personal-social.

Las relaciones con los demás niños son pacíficas. Es menos autoritario y ha cambiado su actitud hacia los niños más pequeños, siendo ésta de gran ternura y hasta de devoción. En los juegos sobresale el interés que tiene por los bebés y por su mundo.

Otra característica del niño de cinco años es que se encuentra feliz al haber encontrado el equilibrio, pues se siente cómodo consigo mismo y con su ambiente.

Lo estimularemos, fomentaremos y encauzaremos su buen humor, su imaginación, su fantasía y su sociabilidad.

Le proporcionaremos experiencias nuevas y concretas de la vida, de acuerdo a su edad, pues él se muestra muy abierto e interesado ante los nuevos conocimientos.

Su madurez motriz lo capacita para ciertos deportes. Aquí tendremos un excelente recurso, que podrá utilizarse también como fuente de estimulación para ulteriores actividades.

Cuidaremos de que no vea demasiado tiempo la televisión, por las consecuencias poco favorables que conlleva: los hace estar pasivos, «tragarse» lo que les echen, a veces sin saber interiorizarlo; no potencia su creatividad, su razonamiento, su imaginación... y numerosas escenas provocan en ellos un impacto difícil de controlar. Muchos miedos, terrores, incitaciones a la violencia, agresividad, confusión... tienen su origen en la visión de este medio.

A esta edad es especialmente sensible al fracaso, por lo que tendremos cuidado y reforzaremos continuamente sus pequeños avances, tanto a nivel de aprendizajes como de actividades. Favoreceremos su autoestima, mostrándoles con generosidad nuestro afecto, nuestra valoración, nuestra cercanía; haciéndolos partícipes de nuestra seguridad en sus posibilidades, proponiéndoles pequeños

objetivos, que estamos seguros de que alcanzarán, y poniendo unas normas y unos límites claros, que le ayudarán a saber lo que puede y no puede hacer. Como insistiremos en numerosas ocasiones en este libro, un hecho crucial será evitar la sobreprotección. Cuando muestre conductas agresivas, actuaremos de forma inmediata y nos cuidaremos mucho para que no consiga sus objetivos por ese medio.

Ya estará en 3.0 de segundo ciclo de Educación Infantil. En este curso se cimentarán las bases de los principales aprendizajes, por lo que, desde el punto de vista académico, es un año crucial.

En muchos colegios acometerán el aprendizaje de la lectoescritura, en otros esperarán hasta el próximo curso; no obstante, lo importante es que cuando el niño comience la lectura esté realmente maduro para superar este importante reto; de lo contrario, más adelante aparecerán una serie de desórdenes y deficiencias que interferirán constantemente en los aprendizajes futuros del niño.

En el área escolar usará la imaginación, creará, improvisará, pintará, pensará..., de tal forma que aflorarán actitudes originales de su persona. La imaginación alcanza aquí su punto culminante y se manifestará en la mayor parte de sus juegos y aprendizajes. Sería un grave error no dejar que manifieste esta creatividad basándose en unos supuestos «aprendizajes escolares» más «formales»; aprendizajes forzados que sólo conseguirán que esta inteligencia creativa se pierda y no pueda desarrollarse.

Como siempre, será importante que los padres estén en contacto con los profesores de sus hijos para llevar una línea unificada y coherente que ayude a la estabilidad del niño.

En relación con los aprendizajes, no hay que obsesionarse con el hecho de que el niño esté continuamente aprendiendo cosas.

Al final de este ciclo (3 a 6 años), el niño deberá acometer el paso a Primaria; en algunos casos esto significará cambio de colegio; aunque la mayoría continuará en su mismo centro, podemos y debemos ayudarle a superar este paso con seguridad, con firmeza; para ello no nos cansaremos de reforzarle y reconocer sus esfuerzos. El trabajo del profesorado será de nuevo crucial, incluso vital para el niño, como le ocurrió a Héctor.

El caso de Héctor

Héctor era un niño muy débil físicamente, bajito, delgado, inmaduro; un niño que además llamaba la atención por su cara de sufrimiento, de tristeza.

Iba a empezar el último curso en la escuela; posteriormente pasaría a otro colegio para hacer EGB (actualmente Primaria).

Tal y como hacíamos siempre, en septiembre realizamos una exploración a todos los niños del último curso para evaluar la madurez que presentaban y ver si tenían algún problema que pudiera condicionarles en sus futuros aprendizajes (básicamente les mirábamos: comprensión, organización espacial, grafomotricidad, lenguaje, articulación, memoria visual y auditiva inmediata, organización temporal, lateralidad e interiorización del esquema corporal); los resultados con Héctor eran muy desalentadores: presentaba un retraso de año y medio en relación con su edad y nivel escolar, pero, como hemos comentado antes, lo peor es que era un niño infeliz, acomplejado, fracasado, huraño y díscolo en su relación con sus compañeros.

Si alguien podía salvar a Héctor sin duda era Pilar, la educadora de su curso. Mi confianza en Pilar era total; difícilmente se puede encontrar a una persona más dotada para la docencia; sus recursos eran ilimitados, como ilimitada era su capacidad para motivar a los niños, para estimularlos, para ilusionarlos, para conseguir que aumentasen su autoestima y su seguridad en sí mismos; la conexión que establecía con los niños era única, como única era su entrega y única era la relación y la implicación que lograba en los padres de sus alumnos. Pilar, sin duda, ha sido la persona que más me ha enseñado sobre educación y sobre niños, y en la que más me he apoyado en mis muchos e intensos años de trabajo en este campo.

Cuando fijamos los objetivos básicos a conseguir en cada niño, así como las áreas que más debían reforzarse, Pilar me sorprendió con las metas que quería establecer para Héctor: ¡pretendía que terminase el curso con el nivel del resto de sus compañeros!; para ello había elaborado un programa de refuerzo «a la medida del niño», pero, sobre todo, había ideado una increíble estrategia: ¡toda la clase ayudaría a Héctor! Con gran solemnidad les habló a su grupo de niños y les contó las cosas tan fantásticas que harían ese año, lo que disfrutarían, ¡lo mayores que se iban a hacer!, pero les dijo: «Para eso necesitamos la ayuda de una persona muy especial, de un niño que sabe observar de maravilla, que es rápido y ágil, que escucha siempre con atención, que se esfuerza por trabajar y que obedece y manda

muy bien; necesitamos un ayudante, y ese ayudante es Héctor.» Los niños se miraban unos a otros extrañados, pero el que más se frotaba los ojos y los oídos era Héctor: ¡No se lo podía creer!, y, sin embargo, ¡fue un ayudante excepcional! Se tomó su misión con la misma entrega con la que se volcó en su trabajo; no paraba un instante, los niños le animaban y le obedecían (él ejercía de forma muy solemne su papel: repartía las hojas, asentía a todo lo que decía su educadora, incluso los «cuidaba», si en algún instante se quedaban solos), pero, sobre todo, cada día iba ganando en seguridad, en confianza en sí mismo, cada instante se esforzaba al máximo por superarse. En el segundo trimestre ya había logrado un avance muy significativo, pero fue en los últimos meses cuando su progresión se hizo imparable: ¡al final, avanzó en un curso el equivalente a dos años y medio!, pero lo más importante es que se había con vertido en un niño feliz, un niño al que toda la clase había alzado, al que querían como si fuese su hermano, el hermano que a todos les gustaría tener.

Justo a los ocho años de salir de la escuela, su madre nos llamó para decirnos que acababa de terminar la EGB (el equivalente ahora a 2.0 de ESO) y estaba eufórica: ¡Héctor había obtenido una nota media de NOTABLE! Sin duda, detrás de ese éxito estaba su educadora y sus compañeros de Preescolar. La seguridad, la confianza, las destrezas y la madurez que había logrado el niño ese curso, ¡habían cambiado su vida!

En definitiva, ayudémosles a disfrutar; a jugar y a «trabajar» con alegría, con plenitud, con entusiasmo; a conseguir que este último año sea el comienzo de un futuro prometedor y marque el principio de una gran trayectoria.

Desde los seis a los nueve años

Es un período de cierta calma; el niño seguirá avanzando en su proceso de autonomía; sus amigos cada vez adquirirán más importancia, pero su familia seguirá siendo clave; necesitará constantemente su apoyo para contarles sus problemas; buscará su afecto y su comprensión ante la aparición de dificultades y planteará una nueva forma de relación familiar; aparecerán los acuerdos, los pactos y la necesidad de autoafirmarse. Durante este período el niño empezará a emitir juicios propios; antes sus valoraciones dependían de lo que le dijeran los demás, pero ahora comienza a tener sus propios criterios y este hecho le hará avanzar en su independencia.

Desarrollará nuevas habilidades y se sentirá encantado con las cosas que se le dan bien, pero también tendremos que trabajar con ellos otras áreas que les cuestan más: ordenar las cosas, hábitos de aseo, limpieza, autonomía personal (hora de irse ala cama, de bañarse, de recoger...).

Igualmente, nuestra aprobación será esencial para el desarrollo de su autoestima. Los enseñaremos a fijarse en sus progresos, por pequeños que éstos sean, y a tolerar sus errores; no escatimaremos nuestras felicitaciones, destacaremos sus aciertos y corregiremos sus fallos con cariño, sin que se sienta agredido o menospreciado; fomentaremos su capacidad de superación, de esfuerzo, potenciaremos su equilibrio, su estabilidad, su tranquilidad, a través del establecimiento de unas pautas, normas y límites que les ofrezcan un marco estable y les den seguridad.

> No podemos olvidar que en estas edades siguen siendo «muy niños»; sería un desastre para ellos encontrarse sin la estabilidad que les dan las normas, sin referencias que les indiquen el camino a seguir, lo que pueden o no pueden hacer; pocas cosas son tan tristes e injustas como un niño desorientado, perdido ante la falta de criterios de los adultos.

No se trata de estar constantemente encima de ellos, diciéndoles lo que deben hacer; antes bien, siempre insistiremos en que las normas deben ser claras, pocas (las fundamentales) y factibles; es decir, que se puedan cumplir «sin dejar de ser niños». Por otra parte, sería absurdo pensar que una vez establecidas los niños las asumirán sin más; eviden Cemente, tratarán de saltárselas, y harán bien, ésa es su labor; además, así ejercitarán su incipiente razonamiento, su capacidad de persuasión; nos corresponde a los adultos saber mantenerlas, razonarlas y hacer que se cumplan, pero lo haremos con tranquilidad, con calma, con la seguridad que nos da el saber que son necesarias, que son justas. Lógicamente, la coordinación que se establezca entre los principales adultos de referencia será crucial; no podemos transmitir al niño esas vacilaciones, cuando no contradicciones. De cualquier forma, si es imposible esa unión de criterios, al menos individualmente seamos constantes; no es la solución ideal, pero es la más factible y menos dañina en esos casos; de esta forma el niño sabrá lo que puede hacer cuando esté con su madre y lo que no debe hacer cuando esté con su padre; algo parecido le ocurre cuando falla otra coordinación esencial, la que debería existir entre sus padres y sus

educadores, pero debemos preparar al niño para una vida real, no utópica; en consecuencia, le enseñaremos a caminar con nuestras contradicciones y a pesar de ellas. En estas situaciones muchos adultos se sienten tan culpables que intentan compensar al niño sobreprotegiéndolo. Ya hemos comentado que éste es uno de los principales errores a corregir en nuestra relación con los niños; sería imperdonable. Protegerlos en exceso significa no dejar que maduren, que se ejerciten, que desarrollen sus propios recursos; significa hacerles unos niños «inválidos», incapaces de enfrentarse y superar las dificultades y los acontecimientos que se vayan produciendo en su vida.

Igualmente, intentaremos fomentar en ellos el diálogo; pero es difícil aprender a dialogar, por lo que de nuevo nos mostraremos pacientes y constantes en su ejercicio. Los niños de estas edades son muy impulsivos, pretenden que lo deje mos todo y los atendamos cuando nos requieran; no será fácil conseguir que aprendan a esperar, pero se lo haremos más sencillo si nosotros somos coherentes con lo que les decimos y cumplimos nuestra palabra. En cualquier caso, conviene ser receptivos a sus comunicaciones y no forzar el diálogo; es preferible que partamos además de los temas que a ellos les interesan; consideremos que, por regla general, el niño habla cuando él quiere, no forzosamente cuando se lo pedimos nosotros; incluso la insistencia permanente sobre un mismo tema puede hacer que se cierren en banda (a los adultos nos puede interesar mucho lo que han comido ese día en el colegio, pero difícilmente será uno de los puntos que más atraigan su atención; si la primera pregunta al verles es qué han comido, quizá nos respondan que no se acuerdan). Aquí serán muy útiles las preguntas abiertas como: ¿Qué tal hoy? ¿Qué se cuenta mi chico maravilloso...? También nos ayudarán, como siempre, las rutinas; si se acostumbran a hablarnos mientras desayunan o los llevamos al colegio aprovecharemos especialmente esos momentos.

En relación con otros temas que esté viviendo la familia, y que el niño puede haber detectado, seremos claros, aunque adaptándonos a su edad; es decir, si se ha producido alguna muerte cercana o algún suceso especialmente dramático se lo contaremos con tranquilidad, como un hecho normal en la vida, pero le ahorraremos las escenas más impactantes (no irán al hospital a ver a los familiares o amigos que estén en situación de deterioro manifiesto, ni asistirán a los entierros, ni, en la medida de lo posible, serán testigos de discusiones violentas o agresivas en el seno familiar). Pero tampoco les ocultaremos las cosas importantes que están ocurriendo y que ellos

han podido percibir. Por ejemplo, si es manifiesto que sus padres están atravesando una crisis fuerte en su relación, o alguno se ha quedado sin trabajo, o los niños están impactados por alguna secuencia de guerra o terrorismo que han visto; en estos casos conviene hablar con ellos con toda la calma y tranquilidad que seamos capaces, les comentaremos las cosas con sencillez, con naturalidad, pero siempre con una actitud positiva, de esperanza. Recordemos que para ellos es fundamental que los adultos encuentren soluciones, lo contrario les desestabiliza mucho, por lo que siempre intentaremos terminar con frases parecidas a: ¡no te preocupes, ya verás como terminamos resolviéndolo!; si no somos capaces de encauzar la información, el niño utilizará su imaginación y ésta suele ser extrema, por lo que terminan viendo situaciones terribles donde sólo hay problemas normales. Por otra parte, cuando exista de verdad una crisis, por ejemplo, la separación de los padres, conviene cuidar la forma de comunicárselo: nada de dramatismos, ni de tristezas; al contrario, les diréis que había un problema y que por fin lo habéis solucionado, que a partir de ese momento todos estaréis más tranquilos, que él seguirá yendo a su mismo colegio (eso es importante, por lo menos en una primera fase), que él no tiene ninguna culpa de este tema (pues fácilmente tienden a sentirse responsables), que sus padres lo siguen queriendo mucho, pero que han visto que es mejor no vivir juntos.

El niño de estas edades es muy afectivo, pero también muy vulnerable en su afectividad, por lo que es importante que viva lo que realmente puede vivir; lo ayudaréis en aquellas situaciones para las que está menos preparado; no olvidéis que si os ven seguros, ésa será la mejor ayuda que podáis ofrecerles, incluso para superar las situaciones que, en esos momentos, no tienen para ellos explicación.

A lo largo de todo el período prestaréis especial atención al desarrollo de sus relaciones sociales, fomentaréis aquellos hábitos que le ayuden a desarrollarlas (saludar correctamente, dar las gracias, reconocer el esfuerzo de los demás...); para ello utilizaréis tanto el lenguaje, dándole instrucciones precisas, como la comunicación no verbal, especialmente a través de vuestro propio modelo. En las relaciones con sus amigos surgirán peleas y sentimientos de impotencia; a veces podrán ser un poco exclusivistas, aquí vuestra misión será potenciar su tolerancia, ayudarlos a comprender que deben asumir que los otros pueden pensar de forma distinta y que, aunque les cueste, hay que saber compartir, incluso a los amigos; de cualquier forma, son más extremos en sus expresiones que en sus sentimientos; aunque parezca que se van a morir del disgusto, al poco

rato pueden estar tan entretenidos y contentos, jugando o escuchando un cuento.

En esta etapa comienza lo que Piaget denominó el período de las operaciones concretas, donde el niño, de forma gradual, será capaz de alcanzar el pensamiento lógico y lo aplicará a todo aquello que puede percibir, experimentar o manipular; como siempre, la ayuda de los adultos (padres y profesores) será determinante: necesitarán que los escuchemos, que los ayudemos a pensar, a razonar, a reflexionar.

El lenguaje experimentará un gran desarrollo, tanto a nivel de comprensión como de expresión, aunque todavía pueden tener dificultades para expresar sentimientos o preocupaciones.

El aprendizaje que requerirá más tiempo, esfuerzo y dedicación será sin duda el de la lectoescritura; si consiguen dominar estas áreas, habrán dado un paso definitivo, pero no nos confundamos, no se trata de alcanzar una lectura mecánica, sino comprensiva; donde sean capaces de empezar a razonar, a integrar conocimientos, no simplemente a repetirlos; no obstante, a esta edad aún no sabrán extraer las ideas más importantes, ni podrán resumir o subrayar, por lo que no esperaremos ni les pediremos esas habilidades. El lenguaje escrito constituirá otro hito; no se trata únicamente de que copien, sino de que lo utilicen como medio de comunicación, de expresión.

Poco a poco convendrá que fijen un corto espacio de tiempo, donde hagan alguna tarea relacionada con el colegio (puede consistir en leer algún cuento o libro adecuado para estas edades); lo importante será establecer un hábito relacionado con el estudio; saber que tienen un tiempo para jugar y otro, aunque pequeño, para trabajar.

Tampoco debemos desesperarnos con sus capacidades; a estas edades hacen gala de una memoria inmediata excelente; si les pedimos que nos repitan lo que acabamos de decirles, aunque estuviesen distraídos, serán capaces de hacerlo bien; pero tendrán todos los problemas del mundo para acordarse al día siguiente; les cuesta «sellar en memoria»; ellos mismos, de forma espontánea, se ejercitan repitiendo las cosas, para poderlas «archivar»; por ejemplo, repiten lo que les hemos dicho que traigan a la mesa (tenedores, cuchillos, cucharas, platos...) y continúan este proceso con la mayoría

de sus aprendizajes (repiten las tablas de multiplicar, lo que acaban de estudiar, lo que han oído al profesor...).

Durante esta etapa no suelen presentar especiales dificultades para seguir los aprendizajes en el colegio; no obstante, ya empezarán a marcarse algunas diferencias de seguimiento entre unos niños y otros; diferencias a las que son bastante sensibles, y que les influyen más de lo que manifiestan. Aprendizajes claves como la lectura, escritura, razonamiento lógico, numérico... se establecerán en esta etapa, por lo que permaneceremos atentos a las dificultades que pueda presentar el niño; una lateralidad mal configurada puede influir significativamente en sus aprendizajes, por lo que éste, y no después, será el momento de intervenir; más tarde, en la mayoría de los casos, los programas de apoyo serán paliativos, mientras que ahora puede quedar el problema perfectamente resuelto; recordamos sobre este particular el caso de Natalia.

El caso de Natalia

Natalia había sido una niña muy alegre, hasta que empezó a sentir sus primeras dificultades escolares, las cuales cada vez se agravaban más, originando en ella un sentimiento de impotencia y fracaso importante.

En el momento que la conocimos estaba en 2.0 de Primaria; se trataba de una niña con mucho afán de superación pero, a pesar de sus esfuerzos, no conseguía avanzar en su aprendizaje lectoescritor. Su profesor estaba preocupado, pues veía que estaba desarrollando algunos errores disléxicos y por más que trataba de trabajar con ella de forma individualizada, Natalia no conseguía superar el bache.

Sus padres se sentían igualmente impotentes, la niña había pasado de llegar a casa y querer trabajar en la lectura a no mirar un solo libro; además, se encontraba más débil y vulnerable; rápidamente se sentía insegura y triste.

Un estudio riguroso nos mostró que era una niña con un buen potencial intelectual, con buenas aptitudes ante los aprendizajes, pero con lateralidad cruzada (su mano dominante era la diestra, pero tenía más equilibrio y fuerza en su pierna izquierda); este hecho estaba repercutiendo en su aprendizaje lectoescritor; la razón era evidente: si la niña era incapaz de distinguir la izquierda de la derecha en su

propio cuerpo, ¿cómo iba a poder hacerlo gráficamente?, de ahí sus rotaciones, inversiones, sustituciones... en su lectura y en su escritura; si lo pensamos un poco, ¿cómo sabe la niña por dónde tiene que empezar a leer una palabra?; por ejemplo «el», si lo hace por la izquierda leerá «el», pero si lo hace por la derecha leerá «le»; de la misma forma, cómo distingue la «d» de la «b», si la única referencia es que el «circulo» está a la izquierda o a la derecha del palo, ¿cómo se sitúa ella? En definitiva, una vez que supimos cuál era la dificultad, la niña pudo seguir un programa de refuerzo apropiado y adaptado a sus dificultades, que empezó a dar pronto los primeros frutos. Si hubiéramos dejado este tema estancado, la niña habría ido «saltando» como hubiera podido, y a los ocho, nueve o diez años, cuando la situación hubiera sido insostenible, la recuperación sería muy dificil y los resultados bastante pobres, pues su deficiente lateralidad se habría quedado definitivamente configurada a los ocho años y, a partir de ahí, el tiempo iría en su contra, no a su favor.

Es importante señalar que no todos los casos de lateralidad cruzada tienen estos efectos. Seguro que muchos adultos presentan aún dificultades para señalar la dirección cuando van de copilotos; pueden decir «a la izquierda» y señalar a la derecha; afortunadamente, son pequeñas secuelas, pero sus aprendizajes escolares se desarrollaron con normalidad.

En este caso la intervención fue decisiva; para estas dificultades podemos establecer una máxima muy clara: «Cuanto antes sea la detección, mejor será el pronóstico.»

No nos cansaremos de insistir en que el segundo ciclo de Educación Infantil y el primer ciclo de Primaria serán cruciales para el futuro escolar del niño. Normalmente, los primeros fracasos escolares se detectan en la etapa siguiente, a partir de los nueve años, pero tienen su origen y su «mejor solución» en cursos anteriores.

En otros aspectos, como el área sexual, ésta es una etapa de calma; los niños no se mostrarán especialmente interesados en la sexualidad; no obstante, cuando nos pregunten algo sobre este tema, recordemos que son niños de 6, 7 u 8 años, que normalmente nos preguntan sobre la sexualidad como podrían haberlo hecho sobre su colección de

cromos; nuestras respuestas serán claras, pero sencillas, adaptadas a su capacidad de comprensión; no daremos mayor importancia que la que ellos nos demandan, ni nos extenderemos en explicaciones que no pueden asimilar.

En definitiva, se trata de un período bonito, bastante tranquilo, pero con grandes enseñanzas, ¡disfrutémoslo y extraigamos sus aprendizajes!

Desde los nueve a los doce años

Esta etapa se considera un período de transición; las transformaciones físicas no son tan marcadas como en otras edades; no obstante, tendremos ante nosotros una oportunidad de oro para crear hábitos sanos y saludables, tanto en la esfera de la alimentación como en todo lo referente al descanso, aseo, higiene, deporte...; aspectos todos claves que les permitirán afrontar su pubertad en las mejores condiciones.

A nivel escolar corresponde básicamente a los cursos de 4.0, 5.0 y 6.° de Primaria; el final de la Primaria coincidirá en muchos casos con un cambio de centro escolar, hecho determinante para muchos niños.

Desde el punto de vista del desarrollo psicológico e intelectual, el proceso es muy rico y complejo, lo que les permitirá encontrar salidas nuevas y originales, que provocarán un enfoque muy distinto al que habían mantenido hasta ahora.

> El nivel de dependencia e independencia variará en función de cada niño, pero en esta etapa lucharán con todas sus fuerzas por hacerse más independientes del medio familiar, aunque serán más gregarios a nivel de grupo; los amigos adquirirán una importancia extraordinaria, pero aún necesitarán la aprobación y el apoyo de sus padres, mucho más de lo que sus aparentes conductas pudieran indicarnos.

Se despierta en ellos un interés y una conciencia social muy loable. Quieren saber lo que pasó en épocas anteriores de la historia, los sufrimientos de los distintos pueblos, las vidas de los niños en otros países; poco a poco se van haciendo más solidarios, se intentan implicar en temas sociales y, como no podría ser de otra forma, mantienen posturas muy radicales.

Cada vez resulta más dificil que sigan determinados hábitos sin intentar rebelarse (número de horas de sueño, momento de irse a la cama, tiempo limitado de ver la televisión...), pero no confundiremos las explicaciones con las negociaciones. Podemos argumentarles la necesidad de no permanecer delante del televisor demasiado tiempo, pero no serán ellos quienes fijen ese tiempo ni el momento de ampliarlo o reducirlo.

La necesidad de normas, reglas, pautas y límites convivirá con una mayor escucha por parte de los adultos, con muchas horas de diálogo, paciencia y comprensión; aún necesitan mucha dedicación, en tiempo y afecto, de sus padres.

Se fijarán mucho en cómo se comportan los padres entre ellos y con sus amigos; estarán muy pendientes de sus pautas y conductas y, sin darse cuenta, les imitarán en muchos de sus gestos y actitudes.

Los niveles de abstracción que alcanzan se van fortaleciendo a medida que su razonamiento es capaz de alejarse de lo concreto. Ya no necesitan, como en etapas anteriores, probarlo todo para poder interiorizar un aprendizaje; ahora utilizan la memoria para analizar, argumentar o rebatir.

Su rapidez y agilidad mental se desarrollarán extraordinariamente, hasta el extremo de que empezarán a notarse mucho las diferencias entre unos y otros, en función de ese mayor o menor desarrollo. Surgirán los temidos fracasos escolares, en gran medida motivados por las deficiencias que el niño presente o vaya arrastrando en los aprendizajes básicos.

Es el momento de abrirles al mundo de la cultura: artes, ciencias, letras. La lectura será su principal ayuda, la guía y la llave que les dé acceso a los conocimientos; por eso es importante que en este período desarrolle una lectura comprensiva, que le permita analizar, interiorizar, pensar, razonar..., que le facilite la asimilación de las experiencias y conocimientos que marcarán sus futuros aprendizajes.

Igualmente, el gusto por la escritura, por comunicarse a través de este medio, será otro de los objetivos que padres y educadores deben marcarse; intentaremos que el niño se comunique de forma espontánea, con toda la riqueza que le permita su vocabulario.

A nivel de sexualidad, se producirán muchas diferencias; por regla general, las niñas se desarrollan sexualmente antes que los niños y

suelen adoptar posturas más maduras, aunque no debe confundirnos la aparente desenvoltura con que niños y niñas tratan de estos temas; la mayoría de las veces su lenguaje no se corresponde con su nivel de conocimientos.

Los chicos suelen adoptar un tono provocador, suelen ir de «expertos» cuando hablan entre ellos; en el fondo, es una forma de esconder sus carencias.

Los adultos, al igual que en otras áreas, pueden favorecer enormemente el desarrollo sexual de los niños, entre otras cosas, creando un ambiente afectivo y relajado, donde puedan sentirse escuchados sin problemas y sean testigos de las buenas relaciones existentes entre sus padres; las manifestaciones afectivas serán tan naturales como el dar los buenos días o saludar al llegar a casa.

Según las edades, conviene señalar algunas matizaciones. Por ejemplo, a los nueve años no sienten demasiado interés por el tema sexual; por el contrario, desarrollan muchas fantasías; convendrá que estemos atentos ante las dudas que puedan surgirles, pero no los agobiaremos estando demasiado encima de un tema que sencillamente no les atrae de forma especial.

A los diez años, sin embargo, sí que les gusta hablar entre ellos del desarrollo sexual que experimentarán en años posteriores; especialmente los niños se encuentran muy interesados sobre las transformaciones de sus órganos sexuales. A las niñas normalmente ya se les ha hablado sobre el tema de la menstruación, pero eso no significa que lo tengan perfectamente asumido; de hecho, cuando llega, suelen reaccionar con inquietud, miedo o fuerte rechazo.

A los once años tienen sus propias ideas de lo que es el hombre o la mujer sexualmente madura; en el fondo, están muy condicionados por lo que observan en casa; sus padres, sin darse cuenta, les transmitirán la imagen que ellos tienen sobre sí mismos. Estarán muy atentos a las conversaciones y los comentarios que cada uno realice sobre el otro sexo, por lo que nos cuidaremos de no hacer descalificaciones o comentarios poco afortunados, que para ellos adquieren gran importancia.

De nuevo, repetimos, la mejor forma de prepararlo para afrontar las etapas posteriores será creando en casa un ambiente afectivo, relajado, donde las muestras de cariño convivan con actitudes tiernas entre los padres y entre éstos y sus hijos, a la par que potenciaremos al

máximo el diálogo, pero un diálogo constructivo, relajado, pensado, no un sinfín de improperios o descalificaciones que surgen ante un disgusto, una crisis o un desacuerdo.

En consecuencia, a nivel familiar nos esforzaremos por hablarles claro; para ello, para asegurarnos de que no nos estamos «liando», como norma les preguntaremos y escucharemos antes de ofrecerles nuestras respuestas. Será importante que delimitemos su campo de atención; exactamente qué quieren saber, qué significa para ellos esa pregunta extraña que nos han formulado; de lo contrario, empezarán los aburridos e inoperantes discursos a los que somos tan aficionados los adultos.

Como siempre, utilizaremos con profusión el sentido del humor, pues a estas edades sus problemas se vuelven muy imperiosos y no tienen recursos para afrontarlos. Puede parecerles que no son tratados en casa de forma justa y razonable y empiezan a cuestionar la autoridad de los padres. Este hecho produce temor entre sus progenitores, cuando en realidad debería celebrarse como un indicio de la madurez que el niño está alcanzando; es lógico que cuestionen las normas, lo que necesitan no es vuestro nerviosismo ante ello, sino una actitud tranquila, relajada y, cuando sea necesario, flexible.

> De cualquier forma, el diálogo abierto no es un diálogo «de sordos», donde los niños se limitan a presionar una y otra vez para tratar de conseguir sus propósitos; cuando veáis que no escucha, que no razona, que simplemente exige, será el momento de actuar, no de dialogar.

Al final de esta etapa, hacia los once años, a veces parecen tan independientes que podría pensarse que son capaces de cuidar de ellos mismos; nada más lejos de la realidad; siguen necesitando vuestra atención, que los apoyéis, que los escuchéis, que les respondáis; en definitiva, que estéis a su lado.

Por fin comienzan a ser capaces de hablar de sí mismos, de lo que les pasa; por ello, si sabemos escucharlos y no mostramos sorpresa ante lo que dicen nos ofrecerán un excelente medio para conocer su estado anímico, lo que les preocupa e inquieta. Cuando nos sintamos desorientados ante sus manifestaciones o conductas, no olvidemos una regla de oro: ¡utilicemos el sentido común! y saldremos bien de la situación.

Entre los temas más conflictivos en esta etapa figurará la conveniencia o no de apuntarlos a determinadas actividades extraescolares. No tendría sentido dar una respuesta válida para todos los casos, pero sí que es importante analizar el tiempo real que le queda al niño, ya que su jornada escolar suele ser bastante extensa. A pesar de ello, a veces las circunstancias no son fáciles, y muchos padres sienten que no tienen opción y deben apuntar a sus hijos a actividades fuera del horario escolar para compatibilizar la dinámica familiar. En estos casos, considerando el poco tiempo que el niño va a tener para jugar, o para «moverse» simplemente, es aconsejable que los apuntemos a actividades que favorezcan el contacto y la relación con otros niños, a la par que les permitan cierto ejercicio físico; de cualquier forma, esperamos que luego, en casa, les compensemos un poco con esa atención que necesitan, con esa comunicación que nunca debiera faltarles.

Sobre este particular quizá nos sirva de ayuda el caso de Fernando.

El caso de Fernando

Fernando era un niño de 11 años que estaba «insoportable». No paraba de reivindicar cosas y no parecía estar contento con nada.

Sus padres trabajaban hasta bastante tarde, se encontraban muy presionados y, aunque trataban de ser pacientes con él, la verdad es que en casa «saltaban chispas» todos los días.

Los registros nos indicaron que el niño «estaba enjaulado» y actuaba como tal. Iba a un colegio con un nivel escolar muy alto, donde debía esforzarse más que la mayoría de sus vecinos y amigos del barrio, a los que por cierto apenas podía ver. Cuando terminaba su jornada normal, sus padres, para hacer tiempo hasta que ellos llegasen a casa, y para «ayudarle» y prepararle «para el futuro», le habían apuntado a clases de inglés, matemáticas y música; resultado, el niño llegaba casi a las 20.00 horas a casa y entonces debía hacer aún algunos deberes, bañarse, cenar... y, además, ¡le pedían que estuviese contento!

Dado que a sus padres les parecía imposible introducir cambios para que el niño llegase antes a casa, al menos cambiamos las actividades extraescolares y, dentro de ese horario, le dejamos un tiempo para hacer los deberes; de esta forma, cuando llegaba a casa no tendría que prolongar más su «jornada escolar». El inglés, las

matemáticas y la música los sustituimos por pintura, natación y fútbol; además, establecimos un período de treinta minutos de dedicación absoluta al niño en casa; es decir, sus padres reservarían treinta minutos de su jornada para hablar con el niño, escucharle tranquilamente, comunicarse con él, ver sus inquietudes, reírse y jugar juntos.

Fernando empezó a mostrarse mas tranquilo, mas relajado, mas dialogante, cesó en su espiral consumista y poco a poco el ambiente familiar se hizo más distendido y amigable para todos. Aunque sus padres temían una bajada «en su rendimiento escolar», la verdad es que el niño incluso mejoró en algunas áreas.

La conclusión es clara, todas las actividades que puedan hacer en su jornada escolar, que las hagan; siempre que podamos evitarles actividades extras lo haremos, y cuando no haya más remedio intentaremos que «las extraescolares» les sirvan para relacionarse con otros niños y para moverse y desfogarse un poco, porque no olvidemos ¡que son niños!

Sobre el resto de las situaciones que se nos pueden presentar en estas edades, en las anteriores y en las siguientes, no nos preocupemos; tendremos suficiente información en los capítulos posteriores. No obstante, antes ofreceremos unos breves apuntes sobre los dos períodos restantes.

Desde los doce a los quince años

¿Es tan difícil este período? ¿Está justificada su fama o es una etapa más, con sus características y dificultades?

La verdad es que muchas veces, cuando analizamos estas edades, lo hacemos desde la perspectiva de adultos; nos reforzamos diciendo que es una etapa terrible, llena de problemas y situaciones límites..., ¿pero realmente nos ponemos en la piel del preadolescente, del adolescente o del joven que aparecerá al cabo de unos años? ¿Ciertamente pensamos que a ellos les son fáciles estos cambios que se producen en sus vidas, hasta ahora más o menos tranquilas?

Las distintas culturas, incluso los diferentes niveles socioeconómicos, conllevan grandes diferencias; pero en nuestra sociedad, como término medio, suele admitirse que la entrada en la adolescencia tiene lugar entre los 12 y los 14 años; igualmente, en los

últimos tiempos se une este «estreno» con el comienzo de todos los problemas del mundo, o con el fin de la paz y tranquilidad; ¿un poco exagerado, no?

Lo cierto es que, desde el punto de vista biológico, comienza la pubertad, con la aparición y estallido de esos procesos internos endocrinos que marcarán, además de una serie de transformaciones físicas, todo un cambio en las relaciones del niño consigo mismo, con su entorno y con su familia. Las glándulas endocrinas segregan una serie de hormonas que producen un aumento del tamaño de los órganos sexuales, cuando llega la maduración sexual; maduración que, como ya hemos indicado, presenta un desarrollo más precoz en las chicas que en los chicos.

Las señales externas más relevantes son la aparición de la menstruación en las chicas y la producción de esperma en los chicos, aunque también tienen lugar otras manifestaciones, entre las que destaca el aumento de la pilosidad y el desarrollo mamario. Estos hechos a veces provocan conflictos; por ejemplo, cuando la menstruación llega demasiado pronto, o con la vivenciación de la masturbación, en función de ideas y creencias irracionales que han prevalecido durante mucho tiempo. En principio, debemos considerar la masturbación como una parte normal del desarrollo.

Las diferencias físicas pueden ser muy notables: tendremos chicos/as altísimos/as y fuertes para su edad, lo que en ese momento suele valorarse positivamente, y no siempre es así, y chicos/as bajitos/as, que suelen arrastrar ciertos complejos e inseguridades.

Desde el punto de vista intelectual, la evolución será tan importante que le permitirá abordar aprendizajes más difíciles, más abstractos.

El adolescente desarrollará su capacidad analítica, su lógica se transformará y potenciará su sentido crítico; su capacidad de razonamiento le facultará para tomar decisiones; pero a veces serán decisiones temerarias, poco realistas; todo se desarrolla en medio de fuertes convulsiones, que les llevan a posturas rígidas, cuando no extremas.

Su atención se volverá más fluctuante; con frecuencia se empeñarán en realizar varias tareas a la vez, aunque el resultado final esté muy lejos de ser positivo.

El desarrollo de su memoria le permitirá relacionar conceptos diferentes, extraer las ideas comunes entre ellos, ampliar sus conocimientos y su campo de intereses.

El lenguaje se hará más rico, más depurado; empezará a valerse de él para argumentar, para reivindicar, para expresar sus sentimientos, sus necesidades, para acercarse al grupo y adoptar su argot, a veces soez y agresivo, pero normalmente pasajero.

Su forma de pensar evolucionará, hasta el punto de permitirle elaborar hipótesis; le encantarán los debates, las discusiones en grupo, la exposición de los argumentos más variopintos...; tendrá lugar una ampliación muy considerable de lo que, hasta ahora, había sido su mundo.

La potenciación de su sentido crítico, de su afán reivindicativo, hará que por sistema cuestione las normas de los adultos.

Al final de esta etapa estarán establecidas las bases intelectuales adultas, pero al adolescente le faltará un principio fundamental: la experiencia vital; esa experiencia que nos permite tener una visión real, concreta y coherente del mundo que nos rodea. De ahí gran parte de sus dramas, de sus dificultades y de sus contradicciones, que le llevarán de ser idealistas a manifestarse egocéntricos; que potenciarán ese sentido del humor tan especial que desarrollan. En realidad, es una forma de acercarse a aquello que no dominan, a la par que les permite buscar una salida a las situaciones conflictivas.

La presión del grupo será tan fuerte que condicionará gran parte de sus decisiones individuales; al final, no optarán por lo que ellos quieren, sino por lo que el grupo acepta o tolera.

A nivel de rendimiento escolar aumentarán las diferencias entre ellos y habrá chicos/as con capacidades limitadas, que encontrarán su «techo», al no ser capaces de alcanzar el pensamiento abstracto que se desarrolla en estas edades.

Habrá otros fracasos escolares que responderán a otras causas y que, en la medida que no se resuelvan, deberán ponerse en manos de especialistas, pues no debemos olvidar que el primero que sufre es el niño, en este caso el adolescente.

Estos años corresponderán, básicamente, a los tres primeros cursos de la Educación Secundaria.

Desde el punto de vista familiar, tendrá lugar un momento crucial en su desarrollo. Los adolescentes necesitarán «marcar distancias» con sus padres, con todo lo que identifican con una etapa anterior, con protección, con supervisión. Empezarán a juzgar a sus padres y con frecuencia serán implacables; cuestionarán todo lo que antes admiraban y rechazarán su forma de ser, de pensar, de educar... Sin embargo, de nuevo deberán enfrentarse a sus contradicciones internas, pues seguirán necesitando a sus padres, precisarán su apoyo, su estímulo, su seguridad, su soporte afectivo; pero no se lo pondrán fácil, el adulto deberá ejercitar al máximo su com prensión, su capacidad para ponerse en su lugar y comprender que detrás de toda esa barrera sigue habiendo un chico/a que le necesita, a pesar de su aparente rechazo.

La ambivalencia llega al extremo de pedir independencia, pero a la par querrán que sus padres, y los adultos en general, se interesen por lo que hacen y estén disponibles para cuando lo soliciten; reclamarán atención y afecto, incluso contacto afectivo, pero rechazarán a menudo su compañía; querrán que sus padres los escuchen, que los acepten incondicionalmente, incluso en su forma de vestirse, de comportarse; reclamarán que los traten como adultos y tengan confianza en ellos, pero también querrán que sus padres sigan siendo una guía, un baluarte de seguridad que los ayude a salir de las situaciones conflictivas en que se meten y, a ser posible, que además lo hagan con sentido del humor...

Les cuesta asumir los límites que tanto necesitan, que los ayudan a situarse y conocer cuáles son sus derechos y sus obligaciones; en el fondo, ellos saben que los límites les dan seguridad y confianza, pero se debatirán entre su rebeldía y la autoridad que siguen necesitando, y que le es tan crucial en esta edad, que si no la encuentran en sus padres la buscarán fuera de su familia y se identificarán con algún líder, seguramente poco positivo, que se convertirá en su «guía».

Aquí los padres y los adultos en general deberán enfrentarse a situaciones poco agradables, donde su seguridad será clave, para ayudar al adolescente a superar estas crisis; nada peor en estos momentos que las vacilaciones, que las tentaciones de ceder y ceder para no vivir momentos difíciles, y consentir en todo, con la excusa de que el chico/a se sentirá fatal si le niegan lo que pide; será necesario distinguir entre necesidades y caprichos. El adolescente se mostrará insacia ble, querrá comprar y comprar cosas, pedirá más y más dinero y, salvo que cortemos desde el principio, nos habremos metido en una

dinámica donde tendremos todas las papeletas para perder.

Hay padres que creen que si no ceden, sus hijos los querrán menos; sin darse cuenta de que, en el fondo, precisamente esa actitud hará que sus hijos los rechacen, porque sólo les producirá inseguridad, inestabilidad e insatisfacción.

No obstante, eso no querrá decir que no haya que razonar los límites; en esta etapa deberemos explicarles minuciosamente todo lo que vayamos a imponerles, pero explicar no quiere decir negociar; podremos negociar las normas, pero no los límites.

Las normas, para que sean cumplidas, deben ser realistas y, a ser posible, se darán dentro de un clima razonable.

Cuando lo consideremos más eficaz, y como medio para favorecer su involucración, podremos pactar algunas normas, pero después exigiremos su cumplimiento. En realidad, cuando se quejen, les argumentaremos que los estamos tratando como adultos, ¿o es que creen que los adultos no deben cumplir normas?, ¿cómo se integrarán entonces en una sociedad llena de leyes, normas, reglas...?

Por lo demás, repetimos, es imposible abarcar en unas páginas todas las situaciones que se pueden dar en esta etapa y en la siguiente; no obstante, creemos que lo hemos resuelto satisfactoriamente, y de una forma muy práctica podremos aprender de los numerosos casos reales que se exponen a lo largo de este libro, y que nos ofrecen muchas pautas y recursos que nos ayudarán a superar estos difíciles momentos. El caso de César plantea una situación límite, que puede ayudarnos ante problemas parecidos.

El caso de César

Se trataba de un niño de 14 años, que tenía una hermana de 12 y unos padres de mediana edad, que siempre se habían llevado muy bien, pero que actualmente tenían graves problemas ante la impotencia que ambos sentían sobre cómo «encauzar» a su hijo.

Vinieron a consulta a petición del colegio de César, pues éste acababa de ser amonestado por segunda vez y el riesgo de expulsión era inminente. Sus padres nos lo describen como un chico muy agresivo, que lleva cuatro años molestando y agrediendo a todos los miembros de la familia. Además de su hermana, convive también con ellos su abuela.

En numerosas ocasiones había llegado incluso a pegar a sus padres; hace dos días su última hazaña había sido escupir a su padre, pegar a su madre y emborronar todas las láminas de dibujo que debía entregar su hermana al día siguiente.

Literalmente, se pasa el día «pegado» al ordenador; lleva ocho meses sin salir con ningún amigo, no tiene relaciones sociales; cuando lo llaman, sólo es para preguntarle por los deberes.

A nivel escolar es un niño con un buen potencial académico, pero en la actualidad va raspando y, por primera vez, le han quedado dos asignaturas.

Las amonestaciones del colegio habían sido por meterse con chicos más pequeños: tanto en la ruta (autocar) como en el recreo. Nos pusimos en contacto con su tutor y nos lo describió como «un actor profesional», que se ríe de todos.

Parece que los profesores lo ven como un chico introvertido, poco claro y nada espontáneo. Sus compañeros lo definen como «un cabronazo, que no hace nada por nadie».

Con estos antecedentes, les dijimos a los padres que se preparasen para trabajar duro; pero no sólo porque César «les hubiera comido mucho terreno», sino porque los veíamos tremendamente inseguros y asustados.

Los registros no dejaban lugar a dudas: ¡la convivencia en casa era una auténtica tortura! Los padres, la hermana y la abuela se habían convertido en sus rehenes; todo estaba a su servicio y capricho, incluido el uso del cuarto de baño. En la casa eran cinco personas y había dos cuartos de baño; desde hacía tres años él utilizaba un cuarto de baño para él solo y los otros cuatro miembros el otro baño, que por cierto estaba dentro de la habitación de sus padres.

Él constantemente los molestaba, les tiraba agua por encima, los insultaba, hacía sonar el teléfono a todas horas... y se pasaba el día con el ordenador (bloqueándoles la línea telefónica).

Lógicamente, les dijimos a los padres que había que intervenir rápidamente; a partir de ese momento debería ganarse cada minuto que estuviese con el ordenador, cada peseta que gastase, cada programa que necesitase...; además, compartiría el cuarto de baño con su abuela y con su hermana, no podría mostrar conductas agresivas o vejatorias hacia el resto de los miembros de la familia y, dado que las

humillaciones hacia su hermana y su abuela eran constantes todas las tardes, no regresaría directo a su casa, después de las clases, sino que iría al trabajo de su padre y estaría allí, haciendo los deberes, hasta que ambos regresasen a casa.

Al cabo de seis semanas ¡las cosas no habían cambiado nada! La triste realidad es que sus padres no se habían atrevido a poner en práctica el programa, y no lo habían hecho, como ellos mismos confesaban, ¡por miedo!, ya que ante el primer intento de hacer cumplir las nuevas normas, César había reaccionado poniéndose aún más insoportable, por lo que seguía tan déspota y agresivo como de costumbre.

Su última hazaña había sido zarandear a su abuela y hacerla caer al suelo, y este hecho había conseguido que, por fin, su padre reaccionase.

No fue fácil. César lo siguió intentando, pero cuando comprendió ¡que se había terminado!, que sus padres no le iban a permitir ningún margen, empezó a reaccionar.

En este caso habían pasado muchos años y, desgraciadamente, se tuvieron que dar circunstancias muy penosas para empezar a actuar.

Es cierto que un chico como César «rompe los nervios», pero precisamente él, más que nadie, necesita esas muestras inequívocas de seguridad por parte de sus padres; necesita su cariño tanto como su firmeza; su comprensión tanto como su resolución; su paciencia, como su contundencia; su dedicación, como su decisión.

En definitiva, necesita tener unos límites claros, unas normas básicas, unas reglas mínimas que le ayuden a «ser persona», que le hagan sentirse bien no agrediendo, sino cediendo; no imponiendo, sino pactando; no vejando, sino queriendo.

> La moraleja finales clara: a pesar de que sean chicos «dificiles», cuanto antes intervengamos, cuanto menos tardemos, más fácilmente encontraremos todos el equilibrio; ese equilibrio que ellos tanto necesitan y que los adultos a veces hemos perdido.

Procuremos no esperar a que tengan 14 años; para los adultos habrá sido un calvario, pero para ellos supone una tragedia.

Desde los quince en adelante

Evidentemente, necesitaríamos escribir varios tomos para abarcar los aspectos fundamentales que tienen lugar en la vida de los chicos y chicas a partir de los quince años.

Acabamos de señalar que la forma de abordar esta etapa será a través de los numerosos casos reales que se exponen en los siguientes apartados. No obstante, ofreceremos unas breves pautas y formularemos algunas preguntas que puedan ayudarnos a enfocar este período, que tiene su comienzo en plena adolescencia y no termina hasta que el incipiente joven se convierte en una persona madura y estable; algo que a muchos nos lleva toda una vida.

Desde el punto de vista físico, los cambios seguirán produciéndose de forma continuada; aunque en este caso serán menos notables en las chicas.

Las hormonas «marcarán» parte de estos años, y si antes los adolescentes tenían dificultades para convivir con ellas, ahora, en muchas ocasiones, les resultará casi imposible.

Alcanzarán la madurez sexual, pero su desarrollo físico irá por delante del psicológico; este hecho les originará no pocos conflictos y situaciones delicadas.

Desde el punto de vista académico se producirán grandes decisiones, que marcarán su futuro profesional.

Habrá momentos de auténtica desesperación para ellos y para sus padres; las dudas serán continuas: qué opción tomar, qué estudios pueden hacer, para qué están más preparados, hacia dónde deben orientarse...

El adolescente de estas edades no suele ser consciente de sus auténticas posibilidades y difícilmente elige la opción que mejor se adapta a su perfil. Sería deseable realizar un estudio previo a la elección antes que verse obligados a dar marcha atrás, o sentirse «atrapados» por una decisión equivocada.

De la misma forma, otro punto crucial es la falta de información real que los chicos tienen sobre el contenido de los estudios que eligen; aunque este aspecto ha mejorado en los últimos años, nos seguimos encontrando a muchos adolescentes con ideas utópicas y

poco realistas sobre la profesión que han elegido.

También son frecuentes los casos de chicos/as que hasta la fecha iban bien en sus estudios pero que ahora cosechan sus primeros fracasos. En muchas ocasiones las causas estarán provocadas por el desfase entre el nivel de exigencias que tenían hasta ahora y el que les piden en su nueva etapa académica; el método de estudios que les había resultado eficaz se muestra insuficiente para abordar los nuevos retos educativos. De repente, se sienten desconcertados, hundidos, fracasados, incapaces de reaccionar, su autoestima se hunde, al igual que desaparece su confianza en sí mismos; algo parecido a lo que le pasó a Mercedes.

El caso de Mercedes

Mercedes era una joven de 18 años, que, tras haber obtenido unas calificaciones muy brillantes, había conseguido empezar la carrera de su vida. La nota media que habían pedido en la universidad era altísima, por lo que todos sus compañeros pertenecían también a esa elite de excelentes estudiantes.

Una vez pasadas las primeras semanas, llenas de euforia y novedades, había empezado a caer en «picado», al sentirse incapaz de asimilar tantas materias (¡catorce!) en tan poco tiempo. A pesar del esfuerzo realizado, del tiempo dedicado (apenas comía y dormía), fue perdiendo la confianza en sí misma, en sus auténticas posibilidades, y los resultados del primer cuatrimestre fueron tan insoportables para Mercedes, que se terminó «hundiendo»; no paraba de llorar, la angustia que sentía le impedía conciliar el sueño y a los quince días de sus primeras notas intentó suicidarse.

La primera vez que vimos a Mercedes fue después de este intento fallido. Teníamos enfrente a una persona sin vida, demacrada, sin fuerzas, hundida; a una joven que, en ese momento, pensaba que no había ningún futuro para ella.

Nos costó mucho relativizar y objetivar la situación; la verdad es que sus notas estaban en la media de su clase, incluso hasta un poco por encima, con lo cual no se sostenía mucho su creencia irracional de que era una persona poco inteligente; sin embargo, Mercedes estaba dentro de una espiral que le impedía ver la realidad; insistía en que su trayectoria anterior había sido un fraude, que no servía para nada, que no conseguiría sacar la carrera que había soñado desde pequeña...

Poco a poco, con mucho esfuerzo por su parte, y con la ayuda incondicional de su familia, Mercedes volvió a recuperar las ganas de luchar. En este proceso fue clave conseguir que volviera a ilusionarse, que recuperase su autoestima, que estuviera dispuesta a mejorar su «gestión del tiempo»; en definitiva, que volviera a creer en sus propias actitudes.

Finalmente, Mercedes salió de la encrucijada, pero muchos de sus compañeros se quedaron en el camino; algunos de ellos seguro que hubieran podido acabar la carrera, pero abandonaron al sentirse incapaces de asumir esos resultados; fue demasiado el golpe, demasiada la diferencia de pasar en poco tiempo de estudiantes brillantes a personas fracasadas.

Este hecho nos plantea muchos interrogantes; ¿qué falla en nuestro sistema educativo para que estudiantes brillantes se hundan sin remisión?

Hay ocasiones en que al sentirse más interesados por otras áreas, la causa del fracaso se debe simplemente a una relajación en la aportación de tiempo y esfuerzo que están realizando los chicos. Ocurre mucho cuando comienza la universidad o, simplemente, cuando de repente se sienten «mayores» y deciden vivir otras experiencias. Aquí la postura de la familia será muy importante; cuanto antes «sitúen» los padres a su hijo, antes reaccionará éste; de lo contrario, a veces se pueden eternizar durante años, viviendo bajo el «paraguas» de estudiantes, y, en realidad, tirando su tiempo, su juventud y, hasta cierto punto, su futuro; pero si mientras tanto tienen todo lo que les apetece, ¿para qué van a reaccionar?, ¿quién los empuja a cambiar, o a continuar en esa dinámica?

Desde el punto de vista afectivo, aparecerán las relaciones de noviazgo y las primeras relaciones sexuales. En los últimos años estas experiencias comienzan cada vez antes, y en muchos casos se abordan cuando los chicos/as no están suficientemente maduros para acometerlas. Las consultas de psicología están llenas de chicos/as insatisfechos/as, que han vivido su sexualidad de forma prematura: a veces bajo la fuerza del alcohol, o de determinadas sustancias que les hacen perder su autocontrol; en muchas ocasiones buscaban «experiencias fantásticas», se sentían empujados por el grupo y lo hacían para no parecer «raros», para practicar lo que todos decían hacer.

Cuando ves los viernes algunas plazas o aceras llenas de chicos/as

de poco más de quince años, totalmente embria gados, a veces con alucinaciones, envueltos en sus «viajes» y transportados a otro mundo, sin ningún control sobre sus cuerpos, se nos ocurren algunas preguntas:

-¿Dónde piensan sus padres que están?

-¿Qué creen que están haciendo?

-¿Los han visto alguna vez en sus lugares de encuentro?

-¿Dónde han conseguido el alcohol y el resto de las sustancias?

-¿A quiénes favorece este consumo, esta falta de control?

-¿Qué fuerzas o intereses alimentan estas situaciones?

-¿Qué se puede hacer que no se está haciendo? ¿Desde qué esferas? ¿Desde qué ámbitos? ¿Desde qué instancias?

-¿Existe la sensibilidad social necesaria para provocar estos cambios? ¿Para exigir que se destinen los medios necesarios para terminar con estos dramas?

-¿Qué alternativas estamos potenciando?

-¿Lo tienen fácil los chicos/as que, a priori, no se sienten atraídos por estas formas de divertirse?

-¿Y los que están inmersos en esa rueda, tienen sencillo salir de ella?

Afortunadamente, no todos los chicos entran en esa «espiral» ni todos los que entran se quedan enganchados en ella, pero el poder del grupo es muy fuerte, y a estas edades les resulta difícil defenderse del mismo.

De la misma forma, les resultará complicado enfrentarse al mundo laboral; a veces parece que les ponemos una carrera llena de obstáculos, sin haberles enseñado previamente a «saltar». Tampoco les será sencillo emanciparse económicamente. Es cierto que muchos padres alargan innecesariamente la edad en la que sus hijos siguen en casa. Cada vez es más frecuente ver a jóvenes independientes, desde el punto de vista laboral y económico, pero que siguen viviendo en la

casa de sus padres, y lo hacen porque les resulta muy cómodo: tienen toda la libertad del mundo y todas las comodidades, ¿para qué cambiarse? En estos casos su familia les hace un flaco favor; sin darse cuenta, los están sobreprotegiendo, les impiden vivir en el mundo real, donde además de trabajar debes de comprar, limpiar, cocinar, planchar y, lo más importante, debes aprender a convivir.

Sin embargo, tenemos también los casos contrarios; chicos/as que después de muchos esfuerzos, con sus veintitantos años, ganan una miseria; «disfrutan» de un contrato en prácticas o temporal, que les impide independizarse, que los obliga a aplazar sus planes y que en muchas ocasiones los desarraiga.

> Es una etapa dificil, muy dificil, llena de situaciones inesperadas, imprevistas, a veces injustas; llena de circunstancias, para las que muchas veces no los hemos preparado.

De cualquier forma, la mayoría de los chicos/as de estas edades están deseando aprender a vivir; sólo nos queda acompañarlos y ayudarlos, en la medida que los adultos pueden hacerlo, que es mucho.

Es una etapa donde el respeto y la comprensión serán cruciales; los desacuerdos constantes, pero los puntos de encuentro aparecerán si os sienten a su lado, si no os desacreditáis estando en otro mundo, en otra realidad; si ven que hay coherencia entre lo que decís y lo que hacéis.

Muchos de los casos prácticos que veremos en los siguientes apartados esperamos que os sirvan de ayuda para afrontar con calma, serenidad y confianza esta etapa que viven los chicos de hoy, los adultos de mañana.

Capítulo 3

Situaciones no deseadas

La buena conducta de los niños a veces se asemeja a la salud, ¡no la valoramos hasta que no la perdemos!

Muchas veces los niños ¡son una delicia!, pero con frecuencia no sabemos apreciar las maravillas de esta situación; nos quedamos en su actividad continua, en su despliegue permanente de energías, en su insaciable afán por preguntar y conocer todo... En definitiva, ¡en lo cansado que resulta seguirles su ritmo!; en lugar de disfrutar de sus ilusiones a prueba del desaliento, de su creatividad sin límites, de su inocencia enternecedora, de su afectividad sin barreras, de sus risas incontroladas y de su vida llena de alegría y tristeza, de fuerza y debilidad, de arrogancia y sumisión, de amor y desesperación, ¡nos quedamos en la superficie de sus conductas y no llegamos a la esencia de sus sentimientos!

Salvo situaciones límites de niños con problemas neurológicos o con alguna anomalía genética, los niños ¡no disfrutan martirizando a los adultos! Otro tema es la rebeldía típica de determinadas etapas, como la adolescencia, o la insatisfacción que sufren algunos jóvenes en su vida, y que les hace enfrentarse con todo lo que les rodea; pero eso son estados pasajeros que, incluso bien encauzados, son necesarios para su desarrollo y maduración posterior. Sin embargo, es cierto que hoy, con inusitada frecuencia, vemos muchos niños infelices, insatisfechos, inseguros, llenos de ansiedad, que en su intento por encontrar la paz, la tranquilidad, la tan buscada seguridad, se han convertido en auténticos tiranos, manipuladores, chantajistas, que continuamente parecen buscar el límite de los límites, ¡el más difícil todavía!

No nos confundamos, cuando un niño tiene esas manifestaciones algo está pasando en el medio que le rodea. Su insatisfacción puede venir por sus dificultades en el área escolar, por su deficiente sociabilidad, por sus problemas personales, por su ambiente familiar, porque no se siente especialmente querido o aceptado, por su necesidad de protagonismo constante... ¡Por tantas y tantas causas, que más nos vale ponernos inmediatamente a la tarea!

Ponerse a la tarea aquí, en estos casos tan concretos, no quiere decir prepararse para una lucha sin tregua, pero sí tendremos que ¡abrir nuestras mentes! y mirar, de nuevo, con ojos limpios, ¡con ojos de ver!

Comentábamos en otro apartado que preferíamos los niños que manifiestan sus sentimientos, incluso con contundencia, a aquellos que parecen aceptar las cosas, que permanecen aparentemente tranquilos y dóciles, pero que muchas veces su conducta esconde un preocupante estado de apatía, de falta de entusiasmo, de inseguridad, de ausencia de ilusión; a veces incluso de profunda tristeza y desorientación.

Volvemos a insistir que cada niño es único e irrepetible, que no hay reglas universales, ni principios generalizables a cualquier caso o situación, pero la verdad es que cuando analizas cientos y cientos de conductas de niños diferentes ves cómo éstas tienden a repetirse, cómo tratan de llamar la atención de formas diversas, pero semejantes; cómo manifiestan su rebeldía o su insatisfacción ante lo que les desestabiliza o les hace sufrir, con comportamientos desproporcionados y hasta agresivos, pero con un grito común, con un clamor compartido, con un mensaje claro. ¡No podemos más, arreglad vosotros esta situación, y hacedlo ya!

Es fácil ver los toros desde la barrera: ¡es cierto!, pero también es más objetivo, más realista, más científico y más riguroso; por lo que, lejos de constituir una descalificación, «ver los toros desde la barrera» posibilita la elaboración de un programa de actuación que les permitirá a los auténticos protagonistas ofrecer las respuestas adecuadas y eficaces que tanto están pidiendo los niños. Hacemos esta aclaración porque algunas veces, antes de empezar un tratamiento de orientación familiar o escolar, observamos esas «miradas» de incredulidad, o de... ¡ya me gustaría a mí verte en esta situación!, que con cierto aire de «estar de vuelta de todo» dirigen los adultos afectados. Afortunadamente, esa «desconfianza» no suele durar más de una sesión. En cualquier caso, es fácil de tratar en el marco de una orientación personal, «cara a cara», pero podría resultarles difícil a algunos lectores que, ¡con todo lo que llevan sufrido!, necesitarían un «programa a medida».

No obstante, vamos a intentar ilustrar algunos de los programas más representativos que hemos seguido en el tratamiento de diversos problemas de conducta, y que pueden ofrecer pautas o «guías» muy valiosas a las personas que se encuentren en situaciones parecidas.

Cuando los niños se han hecho unos tiranos

Los profesionales de la psicología estamos siendo testigos en las dos últimas décadas del aumento significativo de los cuadros de ansiedad, principalmente en jóvenes y adultos; dentro del área infantil está ocurriendo algo semejante con los casos de tiranía y manipulación.

> La tiranía puede manifestarse de muchas formas y en múltiples situaciones, pero un hecho bastante típico es que suele ser percibida antes por los adultos que rodean al niño que por sus propios padres.

Quizá muchos puedan pensar que la tiranía es sinónimo de determinadas edades, y que no suele darse antes de la adolescencia. ¡Nada más lejos de la realidad! Hemos visto innumerables casos de niños auténticamente tiranos con muy poca edad (prácticamente a partir del primer año de vida); niños que «llevan de cabeza a toda la familia» y que parecen imposibles de reconducir.

La verdad es que tanto en el medio escolar como en el marco del gabinete psicológico son muy frecuentes las consultas sobre niños que presentan problemas de tiranía, especialmente en su medio familiar o social.

El buen profesional de la psicología comienza siempre haciendo la anamnesis del niño. Un historial bien confeccionado suele ofrecer muchas vías, acontecimientos e hipótesis que pueden ayudar a enmarcar esta conducta problemática. En la mayoría de los casos se pone también en contacto con su medio escolar para ampliar, contrastar y complementar la información.

Inmediatamente, el psicólogo les pide a los padres y/o profesores que hagan «Registros de la Conducta del Niño», de acuerdo a unas pautas y plantillas que él les da. Estos registros constituyen un material valiosísimo, que facilita la realización del Análisis Funcional (estudio riguroso del caso).

Posteriormente se explica a los padres y/o profesores las principales variables que están condicionando, estimulando, manteniendo y reforzando la conducta problemática y se elabora un Programa de Actuación.

El Programa, ante todo, será realista y práctico, y les resultará especialmente útil a los padres y/o profesores, pues les indicará, de forma precisa, lo que tienen o no tienen que hacer ante las situaciones que se dan en la vida cotidiana: cómo ser ellos los que marquen las pautas, cómo responder al niño, cómo hacer frente a sus conductas problemáticas; en definitiva, cómo conseguir que el niño vaya aceptando normas, reglas, límites, hábitos y acuerdos, que harán la convivencia más agradable y le proporcionarán la tranquilidad y seguridad que tanto necesita.

Al principio, en una primera fase, es posible que la conducta del niño empeore. Este hecho es bastante lógico, él puede pensar que si antes sus padres siempre respondían cuando chillaba, lloraba, dejaba de comer, tiraba las cosas, pegaba a sus hermanos... o hacía otras lindezas parecidas ahora tendrá que ponerse aún más pesado para que éstos reaccionen.

Afortunadamente, esta actitud sólo les dura unos días, si los padres o sus principales adultos de referencia (los que tienen más importancia en su vida) se muestran tranquilos, pero sobre todo seguros y decididos. Pronto se irán apaciguando sus manifestaciones de tiranía y la convivencia familiar mejorará significativamente.

Sin embargo, ¡no hay que descuidarse!; ya hemos dicho muchas veces que los niños son unos observadores fantásticos, que rápidamente evalúan cómo está su entorno, por lo que es muy posible que si después de las primeras medidas ven cierta relajación a su alrededor intenten de nuevo «medir sus fuerzas» y ver hasta dónde pueden llegar. Como siempre, una actitud tranquila y segura por parte de los adultos será la mejor ayuda que podamos prestarles para que vuelvan a centrarse y terminen sintiéndose bien con la nueva situación.

Lógicamente, el psicólogo no sólo les dirá a los padres y/o profesores lo que tienen que hacer, también analizará por qué el niño manifestaba esa tiranía y cómo conseguir de verdad que se tranquilice, se sienta seguro, contento y alegre con el ambiente familiar que se ha creado, y feliz con unos padres «sabios», que conocen lo que tienen que hacer y no ceden a sus constantes exigencias.

Vamos a tratar de facilitar la comprensión de estas situaciones con la exposición de casos reales que nos ayuden a encontrar posibles vías de solución.

El caso de Belén

Los padres de Belén acuden a consulta porque no saben qué hacer con su hija de 6 años; la describen como «una niña insoportable, que siempre se quiere salir con la suya»; además, «es lentísima para todo, no quiere ir nunca al cole, ni a ningún otro sitio y monta numeritos para que se haga tarde». «Al minuto de empezar a comer dice que no quiere nada, hagas lo que hagas.» Tienen otra niña de 8 años que no les da ningún problema. La madre no llega de trabajar hasta las 21 horas, pues tiene turno de tarde, y el padre hacia las 20.30 horas. La niña está mientras tanto con una chica de 19 años, a la que «parece que toma el pelo». Los padres nos piden que cambiemos el carácter de Belén, que consigamos que la niña sea más dócil, que puedan llegar a la hora a los sitios...

Una vez hecha la historia, pedimos a los padres que nos hicieran «registros» de la conducta de Belén. Aproximadamente durante una semana, debían anotar literalmente lo que ocurría cuando la niña «montaba numeritos». Para ello les facilitamos la plantilla correspondiente (en el cuadro número 1 vemos con detalle algunas secuencias de estos registros).

Simultáneamente nos pusimos en contacto con el colegio de Belén, ya que la niña cursaba 1.0 de Primaria. Su profesora nos dijo que en el medio escolar no presentaba problemas, su actitud en clase era normal, se relacionaba bien con los niños y se mostraba encantadora con los adultos.

En la segunda sesión los padres nos trajeron los registros; eran muy significativos, y su análisis nos mostraba claramente las pautas que debían adoptar ellos y la persona que cuidaba a Belén.

Transcribimos algunas de las escenas más típicas.

REGISTRO

Día y hora	SITUACIÓN (Dónde están, quiénes y qué hacen)	CONDUCTA DE LA NIÑA (Literalmente qué hace o dice la niña)	RESPUESTA DE PADRES (y del resto de los miembros de la casa)
19/8.25	En su cuarto, encima de la cama.	No quiere vestirse, con mucho genio dice: «Me molesta el leotardo.» (tardó 35 minutos en vestirse).	La madre dice que bueno, que se va a vestir a su hermana.
9.00	En la cocina desayunando.	El padre le dice que se dé prisa en tomar la leche y contesta: «No me da la gana, me duele la tripa.»	El padre la quiere convencer por las buenas: «Venga, tómalo ya»; (la niña sigue sin desayunar.)
9.10	En la cocina desayunando.	El padre la quiere calzar y ella no hace más que protestar, quitándose las botas, según se las pone el padre: «¡Jo, que me hacen daño!» (estuvo 20 minutos con esa actitud, hasta que llegó el autobús de la ruta y se marchó protestando, sin dar un beso).	El padre trata de convencerla por las buenas: «Venga, Belén.»
20.30	En la cocina, cenando con su hermana y la persona que las cuida (Clara).	Rompe un vaso sin querer; a consecuencia de ello ya no quiere cenar las croquetas que le había preparado Clara.	Llega el padre y la encuentra medio llorando.
20.40	En la cocina.	Empieza a comer las croquetas.	Clara trata de convencerla, pero no hace caso. Clara le habla con cariño. El padre no quiere entrar en la cocina.

Día y hora	SITUACIÓN (Dónde están, quiénes y qué hacen)	CONDUCTA DE LA NIÑA (Literalmente qué hace o dice la niña)	RESPUESTA DE PADRES (y del resto de los miembros de la casa)
	En la cocina.	Deja de comer, dice que no le gustan las croquetas.	El padre (por las buenas) le dice: «Belén, cómetelas.»
20.45	En la cocina.	Se enfada y dice que no come más.	(El padre siente que no le hace caso y se pone un poco más duro, pero lo deja; «No me sirve para nada»).
21.15	En la cocina (llega la madre).	Se pone a llorar y dice que no quiere más.	Madre: «Tienes que comerlo, Belén» (y me salgo, ella me llama y me dice que me esté allí y se lo come. Me quedo y se lo termina). ¡Una hora después de haber empezado!

El resto de los registros eran similares: la llamaban para ir al colegio y decía que no quería ¡y la dejaban!; al cabo de diez minutos volvían a decírselo y entonces empezaba a vestirse con enorme lentitud, los padres de nuevo se lo permitían y la situación, al cabo de otros diez minutos, continuaba en la cocina, donde se negaba a tomarse la tostada, a beberse la leche..., y los padres seguían en «buen plan» (para no empezar con broncas por la mañana).

El Análisis Funcional nos demostró que la niña era una auténtica tirana, que manipulaba su ambiente familiar, consciente de la debilidad de la madre y de la falta de implicación de su padre; constantemente llamaba la atención en casa, conseguía que estuvieran siempre pendientes de ella, les «llevaba» por donde quería y terminaba consiguiendo sus «propósitos».

Las escenas, comenzadas durante la comida, se habían generalizado a todas las rutinas del día: levantarse, acostarse, bañarse, irse a la cama...

La madre mostraba una actitud muy blanda, el padre era un poco más exigente, pero normalmente se abstenía de intervenir cuando la niña se resistía a hacerle caso, pues decía que Belén tenía un genio terrible y prefería no pasarse la vida discutiendo.

La hermana de 8 años optaba por «pasar de ella» y les preguntaba a

sus padres «por qué la consentían tanto».

En definitiva, una niña sin problemas en el medio escolar, pero con una actitud muy exigente, intransigente y tirana en casa. Los padres se asombraron al leer sus propios registros; los resumieron en una frase muy elocuente (y que hemos oído muchas veces): «Nos toma constantemente el pelo y se sale siempre con la suya.»

En la segunda sesión les dimos unas pautas claras de actuación a los padres y a la persona que cuidaba a la niña. Nunca iban a contentarse con un «no» por parte de Belén; hasta que la niña no cumpliera la orden no abandonarían el lugar donde estaban con ella, pero no le volverían a repetir las cosas, sus órdenes serían gestuales: la mirada seria, el gesto sombrío y actitud segura y contundente; en el momento en que empezase a «hacer el tonto, a quejarse, a hacer las cosas con lentitud...» dejarían de prestarle cualquier tipo de atención y no atenderían ninguna de sus demandas. Igualmente establecimos un acuerdo de conducta, mediante el cual la niña obtendría puntos cuando obedeciera rápidamente, actuase con diligencia, se mostrase cariñosa y colaboradora...; estos puntos podría canjearlos después por pequeños premios, que en realidad eran cosas que ella tenía hasta entonces, pero de forma totalmente gratuita, sin que hiciera ningún esfuerzo.

Es posible que algunos padres se preocupen ante el hecho de dar «premios» a los niños, pueden preguntarse si con ello no les estamos acostumbrando mal y, en el fondo, si no estaremos contribuyendo a un chantaje. En una reciente publicación contestaba a este tema diciendo que no se trataba de chantajearles, sino de actuar con lógica.

> El auténtico drama es que hoy en día los niños no tienen que esforzarse por conseguir las cosas; independientemente de cómo se porten, ¡lo tienen todo." ¿para qué se van a esforzar?

Muchas veces ellos me dicen: «¿Para qué me voy a esforzar, si me va a dar igual?» Mi respuesta, más o menos, suele ser la siguiente: «Porque, desde hoy, no te va a dar igual; desde hoy, si quieres ver la TV, jugar con el ordenador, salir con tus amigos, comprar determinadas cosas..., ¡tendrás que ganártelo!, no vas a tener lo mismo si sigues desobedeciendo, no estudiando, chillando, mostrándote agresivo, díscolo, poco sociable..., que, por el contrario, si empiezas a esforzarte, a mostrarte más colaborador, a respetar las pautas y normas de convivencia...; comprenderás que eso no es justo y ha

llegado la hora de actuar y empezar a colocar las cosas en su sitio. Tú sabes que lo que digo es razonable, así que no lo vamos a discutir.»

La verdad es que los niños, por término general, responden bien ante estos acuerdos; en el fondo, les encanta ganarse las cosas con su propio esfuerzo; quieren ilusionarse, necesitan sentir que sus padres son justos, y que pueden tener una convivencia y una comunicación más agradable.

Hecho este paréntesis, a Belén le dijimos que podría conseguir naranjada por 5 puntos, montarse en atracciones de la tienda cercana a su casa por 15 puntos, ver media hora la televisión por 5 puntos...

Podría obtener un punto cada hora que hubiera estado bien: que hubiera obedecido «a la primera» a sus padres o a Clara, actuado con diligencia, sin chillar, sin llorar, mostrándose cariñosa con todos (incluida su hermana); en definitiva, portándose como ella sabía hacerlo.

Por el contrario, no le prestaríamos atención cuando chillase, exigiese, se mostrase desobediente...; incluso, si seguía en su actitud y molestaba a los demás, se marcharía a su cuarto durante diez minutos, para que recapacitase sobre su forma de comportarse y pudiera volver a ser la niña encantadora que, en el fondo, llevaba dentro y estaba deseando salir.

En la tercera sesión vimos cómo Belén había reaccionado bien al Acuerdo de Conducta. Sus padres la veían mucho mejor, aunque aún intentaba mostrarse un poco tirana con su madre, especialmente por la mañana, a la hora de vestirse y en las comidas.

Acordamos que cada vez que no obedeciera a su madre y mostrase su increíble lentitud estaríamos sin hablar con ella durante la media hora siguiente; en las comidas sería su padre quien controlaría su actitud (pues veíamos que a la madre le costaba mucho, y además queríamos que el padre se implicase más).

En la cuarta sesión, apenas un mes después de la primera visita, padres y niña estaban muy contentos, Belén se mostraba mucho más tranquila, razonable, risueña y sociable con todos. La madre había recuperado gran parte de su seguridad, se le había quitado el «complejo de culpa» por llegar tan tarde a casa y la relación entre todos los miembros de la familia había mejorado significativamente. La hermana les había dicho a sus padres que «ahora por fin habéis

perdido el miedo y hacéis las cosas que deben hacer los papás».

En el seguimiento telefónico que hicimos durante los tres meses siguientes, las cosas se mantenían en el mismo estado, aunque Belén había intentado «volver a las andadas» al cabo de ocho semanas, y aproximadamente durante dos días, coincidiendo con una época de cierta debilidad de su madre, a consecuencia de un disgusto profesional. Los padres habían retomado perfectamente la situación, se habían mostrado muy firmes, no habían prestado atención a sus conductas exigentes y manipuladoras, y la niña volvía a mostrarse cercana y colaboradora.

No todos los casos son iguales, evidentemente los hay más rebeldes y también más fáciles, pero lo fundamental es «situarnos», saber que si somos capaces de analizar de forma objetiva las conductas y las situaciones que se dan en casa, si conseguimos unidad en los nuevos criterios y pautas a adoptar, si los niños se dan cuenta de que definitivamente las cosas han cambiado, y ante una determinada conducta suya sucede siempre la misma actuación por parte de los adultos, sin duda habremos encontrado el «camino» para que la situación mejore sustancialmente y, poco a poco, la convivencia sea mucho más agradable y pacífica.

Cuando tenemos ante nosotros grandes manipuladores

La realidad que rodea a los niños de hoy, las fuentes de información que tienen a su alcance, el acceso a múltiples experiencias, a veces a pesar de sus cortas edades; la cantidad de tiempo que pasan solos, las prisas y condicionantes que agobian a los adultos que les rodean; la insatisfacción que produce nuestro sistema de vida... Todos estos factores posibilitan hoy, como nunca, la manipulación en los niños.

El terreno está muy abonado. No es que los niños de hoy sean más manipuladores, sino que las circunstancias de sus vidas se parecen muy poco a las de generaciones previas.

Los niños generan nuevos recursos ante situaciones que los desbordan, que les impactan, para las que no están preparados y para las que no se les ofrece una guía clara.

Con frecuencia, sin darnos cuenta, somos los propios adultos quienes favorecemos esa manipulación, esa falsa salida, que no hace más que confundir al niño que empieza a ejercerla.

A veces contemplamos cómo el «aprendiz de manipulador» se siente tan poderoso que llega un momento en que cree que puede conseguir todo lo que quiera; para ello «simplemente» tendrá que mover determinados hilos, cambiar algunas situaciones, mentir acerca de determinadas circunstancias y «jugar» con los sentimientos ajenos.

A pesar de sus «logros», su insatisfacción suele ir acompañada de la consecución de sus objetivos: cada vez quieren lograr algo más difícil, alcanzar una meta inusual para su edad, vivir aquello para lo que no están preparados, sentirse «muy mayores», muy «desafiantes»; ser revestidos de una especie de aureola, de liderazgo negativo.

Estas situaciones suelen producirse de forma constante, con una secuencia que nos va indicando las fases por las que atraviesa el niño. Sin embargo, no solemos tomar «medidas en el asunto» hasta que ha ocurrido un hecho especialmente alarmante o demasiado notorio para ser «pasado por alto».

Muchas veces, en el marco de la consulta, hemos escuchado a jóvenes que, al cabo de los años, reprochaban con dureza a sus padres por su actitud blanda, pasiva o demasiado transigente; les preguntaban cómo pudieron estar tan dormidos cuando ocurrieron esos hechos, cómo no habían tomado antes medidas, cómo habían cerrado los ojos o se habían creído ingenuamente las mentiras con las que justificaban sus acciones.

Pero, como ya hemos indicado en otros casos, la verdad es que muchas veces estas situaciones se ven claramente desde fuera, pero resultan muy difíciles de enfocar, y hasta de descubrir, dentro del medio en el que se producen.

> Hemos de considerar que un niño manipulador es un niño listo, ágil, con capacidad de reacción, que frecuentemente va «por delante de los hechos» y que sabe improvisar deforma ingeniosa ante situaciones comprometidas.

Por el contrario, no deja de ser un niño con una determinada edad, con las limitaciones propias de su momento evolutivo, con una incapacidad manifiesta para asimilar e integrar ciertas experiencias.

Las conductas de los adultos deberán adaptarse a las circunstancias y edades de los niños; siempre será un reto resolver estas situaciones,

pero un reto a nuestro alcance.

Como ayuda para orientarlos en las posibles pautas a seguir, pasamos a describir el tratamiento de un caso real.

El caso de Alejandra

Los padres de Alejandra acuden a consulta muy disgustados. Son dos profesionales de edad media, que tienen dos hijos: Alejandra, de 13 años, y Pedro, de 10. En general, los dos van bien en los estudios, aunque la niña ha bajado su rendimiento en los últimos meses. Los hermanos tienen caracteres muy diferentes. El niño es encantador, muy cariñoso, dócil, sensible y sociable. La niña tiene un temperamento muy fuerte, trata constantemente de «salirse con la suya», miente con frecuencia, se siente «muy mayor», se «encara» con los adultos, incluidos sus profesores, y es bastante líder en su grupo de amigos/as.

La última «hazaña» de Alejandra, que ellos sepan, ha sido coger una gran borrachera en una fiesta con sus amigos. Temen que además, para sobresalir, vaya de «superwoman» y «tontee» demasiado con los chicos, hasta el extremo de realizar ciertos juegos eróticos, muy comprometidos, cuyo alcance real ignoran.

Parece que la niña ha cambiado en los últimos meses de panda y se ha juntado «con lo peorcito del colegio», una panda de niños mayores, todos repetidores, incluso temen que haya podido empezar a fumar algunos «porros» con estos niños.

Actualmente, Alejandra sólo quiere salir a todas horas y, cuando está en casa, se pasa la vida hablando por teléfono y discutiendo con todos.

Intentamos calmar a los padres y les decimos que lo importante es que han decidido afrontar el problema, que ahora trabajaremos en equipo para hacer un análisis muy ajustado de la situación actual; este análisis nos permitirá intervenir de forma adecuada. Comenzamos, como siempre, pidiéndoles que nos hagan registros (de acuerdo a la plantilla elaborada para estos fines) de todas las situaciones que les preocupen: cuando Alejandra se enfrente con ellos, con su hermano, cuando creen que miente, que manipula, que se salta sus directrices...; en definitiva, siempre que su conducta los inquiete y, además, cuando esté en casa con amigos/as.

Mientras tanto, hablamos con el colegio y se confirman los peores pronósticos: la niña ha bajado mucho su rendimiento, se junta con los niños más problemáticos, es muy líder, se enfrenta continuamente con los profesores, se salta todas las normas y, literalmente, ¡no saben qué hacer con ella! Quedamos que volveré a ponerme en contacto en cuanto tenga el Análisis Funcional y establezcamos las pautas que hay que adoptar.

Los primeros registros de casa no dejaban lugar a dudas: la niña no hacía ningún caso a sus padres y se saltaba todos los límites: hablaba por teléfono constantemente, no estudiaba, chillaba en cuanto no accedían a sus peticiones y «perseguía, distraía y se metía» diariamente con su hermano, especialmente cuando éste estaba estudiando.

Las primeras medidas fueron muy claras: hablé con la niña y le expuse que la situación había llegado a un extremo en el que sus padres y el colegio habían pedido la intervención de un especialista. Su constante necesidad de llamar la atención y ser «la reina de todas las fiestas» había provocado una actitud intolerable por su parte, pero, sobre todo, sus «desmadres» estaban ya fuera de su propio control, y este hecho era muy peligroso para ella misma.

Como es lógico, Alejandra se mostró sorprendida y trató de justificar su actitud diciendo lo de costumbre: «En el colegio me tienen manía; además, mis padres exageran y no es cierto lo que dicen, lo único que pasa es que consienten mucho más a mi hermano y no les gustan mis amigos.»

Ante estas circunstancias normalmente opto por enseñarles algunos de los registros más significativos que, por indicación mía, me han hecho sus padres durante la última semana. Como es lógico, se quedó sorprendida, sin saber muy bien qué argumentar, ante la contundencia de las conductas registradas.

En otras ocasiones, cuando el caso es más leve y veo a los padres con más recursos, intento que el niño/a no vaya a la consulta y realizo el tratamiento a través de los padres y, si es necesario, del medio escolar, facilitándoles orientaciones muy claras y específicas sobre las medidas a adoptar, detallando minuciosamente las posturas y actitudes que ellos deben mantener ante las diversas conductas del niño/a. Cada semana vamos evaluando el seguimiento del caso, hasta que al cabo de cinco o seis semanas ya sólo es necesario un control telefónico, el cual se mantiene hasta que no se observan señales de

posibles retrocesos.

En el caso de Alejandra, la niña debía acudir al tratamiento, a pesar de la atención complementaria que este hecho significaba. Una vez enseñados los registros, convine con ella, primero a solas y luego en presencia de sus padres, que, ante la gravedad de los hechos, todos deberían ajustarse a un Acuerdo de Conducta, en el que se fijaban sus actuaciones y las medidas a adoptar si Alejandra incumplía las normas establecidas en este acuerdo. Cualquier divergencia sobre la interpretación de esas pautas se trataría en la próxima sesión, pero en ningún caso Alejandra podía «saltarse esas pautas» porque interpretara que sus padres o profesores no las estaban aplicando de forma correcta.

En el Acuerdo se contemplaba tanto la actuación de la niña en casa como en el colegio. Entre los principales puntos figuraban:

1. Alejandra cambiaría radicalmente su actitud escolar.

-No volvería a contestar a los profesores.

-Dejaría el contacto y la compañía de los chicos más conflictivos del colegio (se especificaban los nombres).

-Recuperaría inmediatamente el rendimiento académico que había tenido hasta hace tres meses; para conseguirlo, entre otras medidas, estudiaría en casa todos los días -de acuerdo a un horario establecido-, llevaría «al día» todos los deberes y trabajos y se esforzaría por estar atenta y participativa en las clases.

Nota.-Para comprobar el cumplimiento de este acuerdo, diariamente, en su agenda, sus profesores pondrían cómo había sido su actitud y su conducta en el colegio; tanto en las clases como en el patio, comedor... Esta agenda sería supervisada y firmada cada día por sus padres. (Afortunadamente, en el colegio se mostraron muy colaboradores, pues con niños de estas edades algunos colegios se resisten a tener una participación tan activa y se limitan a cumplir el reglamento del colegio, que normalmente para estos hechos establece una serie de sanciones que, de mantenerse la actitud del alumno, suelen desembocar en su expulsión, primero temporal y luego definitiva.)

2. Alejandra se comprometía a modificar su conducta en el medio

familiar y social:

-En casa, bajo ninguna circunstancia, volvería a chillar, tirar cosas, agredir o meterse con su hermano, desobedecer a sus padres, mentir, escaparse, amenazar...

-Contribuiría, con su actitud, a que el ambiente familiar fuera más agradable, distendido y relajado.

-Cumpliría su horario de estudios, que, de momento, quedaba fijado desde las 18.15 hasta las 20.00 horas (estaba en 2.0 de ESO y, a pesar de que sus padres querían que pasara de no estudiar prácticamente nada a dedicar tres horas al estudio, no consideramos que fuera necesario alargarlo más, dada la capacidad intelectual que la niña había demostrado, aunque se quedó pendiente de revisión, en función de cómo fueran las anotaciones diarias que nos hicieran sus profesores).

-De momento, no saldría los siguientes tres fines de semana, aunque si todos los días había cumplido el programa establecido para el colegio y casa, en la próxima sesión podríamos plantearnos que pudieran ir «a su casa» algunos de sus amigos/as de siempre.

-No podría volver a utilizar el móvil, hasta que su cambio «real» de conducta se produjera (estipulábamos claramente en qué consistían estos cambios).

-Durante el horario de estudios no podría hablar por teléfono con sus amigos y, fuera de este horario, tendría un límite de llamadas y una duración máxima para las mismas. (En el último mes la niña había consumido 20.000 pesetas en tarjetas para su móvil, dinero que hábilmente había sacado a sus padres, y había realizado un gasto parecido en la cuenta del teléfono fijo de casa. Más tarde, sus padres comprobaron que, en numerosas ocasiones, les había quitado sus teléfonos móviles y había efectuado llamadas con los mismos.)

Nota.-Para facilitar el cumplimiento de este acuerdo, al menos durante la siguiente semana, Alejandra no volvería sola del colegio; su madre iría a buscarla, para que «sus nuevos amigos no la asediasen al salir del colegio», pues ella argumentaba que «le daba corte» no hablarles.

Evidentemente, Alejandra no se sentía muy feliz con los contenidos del Acuerdo, pero aún no había salido de la impresión que le había

producido ver todos los registros y datos que teníamos sobre ella, facilitados también desde su medio escolar, por lo que, aunque intentó «negociar» algunas condiciones, como el poder salir el siguiente fin de semana, terminó «firmando» el Acuerdo. (Éste es un requisito en el que siempre insisto.) El Acuerdo se pone por escrito, se da una copia al colegio, otra a sus padres, otra al niño/a y otra al psicólogo, y firman el mismo los padres, el niño/a, el tutor del colegio -si así lo hemos acordado- y el psicólogo, como supervisor del mismo. Algunas veces los chicos/as intentan mantener un «pulso» y dicen que no firman; esta actitud lógicamente no es nueva, y yo suelo decirles que no importa, que dada la gravedad de sus actuaciones, de todas formas, vamos a hacer cumplir el Acuerdo y, simplemente, como él/ella no lo ha firmado, no tendrán derecho a las cláusulas que ponemos, en función del esfuerzo que realicen y de su nivel de implicación y colaboración (poder salir los fines de semana, recuperar la paga, volver a utilizar el móvil -aunque ya, siempre, pagándose ellos el consumo-, jugar un tiempo determinado con el ordenador... La realidad suele ser que, si su «orgullo» no les permite firmarlo en ese momento, durante la siguiente sesión me dicen que lo han reconsiderado y que quieren firmarlo).

En la siguiente entrevista (realizada a los siete días), la situación había mejorado significativamente: Alejandra cumplía sin dificultad su horario de estudios, aunque intentaba retrasar todos los días la hora de empezar; se había mostrado bastante agradable en casa, aunque aún había tenido dos pequeñas broncas con su hermano; durante el fin de semana intentó por todos los medios convencer a su madre para poder salir, por lo menos un día; con el teléfono había respetado no hablar durante el horario de estudios, aunque trataba de saltarse el límite de tiempo asignado y el número máximo de llamadas realizadas y, finalmente, les había dicho a sus padres que por qué tenían que ir a una psicóloga si ella ya les había prometido que había dejado a sus nuevos amigos y que no volvería a emborracharse ni a fumar porros. En el colegio sus profesores se mostraban bastante esperanzados: había llevado totalmente al día los deberes y los trabajos pendientes, se esforzaba en las clases, aunque se había puesto «chulita» en dos ocasiones y en los recreos intentaba acercarse al grupo de sus «nuevos amigos».

Alejandra pensó que yo iba a estar tan satisfecha como sus padres y en esta sesión adoptó una postura de triunfo desde el primer momento. Me dijo que ¡ya estaba bien!, que quería salir los fines de semana, recuperar su móvil, que le diesen su paga...; ante mi sonrisa,

un poco irónica, y mi silencio prolongado, me lanzó: «¿Pero es que aún no estás satisfecha?, ¡ya está bien, hace siglos que no me esfuerzo tanto!, a mis padres les tengo encantados, ¡no me fastidies el próximo fin de semana!...»

Posiblemente, éste es uno de los momentos más difíciles del tratamiento, pues los padres quieren creer que ya todo está arreglado y, lógicamente, están deseando «aflojar y ceder». Sin embargo, la experiencia me ha enseñando que, si nos contentamos con estos cambios momentáneos, cambios que están muy lejos de haberse convertido en nuevos hábitos, que la niña los ha hecho simplemente para «salir del paso», pues aún no ha llegado a asumir que está en una situación muy peligrosa, que su permanente necesidad de llamar la atención, de saltarse todas las normas, de escandalizar a sus compañeros/as, de hacerse más lista, mayor y más arriesgada que nadie puede terminar arruinando su vida.

En estos casos, no hay más remedio que armarse de toda la paciencia del mundo y utilizar todos los recursos que nos da la profesión para vencer la hostilidad, la incredulidad y el escepticismo de estos chicos/as.

Después de una larga e íntima conversación con Alejandra, la niña se dio cuenta de que realmente tenía ante sí un grave problema, reconoció que además de porros también había tomado algunas pastillas, que había conocido en la discoteca a unos chicos que vendían droga, que había tenido relaciones íntimas con dos chicos -aunque insistía que sin penetración- y que se descontrolaba cuando había mucha gente mirándola: «Necesito impresionarlos, a veces asustarlos, provocarlos, que me miren solo a mí...»

Al final de la sesión, Alejandra y yo coincidimos que, o trabajábamos muy duro para conseguir que poco a poco cambiara esas pautas y esas necesidades, o dentro de unos meses estaría en una situación muy penosa, con un coste emocional y unas heridas muy difíciles de cicatrizar.

Evidentemente, no le fue fácil; en las siguientes ocho semanas tuvimos que mantener aún muchas restricciones en su vida escolar, social y familiar, pero ¡volvió a encontrar su sitio!, a sentirse bien con su grupo de amigos/as de siempre, a mejorar sus notas, así como la relación con su hermano y sus padres.

Por supuesto que Alejandra nunca será una niña que pase

desapercibida, le gusta llamar la atención y además tiene muchos recursos para conseguirlo, pero los está encauzando para que no se vuelvan en su contra.

Sus padres, que ahora son mucho más exigentes con ella, están encantados, pero seguimos insistiéndoles en «que no bajen la guardia», su hija necesita su afecto, su tiempo y su apoyo, pero también su supervisión y su control.

> Resulta crucial en el tratamiento de los niños manipuladores que los padres y educadores no cedan y se relajen ante los primeros signos de mejora, pues estas conductas están muy arraigadas en ellos y fácilmente vuelven «a las andadas» en cuanto «ven la mínima debilidad o duda».

De vuestra actitud, de los signos de seguridad, tranquilidad y firmeza que seáis capaces de dar, dependerá que el niño manipulador interiorice y llegue a aceptar esas pautas y «límites» que tanto precisa, y que le permitirán un buen desarrollo posterior, similar al de otros niños de su misma edad.

Otros casos requieren más tiempo para empezar a ver los primeros resultados, pero si padres, educadores y las personas significativas de su entorno mantienen una estrecha comunicación, y siguen las pautas acordadas, normalmente se alcanza el objetivo deseado: que el niño manipulador se termine convirtiendo en un niño «emocionalmente sano»; sociable, pero no avasallador; encantador, pero no embaucador; y alegre, pero no cínico.

Cuando nos sentimos sus esclavos

«¡Pero qué más nos pueden pedir!» Esta exclamación suele estar llena de dolor; de un dolor indescriptible, auténticamente desgarrador.

En nuestro mundo occidental pocas cosas son comparables a la responsabilidad, al compromiso, a la generosidad y al sacrificio que conlleva el «volcarse», de verdad, en la educación de los niños de hoy.

Hay padres y profesores que literalmente se han dejado «la vida en ello», han vivido por y para esos niños. Han supeditado sus ilusiones, sus alegrías, su tiempo, sus esfuerzos..., ¡todo!, en ese intento de conseguir una vida maravillosa para esos niños; una vida sin

obstáculos, sin tragedias, sin preocupaciones, sin baches; una vida irreal, inexistente, donde esos niños terminan pidiendo lo imposible.

> Nunca nos cansaremos de insistir en que uno de los mayores errores que se puede cometer con los niños es sobreprotegerlos. Lejos de ayudarlos, les impedimos que elaboren sus propios recursos, que sean realistas, que desarrollen su sentido común, que, en definitiva, ¡se preparen para la vida!

Por supuesto que eso no significa dejarlos solos, abandonados a su suerte. Al contrario, es estar a su lado, pero no para ahogarlos, no para hacer las cosas por ellos, sino para facilitarles los recursos que les permitirán afrontar las distintas situaciones. Pero esos recursos deberán desarrollarlos ellos, para que realmente les sirvan, para que pasen a formar parte de su bagaje.

Hay padres que «quieren tanto a sus hijos» que no les importaría ser sus esclavos, si esto contribuyera a que fueran más felices. Pero no nos engañemos, ese poder que da tener a alguien gratuitamente, de forma incondicional a nuestro servicio, sin pedir nada a cambio, esperando nuestros mínimos deseos, no contribuye a crear felicidad, sino insatisfacción y confusión.

A veces cuesta canalizar nuestro amor. Con frecuencia descubrimos que si queremos de verdad a alguien, deberemos ser capaces de hacerles mirar lo que no quieren ver, de decirles lo que no quieren escuchar, de pedirles lo que no quieren dar. ¡No temamos! Al menos en el caso de los niños. Por ello no nos van a coger «manía» ni rencor; al contrario, lo valorarán inmensamente, pero para ello no olvidemos que siempre deberemos actuar con amor, con cariño y con afecto; mostrándonos cercanos y comprensivos, a la par que segu ros y firmes cuando debamos decir no, cuando debamos señalar algún límite, cuando debamos corregir alguna conducta.

Hay situaciones difíciles en las que algunos adultos se resisten a adoptar esta postura, ante el temor de que los niños les suelten toda su infantería. No quieren escuchar frases del estilo: «¡Te odio!» «¡No quiero volver a verte!» «¡Sólo quieres verme sufrir!» «¡Me voy a marchar con mi padre/madre, porque tú no me entiendes!» «¡No hay quien aguante en esta casa!» «¡Para esto me trajiste al mundo!»... En estos casos es fácil dejarse confundir por lo que oímos, si no somos capaces de entender lo que realmente quieren decirnos.

De nuevo, cuando se dan estas situaciones nos están mandando mensajes para que reaccionemos, para que retomemos el control y los «situemos», ya que se encuentran perdidos y desorientados.

Pero se encuentran tan perdidos como enfadados «con el mundo», por lo que sería ingenuo pensar que nos van a recibir con los brazos abiertos, que van a aceptar lo que les digamos, que nos van a dar las gracias y nos harán caso de inmediato.

Por supuesto que su reacción será muy distinta, pero eso no constituirá un obstáculo para desanimarnos. Sería absurdo pedirles en esos momentos lo que no nos pueden dar.

Las siguientes líneas nos van a ofrecer un ejemplo práctico de cómo se pueden tratar estos casos. Volvemos a repetir que no podemos extraer de aquí una fórmula universal para situaciones parecidas, pero seguro que las principales líneas de actuación nos servirán de ayuda y orientación.

El caso de Antonio

Antonio y su hermano Carlos son un claro ejemplo de sobreprotección y exceso de atención.

Antonio tiene 18 años y está cursando COU; Carlos tiene 15 años y está en 3.0 de ESO. Sus padres son dos personas que tuvieron a sus hijos un poco mayores y que siempre se han desvivido por los mismos, hasta el punto de que, más que padres, son auténticos esclavos de ellos.

Aunque los dos hermanos iban bien en su colegio, parece que este curso Antonio se «empeñó» en cambiar de centro escolar, con la excusa de que le prepararían mejor para la Selectividad (la auténtica razón es que quería coincidir con una niña que «le gustaba»).

Desde el primer momento mostró mucha ansiedad, ha engordado 15 kilos en los últimos seis meses y, a pesar de sacar bien las materias, ha bajado significativamente su rendimiento en el segundo trimestre.

El motivo de la crisis ha sido que, a finales de abril, a punto de terminar el curso, Antonio ha decidido dejar de estudiar y se niega en redondo a ir al colegio ni quiere acudir al psicólogo.

Los padres se sienten impotentes ante esta situación; cuando acuden a consulta, Antonio lleva ya cinco días sin ir a clase y parece estar obsesionado con adelgazar, «ahora se pasa el día haciendo deporte y se niega a comer».

Puestos en contacto con el colegio, nos dicen que es un chico que se lleva bien con sus compañeros y que no comprenden su actitud, pues va perfectamente en el curso, aunque sí que lo notaban con mucha ansiedad.

En este caso, cada día que pasaba Antonio sin ir al colegio, su decisión se fortalecía más; por otra parte, había entrado en una dinámica peligrosa, seguía negándose a comer, pedía todo tipo de artilugios para adelgazar y, de forma dialéctica, «maltrataba a sus padres»: «¡No sois nadie para decirme lo que tengo que hacer! ¡Vosotros, que os pasáis la vida dudando por cualquier cosa! ¡Quiero 20.000 pesetas para un nuevo equipo de deporte y, fuera de aquí, que me ponéis enfermo!»

Vimos de nuevo a los padres a las cuarenta y ocho horas; por supuesto, Antonio se había negado a ir al psicólogo y su hermano Carlos les había dicho ese mismo día: «¿Por qué no le dais un par de bofetadas y os dejáis de llorar por las esquinas?»

La situación parecía clara: Antonio había querido demostrar a su «amiga» que era el chico «más brillante del mundo» y no había soportado que, a pesar de su indudable esfuerzo, sus notas hubieran bajado ostensiblemente; literalmente se había agotado, especialmente por la ansiedad enfermiza que había desarrollado y ahora sólo le quedaba la actitud despótica y cruel que mostraba con sus padres.

Sin duda, lo más difícil en estos casos es convencer y preparar a los padres para que sean capaces de «cambiar drásticamente su conducta», y además hacerlo con firmeza y seguridad.

El programa que debíamos seguir consistía en lo siguiente:

-Inmediatamente, hablarían con Antonio y Carlos y les dirían que la situación no podía continuar así (evidentemente, los hermanos se llevaban fatal entre ellos, salvo cuando se unían contra los padres), que habían decidido que la convivencia era un desastre y que, a partir de ese momento, en casa habría unas normas para todos los miembros de la familia, al menos mientras viviesen allí (esta matización siempre la hacemos, para «desarmar» a los jóve nes de 18 años que ya se creen

que pueden hacer lo que quieran, pero sin ofrecer nada a cambio).

-Entre esas normas figuraba el hecho de ir a clase, todos los días y sin excusas posibles; el cambio inmediato de actitud y «tono» entre los miembros de la familia; el arreglo de sus cuartos...

-A partir de ese momento ambos deberían «ganarse» su paga semanal, así como aquellas cosas extras que pedían: ordenador nuevo, viaje fin de curso, ropa de determinada marca, calzado... (se establecía pormenorizadamente el procedimiento).

-Los padres no tendrían inconveniente en apuntar a Antonio, y a Carlos si así lo pidiera, a un gimnasio; pero previamente ambos debían observar las nuevas normas de convivencia.

-Dentro de una semana tendrían una reunión los cuatro, donde analizarían la marcha de este acuerdo, así como las posibles medidas para mejorarlo; pero mientras tanto no discutirían ni una sola vez a lo largo de estos siete días el contenido de las normas o la viabilidad de las mismas. (Ellos debían ganarse previamente esta opción, después los cuatro estudiarían la forma de mejorar la convivencia familiar, y la situación de cada uno en particular.)

Como es lógico, los chicos intentaron boicotear este acuerdo, pero, afortunadamente, los padres se mostraron inusualmente firmes, seguros y decididos a llevarlo a efecto.

Antonio hizo un amago de no ir al colegio al día siguiente, pero al ver que sus padres no lo miraban ni le decían nada, se marchaban a sus respectivos trabajos, dejándole sin un duro, con el ordenador desconectado, sin móvil y, sobre todo, sin haber mostrado un signo de preocupación, inquietud o duda, decidió finalmente ir a clase por la tarde; eso sí, después de haber intentado hablar repetidamente con sus padres por teléfono, pero ambos, invariablemente, nada más descolgar el teléfono le decían que tenían trabajo por hacer y cortaban.

Los siguientes días tampoco fueron fáciles; además de los intentos de Antonio, eso sí, cada vez más testimoniales, Carlos también decidió «probar» la entereza de sus padres y exigió llegar a las 2 de la mañana los viernes. La respuesta fue tajante: «Si llegas después de las 0.30 h. te quedarás sin salir, a razón de un fin de semana, por cada 15 minutos que sobrepases esa hora.»

Al cabo de un mes la situación había cambiado drásticamente:

ambos chicos les habían reconocido a sus padres que ellos no se sentían bien con su actitud, pero que no soportaban verles tan «miedosos», tan preocupados, tan vacilantes y tan «tontos», «porque no nos cogíais una sola bola».

Antonio consiguió bajar 8 kilos, pero comiendo razonablemente y haciendo ejercicio y, por supuesto, logró aprobar COU y la Selectividad. En la actualidad está estudiando la carrera que había elegido.

Lo peor es que tantos años de sobreprotección les han hecho inseguros con algunas personas, y demasiado exigentes con otras (las que ellos interiorizan como débiles), y esto no es fácil de eliminar; es lo que han aprendido durante muchos años.

Afortunadamente, sus padres asumieron la lección y ahora empiezan por fin a «disfrutar» de sus hijos, la convivencia y la relación ha mejorado notablemente. Saben que en cualquier momento se pueden presentar «otras crisis», pero se sienten seguros, y esa confianza hará que las superen y que sus hijos sigan madurando.

La conclusión es clara. Los padres actuaron, por fin, como deberían haberlo hecho desde siempre: con seguridad y sentido común; no respondieron a las provocaciones y se mostraron firmes en sus planteamientos. Ambos hermanos comprendieron que, por primera vez, sus padres habían decidido ejercer como tales y, sin mucha resistencia, pronto aceptaron y hasta dieron la bienvenida a la nueva situación.

Cuando ya no sabemos qué hacer

«¡Verá cómo cuando le conozca, usted tampoco sabrá qué hacer con él!» Esta expresión, escuchada muchas veces en el ámbito de la orientación escolar y familiar, siempre provoca en mí una sonrisa de comprensión y cercanía, pero suele ir acompañada de una respuesta parecida a: «No se preocupen, seguro que dentro de una semana, una vez realizado el análisis del caso, ustedes y yo sabremos muy bien qué hacer; pero, por favor, mientras tanto, ¡que no se les note su desconcierto!»

Que los chavales no se den cuenta cuando nos encontramos perdidos, desorientados o sin saber qué hacer es tan importante como difícil de lograr.

Ya lo hemos repetido varias veces, ellos tienen un «sensor» especial, que rápidamente les indica cómo estamos emocionalmente. Es importante que tengamos siempre presente esta circunstancia, pues no hay cosa que más los desconcierte que nuestro desconcierto; que más los perturbe, que nuestra perturbación; que más los intranquilice, que nuestra ausencia de calma y seguridad.

Cuando aparentemente ya lo hemos intentado todo y nos sintamos perdidos, será el momento adecuado para consultar con un especialista; repetimos, con un especialista, no con el vecino o con el compañero de trabajo.

Salvo raras excepciones, la gente no suele ir al psicólogo de forma preventiva. Cuando acuden hay ya una situación bastante dramática que, en muchos casos, aún se ha complicado más, al haber intentado previamente poner en marcha la «idea» que se le había ocurrido a alguna persona cercana; eso sí, con su mejor intención.

De nuevo aquí la edad no es un elemento determinante, un niño de dos años puede tener ya a toda la familia «en jaque», sin saber qué hacer con él. Estos casos suelen ser más complicados que las crisis típicas de la adolescencia, pues éstas constituyen un momento evolutivo que, tarde o temprano, pasan casi todos los niños y, afortunadamente, suelen resolverse bastante bien, a pesar de la intensidad y lo llamativo de las mismas; pero si un mocosillo de dos años ya nos pone fuera de juego, ¿qué pasará cuando tenga cinco, diez o quince años?

Como casi siempre, lo ideal sería poder coger un poco de distancia y objetivar la situación; para ello, precisamente, el psicólogo suele pedir los registros de conducta. En estas situaciones, es cierto que los niños a veces lo hacen muy complicado y no te van a facilitar el distanciamiento que te permita tener la perspectiva que necesitas. No obstante, con perseverancia, paciencia, sentido del humor, seguridad en nosotros mismos y, sobre todo, con método, seguro que lo conseguimos.

Es lógico que en estos casos no estemos sobrados de paciencia, optimismo, seguridad, perseverancia..., pero, de verdad, si somos disciplinados y seguimos el programa que haya elaborado el especialista, pronto conseguiremos resultados esperanzadores.

Al igual que en otros apartados, vamos a intentar facilitar este aprendizaje, ofreciendo la transcripción de un caso real, para que

recuperemos «la confianza perdida».

Evidentemente, lo importante no es el programa que pone el psicólogo, lo crucial es que vosotros comprendáis el análisis y diagnóstico de la situación y sigáis fielmente los pasos establecidos.

El caso de Pedro

Pedro es un niño de 8 años que tiene desesperados a sus padres, los cuales creen haberlo intentado todo, pero confiesan que el niño «siempre les puede» y ya no les quedan recursos.

La madre está literalmente «machacada». Es una persona voluntariosa, que se ha volcado en su único hijo y que vive una situación auténticamente dramática, pues su marido «ha tirado la toalla» y dice que él se inhibe, que no sabe qué hacer con Pedro y que, además, el niño no quiere «nada con él», que sólo está pendiente de su madre.

Por otra parte, en el colegio continuamente se quejan de su comportamiento, les dicen que siempre está interrumpiendo, que no hace caso a la profesora, que no está atento, que no para quieto un instante, que incordia a todos los niños, que no los deja trabajar y que, de seguir así, deberían plantearse llevarlo a otro centro con menos niños, «donde lo pudieran tratar de forma más individual».

Los padres nos describen a Pedro como un niño muy inquieto, desobediente, que nunca escucha, que está siempre «encima de su madre», prácticamente sin dejarla hablar con nadie; que además tiene miedos (no quiere irse solo a la cama), que es muy exigente y dominante con los niños, que no tiene interés por los temas escolares y que es muy caprichoso («No para de pedir un momento, y cuando ya lo ha conseguido, tan siquiera lo mira, sólo piensa en lo siguiente que pedirá»).

Los padres confiesan que, con mucha frecuencia, se avergüenzan de su hijo, pues en todos los sitios siempre está llamando la atención, pegando, chillando, incordiando y mostrándose como un niño auténticamente insoportable.

Además, están muy preocupados ante la posibilidad de tener que cambiar al niño de colegio, pues está al lado de su casa, les

costó mucho conseguir plaza y, por otra parte, ambos trabajan, tienen horarios muy extensos y un cambio les complicaría aún más la vida. En estos momentos pagan a una persona para que lleve al niño al colegio, lo recoja y esté con él hasta que llegan ellos.

He visto a muchos padres tan desesperados como éstos, pero pocas veces he observado a una madre tan prematuramente envejecida.

Pedimos a los padres que «los dos» nos hicieran registros de las conductas más llamativas del niño, tanto positivas como negativas, durante la siguiente semana y les dijimos que lo dificil ya lo habían hecho; ¡habían acudido a un especialista y nos habían ofrecido una descripción completísima! A partir de ese momento trabajaríamos en equipo.

Les insistimos mucho en que no se culpabilizaran mutuamente; sencillamente ¡no había culpables! Teníamos ante nosotros a un niño dificil, y era lógico que se sintieran sin recursos, pero pronto cambiaría la situación.

Quiero matizar aquí que no debemos tener miedo a la hora de calificar a un niño como dificil; no lo estamos estig matizando. Sin duda, Pedro era un niño difícil, de la misma forma que hay «niños fáciles», y muchas veces esto ocurre al margen de la conducta y la actitud de sus padres.

Ya comentábamos al principio del libro que, por mucho que a los psicólogos nos cueste admitirlo, hemos de reconocer que algunos niños son difíciles desde muy pequeñitos, prácticamente desde que nacen. Bastante tienen sus padres con intentar «reconducir» a sus hijos, para que encima los culpabilicen y los cataloguen tranquilamente como blandos, duros, ineptos, incompetentes..., u otras lindezas parecidas.

Por ello, uno de los primeros objetivos fue conseguir que se quitaran la culpabilidad y la soledad que sentían.

Inmediatamente nos pusimos en contacto con el colegio, y escuchamos lo que nos temíamos: que era un niño insoportable, que no sabían qué hacer con él y que creían que debería ir a otro centro especializado en «niños con problemáticas parecidas a las suyas».

Los padres de Pedro nos trajeron unos registros «primorosos», muy completos y pormenorizados, que nos facilitaron extraordinariamente

la labor. El niño no parecía tener «días normales»; desde que se levantaba ya empezaba a «medir las fuerzas» con el desayuno y, salvo excepciones, constantemente estaba poniendo «a prueba» a sus padres.

No le importaba que estuviera fuera de casa, organizaba el «espectáculo» en cualquier sitio: en el mercado, en el parque, en los restaurantes, casas de amigos...

No resultaba difícil ver que su máximo interés era tener constantemente pendiente de él a su madre, no la dejaba en paz un momento. ¡No podía ni contestar al teléfono!

Las situaciones se repetían una y otra vez: el niño empezaba a no hacer caso o a incordiar, los padres intentaban convencerlo por «las buenas», razonándole las cosas con paciencia, pero ante la falta de respuesta de Pedro terminaban por abandonar la tarea, o se ponían un poco duros y acababan chillando todos o, literalmente, abandonaban y le dejaban hacer lo que quisiera.

Las pautas de actuación eran muy claras; dada la situación de angustia e impotencia de sus padres, vimos al niño y le dijimos que no podían seguir las cosas así durante más tiempo, que todos sabíamos que él mismo no estaba contento con su conducta, que no podía continuar con esa actitud, ni en casa ni en el colegio y que no se preocupase, que lo ayudaríamos también a quitarle los miedos, pero que para ello él tenía que colaborar e intentar hacer las cosas que le íbamos a decir. En ese momento le explicamos el acuerdo, lo que él podía y no podía hacer, y lo que harían sus padres en cada una de las situaciones que se produjeran durante la siguiente semana.

En resumen, le dijimos que él podría conseguir puntos; un punto por cada hora que hubiera obedecido a la primera, que no hubiera chillado, que hubiera comido sin problemas, que hubiera hecho sus deberes, que hubiera dejado tranquilos a sus padres, que no se hubiera peleado con niños (si estaba fuera de casa)...; en definitiva, que hubiera estado tranquilo y colaborador. Aquí le enseñamos los registros que teníamos de la última semana y le fuimos diciendo cómo debería haber sido su conducta; a la par que lo informábamos de cómo sería la conducta de sus padres a partir de ese momento; cómo reaccionarían ellos, según él se comportase.

Para ayudarle a no tener miedo, le dejaríamos al principio una pequeña luz en su habitación y además dormiría con la puerta abierta. También le dijimos que, como estábamos seguros de que no le podía

pasar nada, sus padres no se quedarían con él hasta que se durmiera, pues entonces seguiría teniendo miedo y cuando se despertase por la noche de nuevo necesitaría que sus padres estuvieran con él; que, de todas formas, como sabíamos que le costaba dormirse, le enseñaríamos unos «trucos» para que se le pasara el miedo. Por el contrario, si él no colaboraba, significaba que, en lugar de miedo, lo que tenía eran ganas de llamar la atención, por lo que si se producía de nuevo esa situación, nos veríamos obligados a quitarle las ayudas: primero la luz de su cuarto, luego cerraríamos la puerta... y además no conseguiría los puntos de color azul (distintos del resto) que le daríamos todas las mañanas por haber colaborado.

Los padres recibieron un entrenamiento específico de cómo no hacerle caso cuando sólo pretendiera llamar su atención, cómo actuar con firmeza, en cuanto les empezara «a probar»; no obstante, intentarían buscar, en cada momento, la forma de reforzarle, de decirle lo contentos que estaban ante el esfuerzo que estaba haciendo, que les gustaba mucho verle así, que sabían que era un niño estupendo, simpático, creativo, que le costaba controlarse un poco, pero que lo estaba consiguiendo.

En definitiva, durante una hora al día, porque pedir más sería agotador, ellos intentarían prestar atención al niño, ante la mínima posibilidad de que éste ofreciera una conducta aceptable y, por el contrario, le retirarían su atención y actuarían con firmeza cuando empezara con sus conductas exigentes.

Igualmente, el acuerdo se extendía a la conducta que mostrase en el colegio; su profesora nos pondría cada día cómo había sido su conducta y su actitud y, según fueran las anotaciones, sus padres le darían puntos de otro color (los del colegio, que igualmente le servirían para conseguir las cosas que más le gustaba hacer: jugar con sus padres durante 20 minutos, ver la televisión 30 minutos, pedir su comida favorita, conseguir un vídeo de una película de dibujos animados...).

Durante seis semanas tuvimos que efectuar un seguimiento muy riguroso, pues a Pedro le resultaba muy difícil «controlarse», a la par que sus padres encontraban muchas dificultades en cambiar sus hábitos con el niño.

Finalmente, Pedro comprendió que sus padres sólo le prestarían atención cuando de verdad se estuviera esforzando y se dio cuenta de que no conseguiría nada, salvo estar un rato él solo en su cuarto,

cuando siguiera actuando como hasta la fecha. El niño empezó a modificar su conducta; al principio, muy poco a poco, probando en cada momento, pero, finalmente, dio un «acelerón», tanto en casa como en el colegio y después de mes y medio felizmente la situación había cambiado.

No obstante, insistimos mucho a sus padres en que Pedro «volvería a las andadas» en cuanto los viese un poco inseguros o débiles. Ellos debían ser conscientes de que era un niño muy inquieto, prácticamente hiperactivo, al que le resultaba muy difícil estar «tranquilo». La mejor forma de ayudarlo era actuar con mucho cariño, pero con un cariño selectivo, que aparecería magnánimamente cuando viesen que se estaba esforzando. Por el contrario, se mostrarían firmes ante sus incontroladas llamadas de atención.

Aunque parezca casi imposible y pensemos que ya lo hemos intentado todo, el mensaje final es: ¡se puede conseguir! Nadie es tan agradecido como los niños cuando por fin les facilitamos el camino para que puedan disfrutar sin perturbar, jugar sin molestar, crear sin machacar, intervenir sin interrumpir, sonreír sin herir...; en definitiva, cuando encuentran su sitio sin «ocupar» el de los demás.

Capítulo 4
Cuando la desesperanza llega a las familias

Quizá el título de este capítulo pueda parecer algo dramático, incluso exagerado, pero no lo hemos puesto «al azar»; la realidad, la dura realidad, es que hay muchas familias que viven inmersas en la desesperanza, cuando no en una angustiosa impotencia.

Vamos a intentar profundizar en aquellos casos que puedan ser más representativos, más fácilmente generalizables a otras situaciones que, con cierta frecuencia, se dan en el marco familiar.

Las edades de los niños afectados van desde la primera infancia hasta pasada ya la adolescencia.

Las circunstancias que pueden marcar la vida de algunos niños son múltiples. El entorno produce en ellos tal impacto que, en muchos casos, termina condicionando su vida: espacios reducidos, clima de tensión a su alrededor, fracaso escolar, dificultades de relación, desarraigo, horarios muy extensos de sus padres, separaciones, problemas físicos...

Mención aparte será la problemática que se da en el marco de algunas separaciones; especialmente cuando, a las circunstancias dolorosas que suelen acompañarlas, se unen a veces sentencias judiciales poco comprensibles.

No pretendemos crear debates estériles, y mucho menos realizar análisis superficiales o demagógicos. Entendemos que estos temas no se solucionan con controversias apasionadas o medidas drásticas; antes bien, merecen toda la racionalidad que puede alcanzar el ser humano.

No se trata, pues, de crear polémica, sino de suscitar reflexión.

Mientras tanto, nuestra aportación se centrará, como no podría ser

de otra forma, en el ámbito puramente profesional.

Desde esta perspectiva, vamos a intentar facilitar al máximo posibles vías de actuación.

Esperamos que la exposición de los siguientes casos contribuya a devolver la esperanza a estas familias.

«¡Pero si lo hemos intentado todo!»

En muchas ocasiones la petición de orientación surge desde el medio escolar, dado el comportamiento atípico que presenta un niño determinado.

Cuando los profesores tratan de profundizar en el tema y solicitan información sobre la conducta que presenta en casa suelen encontrarse con relatos «para no dormir». En estas circunstancias aconsejan a los sufridos padres la posibilidad de consultar a un psicólogo.

Esto es lo que les sucedió a los padres de Manuel, quienes a los cinco minutos de empezar la entrevista nos confesaban, con cara de preocupación y desesperanza, que ¡ya lo habían intentado todo!

El caso de Manuel

El niño tenía 4 años y era el primer curso que estaba en su actual colegio.

Siempre había sido un niño muy miedoso, que se angustiaba ante la posibilidad de quedarse solo (hecho que nunca había pasado), de que cerrasen el local donde estaban (por ejemplo, en los restaurantes, tiendas...), de que su madre llegase dos minutos tarde a recogerlo al colegio...

Además, era lo que sus padres llamaban «un niño pesado»: comía mal, dormía mal, lloraba por todo...

Parecía haber acusado mucho el nacimiento de su hermana pequeña (niña de 18 meses); su comportamiento meticuloso se había agravado: si todas sus pinturas no estaban en su «sitio exacto», una a una, se sentía muy angustiado y se ponía a llorar.

Sus padres estaban bastante escépticos ante las posibilidades de

mejora e intervención, pues no cesaban de repetir que ¡ya lo habían intentado todo!

Una vez completada la historia, les pedimos que nos hicieran los registros en casa y nos pusimos en contacto con su profesora, quien nos confirmó que era un niño muy «angustiado», que se agobiaba por todo: sudaba, gemía y lloraba si no encontraba la «ficha», si no empezaba al mismo tiempo que la mayoría, si no tenía el lápiz, el borra, las pinturas y todos los objetos perfectamente alineados en su sitio; si creía que terminaría más tarde que los otros niños...

Igualmente, manifestaba una dependencia absoluta de los adultos: de su profesora en la clase, de las cuidadoras en el patio, de las auxiliares en el comedor...

Además, mostraba un sufrimiento desgarrador cuando no veía que su madre estuviera la primera a la salida del colegio.

Quedamos, como siempre, en que nos volveríamos a poner en contacto cuando los padres nos trajeran los registros de casa y estableciéramos el programa a seguir.

La segunda vez que vimos a sus padres habían sustituido su cara de preocupación y desesperanza por un gesto que denotaba su sentimiento de «sentirse estafados». Literalmente nos dijeron: ¡Qué forma de tomarnos el pelo! ¡Cómo no nos habíamos dado cuenta antes! ¡Es un auténtico manipulador!

La verdad es que ¡habían hecho el análisis perfectamente! En efecto, Manuel era un niño que chantajeaba continuamente a sus padres, mostraba muchas conductas de miedo y se pasaba el día lloriqueando.

Por ejemplo, si su madre se quedaba hablando con laprofesora, a la salida del colegio, se repetía todos los días la misma escena:

Conducta del niño: «Manuel no me deja hablar, dice que quiere ir con sus amigos a jugar, que no le van a esperar y que la culpa es mía. Me tira de la chaqueta para que me vaya, y si tardo un poco empieza a llorar.»

Respuesta de la madre: «Le digo que se quede tranquilo mientras termino de hablar, aunque no me hace caso y, hasta que no termino, no se queda tranquilo».

Si estaban en un supermercado, y veía que empezaban a apagar las luces, porque ya era la hora de cerrar, aparecían sus respuestas de miedo:

Conducta del niño: «Manuel empieza a agobiarse, dice que van a cerrar. En esta ocasión no llega a preocuparse tanto, porque ya estamos en la caja para pagar; si estamos dentro empieza a llorar y dice que nos tenemos que marchar»

Respuesta de la madre: «Yo le digo que esté tranquilo y que la tienda no la van a cerrar hasta que todas las personas no nos vayamos. De todas maneras, él no hace caso a lo que decimos y hasta que no salimos no se queda tranquilo.»

Cada vez que salían de casa, por la mañana o por la tarde, sus padres tenían que detallarle todos los sitios a los que irían:

Conducta del niño: «Manuel pide que le digamos a todos los sitios que vamos a ir, y a medida que vamos haciendo cada una de las cosas, por ejemplo: primero ir a los toboganes, después ir a comprar algo... él nos pregunta: `-Yahora a dónde vamos?", aunque él ya lo sabe, porque nos lo ha preguntado antes de salir de casa. Si alteramos el orden de la tarde, él nos lo dice, y si lo cambiamos demasiado o llegamos tarde a casa, se pone a llorar y empieza a ponerse nervioso.»

Respuesta de los padres: «Generalmente, en todas estas cosas, le decimos el itinerario de nuestra salida y no lo cambiamos para evitarle un disgusto. »

Como observamos en los registros, los padres de Manuel eran bastante pacientes y condescendientes con el niño, se pasaban el día intentando calmarlo, dándole todo tipo de explicaciones, modificando sus planes para que el niño no se disgustara...; en definitiva, sin querer, estaban reforzando continuamente las conductas de Manuel.

La actuación que había que seguir era muy clara: no deberían reaccionar ante sus rabietas; le dirían las cosas sólo una vez; cuando llorase a la salida del colegio, no lo dejarían jugar con los niños en el patio; si lloraba mucho en casa, le mojarían un poco la cara con agua fría, para cortarle la reacción de histeria y, sobre todo, se mostrarían muy tranquilos, calmados y seguros.

En la tercera visita los padres nos dicen que el niño había reaccionado muy bien los cuatro primeros días, pero que luego

debieron viajar a ver a los abuelos y «allí se desmadró por completo», volviendo a las andadas y mostrándose «ñoño e insoportable». Los padres confesaban que habían aprendido la lección, y que al volver a Madrid siguieron de nuevo las pautas de forma disciplinada, reaccionando Manuel de inmediato.

Los registros nos demostraban que jugaba demasiado él solo, no permitía que le interrumpiera y constantemente estaba con el tema de policías y testigos.

Las pautas que había que seguir eran claras: debían continuar «duros», sin ceder un milímetro cada vez que mostrase sus típicas llamadas de atención, pero reforzarían sus nuevas conductas. Por nuestra parte, una vez que Manuel ya interiorizaba bastante bien las nuevas normas en casa, nos pondríamos en contacto con su profesora, para indicarle las pautas que tendría que seguir en el colegio (básicamente eran las mismas: no hacerle caso cuando lloriquease o intentase llamar la atención y, por el contrario, alabar sus nuevos signos de independencia, seguridad y madurez).

En la siguiente sesión Manuel se mostró más colaborador y risueño, aunque había intentado poner a sus padres a prueba a la hora de buscarlo al colegio y en el momento de ir a la cama, diciendo que no quería dormir. Los padres habían reaccionado con firmeza, le dijeron que les daba igual si dormía o no, pero que tenía que acostarse; tampoco le habían hecho caso cuando lloró en el colegio, porque no veía a su madre. Dado que la escena de llanto a la salida del colegio aún se repetía, les dijimos a sus padres que, cada vez que esto sucediera, y así se lo comunicarían antes a Manuel, ellos no lo recogerían en el momento y, además, al día siguiente irían más tarde; por otra parte, como no paraba de preguntar (sólo por preguntar, puesto que no escuchaba las respuestas), le avisarían cuando ya hubiese agotado el número de preguntas, pero si insistía, no le hablarían durante los siguientes 30 minutos.

Después de seis semanas, en el colegio estaba perfectamente: su profesora nos decía «que se le habían quitado las manías, incluso terminaba las comidas con normalidad en el comedor, y cada vez tenía una actitud más parecida al resto de los alumnos». En casa, por primera vez en años, su conducta era risueña, habitualmente se mostraba alegre, tranquilo, conciliador y, por fin, había empezado a compartir sus juegos y sus juguetes con su hermana.

La siguiente vez que fueron a ver a los abuelos se mostró un poco

«lánguido y triste» los primeros cinco minutos, pero en cuanto vio que sus padres reaccionaban con firmeza y seguridad rápidamente volvió a ser el niño feliz de las últimas semanas.

Sus padres se dieron cuenta de que no lo habían intentado todo, como creían al principio; Manuel no era un niño tan complicado, de hecho reaccionó con rapidez, lo que había pasado, entre otras cosas, es que le habían protegido mucho, se habían mostrado muy preocupados ante las pri meras manifestaciones de rechazo hacia su hermana, habían reforzado sus miedos, sus abuelos se habían convertido en sus esclavos y, poco a poco, el niño se había «despistado» por completo y hacía lo que sabía hacer: provocar a los adultos de su entorno, para que éstos «cortasen» y actuasen con seguridad; en definitiva, para que le transmitiesen a él esa seguridad que tanto necesitaba. Lejos de enfadarse con sus padres, nunca lo habían visto tan cariñoso con ellos y con su hermana. De hecho, descubrieron que era un niño alegre, cuando anteriormente su rasgo más característico era la tristeza y el llanto.

No nos agobiemos, con un poco de paciencia y de método, los padres y los educadores, actuando en equipo, pueden, perfectamente, reconducir estas situaciones.

Si tratamos las cosas con normalidad, no tiramos la toalla, nos esforzamos, nos autodisciplinamos y hacemos los registros pertinentes (a estas alturas ya sabéis cómo cumplimentarlos), en la mayoría de los casos no será necesaria la intervención de un psicólogo, veréis fácilmente las pautas a adoptar y los niños, que siempre son agradecidos, os compensarán vuestro esfuerzo.

«¡Ya no aguantamos más! ¡No podemos con él! ¿Por qué es tan agresivo?»

Éstas son otras expresiones que más escuchamos en el ámbito de la orientación psicológica.

De nuevo podría parecer que «estos casos» sólo pueden darse con chicos/as ya mayores, pero la realidad es incontestable: hoy en día, estas situaciones se viven con niños de cualquier edad. Suelen darse más en el medio familiar, pero seguro que todos conocemos a profesionales de la educación que, en algún momento, también nos han hecho comentarios parecidos, en relación con alguno de sus alumnos.

Normalmente, estos hechos no suceden «de la noche a la mañana». Un análisis riguroso nos señala cómo, de forma previa, el niño/a ya había manifestado una serie de conductas y comportamientos atípicos, que nos estaban indicando sus desajustes o sus problemas de integración.

> Resulta razonable que vivamos nuestras vidas con cierta tranquilidad: ¡No podemos estar todo el tiempo alerta ante las conductas de los niños! Pero sí debemos preguntarnos qué está pasando cuando sus comportamientos desajustados se repiten, cuando un día sí y otro también se comporta deforma exigente, incluso agresiva, más allá de una rabieta típica o de un enfado espontáneo y transitorio.

Cuando estos casos llegan a la consulta del psicólogo, la situación suele ser «límite», la convivencia se ha convertido en un caos, los adultos se sienten perdidos y los niños, por paradójico que nos resulte, están «clamando a su manera» un poco de orden en sus vidas, están pidiendo a gritos -y a veces incluso a golpes-, que los adultos recuperen la calma, la seguridad y la estabilidad que parecen haber perdido, que «reconduzcan» la situación, que lleven de nuevo el «timón» de los acontecimientos, que marquen las pautas, los límites que puedan traer la paz y el equilibrio.

Si además hay «otros hermanos por medio», la situación puede ser aún más dramática. Con frecuencia, cuando ana lizamos estos casos, vemos que algunos hermanos han sido tomados como auténticos «rehenes», ante la impotencia o incapacidad de los adultos.

Afortunadamente, volvemos a insistir, es mucho lo que podemos hacer, y aunque es verdad que no nos será fácil, también es cierto que el propio niño, en el fondo, está deseando que le indiquemos el camino para salir de esa situación. Lo que no podemos pedir es una «rendición total»; el niño necesita sentir que lo estamos ayudando, no machacando; necesita percibir que nuestra propuesta es «lógica», aunque en ese momento le incomode mucho y le sea difícil seguir las pautas que hayamos marcado; necesita, en el fondo, una especie de «pacto», un pacto en el que casi todas las condiciones las van a poner los adultos, pero donde se le explica el porqué de cada acción y por qué no pueden seguir las cosas así. Es importante que en este punto, dado lo sensibles que son los niños al sentido de la justicia, insistamos en que ni él ni vosotros podéis consentir las «injusticias» que se están

produciendo, que comprendéis que en ese momento le es dificil controlarse, pero que le vais a ayudar para que entre todos consigáis reconducir la situación y él conserve «su dignidad».

Para que podamos «ver» mejor las posibles vías de solución de estas situaciones hemos elegido el caso de Alberto.

El caso de Alberto

Alberto es un niño de 4 años, con una hermana de 17 meses y con dos padres jóvenes, muy volcados en sus hijos y literalmente «hechos polvo» ante la conducta del mayor.

El niño sufre una hipotonía leve, que lo obliga a ir un día por semana a rehabilitación. Su desarrollo psicomotor ha experimentado un leve retraso en las principales áreas (coordinación de movimientos, destrezas finas, lenguaje, control de esfínteres...).

Por otra parte, según sus padres, se trata de un niño «nervioso», «inquieto» y «atolondrado», que no para un instante. A nivel de conducta, «parece no escuchar, repite constantemente lo que él quiere (es muy cabezota), resulta agobiante, va de rabieta en rabieta, no tiene límites (no los acepta), llora por todo, a su hermana le pega mucho, chilla sin parar, da portazos a las puertas... y últimamente está obsesionado con bajarse los pantalones y decirle a su hermana que le toque la cola».

Sus padres confesaban «que no podían más y que estaban perdiendo el norte».

Rápidamente, vimos que eran unos padres muy colaboradores, auténticamente volcados en sus hijos y con una disposición encomiable.

Les dijimos que tranquilos, que ya había pasado lo peor, que no volverían a sentirse solos y perdidos ante las conductas de Alberto y, además, les felicité porque habían hecho algo muy importante, habían pedido ayuda antes de que la situación se hubiera agravado más, cuando el niño hubiera cumplido 6, 8, 10 o 12 años.

Una vez que nos trajeron los primeros registros, por cierto, fantásticamente cumplimentados, pudimos establecer el programa a seguir. Alberto, tal y como nos lo habían descrito, se pasaba el día

encima de sus padres, con una actividad agotadora, iba de rabieta en rabieta, no había obedecido una sola orden en toda la semana pero, lo que es peor, mostraba una conducta muy agresiva, y no únicamente con su hermana, a la que pegaba sin parar y sin provoca ción previa, sino también con sus padres, a los que insultaba y pegaba un día sí y otro también.

Sus padres se agotaban intentando solucionar las situaciones «por las buenas», le explicaban por qué no debía hacer determinadas cosas, por qué no debía agredir, chillar sin parar y, además, estaban «muy encima» para que no «se matase» (pues estaba continuamente «en las alturas», de las sillas, de las mesas y de cualquier sitio peligroso que hubiera); intentaban «no perder los nervios», cuando, justo antes de salir para el colegio o para la calle, organizaba alguna escena para retrasar o impedir la salida.

Como es fácil imaginar ya, a estas alturas del libro, nuestras pautas fueron clarísimas: hablarían con el niño y le dirían que la situación no podía continuar así ni un día más; que sólo le dirían las cosas una vez, que si no obedecía rápidamente lo mandarían a su cuarto (en este caso más bien lo llevarían a su cuarto, pues era de prever que Alberto se negase a ir). Asimismo, cada vez que pegase -a su hermana o intentase hacerlo con ellos, pues ya les dijimos que no deberían tolerar ni el intento-, también iría a su cuarto... Les dimos instrucciones muy concretas sobre qué hacer en caso de que se escapara de su cuarto, de que tuviera reacciones histéricas; en definitiva, de que mostrase algunas conductas extremas, pero previsibles en Alberto.

Una semana después de haber comenzado el programa los padres se mostraban entusiasmados, por lo que mi respuesta fue de: ¡Atención: no seáis ingenuos! En efecto, habían hablado con él y los cinco primeros días fueron intensísimos, el niño se pasaba el día prácticamente en su cuarto, pero... ¡Ahora es otro niño! No es fácil en estos casos «desengañar» a los padres, pero es absolutamente necesario. «No es otro niño», les dije, «es el mismo»; ante sus caras de asombro, puntualicé que lo que nos había demostrado Alberto es que era un niño listo, que se había dado cuenta de la seguridad y la perseverancia que mostraban sus padres, y había decidido darse una tregua, pero que lo volvería a intentar, porque, por desgracia, a estas alturas, con la cantidad de situaciones extremas que llevaba a sus espaldas, él aún no estaba convencido de que sus padres efectivamente supieran reaccionar siempre bien, como en el fondo necesitaba.

Les facilitamos unos apuntes muy sencillos, pero esclarecedores sobre la conducta de los niños y los animamos a «no bajar la guardia», pero a que simultáneamente lo reforzaran, utilizando un sistema de puntos, que da muy buen resultado con niños de estas edades.

En la siguiente sesión seguía «razonablemente bien», pero de nuevo había pegado algunas veces a su hermana, a su prima y a algunos padres y madres del colegio. Entrenamos a sus padres en medidas que facilitasen el «corte inmediato» de esas situaciones, y en la utilización de un método de relajación, que le ayudase a Alberto a cortar y encauzar esa energía, que se le desbordaba en agresividad.

Tres semanas más tarde el niño se mostraba más tranquilo, más relajado, era capaz de pasárselo bien jugando con su hermana, no tenía ya conductas exhibicionistas y prácticamente no había pegado, aunque, de vez en cuando, se le escapaba algún insulto, pero, en general, estaba muy cariñoso y «se le notaba feliz».

Como siempre, insistimos en estos casos, ¡no hay que bajar la guardia! Alberto será siempre un niño más inquieto de lo normal y, ante su falta de destreza y madurez, para resolver las cosas de otra forma, optará a veces por intentar solucionar sus problemas «por la tremenda», agrediendo o insultando. Estos hechos no significan que, inevitablemente, vaya a ser un niño violento en el futuro, pero sí que necesitará más ayuda que otros críos que, con estas edades, se pasan el día jugando y divirtiéndose.

Es verdad que niños como Alberto son muy difíciles. Si todos los niños necesitan unas pautas, normas, reglas... y límites de conducta, en estos casos esos límites les son imprescindibles para su correcto desarrollo; sin ellos están perdidos y nos los piden, de nuevo, «a su manera»; de una forma violenta o extrema, pero no podemos decir que no nos están «llamando», otra cosa es que nosotros, los adultos, sepamos «escucharlos».

Alberto sólo tenía cuatro años, pero desde bebé ya había manifestado esas conductas; una de las enseñanzas que sacamos de esta historia es que ¡no hay que esperar tanto! Debemos intervenir en cuanto las situaciones empiecen a ser atípicas.

Comprendemos que muchos padres no tienen pautas de referencia, pero esperamos que, después de leer este libro, y de ver tantos y tantos ejemplos, se sientan mucho más seguros a la hora de abordar la educación de sus hijos.

Cuando la convivencia es imposible (nos planta «cara», se salta las normas y se pasa el día desobedeciendo y contestando)

La mayoría de los adultos, en algún momento de nuestras vidas, hemos pensado sobre las dificultades que entraña toda convivencia. Amigos con los que prácticamente no habíamos discutido nunca se transforman en personas insufribles tras unos días de vacaciones compartidas; compañeros por los que sentíamos afecto se vuelven «extraños» y «desagradables» en el transcurso de un viaje de trabajo; personas aparentemente alegres se tornan díscolas y quisquillosas en sus rutinas cotidianas...

¡Cuántas parejas se llevaban maravillosamente hasta el momento en que empezaron a convivir! ¡Cuántos casos conocemos de personas que se quieren profundamente, pero a los que les resulta imposible poder vivir juntas, por mucho que lo intentan!

Si a los adultos, después de toda una vida de aprendizajes y experiencias, nos sigue resultando dificil la convivencia, ¿por qué vamos a pensar que los niños nacen ya «sabiendo convivir»?

Por otra parte, volvemos a insistir, los niños aprenden mucho por «modelo», a través de lo que ven en nosotros; ¿realmente estamos seguros de ser un buen espejo, que les facilite los recursos necesarios para lograr una buena convivencia? Pero... ¡no desesperemos!, vamos a tratar de ofrecer algunas pautas que nos ayuden a encauzar esas situaciones que, a veces, nos parecen insostenibles.

El caso de Carlos

Carlos es un niño de 11 años, que está en 1.0 de ESO, tiene una hermana de 9 años y unos padres de mediana edad.

Sus padres nos lo describen como «un broncas», que desde que llega del colegio no para de meterse con su hermana y consigue sacarlos «de quicio» todos los días.

Nos comentan que ya de pequeño tenía un carácter fuerte, pedía las cosas llorando y cuando se las daban, las tiraba y pedía otra cosa.

Tiene miopía, pero no se pone las gafas; él dice que es muy

bajito (cosa que no es cierta) yes muy pesimista.

Parece que siente una envidia enfermiza desde que nació su hermana y, por otra parte, no admite nunca que se haya podido equivocar en algo. En los juegos con otros niños, por ejemplo el tenis o el baloncesto, se enfada mucho si no gana.

Sus padres solicitan nuestra «orientación», para «que los aconsejemos de qué manera pueden cambiar la conducta de Carlos, y cómo pueden conseguir que el niño aprenda que tiene que convivir en una sociedad».

Los registros nos confirman el «enfilamiento» que tiene hacia su hermana, a la que literalmente no la deja respirar; pero además nos muestran a un niño «chulito» con sus padres, que no para de ponerlos a prueba y de provocarlos con su conducta. Por sistema se niega a todo lo que le piden, pero, por el contrario, él no cesa de exigirles: un nuevo equipo de tenis, otras zapatillas deportivas, juegos de ordenador...

Como es lógico, pusimos inmediatamente un Programa que, en una primera fase, eliminase o disminuyera drásticamente las «provocaciones» que constantemente mostraba Carlos. Posteriormente, elaboramos un «Acuerdo» con todos los miembros de la familia, donde se especificaban las reglas que, a partir de ese momento, marcarían las pautas de convivencia.

A las dos semanas de firmado el acuerdo, Carlos ya empezó a mostrar signos muy claros de mejora; él y su her mana se esforzaban por conseguir los puntos, que les permitían ver Los Simpson, jugar treinta minutos al ordenador, ir al entrenamiento de baloncesto, canjearlos por determinados juegos o por dinero.

El programa estaba funcionando perfectamente, hasta que se aproximaron las navidades y el niño se sintió muy seguro de poder conseguir todos los juegos y la ropa que quería, a través de los regalos que recibiría por parte de sus abuelos y de sus tíos. Evidentemente, aún no había pasado suficiente tiempo para que las nuevas conductas de Carlos se hubieran transformado en hábitos, que el niño ya hubiera interiorizado y ejecutase de forma mecánica.

La actuación a seguir era muy clara: a) Los padres hablarían con los abuelos y los tíos y los convencerían para reducir sensiblemente el aluvión de regalos que iban a hacer a los niños -éste era un tema

pendiente que los padres habían querido hacer desde que los niños eran pequeños, pero que nunca se habían atrevido-, y b) para poder jugar y disfrutar de los regalos, ellos tendrían que conseguir un mínimo de puntos diarios.

Desde luego, esta actuación no le hizo ninguna gracia a Carlos, pero en el fondo le vino muy bien; comprendió que no podía «saltarse las reglas y ser más listo que nadie», y pronto volvió a mostrar la conducta de las últimas semanas.

Al cabo de unos meses, Carlos se había convertido en un niño mucho más sociable, que se entretenía todas las tardes con su hermana, y que no mostraba tanta ansiedad ante sus triunfos o fracasos deportivos.

Esta historia nos sirve para ilustrar, entre otras cosas, un hecho que es muy común a muchas familias: la facilidad con la que los niños consiguen regalos y manejan dinero; el consumismo que, sin darnos cuenta, estamos provocando en ellos; además de la creencia irracional de que no hay que «ganarse» las cosas; da igual como se porten, terminan consiguiendo lo que se proponen; se lo «regalamos».

Numerosos padres nos dicen que ellos lo tienen muy claro, pero ¡que no pueden hacer nada con los abuelos, tíos, padrinos...!, que no les hacen caso, «van por libre» y les llenan de juguetes y caprichos a los niños.

> La realidad es que los niños son intransferibles, y con ellos la responsabilidad de sus progenitores. Es verdad que muchos familiares y amigos «actúan por su cuenta», pero también es cierto que, en último lugar, la palabra la tienen los padres.

Un argumento serio y riguroso, expuesto con convicción y seguridad, hará reaccionar al menos a algunos familiares; para el resto activaremos la opción b, que consiste en que, una vez recibidos los regalos, independientemente de la conversación o de la actuación que se tenga con los adultos responsables, los padres los confiscarán y se los irán dando o dejando a los niños en la forma y el momento que hayan determinado hacerlo. Siempre que sea posible, intentarán razonar y pactar esta actuación con sus hijos.

A veces, ¡qué fácil es ir de «buenos» y generosos, cuando los niños son de otros! Es cierto que se suele hacer con la mejor intención, pero

si los padres han manifestado su voluntad en otro sentido, ¡intentemos ser comprensivos y, sobre todo, respetuosos! ¡Los padres, pero, sobre todo, los niños, se merecen este respeto!

El caso de Con chita

Conchita es una niña de 15 años, hija única; sus padres son un poco mayores y no coinciden en cómo educarla. Parece que la madre es más «blanda» y el padre más exigente.

Nos comentan que Conchita ha sido muy nerviosa, dormía mal de pequeña, cambió tres veces de colegio (pues ninguno le gustaba) y siempre ha tenido un carácter fuerte y difícil, «pero a partir de los 13 años es imposible la convivencia con ella».

En los colegios no ha presentado especiales problemas, salvo este año, que ha cambiado de grupo de amigas y parece que «quiere hacerse muy mayor». Puestos en contacto con el centro escolar, nos confirmaron que por primera vez suspendería algunas asignaturas y que su actitud era de «provocación» con la clase.

Hace tres meses fueron a otro psicólogo y, según sus padres, la niña «le tomó el pelo». Ellos creen que Conchita tiene doble personalidad: «Le decía al psicólogo que sus padres eran encantadores, y cuando llegaba a casa nos machacaba.»

Según su padre, la niña funciona en casa cuando ve un ambiente más duro; incluso si en esos momentos su madre intenta relajar el ambiente, la niña se pone «como una furia» con ella. Con el resto de la familia tiene una actitud «muy contestona», los trata «a baquetazo limpio».

Los padres no la aprietan en los estudios; la niña había sido responsable hasta este curso, en que apenas estudia. Están pensando en cambiarla de colegio, pues creen que sus actuales amistades son las que han provocado la situación actual.

Por otra parte, está muy «emperrada» en las discotecas y muy obsesionada con sus amistades. Cuando su madre intenta hablarle del tema sexual, la niña la corta drásticamente, diciéndole que está muy anticuada.

Desde hace seis meses las relaciones entre los padres se han deteriorado aún más a consecuencia de una salida de Conchita, que no durmió en casa.

Los registros nos mostraron a una adolescente absolutamente descentrada, que estaba pidiendo «a gritos» una intervención.

Intentamos poner a los padres de acuerdo en unas pautas mínimas de actuación con su hija y les pedimos que trajeran a la niña la próxima visita.

Conchita nos dijo que su madre la trataba como a una niña pequeña: «Que no andes descalza, que cenes, que te abrigues...» Cree que ella «es así», porque es hija única. Es consciente de la diferencia de criterios entre sus padres, pero nos dice, con auténtico sentimiento, que no quiere que se separen: «Uno sin el otro no son nada.»

A mi pregunta de por qué creía que la convivencia era tan imposible, con gran elocuencia me contestó: «Creo que lo que pasa es que yo estoy pasando el pavo, mi padre la andropausia y mi madre la menopausia.»

Posteriormente, y tras unos minutos de intensa observación de mi persona, me dice que últimamente lo está intentando, pero cuando está en una discusión se pone nerviosa y lo arregla con un grito.

Aprovechando que soy consciente de que «me está pidiendo ayuda», le propongo que podemos seguir un programa «como adultos». Se siente muy halagada por ello y asiente con la cabeza.

En estos casos, cuando veo a los padres tan impotentes y a los adolescentes con una agresividad tan descontrolada, intento trabajar directamente con ellos, entrenándolos con técnicas de autocontrol, o ayudándolos en sus estudios, para favorecer el progreso en esos dificiles comienzos.

El Programa a seguir contemplaba:

1. Registros por ambas partes (padres y Conchita), para que no hubiera discusiones sobre la interpretación de los hechos.

2. Realizar con Conchita un entrenamiento en autocontrol, para que no saltase a la mínima.

3. Ayudarle también con un Programa de Método y Técnicas de Estudio.

4. Hacer un «Pacto» con sus padres, donde cada uno se comprometía a respetar unas normas mínimas de convivencia.

No fue fácil mejorar el ambiente familiar y que Conchita mostrase una conducta más sociable con sus padres. La verdad es que se esforzó bastante y, además, consiguió encauzar el curso; aunque en los tres meses siguientes hubo aún situaciones muy conflictivas.

En una de las sesiones Conchita nos confesó que sentía miedo por haber tenido todo demasiado fácil: «No sé cómo me enfrentaré en mi vida, cuando realmente tenga un problema.» «Es un fastidio que tus padres siempre traten de solucionarte todo, no me han dejado desarrollarme.»

Una de las situaciones más conflictivas surgió cuando Conchita exigió quedarse a dormir en casa de algunas amigas; al final pudo llegar a un acuerdo con sus padres: se podría quedar cuando llevase los quince días previos sin «estallar» ni una sola vez en casa, y cuando sus padres hubiesen hablado con los padres de las amigas asegurándose de que serían estancias controladas por adultos.

Al cabo de unos años, justo cuando acababa de terminar su carrera universitaria, Conchita me llamó porque quería que la orientase en los primeros pasos a seguir en su futuro profesional.

Sus padres se habían separado hacía tres años, pero ahora pensaba que era lo mejor que pudieron hacer: «Ellos están mejor, yo me llevo bien con mi padre y tengo una relación excelente con mi madre; la siento siempre a mi lado, creo que aprendió por fin a saber exigirme y a perderme el miedo; ahora es fantástico.»

Conchita es una joven madura para su edad, que tiene muy claro lo que quiere y que, sin duda, ha aprendido a convivir.

Atrás quedaron momentos difíciles, con conductas extremas que, sin duda, nos estaban indicando a los adultos la necesidad de intervenir, de encauzar la situación.

Conchita nos lo resumió muy bien al cabo de los años: «Yo sabía que me querían mucho, pero necesitaba verlos seguros, que me perdiesen el miedo y me exigiesen.»

«¡Se ríe de todos y además se porta mal en el colegio!»

Son los típicos casos que despistan y desorientan a los que están a su alrededor.

Son niños/as ingeniosos/as que consiguen reírse de todos, y lo hacen como auténticos artistas, dominando perfectamente «la puesta en escena».

Su conducta varía en función del lugar donde se encuentre. Pueden pasar de ser personitas encantadoras a mostrarse tiranos y manipuladores.

En el medio escolar su comportamiento oscilará y estará muy condicionado por el análisis que hayan hecho de cada profesor; su actitud dependerá de cómo los vean: seguros/inseguros, firmes/ relajados, exigentes/permisivos...

En estos casos, una vez analizada la situación con los padres y profesores, elaboramos el programa de actuación a seguir, intentando siempre que abarque tanto el medio escolar como familiar. Este hecho es muy importante, pues son niños que no generalizan fácilmente sus conductas; es decir, si el programa sólo se realiza en casa, suelen responder bien al mismo, pero podrían seguir mostrando los mismos problemas en el colegio o viceversa.

Otro aspecto a considerar es que «vuelven a las andadas» en cuanto la situación les es favorable, por lo que una vez conseguidos los primeros éxitos, no podremos relajarnos demasiado. El ejemplo de Marta es muy ilustrativo.

El caso de Marta

Marta es una niña de 6 años que tiene una hermana de 8 y unos padres de mediana edad.

Con 3 años ya la llevaron a un psiquiatra porque no paraba de chuparse el dedo de forma compulsiva. Parece ser que acudieron cuatro veces a consulta, pero no les puso tratamiento, ya que les dijo que la niña «no grababa órdenes» (no respetaba límites) y les sugirió que estudiasen la posibilidad de darle, más adelante, una medicación para niños hiperactivos (los padres rechazaron esta opción).

En la guardería se integró bien, pero, al ir al colegio, con 3 años, empezaron los problemas de conducta en el medio escolar. Parece que siempre intenta llamar la atención y consigue

que estén pendientes de ella. En casa no saben qué hacer, tienen

miedo de que la niña no sea feliz y nos piden orientación sobre cómo tratarla.

Presenta unos celos «tremendos hacia su hermana»; celos que parecen ser correspondidos. En casa constantemente pone voz de «bebé», aunque sabe que a sus padres «los saca de quicio».

En la actualidad presenta muchos problemas de conducta: quiere ser el centro, pega, miente, chilla...; además, se muestra muy destructiva con las cosas, «es muy nerviosa y puede tirarte algo cuando le da un ataque de rabia». Ambos padres se confiesan bastante nerviosos y creen que la niña ha experimentado un cambio desde hace un año, en que cada vez se muestra más fuerte e impositiva.

Cuando ya ve a sus padres «al límite» puede pasar de la tiranía más extrema a la dulzura más espectacular.

Puestos en contacto con su colegio, su profesora nos señala que siempre quiere ser el centro de atención: «Se pasa la vida discutiendo, queriendo sobresalir, gritando por cualquier tontería y en lucha permanente con las niñas líderes del grupo»; cuando le preguntan algo habla muy bajito, para que todos la escuchen.

En aprendizajes muestra problemas con la lectura y las matemáticas, aunque su tutora nos insiste que el problema fundamental es el de conducta.

Una vez hechos los primeros registros, el caso no dejaba ninguna duda: Marta se pasaba la vida riéndose de sus padres y tomándoles el pelo, alternando «sus puestas en escena».

Sus progenitores empezaban el día siempre de la misma manera, con mucha paciencia, intentando hablar cariñosamente a la niña. Marta, por su parte, se despertaba ya quejándose por todo y llevando las situaciones al extremo; de tal forma que, al cabo de veinte minutos, terminaban todos chillando en la casa.

Un registro que se repetía casi milimétricamente era:

«8.15 horas de la mañana: Es tarde, nos hemos dormido un poco, despierto a las niñas dándoles muchos besos y apresurándoles. Cojo el chándal de la hermana, porque tiene gimnasia, y una camiseta de manga larga, porque hace frío. A continuación cojo una camisa,

unos pantalones y una sudadera para Marta. La levanto, le quito el pijama y cuando le voy a poner la camisa empieza a protestar porque no pega la ropa (anteriormente la había combinado ella así), le digo que sí pega, pero ella sigue insistiendo en que no. Le abro el cajón de su ropa y le digo que elija lo que quiera, ella lo mira y no sabe qué ponerse, tiene frío y se mete en la cama. Le vuelvo a repetir que qué quiere ponerse, que es tarde y tenemos prisa. Al final, escoge una camiseta de manga corta. Yo, nerviosa, la cojo y se la tiro. Empieza a chillar y a decirme que le he pegado. Se incorpora y me da un puñetazo en la espalda, consigo vestirla, pero empieza a chillar y a protestar porque dice que tiene frío; le digo que ella ha elegido ponerse una camiseta de manga corta, que yo había elegido una de manga larga. Al final, la convenzo para que se ponga otra ropa más abrigada y protesta porque la visto muy deprisa y sigue quejándose de que tiene frío una vez vestida, y se va a la cama.

»Voy hacia la cocina y la hermana empieza a protestar de que nadie hace el desayuno, yo ya le chillo diciéndole que ya voy a hacer el desayuno. Entonces sale el padre de la ducha y empieza a chillar diciendo que qué pasa, que no quiere oír ni un grito más.

»Llega Marta y me dice que soy una torpe. Le pregunto qué quiere desayunar y me dice que no me lo va a decir. Yo le hago una tostada y le pregunto qué quiere con ella. No me contesta, al final le pongo aceite y...»

Evidentemente, estas situaciones nos enseñan muy bien lo que no hay que hacer en estos casos:

-No podemos dejar que los niños elijan su ropa a estas edades.

-No debemos vestirlos nosotros, como si fueran bebés, cuando ya tienen seis años.

-No debemos darles explicaciones cuando lo único que intentan es alargar la escena, porque se dan cuenta de que tenemos prisa.

-No podemos consentir que alegremente nos peguen, y no debemos hacerlo bajo ninguna circunstancia.

-No debemos «seguir su guión», seremos nosotros quienes «llevemos el timón»; de lo contrario, entraremos en una dinámica, de la que los niños no saben salir, y donde nosotros nos encontraremos

perdidos.

-No podemos pasarnos la vida pidiéndoles que elijan: qué quieren ponerse, qué quieren desayunar, qué quieren que hagamos...; porque luego no saben dónde está el límite, y entonces, por la misma lógica, también quieren elegir a sus profesores, a sus hermanos, a sus familiares...

-No debemos chillarnos los adultos, y menos delante de los niños; es contraproducente, además de injusto.

-No podemos empezar situaciones que no sabemos terminar.

En definitiva, no podemos pasarnos la vida desesperándonos, agotándonos y transmitiendo nuestra inseguridad y nuestra impotencia.

Los padres se entrenaron en cómo actuar con seguridad, firmeza y convicción.

Marta fue consciente de que debía cambiar sus costumbres: ya no le prestaban atención cuando manifestaba conductas de tiranía o exigencia, tanto en casa como en el colegio. Por el contrario, sólo conseguía irse a su cuarto sola, cada vez que chillaba ruidosamene, tiraba las cosas, se mostraba agresiva, exigente o, sencillamente, se dedicaba a interpretar.

Sin embargo, se dio cuenta de que sus padres eran muy afectivos y se mostraban muy cercanos cada vez que se levantaba bien, que se mostraba colaboradora, que trataba de jugar con su hermana, que hacía «sus pequeñas tareas», que se mostraba autónoma (aseo, vestirse, cuarto) y que intentaba razonar.

En el colegio su profesora siguió las mismas pautas; como es lógico, Marta mostró cierta resistencia; por ejemplo, a la tercera semana se negó a leer y a hacer los problemas de matemáticas.

Una vez «encauzada mínimamente su conducta», exploramos sus dificultades de aprendizaje y, como nos temíamos, la niña cometía muchos errores disléxicos a consecuencia de una mala interiorización espacial; que repercutía en algunos aprendizajes, como la lectura y las matemáticas. Tanto sus padres como su profesora se mostraron muy colaboradores, y la niña mejoró sensiblemente.

En casa hubo que «tutelar» su conducta las siguientes semanas para

favorecer la implantación de nuevos hábitos. Dado que al principio sus conductas inapropiadas y sus desobediencias eran constantes, las retiradas de atención «castigos» serían cortas, para que la niña pudiera motivarse nue vamente; igualmente, quedamos en no dar ningún tipo de explicaciones durante los momentos de rabia o las situaciones de pataleo o chillidos.

A los seis meses volvimos a ver a la niña. Había mejorado mucho en sus dificultades escolares y en su conducta, aunque, en cuanto los adultos se relajaban, intentaba «volver a las andadas».

Niñas como Marta siempre intentarán ser «centro de atención»; no podemos ingenuamente pensar que, con un programa de conducta que le apliquemos en un momento dado, ya «cambiará para siempre». Si que mejorará, y además significativamente, pero querrá seguir llamando la atención, por lo que, cuando se vuelvan a dar determinadas circunstancias (cambio de profesora, compañeros/as muy líderes, adultos que ceden rápidamente...) intentará «recuperar el camino perdido».

Pasados cuatro años desde la primera consulta, volvimos a ver a sus padres; en casa seguía teniendo bastantes celos hacia su hermana; desde el punto de vista académico, su rendimiento era muy aceptable, pero en el colegio se mostraba insoportable: protestaba a los profesores, se quejaba continuamente de sus compañeros, rivalizaba con las líderes del grupo y, en ese momento, tenía una dependencia muy fuerte de una niña de su clase.

Tuvimos que «actualizar el programa de conducta con Marta», de tal forma que cortásemos drásticamente sus mentiras, que volviésemos a manejar con ella la comunicación no verbal, que viese firmes a los adultos, cuando «se dedicaba a actuar», pero muy cercanos cuando realmente se esforzase.

En dos semanas había reaccionado muy bien, incluso había sacado buenas notas en el colegio y su conducta era más sociable.

No obstante, la orientación que hicimos a los padres fue muy clara: no podían darle tregua a Marta y tenían que seguir utilizando con ella el lenguaje no verbal, que era el que más la impactaba.

Con estos niños hay que mostrarse muy cercanos y comunicativos cuando ellos se esfuerzan por ser más sociables y menos manipulativos, pero hay que ser drásticos y muy perseverantes ante

sus continuas llamadas de atención y protagonismo.

«Nos terminaremos separando por su causa»

«Este niño va a conseguir que terminemos separándonos.» Lógicamente, esta predicción no siempre se cumple, pero es cierto que hoy en día, en nuestra sociedad occidental, las prisas, las condiciones laborales, la presión ambiental... hacen que muchas parejas se sientan desbordadas ante los cambios que se producen con la llegada de un hijo.

Por supuesto que en algunos casos la llegada del niño provoca la manifestación de las deficiencias de relación y de convivencia que arrastraban sus padres, pero hemos de reconocer que a veces el análisis no es tan simple, y realmente un niño cambia drásticamente la vida de sus progenitores.

Sin ánimo de crear reglas universales, la experiencia profesional nos demuestra que la situación puede terminar reconduciéndose en aquellos casos en que realmente la pareja es sólida; ambos son personas maduras y generosas (ambos, no uno solo) y además, y ésta es la premisa fundamental, se siguen queriendo.

Un niño pone al descubierto lo mejor y lo peor de cada uno y, precisamente, cuando las circunstancias son más dificiles, es cuando cada persona «se retrata» y nos da la medida de su valía, de sus grandezas y sus miserias.

Es verdad que hay niños muy difíciles; es cierto, por mucho que a los psicólogos nos gustaría pensar que podemos hacer maravillas con cualquier niño, sólo con ponerlo en nuestras manos. La realidad es que nacen niños muy «fáciles», sonrientes, alegres, afectivos, colaboradores..., y niños que ponen a prueba la paciencia y el equilibrio de cualquier ser humano. En tales circunstancias, relaciones que habían funcionado aceptablemente se resquebrajan ante su insatisfacción e impotencia.

En otros casos, sencillamente la viabilidad de la pareja es imposible y, como ya hemos dicho, la llegada del niño pone al descubierto esa situación.

Algunas personas se escandalizan cuando escuchan que un profesional de la psicología ha recomendado a unos padres que se separen; parece que el fin del especialista debería ser siempre, por

encima de todo, lograr la continuidad de la pareja.

Los adultos son dueños de sus propias vidas pero, cuando además son padres, deben saber que, como norma general, cuanto más pequeños sean sus hijos cuando ellos se separen, ¡mejor!; antes se adaptarán a la nueva situación y antes lo podrán superar.

Los siguientes casos pueden ayudarnos a realizar valoraciones más objetivas ante este tipo de situaciones.

El caso de A fredo

Alfredo es un niño de 8 años, tiene una hermana de 2 y sus padres son jóvenes profesionales, sometidos a un fuerte ritmo de trabajo.

El motivo de la consulta era que ambos no veían feliz al niño, pero cada uno pensaba que el responsable era el otro miembro de la pareja.

Se trataba de un niño muy inquieto, que había tenido sufrimiento fetal durante el parto y una insuficiencia respiratoria e infección los diez primeros días de vida, por lo que permaneció durante ese tiempo en la UVI. Presenta enuresis nocturna desde que empezó el curso (hace dos meses). Durante el verano sólo se le había escapado el pis una vez, pero ahora se despierta todos los días mojado. El niño «los desquiciaba», estaba en constante movimiento, no paraba de protestar, de mentir y de decir que no quería hacer las cosas.

En el colegio su profesora se queja de que no trabaja, de que continuamente protesta por todo, quiere llamar la atención, posee un carácter demasiado fuerte y se pelea y «salta» por nada.

En casa no cuenta las cosas, permanece muy hermético, salvo con su hermana, con quien se muestra muy cariñoso y protector.

Rápidamente los padres muestran su insatisfacción hacia el otro cónyuge. La madre cree que el padre es muy agresivo con ella, pero poco exigente con el niño; dice que no hay comunicación entre ellos y que no se siente apoyada ante el niño.

El padre cree que la madre tiene demasiada ansiedad y está muy encima del niño; por otra parte, reconoce que prácticamente no hablan, aunque dice que él no lo necesita, que lo que quiere es que

le dejen tranquilo.

Los registros nos mostraron a un niño disperso, inquieto, inseguro y mentiroso, pero sensible, afectivo y consciente de la mala relación entre sus padres.

Confeccionamos un Programa de Actuación con el niño, donde incluíamos cómo tratar su enuresis y cómo ayudarle en sus dificultades escolares.

La realidad fue que la madre colaboró en todo momento, aunque le costaba mostrarse tranquila y segura. Por el contrario, el padre se inhibió y sólo emitía quejas acerca de su mujer y de su forma «enfermiza de preocuparse por los niños».

El programa hizo que Alfredo solucionase su enuresis y mejorase un poco la conducta en casa y en el colegio, pero sobre todo contribuyó a que la madre viera claramente su situación: se percató cómo su marido no sólo no colaboraba en nada, sino que continuamente la despreciaba y se reía de sus preocupaciones; se sintió vejada y poco querida, por lo que reunió fuerzas suficientes para tomar la decisión de separarse.

Alfredo no era un niño fácil, pero tampoco imposible. A su edad ya percibía perfectamente la falta de sintonía y «amor» entre sus padres y manifestaba, a su manera, su turbación e impotencia ante esa situación, que agudizaba su inseguridad y acrecentaba su ansiedad.

Su madre, en su intento por llevar una vida lo más «normal» posible, pensó que lo ideal era darle un hermano/a a Alfredo; se esforzaba por «llegar a todas partes», cubrir todos los huecos, tapar todas las heridas... hasta que, finalmente, no pudo más y comprobó que sus hijos, especialmente el mayor, acusaban esa falta de comunicación, de cariño y de compromiso entre ellos.

Cuando una pareja no va bien, lo último que deberían hacer es tener un hijo.

Primero tendrían que enfrentarse a su situación, trabajar entre ellos mismos, intentar ver si aún queda suficiente amor por ambas partes y tomar una decisión madura y realista. Si realmente creen, los dos, que aún merece la pena intentarlo, que lo hagan con todas sus

fuerzas y de forma inmediata; si, por el contrario, consideran que no tienen solución, que se separen temporalmente y, según los casos, al cabo de unos meses decidan si su separación es definitiva o si quieren intentarlo de nuevo; si así fuera, es aconsejable acudir previamente a un especialista para que los ayude a no caer en la misma situación.

Incluso si hay niños por medio es preferible tener una separación temporal, para coger fuerzas y analizar la situación con objetividad, antes de tomar una decisión drástica o aplazar indefinidamente la solución.

En función de las edades, a los niños les podremos decir que su padre/madre tiene una etapa de muchos viajes, o que debe permanecer fuera por temas de trabajo o... la verdad, pero nos lo pensaremos mucho antes de tomar esta última opción, ya que suele desestabilizarlos y/o crearles demasiadas expectativas. Al final, los niños ven lo que pueden ver; si están preparados para afrontar esa situación lo harán, a pesar de nuestra versión. Es mejor ser prudentes en estos casos que «pasarse» de claros y transparentes.

Otro error que no debemos cometer es pedirles su opinión. La decisión es una responsabilidad de los adultos, no podemos someterlos a una presión que no pueden asumir, ni dejar en sus manos lo que nosotros debemos resolver.

Por otra parte, la mayoría de los niños, de forma simple y espontánea, desean que sus padres sigan juntos, pues lo desconocido suele crearles inquietud e inseguridad. Muchas veces los padres se lo preguntan por miedo a sus reacciones o porque les cuesta aceptar que esa situación debe terminar. Puede ayudarnos el hecho de saber que esos mismos niños, que se oponían con todas sus fuerzas, suelen alegrarse enormemente, al cabo de unos meses, ante la situación de paz y tranquilidad que viven.

Si al final hay una separación, no es tanto por los niños, sino porque sus padres aún no habían madurado lo necesario, no estaban realmente preparados, no se complementaban entre ellos o, simplemente, «no se querían lo suficiente»; persistir suele ser un grave error, además de un sufrimiento inútil e innecesario.

A veces los niños separan, a veces nos ayudan a ver, a veces nos dan fuerzas, a veces nos las quitan, pero siempre nos enseñan algo.

El caso de Elena

Elena tenía 5 años y era hija única. Su madre nos pidió orientación sobre cómo actuar con la niña y con su marido, «pues la situación se me ha escapado de las manos».

Los padres estuvieron bastante tiempo de novios, parece que fue la madre quien insistió en casarse, pues le apetecía tener niños.

El padre siempre ha sido una persona muy inmadura, infantil y protegida por su familia: «Tenía 30 años y le seguían tratan do como a un niño pequeño.» Es un hombre inseguro, que está trabajando en un puesto muy inferior a su cualificación profesional, «pero que no quiere complicarse la vida».

La madre renunció a un trabajo que le gustaba mucho por su marido y su hija. Era una empresa que ella había ayudado a crear, donde se sentía muy valorada y encajaba maravillosamente, pero que, finalmente, dejó a petición de su marido. Actualmente está realizando un trabajo muy monótono y que requiere menor cualificación.

Entre ellos la situación es muy difícil, el marido siempre hace «de bueno» y continuamente «rompe» el trabajo que la madre intenta realizar con la niña.

Elena, por su parte, se ha hecho muy exigente, pide sin parar, chilla constantemente y cada vez presenta conductas más desadaptadas.

Los registros nos mostraron a una niña «aprendiz de tirana», que literalmente estaba «desquiciada» ante la disparidad de conductas y criterios por parte de sus padres.

Elena llevaba las situaciones hasta el límite al ver que su padre no reaccionaba y se mostraba muy blando; finalmente, éste se terminaba marchando, argumentando que la niña era insoportable.

Lógicamente, entrenamos a la madre para que cambiase inmediatamente de actitud; no consentiría los «desmadres» de Elena, pero para ello hablaría previamente con su marido y le plantearía la necesidad de actuar los dos de la misma forma; si el padre se mostraba incapaz o en desacuerdo, no intervendría en la escena y se marcharía a otra estancia de la casa.

La niña empezó a reaccionar positivamente, aunque aún montaba números, cuando veía cómo su padre recriminaba con la mirada a su madre.

Por fin conseguimos ver al padre; efectivamente, era una persona muy inmadura e inestable emocionalmente; confesaba que no quería a su mujer, pero no quería separarse, pues decía que la madre era demasiado exigente con la niña.

Su distorsión de la realidad nos obligó a decirle que debería ponerse en tratamiento psicológico y que, mientras tanto, era mejor que no estuviera en la casa con su mujer y su hija.

La madre se sintió muy confusa, pues le daba pena ver a su marido tan apesadumbrado, pero después de dos situaciones auténticamente límites, donde la niña vio lo que nunca un niño está preparado para ver, decidió finalmente separarse, al principio de forma temporal.

Elena reaccionó de maravilla, aunque le costó los primeros quince días, pues su padre se empeñaba en ir a casa todas las tardes, «porque necesitaba ver a la niña»; finalmente, acordamos que esta situación era insostenible y accedió a ver a Elena los fines de semana.

La niña pronto dejó de tener miedos, su conducta se hizo sociable, cooperadora y cariñosa; al principio volvía todos los fines de semana con regalos y chucherías, pero pronto dejó de hacerlo, al decirle su madre que no debía «aprovecharse» de su papá y de sus abuelos.

Al que costó convencer fue al padre, pues tuvo que «aprender» a tener otra relación con su hija, que no se basara únicamente en comprarle todo lo que la niña le pedía.

Al cabo de unos meses la madre estaba convencida de haber tomado la mejor decisión; la niña se había transformado en una persona alegre, risueña y estable emocionalmente que, de vez en cuando, sentía la necesidad de decirle a su madre lo bien que estaban así: «Tú y yo juntas y papá en la otra casa.»

No siempre todas las familias reaccionan tan bien como los padres de Elena; ambos aceptaron al principio la situación con dolor, pero finalmente se dieron cuenta de que era absurdo e inútil agarrarse «a lo inexistente», prolongando un sufrimiento estéril, que a ellos los «consumía» pero que a su hija «le estaba robando su infancia».

Desde el punto de vista económico, las separaciones suelen traer «cierta pérdida de poder adquisitivo», pero, afortunadamente, cuando la situación es irreversible, también traen la posibilidad de «recuperar paz», tranquilidad, calma, equilibrio; en definitiva, «de ganar vida».

Pero no siempre es tan fácil, y todos conocemos situaciones tremendamente injustas, donde personas cercanas viven y sufren las consecuencias de determinadas separaciones como un auténtico drama con sus hijos, con una soledad sin límites, con la injusticia de sentirse, encima, «los malos de la película».

La soledad del padre separado («¡Encima soy el malo!»)

«Yo tengo que luchar todo el día con ellos, y su padre se dedica a malcriarlos, comprarles cosas y decir que yo soy una histérica.» (¿Nos suena esta película?)

Evidentemente, generalizar siempre es peligroso, además de injusto, pero lo que acabamos de exponer es una realidad, que desgraciadamente se da con mucha frecuencia.

Es igual que el que esté habitualmente con el niño sea la madre o el padre; lo cierto es que su situación es muy dificil, especialmente si además, como suele ser muy frecuente, la relación entre los padres está deteriorada.

Es cierto que también hay muchos padres/madres, que sufren enormemente al poder estar sólo un fin de semana, cada quince días, con sus hijos. Sienten que no intervienen prácticamente en la educación de los niños, que les indisponen contra ellos y que simplemente cumplen el papel de suministradores de dinero.

Desgraciadamente, en la mayoría de los casos, cuando llega la separación, la situación entre los cónyuges suele estar muy deteriorada y difícilmente pueden ponerse de acuerdo para ir al psicólogo de forma preventiva e intentar salvar la problemática familiar o, al menos, conseguir que la separación se produzca dentro del mejor consenso posible, con el fin de evitar situaciones difíciles a los niños.

Vamos a tratar de exponer dos historias representativas de intervención familiar.

El caso de los hermanos Fernández

Son cuatro hermanos de 12, 9, 7 y 5 años. Sus padres llevan un año separados, aunque desde hacía seis años sus relaciones estaban muy deterioradas.

Es la madre quien pide orientación, pues se siente incapaz de «salir de la situación por sí misma». Nos expone que el padre de los niños tuvo una depresión muy fuerte hace seis años, a consecuencia de la cual se puso insoportable, recibiendo tratamiento psiquiátrico y psicoanalítico.

Según la madre, el psicoanalista le hizo mucho daño; le dio el papel de «víctima» y, a partir de ahí, la convivencia fue imposible.

El padre prácticamente dejó de trabajar en la empresa que ambos tenían y, aunque seguía cobrando su sueldo, se convirtió en un tirano con ella: «Todo lo que yo hacía estaba mal.»

Parece que el padre les permitía todo a los niños: «En casa él era el bueno.»

Desde que se separaron, el padre ve a los niños cuando quiere; normalmente los fines de semana, pero es muy anárquico y lo mismo está dos fines de semana sin dar señales de vida que aparece tres días seguidos.

El padre no pasa contribución económica alguna por sus hijos, pues dice que «la madre ya tiene bastante con lo que gana».

En la actualidad la convivencia es un caos; los niños, en cuanto se enfadan, dicen que se quieren ir a vivir con el padre. El mayor está permanentemente enojado; el segundo se muestra muy cerrado, no dice nada; el tercero se puso muy rabioso y agresivo después de la separación, bajando sustancialmente su rendimiento en el colegio, y el cuarto se negó a comer en la época de la separación.

En casa las mayores peleas son porque quieren hacer lo mismo que en casa de su padre, donde se pasan el día jugando con la videoconsola, comiendo lo que quieren, acostándose a las 12 de la noche y no haciendo deberes.

Los registros que nos trajo la madre eran sobrecogedores: teníamos ante nosotros a cuatro niños desestructurados, que insultaban constantemente a su madre, que no seguían normas y que cuando

discutían llamaban a su padre. Desgraciadamente, el padre les reforzaba y les decía que no hicieran caso a su madre, que no sabía educarles.

Ante esta situación intentamos facilitar orientación y «fuerzas» a la madre. Acordamos, como primeras medidas, que hablaría con ellos y les diría que así no podían seguir, que ellos sabían que no era justo lo que estaba sucediendo en casa, que a partir de ese momento les diría las cosas sólo una vez y que ante actitudes provocadoras les mandaría a su cuarto, durante diez minutos, para que reflexionasen. A partir de ese momento, no verían la televisión más de 45 minutos diarios. Además, les comunicó que no les permitiría llamar a su padre cuando ella les mandase algo, por mucho que no estuviesen de acuerdo.

Igualmente, no se molestaría en darles argumentos cuando se mostrasen enrabietados y agresivos; en esos instantes sus órdenes serían tajantes y luego, cuando se les hubiera pasado, si era algo sabido no volverían a repetirlo, pero si era algo nuevo lo hablarían cuando estuvieran calmados. Le dije que comentase al padre la conveniencia de verle para intentar llegar a unas normas mínimas que ambos compartiesen.

A la semana siguiente los niños habían reaccionado bastante bien, incluso no querían irse con su padre ese fin de semana, pero él les convenció diciéndoles que estaba muy triste sin verles. Con la madre tuvo una reacción bastante agresiva y le dijo que vendiera la casa, que él necesitaba más dinero.

Le sugerí a la madre que siguiera segura y firme ¡con los cinco!, incluido el padre de los niños.

A las tres semanas fue el padre quien insistió en hablar conmigo. Argumentó que los profesores de los niños y la madre mentían, que éstos no presentaban ningún problema de conducta, que a él lo obedecían sin rechistar y que lo único que pasaba es que no sabían llevar a sus hijos.

Según él, la causa de separación fue que la madre de los niños no quería salir con él ni con los niños.

Ante mi insistencia de tener una reunión conjunta, dijo que no accedía, pues su mujer mentiría de nuevo.

Puestos en contacto con el colegio, nos comentaron que los niños,

cuando volvían de ver a su padre los fines de semana o en vacaciones, retrocedían mucho: no querían trabajar, no llevaban los cuadernos al colegio, no hacían caso a los profesores...

Ante esta situación, vimos en profundidad al tercero de los hermanos, que era el que presentaba una conducta más desestructurada. Él nos comentó que quería estar con su padre porque les dejaba hacer lo que querían y además se acostaban muy tarde. A su madre la veía muy paciente con ellos, nos dijo que «para como nos portamos, la verdad es que nos regaña poco».

La situación era caótica; el hermano mayor había suspendido todo el último trimestre y el pequeño se mostraba apático y apenas comía. Dada la gravedad de los acontecimientos, de acuerdo con el colegio de los niños, y puesto que no había sentencia judicial por medio, ya que el padre no había querido «hacer ningún papel», suspendimos las visitas de los niños a su padre.

Sólo podrían verlo si durante toda la semana habían estado bien, tanto a nivel de conducta como de aprovechamiento y trabajo en el colegio; además, para seguir viéndole deberían haber hecho los deberes el fin de semana y haber vuelto el lunes con ganas de trabajar y con actitud pacífica, lo mismo en casa que en el colegio.

El padre nos llamó de inmediato por teléfono para decirnos que estaba en desacuerdo con la medida, que era absurda, que había que quitar a los niños del cuidado de su madre, que con él estarían mucho mejor y que los profesores y yo no los conocíamos nada.

Lógicamente, ante una situación como ésta, debemos cumplir nuestro papel de la forma más profesional posible; apoyando a los niños, coordinándonos con el colegio y orientando al padre/madre que realmente está preocupándose por ellos y asumiendo su educación.

La realidad es que los niños mejoraron notablemente con esta medida. Al cabo de cuatro meses nos volvió a llamar la madre, era el mes de agosto; el padre no había dado señales de vida los dos últimos meses, pero acababa de aparecer el fin de semana anterior y había dejado de nuevo a los niños «totalmente desestructurados» y «en contra» de la madre; eso sí, dijo que no se los llevaba entonces porque no le venía bien, que volvería a por ellos la semana siguiente.

Ante hechos como éstos, en que no hay sentencias ni acuerdos

firmados, siempre insistimos a los padres que legalicen la situación. En la mayoría de los casos sí que hay un dictamen judicial, el problema es el escaso o nulo seguimiento que se hace de la buena marcha de los niños; se les deja solos ante una situación difícil; se permite que en ocasiones sean utilizados como piedra arrojadiza y vivan acontecimientos claramente perjudiciales para su proceso madurativo y su estabilidad emocional.

A pesar de todo, poco a poco, el trabajo bien hecho termina notándose en los niños, y en cuanto éstos son capaces de elaborar unas mínimas defensas, se «sitúan» y ven que no siempre los que más les consienten son quienes más les quieren. El problema es qué ocurre hasta que elaboran estas defensas; la mejor ayuda que puede darles el padre/madre que está ayudándoles de verdad a «ser personas» es mostrar una actitud cercana y afectiva, a la par que firme, segura y serena, en su relación con ellos.

El caso de Mónica

Mónica tiene 4 años. Sus padres se separaron hace un año y, desde hace 6 meses, se pone muy agresiva y absorbente con la madre, cada vez que está con su padre, o cuando habla con él por teléfono o intuye que su padre llama a su madre; normalmente, en estas llamadas el padre siempre se queja, con un tono bastante agresivo y violento.

La niña nació con algunos problemas físicos, que requirieron mucho esfuerzo y dedicación por parte de su madre; afortunadamente, ya se han superado, aunque aún está bajo supervisión médica.

Las relaciones entre los padres están muy deterioradas; el padre prácticamente no veía a la niña, en parte por su trabajo; las discusiones entre la pareja eran continuas, pero él no quería separarse, aunque hacía vida de «auténtico soltero».

Finalmente, ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, la madre se fue de la casa con la niña y le explicó a Mónica que todos estarían mejor con la nueva situación.

La niña suele estar bastante bien, la madre nunca le ha hablado mal de su padre y la pequeña le quiere mucho, aunque apenas lo ve.

Pueden pasarse meses sin que el padre vea a la niña; además, nunca se la lleva los fines de semana, argumentando que no puede o que no sabe qué hacer con ella; el período más largo que ha pasado con su padre desde la separación han sido tres días durante el verano.

Algunas veces, cuando lleva dos o tres meses sin verle, la niña pregunta por su padre. Cuando la madre sentía pena al ver a su hija así y optaba por llamarle por teléfono, para que la niña hablase con él, siempre fue contraproducente, pues el padre le decía a la niña que no podía ir a verla porque su mamá no le dejaba. El padre está en tratamiento psicológico y no para de decir que su mujer le ha robado a su hija.

La pequeña es muy observadora; cuando intuye que su padre está hablando por teléfono con su madre no se separa ni un segundo de su lado y está atenta a cualquiera de sus gestos o reacciones.

Posteriormente, suele mostrarse muy absorbente, inquieta e irascible, buscando claramente los límites que la centren y la «sitúen».

La madre nos pregunta cómo debe tratar a la niña, especialmente cuando ésta se enfada por algo, y le dice que la próxima vez se «chivará» a su papá; igualmente, no sabe cómo resolver las situaciones en que la niña pregunta por su padre y dice que por qué no viene a verla.

Los registros fueron muy significativos; la niña normalmente estaba feliz, aunque se mostraba en extremo dependiente de su madre cuando había otros adultos en escena, o cuando notaba que su padre hablaba por teléfono con su madre. Aunque la madre intentaba que la niña no se enterara de ello, su tensión la delataba.

La forma de mostrar Mónica su inestabilidad era poniéndose exigente y pesada, diciendo que le contaría a su papá que mamá no quería jugar con ella.

Las pautas necesarias eran muy claras: cuando la niña hablase de su padre deberíamos tratar el tema con naturalidad, pero intentando que la conversación no durase demasiado; siempre que la niña estuviese intranquila o insegura, utilizaríamos el sentido del humor (su madre tenía un excelente humor) para relajar a Mónica; cuando se pusiera muy absorbente, no le prestaríamos atención; por el contrario,

jugaríamos mucho con ella cuando estuviese bien o «un poco blandita».

La madre le diría al padre que tendría que avisar cuando quisiera llevarse a la niña y que no llamase por teléfono para «soltar quejas e improperios» porque sencillamente colgaría.

En cuanto Mónica vio a su madre más segura reaccionó muy favorablemente, aunque alguna vez trataba de «salirse con la suya», diciendo que a su papá no le gustaba que no jugase con ella. También contribuyó a relajar a la niña el no volver a estar pendiente del teléfono, pues su madre había cortado las llamadas agresivas del padre.

Otros casos son más desesperantes; además, desgraciadamente hay padres que están sufriendo auténticos dramas ante sentencias judiciales difíciles de justificar.

El drama de algunas sentencias judiciales

Hay situaciones que cualquier persona sensible vive con enorme impotencia; hay padres que sufren una auténtica tortura y hay niños que padecen en sus carnes la «bondad» de nuestro sistema judicial.

Son «historias para no dormir», que parecen propias de otras épocas, de otros siglos, de otras culturas y, hasta si me lo permiten, de otras especies; la irracionalidad impera, la cordura desaparece, los sentimientos se agolpan, se amontonan, estallan y desencadenan situaciones límites, donde imperan los llantos desgarrados, las tristezas infinitas, las desesperanzas permanentes... los sufrimientos injustificables.

No pretendemos descalificar nuestra normativa legal, sería un caos si no existiera, pero seguro que, como toda obra humana, es mejorable. Lo manifestamos, además, desde el más profundo respeto, y en la seguridad y el convencimiento de que las instancias competentes están trabajando, día a día, sin tregua, en la mejora y superación de estas situaciones.

Casos como los que vamos a contar no deberían haber sucedido, y seguramente son sólo una pequeña muestra de los numerosos dramas existentes en este ámbito, pero ya que se han dado, y desgraciadamente se siguen dando, no sería justo negarlos; podemos y

debemos intentar aprender lo que nos muestran. Para ello los miraremos sin filtros, sin paliativos, sin edulcorantes, precisamente para superar sus contradicciones, para conseguir que nuestras normas legales se hagan más justas y terminemos con tanto sufrimiento inútil, con tanta venganza inhumana..., con tantas víctimas, y recordemos que las víctimas siempre son inocentes.

Desde el punto de vista de la orientación psicológica, afortunadamente, y a pesar de todas las limitaciones, es mucho lo que podemos hacer para «encauzar» y superar estas difíciles situaciones.

Por último, queremos significar que no pretendemos crear estereotipos de «buenos y malos»; sería absurdo, injusto e irreal. En los casos que vamos a exponer coincide que las conductas menos comprensibles las desarrollan los padres; pero esto es un hecho fortuito, podía haberse dado perfectamente la situación contraria y haber sido las madres quienes mostrasen comportamientos poco justificables; repetimos, aquí no hay verdugos universales, solo hay víctimas.

El caso de Estefanía

Estefanía tenía 6 años y medio la primera vez que la vimos. Sus padres se habían separado cuando ella tenía 10 meses, aun que a los 15 días de nacer su padre se marchó de casa, y apenas volvía algún fin de semana.

Al principio, el padre no mostraba interés en ver a la niña, y además, como ésta era muy pequeña, Estefanía no tenía que pernoctar en casa de su padre, pero desde que se estableció el régimen de visitas, que estipulaba que la niña debía pasar fines de semana alternos con su padre, la situación se hizo crítica. Cuando la niña tenía tres años sentía auténtica aversión hacia su padre, no quería irse nunca con él, los llantos eran desgarradores, por lo que llevaron a la niña a un psicólogo. Esta situación coincidió en el tiempo con la adopción de una actitud muy autoritaria hacia la niña por parte de su padre, quien pasó de no querer saber nada de la pequeña, a reclamar su derecho de llevársela cada quince días y hablar diariamente por teléfono con Estefanía. En esa época había entrado en escena el que actualmente es el segundo marido de su madre, hecho que produjo una profunda irritación y violencia en su padre.

Parece que el padre se negó a colaborar en la orientación

psicológica en cuanto le dijeron que su actitud debería cambiar drásticamente. El informe de evaluación psicológica concluyó con la petición de que la niña no debería estar a solas con su padre hasta que la situación se normalizase. Ese verano Estefanía lo pasó íntegramente con su madre, y la pequeña volvió a sentirse feliz; pero a raíz de obligarla a permanecer cuatro días seguidos con su padre, sufrió una fuerte regresión, dejando de relacionarse con los niños en el colegio y experimentando numerosas crisis de angustia.

De nuevo, cuando parecía haberse recuperado un poco, ya con 5 años, volvió a pasar un mes seguido con su padre, y, tanto las semanas previas como las posteriores, sufrió frecuentes episodios de ansiedad y angustia; hemos de destacar que durante todo el mes, la niña no pudo hablar ni una sola vez por teléfono con su madre.

Después de ese verano, la madre se vino a vivir a Madrid, pero la situación no mejoró, pues el padre venía cada quince días y se llevaba a la niña el fin de semana fuera, obligándola a hacer un total de 1.000 kilómetros en coche, pues él se negaba a pasar el fin de semana en Madrid. La niña, por si la situación no era ya suficientemente desestabilizadora, cogió auténtico pánico a la carretera; parece que su padre no paraba de hablarle de posibles accidentes, de una hipotética muerte de su madre y de la necesidad entonces de tenerse que ir a vivir con él.

El último verano, cuando la niña ya tenía 6 años, después del mes preceptivo con su padre, volvió a experimentar una profunda regresión y, transcurridas varias semanas, aún era incapaz de relacionarse de forma relajada con su entorno, precisando de nuevo estar las veinticuatro horas al lado de su madre, incluso durmiendo con ella. Estefanía no paraba de preguntarle a su madre por qué se había casado con su padre, quién ponía las normas que la obligaban a tenerse que ir con él y cómo ella no hacía nada por evitarlo si veía lo que sufría.

Fue en esos momentos cuando vimos a su madre y a Estefanía; el primer análisis ya nos permitió establecer con bastante precisión el estado anímico de la pequeña que nunca hablaba de su padre en el medio escolar, ni tan siquiera hacía referencia a esta figura con sus amigas; no paraba de cuestionarle a su madre por qué debía irse con su padre y varios días antes de la marcha ya entraba en un estado de profunda tristeza y aislamiento; a la vuelta de haber estado con su padre manifestaba episodios de fuerte excitación, irritabilidad y dificultad para conciliar el sueño.

A pesar de ser tan pequeña, desde el principio Estefanía aceptó muy bien la idea de que la pudiésemos ayudar. Teníamos ante nosotros a una niña asustada, insegura y con fuerte ansiedad, pero con unas ganas inmensas de colaborar y de que la ayudásemos en «su problema».

La situación se agravó especialmente después de dos estancias con su padre: en la primera, la niña no llegó de vuelta a casa hasta las 12 de la noche; ante la preocupación de la madre y el estado de tensión en que se encontraba, pues no sabía si habrían sufrido algún accidente, el padre estableció una fuerte discusión en presencia de la niña, mostrando una actitud muy agresiva, insultando verbalmente a la madre y profiriendo frases amenazadoras. Tras la segunda estancia, la niña volvió a experimentar frecuentes escenas de pánico; según nos explicó llorando Estefanía, «ya no quería hacer más viajes, pues se mareaba y su padre le decía cosas de sangre y de muerte». Tras una paciente indagación, la niña nos confesó que su padre le decía que tenía que convencer a su madre para que ella fuese sola en el tren, pues cualquier día pueden tener un accidente y si él se muere, ella se quedará sola en la oscuridad y se perderá; la niña tiene terror a la oscuridad.

Ante esas situaciones trabajamos con Estefanía y su madre, dándoles pautas para aumentar la seguridad de la niña y procurar, en la medida de lo posible, disminuir sus estados de angustia y ansiedad.

A lo largo de los meses siguientes, donde se alternaban situaciones en que la niña se recuperaba mínimamente con episodios de crisis de angustia y ansiedad, realizamos hasta cuatro informes periciales, para que fueran aportados a la causa de revisión de medidas que había solicitado la madre. Nuestras conclusiones eran contundentes; nos parecía inhu mano que se obligase a la niña a hablar todos los días telefónicamente con su padre, hecho que la desestabilizaba al máximo; que se la obligase a recorrer más de 1.000 kilómetros en coche cada quince días, separándola de su entorno y debiendo soportar fuertes crisis de angustia, provocadas por las conductas patológicas de su padre. No pedíamos que se rompiesen las relaciones de la niña con su padre pero sí que se le sometiera a éste a una tutoría permanente, hasta que fuese capaz de tener una «conducta normal» con su hija.

En la situación actual aconsejábamos que la niña viese a su padre con menos asiduidad, sin pernoctar fuera de casa, sin salir de su entorno familiar en Madrid y en un ambiente relajado: que pudiera

estar acompañada de alguna amiga o de otros familiares.

En todos los informes solicitamos que, dadas las diferencias de criterios existentes entre ambos padres, los dos deberían someterse al arbitraje de un profesional experto, que sería quien determinase las pautas a adoptar y quien realizaría el seguimiento pertinente.

Desgraciadamente, los «tiempos» de intervención no alcanzan la «velocidad» que sería deseable; después de un año aún no había una nueva sentencia sobre el caso; mientras tanto, se habían vuelto a producir episodios altamente perturbadores para Estefanía y para su entorno; el padre había vuelto a manifestar conductas auténticamente patológicas, que nos obligaron a solicitar un estudio pericial que determinase tanto el estado mental como el equilibrio emocional que presentaba.

Hasta que se realizase el correspondiente estudio, pedimos que la niña no estuviera sometida al régimen de visitas establecido y, en cualquier caso, antes de reanudar las mismas, previamente debería designarse un tutor, que pudiera hacer un seguimiento exhaustivo de las condiciones que se dan en esos encuentros entre la niña y su padre, al objeto de evitar situaciones tan dramáticas como las vividas.

Estefanía siguió colaborando y se hizo una experta en relajación y reestructuración cognitiva.

Su madre fue un apoyo básico; continuamente infundía seguridad a su hija, y compensaba, en la medida de lo posible, los fuertes desequilibrios que ocasionaban en Estefanía las conductas de su padre. Su actitud era incansable, no dejaba de luchar un solo día para que la situación mejorase y no se permitía un desfallecimiento; sabía que, a pesar de todas las circunstancias adversas, la niña terminaría saliendo adelante si ella no le fallaba.

¡Siempre, siempre, se puede hacer «mucho»!

> Nada hay tan agradecido como un niño al que se le ayuda correctamente.

A veces hay que recorrer un largo desierto, pero si de verdad estamos a su lado, al final los niños son los primeros en ver ese «oasis», que siempre aparece, que siempre emerge como colofón y premio al incansable esfuerzo realizado, a ese amor tan

generosamente compartido.

El caso de Elsa

Elsa tiene 7 años, los mismos que sus padres llevan separados. Desde hace varios meses la niña no quiere irse con su padre, se muestra más agresiva y exigente con su madre, y se producen situaciones muy desestabilizantes para ambas.

Ambos padres trabajaban en el mismo sitio; al nacer la niña, el padre no lo asumió, no la cuidaba nada, parecía que tenía celos; además bebía y estaba en tratamiento psiquiátrico.

Un día, cuando la niña tenía pocos meses, amenazó con un cuchillo a la madre y ésta decidió separarse.

El padre cada vez demostraba conductas más agresivas y desestabilizadoras, dejó de trabajar hace ya varios años y vive con su madre y su familia.

Parece que su agresividad va en paralelo a su aburrimiento. Su madre (la abuela de la niña) le insiste que vaya a ver a su hija y últimamente se «empeña» en ver tres veces a la niña durante la semana. Cada visita está aproximadamente tres horas con Elsa; suele llevarla a un centro comercial, donde apenas habla con ella, sólo le compra cosas.

La niña nunca ha estado de vacaciones con su padre ni se ha quedado a dormir en su casa.

Actualmente Elsa coge «unas pataletas tremendas» cuando su padre va a buscarla. Hace quince días volvió en un estado de auténtica «angustia»; le dijo a su madre que no quería volver con su padre, que le dijese que la dejase en paz y que además no quería tener padre.

Al indagar la madre, la pequeña terminó diciendo que lo pasaba fatal, que su padre era muy raro y que además le hablaba muy mal de ella y de su tío. La situación ha llegado a un extremo que la niña no quiere ni hablar por teléfono con su padre; además, le insiste a su madre que le diga que tampoco quiere que le compre cosas.

Nuestra primera instrucción fue decirle a la madre que no forzase a la niña a irse con su padre, ni a hablarle por teléfono (a la madre le daba pena que la niña en algún momento se sintiera mal por no tener

padre, y por eso había intentado salvar la relación).

Al cabo de una semana la niña estaba mucho más contenta, al no haber tenido que irse con su padre; su única preocupación es si tendría que verle en navidades (faltaban pocos días para Nochebuena).

La madre se mostraba preocupada por si el padre denunciaba el actual estado de ausencia de visitas. Intentamos infundir seguridad a la madre, le dijimos que comunicase al padre que la niña no quería verle, que volvía muy excitada e intranquila, pero que ella la llevaría a su casa el día de Reyes.

Elsa siguió bien hasta el día de Reyes; desde que se despertó mostraba mucha ansiedad y no disfrutaba de los regalos; al final se llevó un objeto de su casa y estuvo todo el rato jugando con él, ante la indiferencia de su padre, quien tan siquiera se levantó a saludarla, ni intentó hablar o jugar un poco con ella.

El padre nuevamente volvió a ponerse «muy exigente» y llamaba todos los días por teléfono a la niña; Elsa hablaba con él «para que se calmase», pero cuando éste insistía en irla a buscar, lloraba desconsoladamente.

La abuela paterna llamó a la madre de la niña y le dijo que su hijo «se aburría» sin ver a la niña, que irían a un abogado para ver los derechos de su hijo y de ella.

Dado que era imposible conseguir la comprensión y el apoyo de la familia del padre, indicamos a la madre que se mostrase firme, que los niños no están para «entretener a los padres ociosos», especialmente cuando éstos los desestabilizan tanto, que le comunicara a su suegra que si insistían en su actitud sólo conseguirían que se cambiase el convenio regulador, y esto iría claramente en su contra, pues de las tres visitas a la semana pasarían a tener una cada quince días, y, además, el padre tendría que contribuir económicamente. Si ella, la abuela, quería ver a la niña, no habría problemas, pero sería en la casa de la niña.

Por otra parte, acordamos que le comunicase al padre que podía seguir llamando a Elsa, pero que cada vez que la asustase, diciéndole que iba a ir a buscarla, no le pondrían a la niña al teléfono durante siete días.

En las siguientes semanas la niña sólo vio al padre en dos ocasiones, y siempre fue en presencia de la madre o en compañía de alguna de las amigas de Elsa (fueron los tres al cine), por lo que la niña había estado bastante tranquila.

Acordamos que la madre utilizaría mucho el sentido del humor con su hija y le diría que no se preocupase, que además ellas eran mucho más listas y «fuertes» que su padre.

El padre estuvo bastante tranquilo durante una temporada, pero de nuevo se puso agresivo, argumentando que la niña se reía de él, decía que le hablaba en un tono insolente y que era la madre quien tenía que ir a la psicóloga, pues estaba loca y era una «mujer de mala vida».

De nuevo en estos casos hay que mantener la calma, no caer en la provocación y seguir con el programa que le proporciona más seguridad y estabilidad a los niños.

Quedamos en que si el padre volvía a ponerse muy exigente, diciendo que quería ver a la niña, que le comunicasen que previamente debería ponerse en contacto con la psicóloga.

La niña consiguió finalmente estar relajada, ya no mostraba ansiedad cuando hablaba por teléfono con su padre, si salía con él siempre era en compañía de otras personas (normalmente amigas suyas o su madre) y, aunque seguía fastidiándole «tener ese padre», al menos ya no la perturbaba.

Acordamos además que para que la niña no estuviese sobresaltada con el teléfono sería ella quien llamaría a su padre cada dos o tres días, no al contrario. Las conversaciones eran muy cortas y monótonas, la niña se dedicaba a jugar con algo mientras hablaba con su padre y cuando colgaba decía alguna frase del estilo de: «¡Qué pesadito!» «¡Siempre dice las mismas cosas!» «¡Qué aburrimiento!»

El único problema es que la madre sigue estando preocupada por si la familia del padre reclama y algún juez establece que Elsa debe pasar un fin de semana entero con su padre, cada quince días.

Cuando hay una separación es lógico y justo que los niños vean al padre con el que no conviven, pero las sentencias deberían contemplar cada caso en particular, pues hay padres fantásticos, que es una pena que vean tan poco a sus hijos; padres sanos y equilibrados, que merecen compartir y enriquecer la

educación de sus hijos; y padres «especiales», que es mejor que nunca hubieran tenido hijos.

«No podemos llegar antes a casa: trabajamos los dos»

Hace apenas unas décadas, cuando los niños volvían del colegio siempre encontraban alguien esperándolos en casa; normalmente era su madre, quien además, con sólo mirarlos, sabía si les pasaba algo. Los niños eran conscientes de que no podían merendar o cenar cualquier cosa, comerían lo que les habían preparado; verían la tele un rato o jugarían con sus hermanos, vecinos o amigos cuando hubieran hecho los deberes; se irían a la cama a una hora determinada...

No vamos a entrar en consideraciones sobre si la situación actual es mejor o peor; ¡es distinta!

En la mayoría de los casos, ambos padres trabajan fuera de casa, a veces incluso muy lejos de casa; están sometidos a continuas prisas, presiones y tensiones, que muchas veces les impiden, o les permiten a duras penas, hasta compatibilizar sus horarios con los de sus hijos.

Hay situaciones profesionales que plantean terribles encrucijadas. Muchos padres se encuentran ante disyuntivas como: o asumen un horario de trabajo más extenso o no tienen cabida en esa empresa, y su proyección y desarrollo profesional queda estancado.

La vida en casa se convierte en una carrera de obstáculos, cuando no en una angustia permanente. Los padres ¡no pueden más! y las peculiaridades de los niños desestabilizan la vida familiar:

-No pueden caer enfermos, ¡quién se quedaría con ellos!

-No pueden jugar, ¡no hay tiempo!

-No pueden tener dificultades en el colegio, ¡hay que ser los primeros!

-No pueden tener problemas, ¡sería un drama!

-No pueden sentir necesidad de hablar, ¡quién los puede

escuchar...!

-Padres e hijos, ¡no pueden ni respirar!

Desde hace mucho tiempo se viene insistiendo en la necesidad de facilitar horarios razonables o jornadas reducidas a los padres que lo soliciten, pero la verdad es que en la mayoría de los trabajos esto es una utopía.

La realidad es que muchos padres se sienten prisioneros. Sin tiempo para ellos o para sus hijos; están desbordados, a pesar de sus enormes esfuerzos por «llegar» a todos los sitios, a todas las situaciones, a todos los problemas; al final el sentimiento que les embarga es el de impotencia y culpabilidad.

«¡Nos sentimos culpables!» Cuando uno o los dos padres tienen horarios muy extensos

«¿Qué hacemos? Nos hemos planteado renunciar uno de los dos a nuestro trabajo, pero no cubriríamos todos los gastos; hemos intentado conseguir un horario más reducido, pero entonces nos han dicho que no nos necesitan; hemos querido cambiarnos a otros trabajos menos cualificados, pero no cogen a universitarios; hemos intentado compatibilizar nuestros trabajos y nuestro/s hijo/s, pero ¡no lo conseguimos!»

No es fácil la orientación psicológica en estos casos, ya que las condiciones laborales actuales, al menos en los núcleos urbanos, hacen muy complicada la consecución de ese equilibrio entre vida profesional y vida familiar.

Resulta curioso y paradójico que, precisamente en nuestro país, donde tenemos fama de vivir bien, de ser un pueblo alegre y divertido, lleno de personas sociables, con un clima fantástico, donde salimos mucho y hacemos vida en la calle, precisamente aquí, tengamos los horarios más extensos e irracionales, dentro de las llamadas sociedades desarrolladas.

En la mayoría de los países de nuestro entorno, las personas terminan a las 17.00 o 17.30 horas de trabajar. En España, por el contrario, las jornadas se extienden fácilmente hasta las 19.00 o 20.00 horas, cuando no más. Este hecho resulta especialmente sangrante hoy en día. Muchos horarios parecen pensados y diseñados por o para «personas» que les gusta llegar a trabajar con calma por las mañanas,

salir a comer fuera, o irse a su casa y echar una cabezadita, no volver hasta las 17.00 o 17.30 y quedarse al menos hasta las 20.00 horas, para llegar a su casa bastante tarde y encontrar ya a sus hijos casi acostados.

Pero la realidad es que con esas personas deben trabajar otras, la inmensa mayoría; y son personas que se levantan muy temprano, que tienen que organizar la vida de los niños antes de salir de casa, que deben llegar al trabajo pronto, que no pueden ir a sus casas a comer, entre otras cosas porque trabajan lejos y además les sería muy costoso, y al final deben permanecer hasta últimas horas de la tarde/noche, porque deben quedarse por si las llaman o las necesitan, y porque sus compañeros tampoco se atreven a marcharse antes, estaría «muy mal visto en la empresa» y parecería que no «están implicados», que «se escaquean», que no son de fiar, que podrían pertenecer a esa especie a extinguir de personas en quienes prevalece su vida familiar o personal sobre su vida profesional.

Son muchas las personas que no tienen opción de elegir, y que viven situaciones que los agobian y les preocupan tanto como las expuestas en los siguientes casos; decir que la solución es fácil sería un fraude, decir que nada podemos hacer es falso; siempre, repetimos, siempre, podemos sentir que estamos eligiendo la mejor opción; aunque ésta sea muy limitada y resulte inquietante para nosotros, pero dentro de cada circunstancia límite hay al menos un camino que es mejor que otros; encontrarlo será nuestro propósito, asumirlo, nuestra misión.

El caso de Federico

Federico es un niño de 10 años, tiene una hermana pequeña que acaba de cumplir 2 años y sus padres son bastante jóvenes.

El niño muestra muchos problemas de conducta, tanto en el colegio como en casa; los padres se sienten incapaces de controlar la situación, están muy abrumados; ambos llegan a casa a partir de las 20.00 horas, muchas veces cuando la pequeña está ya cenando para irse a la cama; por el contrario, Federico suele recibirlos con todo pendiente: no ha hecho los deberes, ni se ha bañado, ni ha completado las láminas de un trabajo y, además, suele presentar alguna que otra muestra de las difíciles relaciones que establece en el colegio con los niños: rasguños, heridas, señales evidentes de violencia...

Cuando vimos a sus padres, sus caras eran patéticas.

Los primeros registros evidenciaron claramente la génesis del problema. Federico mostraba conductas descontroladas y agresivas que pedían una intervención inmediata, pero nuestros primeros esfuerzos no se centraron en el niño, sino en sus padres. En efecto, ambos se sentían extraordinariamente culpables por salir tan tarde de sus trabajos, cuando llegaban a casa se mostraban temerosos, ante lo que se pudieran encontrar; entraban con el «corazón encogido», rápidamente los invadía un sentimiento de impotencia y culpabilidad, que les hacía actuar de forma errática, dispersa, impulsiva e incoherente. Cuando alguno de los dos no podía más y regañaba a Federico, el otro le recriminaba inmediatamente y se ponía de parte del niño, quien los observaba entre atónito y perplejo, no acertando a comprender la actuación de sus padres.

La situación había llegado a tal extremo, que la pareja presentaba muchos problemas de relación; frecuentemente se mostraban agresivos entre ellos y se sentían incapaces de «salir del pozo» en el que se habían metido; ambos tenían dificultades para conciliar el sueño y cada día estaban más crispados, aunque se esforzaban tremendamente con los niños, especialmente con Federico, intentando ser pacientes y cercanos.

Convencimos a los padres de que el problema fundamental no eran sus hijos, ni su ritmo de vida, ni la tensión que experimentaban en el trabajo; el gran drama que les atenazaba y condicionaba la vida de toda la familia era su culpabilidad.

Admitieron que no sabían cómo evitarlo; ambos se sentían un fraude con sus hijos, presionados por el escaso tiempo que pasaban con ellos y, a la par, sin posibilidad de elección; el tipo de trabajo que tenían conllevaba ese horario; la única opción es que uno de los dos dejase de trabajar, pero el pago del piso y los gastos corrientes hacían inviable esa solución.

Nuestro planteamiento fue claro: si no tenemos otra opción, ¡trabajemos en ésta de la mejor forma posible! Elaboramos un amplio programa de actuación, que empezaría por un trabajo individual con ambos, hasta que consiguiéramos aumentar su capacidad de relajación, de autocontrol, de autoestima..., logrando mejorar su seguridad en sí mismos y su confianza recíproca; en definitiva, hasta que empezaran de nuevo a sonreír, a encontrarse bien, a recuperar su energía, a sentirse capaces de superar la actual situación.

Cuando habían logrado levantar su estado anímico, cuando ya conseguían dormir bien por las noches, cuando se levantaban relajados y llegaban a casa con fuerzas y sin temores, empezamos el entrenamiento en las pautas a adoptar con los niños. El resultado fue mucho más rápido de lo que ellos creían; Federico, de hecho, según había ido observando la evolución de sus padres, ya había empezado a mostrarse más tranquilo, más relajado y en cuanto vio a sus padres seguros, con buen humor, tiernos y comprensivos, pero a la vez firmes y resolutivos, reaccionó con rapidez.

Ellos mismos facilitaron al niño un entrenamiento sencillo en autocontrol; rápidamente Federico mejoró su relación con otros niños, a la par que aumentó su rendimiento escolar.

Igualmente, se pusieron unas normas y pautas de actuación en casa; normas que fueron seguidas no sólo por los niños, sino por los tres adultos de la casa (padres y persona que les cuidaba hasta que ellos llegaban).

El acuerdo final fue: «Si no podemos aumentar la cantidad de horas que estamos con los niños, compensaremos esta deficiencia con la calidad de nuestro tiempo.» Los niños recuperaron el buen humor de sus padres; por fin, les sintieron seguros, alegres y con las ideas clarísimas; ellos, por su parte, pusieron su buena intención, sus ganas y su entusiasmo infantil en la misma balanza; todos finalmente consiguieron «que las cosas cambiaran» y lo lograron cuando sus padres dejaron de «sentirse culpables».

No todos los casos son tan rápidos, ni tienen un final tan feliz, hay situaciones muy complicadas, que hacen dificil ver la «salida del túnel».

El caso dificil de Covadonga

Cuando vimos a la madre de Covadonga, la niña tenía 16 años y medio; ambas vivían solas desde hacía 8 años.

Covadonga siempre había sido lo que se dice una «niña difícil»; de pequeña devolvía todo lo que comía, al parecer para llamar la atención; tuvo enuresis nocturna hasta los 8 años y en la actualidad presenta un fuerte tic en el rostro, al margen de una conducta muy violenta y conflictiva con la madre, la cual termina de trabajar muy tarde, sin posibilidad alguna de que pueda tener otro horario, por lo que Covadonga pasa la tarde «a su aire», normalmente con

sus amigos/as.

En el colegio también presenta problemas de conducta, aunque va aprobando los cursos; su actitud es muy provocadora con los profesores; en parte no la han expulsado porque saben el problema adicional que se le presentaría a su madre. Actualmente, la convivencia es una pelea permanente. Covadonga se pasa el poco tiempo que está con su madre chillando, insultando, «retando», dando golpes a las puertas, paredes, muebles...

Su madre se encuentra sin recursos, no puede obligar a la niña a ir a casa por la tarde, a la salida del colegio, porque físicamente le es imposible (ella está trabajando y su hija sis temáticamente desaparece hasta cinco minutos antes de que su madre termine el trabajo); no logra tener un momento de calma con Covadonga, continuamente cae en sus provocaciones y no consigue descansar por las noches, dándole vueltas al problema que vive.

Como suele ocurrir en estos casos, la niña no para de amenazar que cuando tenga 18 años hará lo que quiera, volverá a dormir a casa sólo algunos días, dejará de estudiar, se marchará con sus amigos...; por otra parte, parece estar muy lanzada con el tema sexual y da a entender que ya ha tenido relaciones con diferentes chicos.

Por supuesto que era impensable plantearse que Covadonga aceptase ir con su madre a «consulta psicológica»; «la única que está loca eres tú», era una de sus frases favoritas, por lo que sólo pudimos trabajar con su madre.

Los registros demostraron lo evidente: Covadonga se pasaba el día insultando, chillando y comprometiendo a su madre, quien, en función de su estado anímico, respondía, se callaba o se «enganchaba».

La verdad es que en estos casos lo que se puede y debe hacer es fortalecer a la madre: darle pautas, recursos y mecanismos de apoyo para afrontar las difíciles situaciones que van a seguir produciéndose en la convivencia con su hija. Nuestra misión, entre otras, será «recomponer», reconstruir, afianzar..., conseguir que su madre recupere la confianza y la autoestima en sí misma, pues las vivencias suelen ser tan desestructurantes, que normalmente nos encontramos con madres/padres absolutamente hundidos, perdidos, desfondados, insatisfechos, que no paran de autoculpabilizarse y que ofrecen una imagen de impotencia e inseguridad, que aún agrava más la relación con sus hijos.

La realidad no fue más fácil de lo que habíamos previsto; Covadonga siguió provocando a su madre, cambiando constantemente de amigos y enganchándose con determinados «novietes» poco recomendables; a la par terminó peleándose y distanciándose de todos los familiares cercanos que, hasta fechas recientes, habían ocupado un lugar importante en su vida; su madre siguió con su horario extenso de trabajo, y con las limitaciones que este hecho le representaba, pero al menos consiguió tener seguridad en lo que hacía, sentirse bien consigo misma, aunque agotada; saber lo que tenía que hacer en cada momento; ofrecer la respuesta adecuada; prestar atención cuando la situación así lo requería; no caer en las continuas provocaciones de su hija... y prepararse para los siguientes años, sabiendo que serán difíciles, con situaciones extremas, pero consciente de que sabrá responder en cada momento de la mejor manera, consciente de que su hija, a pesar de todo, la ve segura, con equilibrio; Covadonga percibe la serenidad de su madre, su claridad de ideas y, en el fondo, esa seguridad de su madre hace que en muchas ocasiones las situaciones no lleguen al límite, no terminen en ese punto de difícil retorno.

> Cuando la situación es extrema sí que ayuda saber que estamos actuando deforma correcta, que no podemos pedirnos más, que debemos ser conscientes de que los siguientes años aún serán dificiles, pero que siempre tendremos la tranquilidad de sentir que lo hicimos lo mejor posible y, poco apoco, sentiremos la «paz» de saber que, después de estos años, la relación mejorará. El adolescente de hoy dará paso al joven de mañana y éste será menos impetuoso, menos hiriente, menos provocador, más humano, más justo y más cercano.

Cuando los padres se sienten tan impotentes con estos chicos/as tan agresivos y, a veces, tan despiadados, la mejor opción es valorarse a sí mismos, darse ánimos, sentir que bastante bien lo están haciendo para lo difícil que lo tienen, que estas vivencias, sin duda, les harán crecer como personas; que no es justo ni sano que se pasen la vida mortificándose, que lo primero que deben hacer es «dejar de sentirse culpables por lo que no pueden cambiar»; lo segundo es seguir viviendo, ampliar sus horizontes, sus relaciones, sus actividades; de esta forma serán más objetivos, a la par que volverán a recuperarse un poco ellos mismos, a gustarse de nuevo, a «volver a vivir».

La situación se hizo mucho más llevadera cuando la madre de Covadonga dejó de culpabilizarse por lo que no podía solucionar: su horario de trabajo, el que vivieran solas, el que su hija tuviera ese

temperamento tan agresivo... Al final, consiguió sentirse bien consigo misma, recuperó su capacidad de descansar, de disfrutar de otras cosas y, poco a poco, cambió su rostro: ¡volvió a sonreír!

Problemas adicionales

Con algunos niños adoptados

Generalmente, los niños adoptados son niños «muy deseados»; los padres suelen ser «un poco mayores» cuando por fin les dan a sus hijos y, al final, puede haber una serie de factores que condicionan y dificultan más de lo habitual la educación de estos niños.

> Debemos huir de tópicos; no todos los niños adoptados están excesivamente «mimados» ni son unos tiranos, pero sí es cierto que muchos padres de niños adoptados se sienten inseguros ante los problemas que la adopción puede plantear en sus hijos.

Dudan si decirles o no que son adoptados, cuándo deben hacerlo, de qué forma, cómo contestar a sus preguntas...; les angustia su posible reacción, si les seguirán queriendo igual cuando lo sepan, si se sentirán distintos, extraños...

Hay padres que deciden no contarles la verdad y se pasan la vida «temblando» por si alguna circunstancia o persona provoca que los niños lo «descubran».

La mayoría de los psicólogos coinciden en que debe decirse a los niños que son adoptados.

Nuestra experiencia en este sentido es inequívoca: hay que decirles que son adoptados y además conviene hacerlo pronto, cuando pueden interiorizarlo como un hecho normal, que no representa problema o inquietud para ellos. La edad varía en función de la madurez de los niños, pero suele situarse alrededor de los cinco años.

La adopción de un niño supone, en muchos casos, superar una auténtica «carrera de obstáculos»; por ello, cuando llega el momento clave de decirles a los niños que son adoptados, conviene hacerlo con seguridad, sin dudas o vacilaciones que provoquen inquietud en el niño. En este sentido, aconsejamos a los padres que sigan las instrucciones de los especialistas para no correr ningún riesgo y

superar sin pro blemas uno de los momentos claves en su vida con sus hijos adoptivos.

Muchas veces nos ha tocado preparar esta «puesta en escena» con los padres. A modo de ejemplo, vamos a intentar transcribir las principales pautas o procedimientos que deben seguirse; no obstante, repetimos, dado que cada niño es único, conviene que en cada caso los padres busquen el asesoramiento de los profesionales que realizan el seguimiento de su hijo.

Lo mejor es que la situación no nos sorprenda, conviene que o el padre o la madre, si son familias monoparentales, intencionadamente la provoquen y fijen un día para llevarla a efecto; eso sí, deberán tener la seguridad de que ese día tanto el niño como ellos están tranquilos, relajados y con tiempo. Suele ser muy útil ponerse a ver fotos de cuando eran pequeños, que es algo que les gusta habitualmente; pueden aprovechar esa circunstancia y sacar la conversación, diciendo algo parecido a:

«Por cierto, menuda suerte tuviste tú, hay muchos niños que llegan cuando a sus padres no les viene bien, o les hubiera gustado que fuesen de otra manera, ¡pero a ti te elegimos!, había muchos niños pequeñitos, que querían tener papás, y nosotros, en cuanto te vimos, dijimos que te queríamos a ti, que no nos enseñaran más niños, que no se pusieran pesados, que sólo, sólo, te queríamos a ti, y desde ese momento has sido y serás siempre nuestro hijo.»

A continuación le explicaréis que no todos los hijos tienen que haber salido de la tripita de sus mamás, que han estado en otras tripitas, pero que sus auténticos padres sois vosotros.

Dependiendo de cómo sean los niños reaccionarán de una u otra manera; es importante que vayamos contestando a sus preguntas a medida que éstas aparezcan, sin adelantarnos a ellas, dándoles el tiempo que necesitan para que lo asimilen sin problemas y lo integren sin dificultad.

En todos los casos el mensaje será parecido a:

« Te queremos muchísimo, incluso a pesar de "tus trastadas",hagas lo que hagas, siempre, te querremos, aunque a veces nos pueda molestar tu conducta; siempre serás nuestro hijo, siempre nos tendrás a tu lado y siempre podrás preguntarnos lo que necesites. »

Una vez afrontados estos hechos, conviene seguir con las mismas rutinas que de costumbre, como si nada hubiera pasado en la casa. Pero la problemática de estos niños puede ir más allá de la conversación o el momento de sus vidas en que se les comunica que son adoptados; pueden presentarse situaciones parecidas a las que describimos en los siguientes casos.

El caso de las hermanas Rodríguez

Los padres de Francisca y Verónica nos piden ayuda cuando sienten que su segunda hija adoptiva «se les puede escapar de las manos».

Francisca tiene en ese momento 17 años, su hermana Verónica 19 y sus padres cerca de 60 años.

Ambas niñas son adoptadas, aunque en circunstancias muy diferentes; Verónica tenía 4 años cuando sus padres la adoptaron y Francisca tan sólo una semana.

Parece que la mayor siempre fue una niña conflictiva, que continuamente provocaba situaciones de tensión y que nunca «quiso estudiar». Se llevaba muy mal con su hermana pequeña, sentía mucha pelusa por sus buenas notas y por lo «santita» que era. Tras numerosos chantajes, hace un año se marchó de casa, vive con un chico y sólo aparece para pedir dinero.

A raíz de la marcha de su hermana, Francisca parecía más contenta que de costumbre, se mostraba más abierta con sus padres y se la «veía bastante feliz», pero desde hace dos meses ha experimentado un fuerte cambio; este hecho ha coincidido en el tiempo con su primer desengaño amoroso.

La niña se muestra ahora apática, triste, se acuesta la siesta y se queda toda la tarde en la cama, no sale con las amigas, está muy insegura y, por primera vez, ha suspendido tres asignaturas.

Para colmo, hace unos días se encontró con su hermana y ésta ni tan siquiera la saludó; Francisca volvió muy consternada a casa. Después de los primeros registros, vimos la necesidad de trabajar directamente con la niña, pues los padres se encontraban desolados, sin fuerzas para sacar a su hija de ese bache, absolutamente perdidos, replanteándose toda su vida y sintiéndose fracasados.

Francisca era una niña sensible, que necesitaba en esos momentos la fortaleza y la seguridad de sus padres; se sentía muy mal por los disgustos que estaba ocasionando, pero había caído en una situación de crisis, donde todo le daba miedo.

Cada vez estudiaba menos, se encontraba muy sola, poco comprendida e impotente para salir adelante; literalmente nos decía: «Me hundo cuando veo a mis padres tan preocupados, tan inseguros, mirándome sin saber qué decirme y con miedo a que me pase algo parecido a lo de mi hermana.»

Decidimos trabajar con Francisca en todos los ámbitos: estudios, relaciones sociales con amigos/as, relaciones familiares, autocontrol, motivación... La niña empezó a respon der a las pocas semanas, pero sus padres seguían adoptando una actitud temerosa, que en nada le beneficiaba.

Tuvimos que hablar y trabajar mucho con sus padres para que perdieran los miedos, no se dejaran chantajear por la hija mayor y le ofrecieran a Francisca el apoyo que la niña necesitaba.

Les costó mucho ponerse «duros» cuando Francisca intentaba quedarse en la cama, cuando no quería salir con sus amigas, cuando descuidaba por completo su aspecto e higiene, pero finalmente lo consiguieron y la niña reaccionó muy bien; sus palabras fueron «por fin veo a mis padres seguros, me regañan, pero es lo que deben hacer; por favor, diles que sigan así».

No les resultó fácil cambiar su actitud, pero se dieron cuenta de que no podían repetir el mismo error. Retiraron el dinero gratuito a su hija mayor, y ésta les sorprendió con una actitud más responsable, aunque al principio se mostró muy agresiva con ellos.

Francisca volvió a ser la niña cariñosa, responsable y afectiva que siempre había sido; de nuevo obtuvo buenas notas y se relacionaba sin dificultad con chicos y chicas; la siguiente vez que vio a su hermana se quedó mirándola con cara de «malas pulgas» y fue Verónica quien la saludó, bastante sorprendida ante su actitud.

Lo único que nos insistía con frecuencia era que reforzásemos a sus padres, que les ayudásemos en su conducta con su hermana mayor, que les dijésemos que no se dejasen tomar el pelo, y que si ella tenía alguna crisis parecida, ¡se pusieran firmes!, nada de tonterías, que le dijesen que ¡a trabajar, y fuera bobadas!

Su historia la podríamos resumir en una frase que nos dijo el último día: «Quiero ver bien a mis padres, seguros, sin esas caras tristes y preocupadas, que se pasan todo el día pendientes de mí, mirándome, preguntándome cómo estoy, escudriñándome; quiero que vivan más tranquilos y ¡que hagan de padres y me regañen de vez en cuando, cuando me lo merezca!»

Francisca quería tener unos «padres normales», no unos padres angustiados, que con su actitud y exceso de atención sólo conseguían aumentar su inseguridad. La primera vez que su madre se puso muy enérgica con ella, la niña le contestó: «¡Muy bien, mamá, te comprendo, tienes razón!»

No todos los niños nos lo ponen tan claro como Francisca, pero la mayoría necesita lo mismo: que sus padres ejerzan de padres, que los traten con afecto y cariño, pero también con seguridad y, cuando sea necesario, con disciplina.

El caso de Teresa

La primera vez que vimos a Teresa tenía 6 años; sus padres pedían orientación, pues la niña tenía enuresis (se hacía pis en la cama).

El tratamiento fue rápido, en apenas un mes la niña dejó de hacerse pis y controlaba perfectamente sus esfínteres; no obstante, ya entonces les dijimos a sus padres que Teresa tenía un temperamento muy fuerte, muy impositivo y que, por el contrario, ellos eran muy blandos. Nos comentaron que les resultaba muy difícil actuar de otra manera, que aún no se creían la suerte que tenían, que les había costado mucho tiempo adoptar a la niña y les resultaba imposible ponerse «firmes» con ella.

Como nos temíamos, volvimos a ver a los padres de Teresa; sólo había pasado un año y ya no sabían qué hacer con la niña. Los registros demostraban de forma inequívoca que «les tomaba el pelo», conseguía lo que quería y después se ponía insoportable. Se mostraba tirana con la madre y dulce con el padre, de tal manera que éste terminaba cediendo. Teresa llevaba dos meses quejándose de que tenía miedo, al final conseguía irse todos los días tarde a la cama y además se había acostumbrado a tener despiertos a sus padres varias horas durante la noche, prisioneros en su cuarto, pues en cuanto abría el ojo y no estaban allí, «gritaba como si la estuviesen matando».

Ante la impotencia de sus padres, no tuvimos más remedio que volver a ver a la niña; finalmente, acordamos un pequeño pacto, yo le enseñaría unos trucos para no tener miedo y ella se iría pronto a la cama (a una hora marcada) sin llamar bajo ningún pretexto a sus padres a media noche.

Por supuesto, Teresa «dejó de tener miedo», pero seguía teniendo «prisioneros a sus padres», quienes, a pesar de darse cuenta del «manejo» de la niña, seguían siendo incapaces de mostrarse «firmes».

Volvimos a ver a Teresa cuando ya tenía 10 años. La situación, como era previsible, había seguido deteriorándose. En esos momentos la niña se pasaba el día «desafiando» a sus padres, especialmente a su madre; constantemente les contestaba, les insultaba y hasta había llegado a pegar a su madre en dos ocasiones. Por el contrario, en el colegio se mostraba dócil y dulce.

De nuevo sus padres querían solucionar esta crisis, pero seguían mostrándose incapaces de «ejercer de padres». Insistían que yo hablase con Teresa y consiguiera que reaccionase, como había pasado en otras ocasiones. Les comenté que mi misión no era ayudar a que los niños se convirtieran en tiranos o déspotas, y que no vería a Teresa hasta que hubiéramos trabajado previamente con ellos; hasta que hubiéramos conseguido una mínima unidad de criterios, una actuación firme y coherente que, poco a poco, ayudase a encauzar a Teresa.

Nos costó mucho conseguir que los padres, especialmente él, asumieran unas pautas claras de actuación.

Finalmente, vimos a Teresa y le comunicamos que «se habían terminado las tomaduras de pelo», que entendíamos su conducta ante la falta de criterios por parte de sus padres, pero que la situación actual era injusta e insostenible, que si ella colaboraba todo sería más fácil, pero que no íbamos a consentir que se hiciera una niña agresiva y déspota, que terminase sintiéndose fatal con ella misma. La niña nos comentó que «ahora entendía por qué sus padres estaban más duros con ella últimamente», pero añadió que «le tendrían que demostrar que eran capaces de imponerse».

Durante la siguiente semana estuvo más o menos probándolos, ellos habían actuado con bastante coordinación, pero el día anterior el padre desautorizó a la madre, en presencia de Teresa, y ésta «terminó montando un numerito muy duro», tiró una silla a los pies de su madre, miró desafiante a su padre y cuando éste le dijo que era una

mala hija, le contestó que ¡no hubiesen ido a por ella!; salió corriendo a su cuarto y esperó la reacción de sus padres, pero éstos se sentían tan desolados que no hicieron nada en ese momento; al día siguiente no le dirigieron la palabra por la mañana y, cuando les vimos por la tarde, tenían bastante claro la actitud que debían adoptar.

Éste suele ser un momento trágico en la vida de los padres de los niños adoptados; lo que más habían temido siempre terminó llegando; su hija acababa de reprocharles por qué habían ido a buscarla (de pequeña) y ellos hubieran querido morirse en esos instantes. Mi reacción no podía ser otra que ¡darles la enhorabuena!; ante su sorpresa, les expliqué que Teresa ya había utilizado toda la artillería, no podía decirles algo que pudiera herirles más, así que ¡tranquilos, lo peor había pasado! Lógicamente, tuvimos que trabajar duro para que comprendieran que el hecho en sí mismo era muy impactante, pero no excesivamente significativo; Teresa los había intentado herir con lo que creía que más les podía ofender, pero en realidad eso era muy parecido a lo que hacen otros niños en parecidas circunstancias, sólo que en sus casos, como no son adoptados, cambian la frase y dicen aquello de: «¿Por qué me habéis traído a este mundo, con qué permiso?, a mí nadie me consultó»; a veces incluso añaden otras lindezas como: «¡Pues ahora os aguantáis, os terminaréis arrepintiendo, un día me voy a suicidar...!»

Insistimos en que no habían fracasado como padres, simplemente no habían ejercido como tales. También intentamos tranquilizarlos sobre su hija, las escenas de Teresa no significaban que hubieran adoptado a una niña «sin piedad» o maquiavélica; se trataba, eso sí, de una niña con un fuerte temperamento, muy observadora, bastante lista y exigente, que se sentía muy perdida ante la ausencia de límites y normas en su casa; ante la sensación de inseguridad y temor que sus padres desprendían, ante el miedo que reflejaban y la facilidad con que se dejaban engañar.

Sus padres «siguen aprendiendo», pero, sin duda, con más calma; la situación ha mejorado sensiblemente, aunque todavía se produce alguna escenita, pero ya muy de tarde en tarde; la diferencia es que ahora los padres reaccionan de inmediato y Teresa se repliega rápidamente; al día siguiente la niña suele pedirles perdón y, al menos durante varias semanas, intenta corregir su actuación.

La niña no ha vuelto a intentar herirles con la pregunta de por qué fueron a buscarla de pequeña, pero si lo hubiera hecho, sus padres

habrían reaccionado con bastante tranquilidad, sin sentirse culpables; sin duda, por eso, porque lo sabe, no lo ha vuelto a hacer; no ha tenido necesidad, ve a sus padres más seguros y eso le infunde la calma y tranquilidad que precisa.

Si lo analizamos despacio, las peores situaciones que pueden vivir los padres de los niños adoptados no difieren mucho de las que viven cada día miles de padres «biológicos» con sus hijos; la diferencia, quizá, radica en la expectación, en la voluntariedad, en el enorme deseo con que estos niños fueron recibidos y que hizo que, muchas veces, a sus padres adoptivos les costase «ejercer de padres».

> Hay una regla sencilla: ¡cuanto antes ejerzan como auténticos padres, antes reaccionarán los hijos!,- el mejor consejo que podemos dar a los padres que se encuentren en situaciones parecidas a las descritas es ¡que actúen!, que pidan ayuda si la necesitan, pero que no cierren los ojos ante lo evidente; se lo deben a ellos mismos, pero, sobre todo, se lo deben a sus hijos.

Niños con problemasfisicos

Es imposible abarcar en un capítulo las diferentes situaciones que pueden producirse con estos niños; entre otras cosas, por la enorme casuística que hay.

No nos centraremos en las deficiencias o cuadros que pueden presentarse, sino en las actitudes que, como norma general, deben adoptarse con estos niños.

Aunque podemos tener ante nosotros a niños con parálisis cerebrales, síndromes diversos, malformaciones congénitas..., vamos a fijarnos, fundamentalmente, en niños que presentan diversos grados de inmadurez.

Un problema importante es el momento en que se produce el diagnóstico; han sido muchos los casos en que nos hemos encontrado niños sin diagnosticar, dentro de un abanico de edades muy amplio, que ha ido desde bebés de pocos meses hasta niños de 7 u 8 años.

Cuando has estado diariamente con cientos de niños de edades muy tempranas y has podido verlos en sus actividades diarias, rápidamente captas a los niños que tienen algún tipo de deficiencia o inmadurez; normalmente, son sus educadores los primeros en dar la señal de «alarma». Muchas veces, realmente demasiadas, hemos tenido

que asumir la dificil tarea de «alertar» a los padres, de insistirles en la necesidad de realizar una exploración más profunda al niño, pues «algo» no encajaba en el desarrollo psicomotor del pequeño. No nos cansaremos de comentar que la precocidad en el diagnóstico es la mejor ayuda que podemos prestarle al niño inmaduro o «con necesidades especiales».

Además de los problemas que estos niños arrastran hay una dificultad añadida muy importante, que repercute negativamente en su evolución; generalmente, son niños a los que se tiende a proteger en exceso.

Es normal, y tremendamente humano que, ante niños que presentan diversos problemas físicos, intentemos compensar sus deficiencias con nuestros cuidados y ayudas extras. Desgraciadamente, esta actitud, lejos de favorecerles, dificulta y retrasa sus posibilidades de mejora y recuperación.

Vamos a intentar exponer un caso muy característico, donde la actitud de los padres del niño fue clave para su desarrollo y posterior evolución.

El caso de Ernesto

Los padres de Ernesto nos piden orientación, cuando el niño cuenta 4 años; tienen otra hija de 2 años y ambos están muy volcados en la educación de sus hijos.

El embarazo fue muy agitado y difícil; por el contrario, el parto se desarrolló con aparente normalidad, aunque al día siguiente el niño tenía constantes movimientos espasmódicos. El pediatra les dijo que era una inmadurez neurológica y que se le terminaría pasando. Posteriormente lo vio el neurólogo y le diagnosticó síndrome de hiperactividad neurológica.

El niño siempre ha presentado un fuerte retraso madurativo en todas las áreas: lenguaje, motricidad, adaptabilidad, sociabilidad... Hasta los tres años no consiguieron entenderle nada, su verborrea era constante; además, una otitis serosa crónica le impedía oír bien. Igualmente, no controló la «caca» hasta casi los cuatro años. Siempre ha mostrado poca resistencia física, se cansa mucho y presenta varios tics nerviosos. A nivel social se manifiesta muy abierto con los adultos, pero le cuesta relacionarse con niños de su edad, tiende a jugar solo. Sus padres nos lo describen como un niño

muy sensible, que sufre con facilidad.

Fue a la escuela con tres años, y en cuanto le vieron constataron el fuerte retraso que presentaba, en relación con el resto de la clase. Alertados los padres, desde ese momento le llevan a estimulación y refuerzo. Nos preguntan si pueden hacer algo más por el niño, si deben cambiarlo de escuela y si pensamos que están siguiendo las pautas adecuadas.

A pesar de que aparentemente estaban muy concienciados de la importancia de no sobreproteger al niño, los registros nos mostraron una realidad muy distinta: Ernesto «les tomaba constantemente el pelo»; el niño se pasaba todo el día encima de su madre, reclamando su atención, mostrándose muy caprichoso; constantemente quería estar con los adultos y sólo con los adultos; las peleas con su hermana eran continuas, y sus quejas permanentes.

Inmediatamente elaboramos un Programa para Ernesto, que abarcaría todas las áreas. Los padres empezarían a poner unos límites muy claros, a la par que mostrarían una atención selectiva: reforzarían al niño cuando estuviese tranquilo, cuando jugase con su hermana o con otros niños, cuando se mostrase poco exigente, poco protagonista y, día a día, le pedirían un poco más en su autonomía personal.

Dejaron de estar las veinticuatro horas pendientes de él, y aunque al principio les costó, la verdad es que el niño reaccionó pronto y en pocas semanas fue capaz de jugar y pasárselo bien con otros niños; igualmente, mejoró su desarrollo psicomotor y su conducta en general. A nivel de autonomía, los padres se emplearon a fondo y, haciendo «de tripas corazón», consiguieron un avance espectacular. El niño se sentía mejor, se manifestaba feliz y contento de los progresos realizados, aunque, como era de esperar, a las pocas semanas intentó comprobar, con todas sus fuerzas, la capacidad de reacción y resistencia de sus padres; volvió a resistirse ante las cosas y aprendizajes que le suponían esfuerzo, intentó de nuevo no obedecer, se puso otra vez mimoso y exigente, incluso tirano, cuando había otros adultos en casa; se peleaba de forma constante con su hermana..., pero, afortunadamente, los padres resistieron y el niño volvió a mostrar un fuerte avance.

Pasó de estar tres horas en la escuela a quedarse a comer y hacer el horario normal del resto de los niños; por fin, disfrutaba en el parque, y estaba deseando ir y jugar con otros niños; no mostraba especial interés por las cosas que le seguían suponiendo una dificultad

añadida, pero ya no las rehuía y se mostraba muy feliz cuando comprobaba sus pequeños éxitos; tuvo un avance muy significativo en lenguaje y, aunque seguía siendo un niño inquieto, ya no era tan descontrolado.

Evidentemente, aún tenía un fuerte retraso en relación con los niños de su edad, pero no hizo falta que «repitiera curso»; cuando tuvo que abordar el aprendizaje lectoescritor le cambiaron a un colegio con pocos niños, donde realizaban un seguimiento muy individualizado, apoyaban a los niños que presentaban algún tipo de dificultad, los asumían con normalidad y, al final, consiguieron que Ernesto no se sintiera muy diferente al resto de su clase.

Sus padres no paraban de manifestar lo difícil que les resultaba seguir atentos, día a día, para no caer en la tentación de «apoyarle», de «protegerle», de «mimarle sin darse cuenta», pero la verdad es que, en términos generales, lo consiguieron muy bien y la evolución de Ernesto fue su mejor premio.

La realidad del niño hubiera sido muy diferente si ellos hubieran seguido protegiéndolo, mimándolo, disculpándolo y compadeciéndolo.

> Nuestro deber como adultos es crear las mejores condiciones ambientales para que los niños con problemas o deficiencias físicos consigan superar todo lo superable, alcanzar todo lo alcanzable y desarrollar todo lo que su potencial les permite, que, afortunadamente, suele ser mucho más de lo que nos muestran espontáneamente.

Para ello, con frecuencia nos tendremos que morder la lengua, sujetarnos para no actuar, pararnos para no ayudar, mirar a otro sitio para facilitar; en definitiva, tendremos que hacer lo contrario de lo que nuestro corazón nos pide para ayudar, de verdad, a estos «héroes anónimos».

Los niños con estas dificultades no lo tienen fácil; al menos se merecen que los adultos sepan ayudarlos, aprendan lo que es «ponerse de su parte», empujar juntos, para «desplazar» y vencer sus limitaciones, para alcanzar sus metas, para lograr sus triunfos.

¡Enhorabuena a los padres de Ernesto! Y ¡ánimo a todos los padres que luchan cada día, en silencio, y muchas veces solos, con sus hijos con dificultades físicas!

Con niños «excesivamente deseados»

Normalmente, son niños que han tardado en venir, han nacido cuando sus padres eran un poco «mayores», han lle gado en un momento clave o han coincidido una serie de circunstancias que les ha hecho ser «niños excesivamente deseados».

No siempre estos niños presentan dificultades en un futuro, pero la verdad es que el comienzo no ha sido bueno.

En muchas ocasiones nos hemos encontrado a padres que «viven sólo, por y para estos niños». Hemos visto matrimonios y parejas deshechas por esta circunstancia y hemos observado a niños infelices por el «agobio» que sentían o por la falta de límites que tenían.

El cariño, el amor, el afecto..., siempre son positivos administrados correctamente; pero el sentimiento más noble puede ser contraproducente si se ofrece inadecuadamente.

El exceso de expectativas dificulta la relación posterior; es difícil ser objetivo cuando tus sentimientos te desbordan; de la misma forma, le es complicado a un niño asimilar tanta atención regalada y tanta expectación inmerecida.

Por otra parte, sin decirlo, se les pide a estos niños que cubran vacíos en la vida de sus padres, que llenen huecos, que tapen insatisfacciones, que borren fracasos, que signifiquen lo imposible.

Al final tenemos ante nosotros a niños «perdidos», inseguros, confundidos, que tratan de expresarnos su insatisfacción, que solicitan la intervención de los adultos, a veces de la única forma que saben hacerlo: con conductas inadecuadas, cuando no extremas o violentas.

Ellos nos dicen que no pueden seguir así, nos toca a los adultos encontrar la salida y el medio para hacerlo rápidamente.

El caso de Tomás

Tomás tenía 10 años la primera vez que le vimos; era hijo único y sus padres tenían una edad media muy alta.

En el colegio les han dicho que no puede seguir el niño así, que se siente muy inseguro, no se relaciona bien con sus compañeros y no consigue alcanzar el nivel de la clase.

Los padres se echan mutuamente la culpa, reconocen que nunca se le ha visto un niño feliz; sus miedos son continuos y muestra con ellos una actitud muy déspota.

Hace años que su conducta es insoportable, incluso fueron a una escuela de padres, pero abandonaron, ante la imposibilidad de ponerse de acuerdo.

Están pensando en cambiarle de colegio, pues el niño se siente muy fracasado y parece que sus compañeros «se meten con él». Nunca ha sabido compartir sus cosas, por lo que las peleas con los niños han sido siempre frecuentes.

Los indicios de sobreprotección eran evidentes: hasta los 3 años prácticamente no caminó por la calle; Tomás siempre exigía ir en brazos, y sus padres lo tomaron como una costumbre del niño, que les hacía gracia.

Aún presenta miedo a la oscuridad; dejan una luz encendida, y su madre se queda en su cuarto todas las noches hasta que se duerme profundamente. Se muestra muy exigente con sus padres, absolutamente insaciable; ahora les dice que ellos son muy aburridos, y que quiere un hermano para jugar y divertirse, ¡que se las apañen!

Los registros mostraron lo que era evidente: los padres no habían puesto un mínimo de límites, normas o pautas de convivencia en casa; el niño se pasaba el día desafiándolos, contestándoles, burlándose de ellos, mostrándose a veces muy agresivo; en definitiva, estaba pidiéndoles que intervinieran, que él no podía seguir así.

Los padres respondían peleándose entre ellos, quitándose la autoridad delante del niño; su conducta era muy deses tabilizadora para Tomás, pasaban del grito al llanto y de éste al tono mimoso y suplicante.

Decidimos ver al niño. Al principio se lo enfocamos como un análisis de sus dificultades escolares, para ver cómo le podíamos ayudar; posteriormente, seguimos con él y sus padres un Programa de Modificación de Conducta.

Comprobamos que, en efecto, tenía fuertes retrasos en algunos aprendizajes; le costaba razonar, especialmente a nivel abstracto, no estaba acostumbrado a esforzarse y presentaba mucha ansiedad ante el fracaso; no obstante, su potencial intelectual era aceptable.

Facilitamos a sus padres y a «su profesor particular» una serie de pautas para ayudarle a «pensar», a «razonar», a «trabajar», a disfrutar con su trabajo, a sentirse satisfecho con el esfuerzo que iba a desarrollar, con los éxitos que iba a conseguir.

Hicimos y firmamos un «Acuerdo» entre él y sus padres; todos, los tres, se comprometían a un cambio drástico en sus conductas, para mejorar la convivencia familiar (especificamos al máximo cada conducta, cada respuesta, cada acción a seguir, cada pauta a adoptar, cada consecuencia...).

Le enseñamos a Tomás cómo vencer sus miedos. El niño lo consiguió en menos de una semana y se sintió muy satisfecho de «su hazaña»; también le dimos algunos recursos para mejorar las relaciones con sus compañeros y algunos trucos para leer más rápido y entender fácilmente el contenido. Su reacción era bastante positiva; las mayores dificultades venían de la imposibilidad, por parte de sus padres, de adoptar una actitud más coherente, más firme, más adecuada a las conductas de Tomás; el niño a veces me decía: «Ves como yo tenía razón; como no te iban a hacer caso, no son capaces de regañarme cuando les tomo el pelo, ¡así es imposible!»

Finalmente, poco a poco, los padres empezaron a responder, primero de forma algo anárquica y explosiva, pero poco a poco sus respuestas fueron más precisas, más equilibradas, más justas. El propio niño los premiaba con su actitud. Tomás rápidamente reaccionaba en cuanto sus padres se ponían firmes de verdad; no se lo hizo complicado: en realidad, estaba deseando que «sus padres ejercieran de padres», que no se dejasen engañar tan fácilmente, que no le permitieran darles esas contestaciones, que le mostrasen, de verdad, lo que hoy, mañana y pasado, en cualquier momento, se podía o no se podía hacer.

El propio niño les recordaba lo que ponía en el contrato de conducta y les regañaba cuando no lo hacían.

Por supuesto que volvió a intentar probar a sus padres y «volver a las andadas»; pero rápidamente desistía en cuanto los sentía de nuevo seguros y firmes.

Los padres se dieron cuenta de que las pequeñas crisis de Tomás coincidían con etapas en las que ellos estaban peor, épocas en las que se encontraban más débiles o se sentían fracasados o tristes por algún acontecimiento exterior.

La relación en el matrimonio mejoró, a la par que consiguieron un clima más adecuado en su convivencia; se dieron cuenta de que también se mostraban inseguros en otras esferas de su vida y, finalmente, ambos reconocieron que Tomás les había enseñado muchas cosas; seguían pensando que era un niño difícil, pero sabían que si estaban atentos y unidos podían encauzar las situaciones de forma razonable. La seguridad de ambos padres aumentó, en la misma medida que disminuyó su angustia y que empezaron a buscar otras satisfacciones en su vida; se dieron cuenta de que habían dejado de hacer muchas cosas que les gustaban y coincidieron en que había llegado el momento de recuperarlas.

Aprendieron a desear otras actividades, otras ilusiones, que les dieron más estabilidad y llenaron algunos huecos que estaban vacíos; esos huecos que siempre deben ser cubiertos por los adultos, nunca por los niños.

Capítulo 5
Preguntas típicas
(cuando surgen problemas)

¿Por qué este niño es así? ¿Por qué es tan agresivo? ¿Por qué es tan diferente de sus hermanos y no para de meterse con ellos?

La respuesta la ofrecimos al principio del libro: «Estos niños son así porque ya nacieron así.»

Habitualmente son niños más inquietos de lo normal, más peleones, más problemáticos, más agresivos, más exigentes... y más insatisfechos.

Realmente, ni ellos ni sus padres son culpables de que nacieran con un «temperamento difícil»; este temperamento los ha condicionado desde pequeños, les ha dificultado la aparición de conductas sociables, apacibles, conciliadoras... «les ha puesto las cosas realmente complicadas». Pero no hay que desesperarse, eso no significa que no podamos hacer nada; lo que sí es cierto es que no podremos relajarnos, no podremos «levantar la guardia»; tendremos que estar permanentemente dispuestos y alertas para ayudar a estos niños en lo que necesitan; para facilitarles el control que no tienen, para enseñarles a aceptarse y superarse a sí mismos.

No son niños imposibles, ni irrecuperables, ni marcados para toda su vida; son niños que sufren una especie de «irritación» interna, de insatisfacción casi permanente, que les dificulta la convivencia y la relación con los demás, y les merma la capacidad de disfrutar de las cosas sencillas de la vida.

No han nacido para «castigar a nadie», ni para hacer la vida imposible a sus padres o profesores; no buscan el «fracaso» o la desesperación de los que están a su lado; aunque parezca

complicado, buscan su apoyo y su ayuda para «salir adelante», para sentirse bien consigo mismos, para tener alguna opción de ser «como los demás», para llegar algún día a sentir que la felicidad también existe para ellos.

Los padres de Francisco sufrieron en sus propias carnes estas vivencias, pero consiguieron «aprender a respirar».

El caso de Francisco

Francisco es un niño que, con 11 años, conseguía «desesperar» al resto de la familia.

Tenía un hermano de 14 años, aparentemente «tranquilo y sociable», y una hermana de 5 años, que vivía en una tensión permanente, pues Francisco no la dejaba en paz un solo instante.

Los padres eran profesionales que intentaban hacer todas las combinaciones posibles para estar el mayor tiempo posible con sus hijos; la madre había decidido, hacía dos meses, que pasaría las tardes enteras con sus hijos, pero este hecho no había significado ningún cambio importante en la conducta de Francisco.

Cuando nos pidieron ayuda, la situación rozaba extremos delicados; una de las últimas hazañas del niño había sido romper un palo en la espalda de su hermano y tirar una mesa sobre su hermana; afortunadamente, los niños «sobreviven» de forma increíble ante estas situaciones y, desde el punto de vista físico, no habían sufrido lesiones, pero el mayor había «exigido» a sus padres que tomaran medidas «de una vez por todas».

En el colegio su conducta era más apacible, aunque trabajaba poco, se mostraba apático y con frecuencia no llevaba los deberes hechos.

En la primera entrevista observamos sobre todo al padre al borde de la desesperación; ambos se sentían incapaces de «reconducir» a Francisco. Pensaban que ¡ya lo habían intentado todo!

Los registros eran auténticamente sangrantes; el niño se pasaba el día amenazando a su hermana, humillando e insultando a sus padres, agrediendo a todos, provocándolos con sus conductas agresivas y mostrándose continuamente insatisfecho; eso sí, cuando ya estaba en la cama necesitaba que sus padres le abrazasen y le dieran el beso de

buenas noches.

Por otra parte, a pesar de las «broncas» que montaba, y de que nunca terminaba los deberes, hacía todo lo que se le antojaba, le daban todo lo que pedía; entre otras cosas tenía a su madre de chófer, pues había que llevarle cuatro días en semana a los entrenamientos de sus deportes favoritos.

En una primera fase intentamos entrenar y relajar a los padres; entrenarlos en las medidas y pautas que íbamos a adoptar, y relajarlos para que «no se vinieran abajo» ante la previsible resistencia que Francisco presentaría. Igualmente, trabajamos mucho el hecho de que no se sintieran culpables ni pensaran que tenían un hijo «psicótico»; ellos mismos reconocían que los otros dos hijos eran estupendos. ¡Sólo nos quedaba sacar lo mejor de Francisco!

A partir de ese momento, a la mínima oportunidad, se mostrarían muy afectivos y cercanos con Francisco, pero sabrían estar «tajantes y firmes» cuando la situación lo requiriese.

Temas tales como: meterse con sus hermanos, especialmente con su hermana; chillar, pegar, protestar, agredir, insultar, no hacer los deberes, no preparar los exámenes..., serían objeto de una valoración y respuesta inmediata por parte de sus padres; la presencia de ese tipo de conductas significaría la imposibilidad de ir a los entrenamientos, de jugar con la videoconsola, de ver determinados programas de televisión, de tener paga..., a partir de ese momento, todas esas cosas se las tendría que ganar; pero, además, también se tendría que ganar la atención de sus padres, su compañía, su conversación, sus risas...; sólo seguiría teniendo gratis su afecto, pero éste se mostraría cuando él realmente se estuviera esforzando, no cuando arbitrariamente lo reclamase.

Su respuesta al principio fue de sorpresa, de incredulidad; estuvo aproximadamente cinco días con una actitud expectante, menos agresiva, pero a partir de ese momento decidió o sintió la necesidad de «probarlos hasta las últimas consecuencias». El padre se tambaleó en varias ocasiones, pero la madre se dio cuenta de que el niño necesitaba su seguridad y su firmeza y poco a poco le fue costando menos mostrarse más relajada ante estas situaciones, más segura y más firme.

Hubo momentos muy dramáticos, como tres ocasiones en que Francisco agredió físicamente a su padre; pasó por días de «huelga de

brazos caídos» en relación con las tareas escolares y volvió a intentar «no dejar vivir a su hermana pequeña»... Pero la actitud firme, segura y relajada de sus padres hizo que poco a poco se mostrase cada vez más contento, más sonriente, más cercano, más afectivo; por fin empezó a disfrutar de las cosas pequeñas, de las cosas sencillas, del ambiente relajado y distendido.

Los padres de Francisco saben que «volverá a tener sus crisis» e intentará probarlos de nuevo; saben que no podrán relajarse con él durante los próximos años, que nunca se mostrará, ni sentirá, ni se comportará como sus hermanos; pero también saben que es un niño más feliz, más humano, más cercano...; y que depende de ellos, en gran medida, que ese otro niño que lleva dentro salga; que la sonrisa en el rostro de Francisco sustituya a las muestras de asco o desagrado, que la voz baja aparezca en lugar del grito, que la mirada tierna, afectiva y cómplice desplace al gesto sombrío, áspero y agresivo de otros momentos, de otros Franciscos.

Afortunadamente, siempre insistimos en este hecho, el tiempo juega a nuestro favor; si somos capaces de ayudarlos en estas duras etapas podrán llegar a ser jóvenes que se integren bien en un futuro, que disfruten de sus trabajos, amigos y familia, pero, sobre todo, que terminen aceptándose a sí mismos; mientras tanto: ¡paciencia, energía y ánimo! para superar, y si es posible disfrutar, esos difíciles años de transición que aún les quedan.

¿Por qué no es sociable?

¿Acaso los niños de hoy son menos sociables?, ¿les cuesta más compartir, hacer amigos, mostrarse agradables con la gente? La respuesta nos la da la observación de los hechos. Los niños de hoy, en general, tienen menos hermanos, menos vecinos o amigos cercanos con los que jugar, menos tiempo libre para estar con otros niños a la salida del colegio y muchos más juguetes, más medios a su disposición, más tiempo viendo la televisión, jugando con los ordenadores, las videoconsolas..., más tiempo haciendo cosas solos y no teniendo que compartirlas con nadie. Lo lógico es pensar que algo de todo esto les termine influyendo.

Con frecuencia algunos padres están tan preocupados por este hecho que, cuando el niño apenas tiene año y medio o dos años, se sienten agobiados al verle «tan poco sociable».

Es conveniente que nos situemos. Los niños difícilmente pueden ser sociables antes de los tres años porque antes de esa edad no están preparados, ni física ni psíquicamente, para poder «compartir» cosas, juegos, niños o padres; por eso reclaman tanto la atención de los adultos y no entienden por qué nos disgustamos cuando lo único que han hecho es tirar, empujar o morder a algún «amigo».

Eso no quiere decir que no trabajemos su sociabilidad en esas edades previas; si no lo hacemos, no sabrán lo que les pedimos y les resultará más difícil compartir cosas primero y personas después.

A partir de esas edades, a los niños normalmente les gusta jugar con otros niños, pero puede haber algo que aún les guste más: tener «la atención de los adultos».

En condiciones normales, desde el nacimiento, y al menos hasta la adolescencia, a los niños les motiva más tener a un adulto pendiente de ellos que tener a un niño a su lado. ¿Para qué van a ser sociables si consiguen tener a algún adulto prisionero de ellos?

Otro aspecto ignorado por muchos padres es que, por encima de otras consideraciones, aunque los padres se muestren enfadados con ellos, a los niños les sigue resultando muy estimulante tener su atención; a pesar de que les estén regañando, les siguen prestando atención y cuando les «echan un discurso» continúan regalándoles su atención. En definitiva, pueden pasarse el día provocándolos para obtener su atención.

Como de costumbre, hay niños que «nacen siendo muy sociables» y otros a los que les cuesta compartir, hablar, comunicarse, acercarse, dirigirse o jugar con otros niños; evidentemente, será con estos últimos con los que debamos trabajar intensamente su sociabilidad. Pero no nos confundamos, no hay niños poco sociables con otros niños y muy sociables con los adultos; eso no son niños sociables, son niños protagonistas, que les gusta llamar la atención de los adultos y, si lo consiguen con facilidad, se volcarán más en esa empresa que en relacionarse y aprender a compartir con otros niños, especialmente si son de su misma edad. Otro principio a considerar es que a los niños protagonistas les es más fácil relacionarse con niños mayores o más pequeños que con niños como ellos.

Si tenemos en cuenta estas premisas no nos será difícil comprender por qué los niños pueden mostrarse poco sociables. Con frecuencia caemos en el error de dispensarles nuestra atención cuando nos lo

solicitan, al margen de lo que están haciendo ellos o nosotros; de esa forma no los ayudamos, pues no estamos enseñando algo tan necesario y útil como saber esperar primero para aprender a compartir después.

Poco a poco, éstos fueron algunos de los objetivos que nos propusimos con Patricia; sus padres y sus educadores lo hicieron muy bien, y la niña pasó de no relacionarse con sus compañeros a ser una de las más participativas y colaboradoras.

El caso de Patricia

Los padres de Patricia eran dos personas jóvenes que vivían su paternidad con auténtico entusiasmo y estaban muy volcados en sus dos hijos: Patricia, de 5 años, y Miguel, de 2.

Cuando los vimos estaban muy preocupados con su hija mayor. Patricia, en muchas ocasiones, parecía mostrarse ausente, desconectada, sin prestar demasiada atención al medio y con actitudes muy poco sociables.

Acusaba mucho cualquier cambio y se resistía a las novedades. Se había pasado el primer trimestre sin hablar nada con su nueva profesora, sin participar en la clase, sin relacionarse apenas con sus compañeros (salvo con un niño que se dejaba «dominar»); por las mañanas alargaba todas las rutinas para retrasar el momento de ir al colegio.

En casa hacía gala de un temperamento cada vez más fuerte, más impositivo y exigente. Mostraba ciertos celos con su hermano y se había acostumbrado a tener a sus padres «detrás de ella», especialmente a su madre, que pasaba toda la tarde con los niños.

Los primeros registros eran elocuentes. Con el pretexto de tener pesadillas por la noche conseguía que sus padres se levantasen a media noche, la acompañasen al servicio a hacer pis, estuviesen un rato con ella en su habitación y le hablaran dulcemente hasta que se dormía; durante el día conseguía que su madre estuviese todo el tiempo pendiente de ella; se permitía tratarla con gran exigencia y hasta con cierto despotismo; por el contrario, con los niños y los adultos de la urbanización no se relacionaba.

Puestos en contacto con su colegio, nos confirmaron que apenas se mezclaba con los niños; con una profesora se llevaba muy bien, aunque sólo respondía cuando le decía las cosas a ella sola; a la otra

profesora no le dirigía la palabra.

Una vez que sus padres consiguieron quitarse la preocupación que tenían vieron muy claro la forma de actuar.

Como los padres rápidamente asumieron el papel que les correspondía, no hizo falta que nos trajeran a la niña; siguieron perfectamente el programa que habíamos elaborado, y ya la primera semana vieron cómo Patricia respondía favorablemente al mismo.

Un tema importante, y que les preocupaba mucho, eran las pesadillas y terrores nocturnos que la niña padecía. Los registros nos demostraron que no tenía pesadillas, sino miedo a la oscuridad. Un sencillo «programa de puntos» fue suficiente para que Patricia superase estos miedos. Con el pretexto del programa para ayudarle a vencer sus miedos utilizamos el sistema de puntos para incentivarla y motivarla en sus conductas en casa, en el parque y en el colegio. Siempre que la niña se mostrase más abierta, más autónoma en casa, jugase con su hermano, contestase a las preguntas en clase, participase más, se relacionase con sus compañeros... o encendiera ella sola la luz por la noche y fuese al servicio, le daríamos puntos; con estos puntos podría conseguir vestiditos para sus muñecas, ver la televisión veinte minutos, jugar con su mamá y su hermano durante quince minutos... Por el contrario, sus padres no le harían caso cuando pidiese algo con exigencia, se pelease con su hermano, protestase por la comida...

Patricia reaccionó pronto en casa; la primera semana ya fue capaz de levantarse ella sola por las noches, de jugar más tiempo con su hermano, de mostrarse más autónoma y colaboradora en las pequeñas rutinas de casa, pero aún le costaba «dar el salto en el colegio». Un punto muy importante, que le ayudó enormemente en este propósito, fue ponerla al lado de una niña muy sociable y popular en la clase. Esta niña actuó como «puente» con el resto de sus compañeros y al cabo de dos semanas Patricia se relacionaba sin problemas, disfrutando de sus compañeros y de los juegos que hacían. La profesora, con la que no hablaba nada, empezó a decirles a los niños, en voz alta, lo bien que trabajaba Patricia, cómo le gustaba su forma de aplicarse, de esforzarse en las fichas, de ayudar a sus compañeros...; el resultado no se hizo esperar, la niña empezó a participar espontáneamente y a «hablar como una cotorra».

Como suele pasarles a casi todos los niños después de los primeros avances, también Patricia tuvo necesidad de «probar» a sus padres: intentó de nuevo «hacerse la sorda» cuando le hablaban, cuando le

preguntaban algo, cuando le mandaban alguna cosa; volvió a ponerse muy intransigente con su hermano y déspota con la persona que ayudaba en casa, pero apenas le duró diez días, los padres estuvieron en todo momento muy tranquilos y relajados, pero firmes y contundentes; Patricia aprendió la lección y al cabo de unos meses seguía mostrándose mucho más alegre, participativa, cercana y sociable con sus compañeros, con los niños y adultos del parque, con su hermano, con la gente que iba a su casa... Había aprendido a compartir, a saber que no podía tener en exclusiva la atención de los adultos y había descubierto que así se lo pasaba mejor, podía dedicarse a jugar, en lugar de estarpendiente de si los mayores la miraban o no; al final, se sentía una niña feliz, que además había vencido sus miedos.

Los padres de Patricia lo hicieron muy bien desde que comprendieron que a su hija no le pasaba nada extraño, desde que lograron vencer sus propios miedos. La seguridad que mostraron fue clave para que la niña superase la situación en tan poco tiempo.

¿Por qué es tan egoísta?

¿Por qué está permanentemente insatisfecho?

Es verdad que hay niños generosos y niños «insatisfechos», que no paran de reclamar, de pedir, que nunca están contentos con lo que tienen. Nos tememos que algo parecido les pasa a muchos adultos.

El que un niño insatisfecho no se convierta en un adulto egoísta dependerá fundamentalmente de la actitud que adopte su entorno.

> Es importante que, desde el principio, los acostumbremos a no darles todo aquello que nos piden, aunque económicamente no nos suponga problema. Los niños deben valorar las cosas, aprender a esperar, a soñar, a desear lo que quieren, a esforzarse por conseguir lo que anhelan y... a no frustrarse cuando no lo pueden obtener.

Pero nuestra actuación no se limitará a los aspectos materiales; los niños pueden ser egoístas en «sentimientos», en afecto, en atención... en exclusividad, y estas son formas de egoísmos muy peligrosos, que debemos controlar cuando aparecen, antes de que se incrusten y formen parte de su «carácter» futuro.

El siguiente ejemplo puede ilustrarnos sobre la actuación a seguir por parte de los adultos.

El caso de Almudena

Los padres de Almudena estaban muy preocupados por las conductas que mostraba su hija, de tan sólo 10 años; tenían otro hijo de 13 años, que era el extremo opuesto a su hermana.

Almudena era la imagen típica de la insatisfacción; nunca estaba conforme con nada.

Tampoco se gustaba físicamente; rechazaba su pelo, su cara, su cuerpo, su nariz, sus ojos...

Aunque vivían en una casa muy bonita, le parecía demasiado pequeña; el coche tenía un color «horrible»; su colegio era una «porquería» y sus profesores «le tenían manía».

Con su madre está insoportable, especialmente desde hace unos meses, que suspendió unas asignaturas y falsificó la firma; constantemente la está retando, la quiere en exclusiva y no para de decir que quiere ser hija única. Con su padre tiene una actitud menos déspota.

Después de sus últimas hazañas: suspendió cuatro asignaturas por primera vez en su vida, le quitó dinero a su hermano, mintió a sus padres sobre las notas, dejó de ir a la clase particular..., sus padres le quitaron el ordenador, la televisión de su cuarto y suspendieron las salidas de los tres meses siguientes.

Pero lo que más les ha preocupado es que Almudena escribió en su diario «que quería que su hermano se muriese».

Su hermano es un chico generoso, sociable, buen estudiante, excelente deportista, que no presenta ningún problema de convivencia.

Nuestro primer objetivo fue tranquilizar a sus padres y decirles que, obviamente, la niña lo había escrito en su diario para que ellos lo leyesen, para que se preocupasen y, de paso, se cuestionasen si no habían sido muy duros con ella.

Los registros fueron evidentes, el programa a seguir inequívoco. Los padres hablaron con sus profesores y quedaron en seguir un

programa conjunto con la niña, controlarían su rendimiento y su actitud, premiando y reforzando su esfuerzo y los cambios de conducta que queríamos implantar.

En casa se mostrarían tranquilos, pero insobornables. La atención, los refuerzos, los estímulos, los premios se los tendría que ganar Almudena con su conducta; no volverían a comprarle nada hasta que no empezara a cambiar de actitud, hasta que no tuviera conductas más sinceras, más transparentes, menos egoístas.

Cuando se quejase de su hermano no la mirarían, como si no la hubieran oído y, si insistía, pondrían un gesto que denotase cansancio.

Cuando se pusiera «chula» no hablarían con ella; por el contrario, continuamente le expresarían su satisfacción por sus pequeños esfuerzos; valorarían mucho su cambio de carácter, sus incipientes sonrisas, su esfuerzo por ser más sociable, su tono más agradable, más cercano, más afectivo.

En cuanto Almudena vio que sus padres sólo respondían ante determinadas conductas suyas poco a poco empezó a mostrar pequeños cambios y, al cabo de unos meses, era una niña más sonriente, más alegre, más contenta con todo lo que le rodeaba; incluso había empezado a disfrutar con los éxitos deportivos de su hermano, había sido capaz de regalar en navidades unos juegos suyos a «niños desfavorecidos» y, lo que es más importante, se había sentido muy bien haciéndolo.

Los niños egoístas son niños insatisfechos que no saben ser felices, que necesitan nuestra ayuda para «salir» de esa espiral que los envuelve.

> Lo importante es que los adultos sepamos que un niño egoísta puede dejar de serlo si actuamos convenientemente. No es complicado mostrarles el camino, aunque sí exige mucha paciencia, afecto, perseverancia y firmeza.

¿Por qué es tan blando? (sufre mucho)

¡Cuanta impotencia nos suscita el sufrimiento de los niños! No es fácil ver sufrir a un niño, pero aún resulta más desesperante cuando compruebas que es el típico crío sensible, que sufre por «casi todo».

Hay niños muy vulnerables, que normalmente tienen buenos

«sentimientos», pero pocas defensas.

¿Qué se esconde en la raíz de estos sufrimientos? Los niños que sufren con tanta facilidad suelen ser niños sensibles, pero poco maduros; receptivos, pero inseguros; abiertos a su entorno, pero sin defensas ante él.

Son niños que «ven» más allá de lo que son capaces de asimilar; «miran» lo que no pueden controlar, «observan» lo que no saben integrar.

No conviene recriminarles por sus sufrimientos, bastante mal lo pasan con padecerlos; nuestra labor será proporcionarles los recursos que les permitan superar esos estados de crisis continuas, de tristezas latentes, de angustias «a flor de piel».

Uno de nuestros primeros objetivos será trabajar su seguridad, su autoestima, la imagen que tienen de sí mismos y de los demás.

> Conviene que los animemos, que los reforcemos, pero, sobre todo, conviene que les hagamos más alegres, más optimistas y más maduros. No nos confundamos, «maduros» no significa «más duros»; no es necesario ni conveniente que se insensibilicen, sino que se resguarden; que elaboren defensas, que aprendan a protegerse.

Para ello nuestra actuación deberá ser global, intentará abordar las principales áreas del niño y de su entorno. Trabajaremos simultáneamente en su medio familiar y escolar, pero sin olvidar su medio social y los sentimientos más profundos y arraigados del niño.

A pesar de su resistencia, podemos ayudarles si nos mostramos sensibles a su sensibilidad; si fomentamos su propia seguridad, si conseguimos que se quieran más, que se valoren más y que se acepten más.

Como la mejor manera de expresarlo es a través de un ejemplo práctico, vamos a exponer el caso de Bernardo.

El caso de Bernardo

> Bernardo es un niño de 7 años y medio «que sufre por todo». Es hijo único y sus padres están muy volcados en él.

Siempre ha sido un niño débil físicamente; pesa poco, es bajito, coge frecuentes catarros, anginas...

Es un niño torpe a nivel psicomotor, especialmente en destrezas finas (con las manos). Sus padres, para compensarlo, le han apuntado a judo, pintura, fútbol... Le cuesta integrarse con otros niños y difícilmente manifiesta sus sentimientos.

En casa pasa de estar alegre a ponerse agresivo, haciendo gala de un carácter fuerte con sus padres.

En general, nos lo describen como un niño tímido, inhibido y perfeccionista, que puede pasarse cuatro o cinco horas hasta que termina bien un trabajo.

Desde hace una semana presenta pesadillas y llora a la mínima.

Puestos en contacto con su profesora, nos confirma que es un niño trabajador, que trabaja bien en clase, pero es excesivamente lento. Se muestra muy retraído en el patio, prácticamente no juega con ningún niño y, en general, le ve inmaduro para afrontar las dificultades.

Los registros nos mostraron a un niño muy manipulador en casa, con unos padres excesivamente blandos y sobreprotectores.

Inmediatamente le pusimos un programa conjunto casa-colegio. A través de un sistema de puntos iríamos premiando sus pequeños esfuerzos y en el colegio su profesora constantemente le estaría «ensalzando» ante sus compañeros. Le pondría al lado de un niño muy cariñoso y sociable que, como siempre hacemos en estos casos, actuase de «puente» con el resto de los niños de la clase. En el patio ella misma intentaría empujarle para que participase en algunos juegos «sedentarios».

No obstante la excelente colaboración de su profesora, había una parte esencial del trabajo que debía realizarse en casa. Facilitamos entrenamiento a los padres para saber actuar con Bernardo, y al niño le enseñamos unos trucos para cortar rápidamente sus pesadillas, sin necesidad de que sus padres fuesen a su habitación.

Por otra parte, trabajamos intensamente su autonomía personal: se le asignaron unos tiempos muy cortos para desayunar, vestirse, comer, bañarse...

Cuando se mostrase insatisfecho por algo, prácticamente no le harían caso; por el contrario, le reforzarían mucho sus pequeños logros, sus avances y la mayor rapidez de sus acciones. Si se ponía manipulador, cortarían de inmediato esa conducta, retirándole por completo la atención. Seguiría un programa de juegos que habíamos elaborado para mejorar sus destrezas finas y su coordinación en gene ral. Un punto esencial fue hacerle comprender que sus padres sólo jugarían con él los días que previamente Bernardo se hubiera acercado a jugar con algún niño en el parque.

Evidentemente, no fue fácil, pero a los dos meses el niño tenía muy claro que nadie le hacía caso cuando se quejaba y, por el contrario, conseguía centrar toda la atención cuando se esforzaba por integrarse, cuando terminaba sus trabajos, aunque no estuvieran bien; cuando participaba en los juegos, cuando sonreía, cuando comía, se lavaba o se vestía con rapidez; cuando se reía de sus pequeñas torpezas; en definitiva, cuando se mostraba feliz.

Pronto superó sus problemas de miedos y, poco a poco, empezó a prestar atención a aquellas cosas y situaciones que le hacían sentirse bien; se mostraba más maduro cuando surgían dificultades y aprendió algunas palabras claves, como: «No importa», «No pasa nada», «La próxima vez irá mejor»..., palabras que interiorizó y que le ayudaron a relativizar, a no sufrir innecesariamente.

De nuevo la actitud y el trabajo coordinado de los adultos ayudó a que un niño «blando» se hiciera más maduro y más autónomo. Aunque Bernardo no terminará siendo «la alegría de la huerta», ha dejado de ser un niño que «sufría por todo».

¿Qué hacer cuando no estudia o va mal en el colegio?

Son muchos los factores que pueden influir en el rendimiento escolar de los niños.

En primer lugar, centraremos el caso: ¿se trata de un niño que siempre ha presentado dificultades en sus aprendizajes escolares o éstas han aparecido recientemente?; ¿sus problemas se limitan a algunas asignaturas concretas o abarcan todas las materias?; ¿ha ocurrido algún acontecimiento clave en los últimos meses que haya podido influir en el niño? (por ejemplo, la muerte de un familiar cercano, nacimiento de un hermano o traslado de domicilio);

¿continúa en su colegio de siempre o está en un centro nuevo?; ¿además de sus faltas de rendimiento, presenta problemas de conducta...?

Nuestra acción será distinta si el niño siempre ha tenido dificultades en sus aprendizajes o, por el contrario, si éstas son recientes.

Si nos encontramos con un niño que normalmente iba bien en el colegio intentaremos delimitar la situación; ¿desde cuándo han surgido sus dificultades?; ¿qué acontecimientos significativos han ocurrido en este tiempo?; ¿ha experimentado alguna mejoría desde entonces, varía de unas etapas a otras o es permanente?; ¿qué reacción han tenido las principales personas de referencia del niño: padres, profesores, tutores...?; ¿qué pautas se han adoptado hasta la fecha?; además de las dificultades escolares, ¿existen problemas importantes de conducta...?

Una vez centrado el caso, si se da este último supuesto decidiremos, en colaboración con el centro escolar, si abordar primero las dificultades escolares o los problemas de comportamiento. La práctica nos enseña que los problemas de aprendizaje mejoran significativamente cuando queda resuelta la problemática conductual.

Por el contrario, si el niño viene arrastrando sus dificultades escolares desde hace tiempo haremos su anamnesis (historia exhaustiva de su desarrollo) y posteriormente realizaremos un estudio individualizado que nos permita delimitar el origen y la causa de su bajo rendimiento.

Es importante destacar que, en muchas ocasiones, el origen de las dificultades se remonta a la etapa de Educación Infantil y primeros ciclos de Primaria. Esos años son determinantes para el futuro escolar de los niños; con frecuencia, las deficiencias pueden darse en alguna de las áreas claves, que no quedan perfectamente estructuradas y suponen un fuerte handicap para el desarrollo posterior. Recordemos que las áreas que más peso tienen en los éxitos escolares son: atención, concentración, memoria, comprensión, razonamiento lógico, vocabulario, lectura, escritura, organización espacial, organización temporal, coordinación visomotora, lateralidad mal configurada, dificultades visuales, auditivas, de articulación...

Una vez realizado el estudio, decidiremos si el niño puede seguir su escolaridad con la ayuda de un programa adecuado; si conviene

realizar un cambio más profundo, o si tiene un potencial intelectivo limitado, claramente por debajo de la media. En todos los casos, debemos analizar si el colegio responde a las características del niño; si hay reciprocidad entre el nivel del centro y el que el niño puede ofrecer.

A veces nos empeñamos en que un niño siga en un colegio poco acorde a sus posibilidades y lo único que conseguimos es provocar un fracaso escolar. Por el contrario, muchas situaciones se resuelven cuando se da una perfecta adecuación entre las características del niño y las del colegio elegido.

Un tema debe quedarnos claro: generalmente, los niños no «eligen» ir mal para fastidiar a los adultos; es verdad que muchas veces son niños «inteligentes», que presentan dificultades de concentración, problemas de lateralidad, faltas de atención, hiperactividad..., y que, como consecuencia de ello, son incapaces de seguir el ritmo de la clase; otras veces, sencillamente, son niños con un potencial intelectual limitado que necesitarán nuestra ayuda, no nuestra presión.

Vamos a tratar de exponer dos casos representativos de estas dificultades.

El caso de Leticia

Los padres de Leticia estaban muy preocupados ante el bajo rendimiento escolar que presentaba su hija; querían saber el origen de sus dificultades y la forma de ayudarla.

Tenían dos hijos: Leticia, de 12 años, que cursaba 5.0 de Primaria, pues había repetido 3.0, y su hermano de 17 años, que también había repetido un curso de ESO. Los padres eran bastante jóvenes y se encontraban «muy perdidos».

La historia nos mostraba un parto muy largo (más de dos días) y con muchos problemas. Leticia tuvo dificultades escolares desde la etapa de Educación Infantil; le costó mucho el aprendizaje de la lectura y escritura (necesitó una profesora de apoyo para «soltarse»), y parece que aún presenta muchas lagunas: en comprensión y expresión verbal, en razonamiento lógico, numérico...

Aún no distingue bien la izquierda de la derecha; tuvo enuresis (mojar la cama) hasta los 5 años y presenta fallos de atención: le cuesta «atender» las explicaciones, se dispersa continuamente y es incapaz de concentrarse.

Hace cinco años la vio una psicóloga; el diagnóstico final fue que se trataba de un caso de inmadurez.

Su tutor actual, la profesora particular que tiene en su casa y la psicóloga que la evaluó hace cinco años nos comentaron que la veían con muchas limitaciones intelectuales, tenía un retraso importante en los aprendizajes básicos; no reflexionaba, no pensaba, no se concentraba nunca, aún cometía errores importantes en su lectura y escritura; en definitiva, pensaban que no podría terminar el 2.0 ciclo de la ESO.

Decidimos abordar primero la situación familiar; la niña estaba todo el día «a su aire», era muy sociable, pero no tenía ningún nivel de autoexigencia personal, no colaboraba en las actividades más elementales de la casa, no parecían importarle mucho sus continuos fracasos escolares, estaba «como distraída», pero se mostraba muy afectiva cuando veía a sus padres disgustados por el tema escolar.

En la fase inicial trabajamos la autonomía y los hábitos personales de la niña; para ello establecimos un programa sencillo de pautas, rutinas y actividades que seguirían los padres en casa con los dos hijos.

Aunque los padres tendían a ser muy protectores con Leticia, poco a poco fueron asumiendo su papel; en parte ayudados por la propia niña, quien reaccionó muy bien con las nuevas medidas, se mostró colaboradora y fue la primera que les pidió a sus padres que cumpliesen «el pacto».

Posteriormente realizamos un exhaustivo estudio a Leticia; los resultados eran inequívocos; la niña tenía un fuerte desfase, en algunas áreas de hasta dos cursos; su potencial intelectual era limitado y sus posibilidades de superar con éxito sus estudios en su actual colegio eran nulas.

Los padres no debían empeñarse en suplir con profesores particulares y con dedicación extra las deficiencias que la niña presentaba. Aunque es una decisión difícil, no podemos someter a estos niños a una presión que sólo les crea insatisfacción e

inseguridad, cuando no angustia. No había otra elección y, como siempre en estos casos, Leticia sería la primera afortunada.

Estos niños necesitan otro tipo de centros, donde los puedan ayudar, les faciliten apoyo, les presten el seguimiento individualizado que tanto precisan, les refuercen su autoestima personal, les hagan creer en ellos mismos, en sus posibilidades y en su capacidad de superación.

Desafortunadamente, la inmensa mayoría de estos centros son privados, con costes difícilmente asumibles para las familias. Son niños que están en esa «franja de nadie», en ese océano que se ha abierto entre la enseñanza reglada y la educación especial.

La Administración tiene un reto en este ámbito, que no puede seguir ignorando; estos niños necesitan un tratamiento especializado, individualizado en muchos casos, que les permita alcanzar un futuro razonable; un futuro donde ellos tengan cabida.

El caso de Raúl

Raúl es un niño que estaba en 6.0 de Primaria cuando le vimos. Tenía 11 años, tres menos que su hermana, y presentaba dificultades en todas las áreas claves.

Su historia nos mostraba un embarazo muy dificil, un parto muy complicado y un débil desarrollo físico. No comenzó a caminar hasta los 18 meses y tuvo «todas las enfermedades del mundo».

Acababan de quedarle seis asignaturas, se sentía fracasado y desde hacía año y medio tenía episodios de fuerte ansiedad.

En el colegio pensaban que era un niño vago, desmotivado, distraído y despistado.

Por el contrario, sus padres le veían como un niño noble y sensible; nos pidieron que les ayudásemos a motivarlo, a mejorar su concentración y su forma de relacionarse.

Los registros nos mostraron una situación familiar difícil; Raúl desobedecía continuamente y mostraba claros signos de ansiedad y sensación de fracaso.

Le pusimos un Programa de Estímulos para distender el ambiente familiar, conseguir que el niño se ilusionara, viera nuevas

posibilidades, tuviera éxitos...

Raúl respondió muy bien, se mostraba más colaborador y «sorprendido», tanto por la actitud de sus padres como por su propia actuación.

A continuación se abordó el área escolar. En casa sus padres respondieron perfectamente; entrenaron a Raúl en las deficiencias que presentaba y en los nuevos hábitos de trabajo que queríamos conseguir: atención, concentración, razonamiento...; simultáneamente acordamos con su tutora la ampliación del Programa de Estímulos a los aprendizajes escolares. La colaboración del colegio fue clave. Raúl pasó de ser un niño gris, apático, inseguro..., a sentir esperanza al principio y entusiasmo al cabo de unas semanas cuando vio sus primeros éxitos, sus primeras recuperaciones, sus primeros logros. Sintió que le trataban de otra forma, que sus esfuerzos eran recompensados, que no era tan torpe, que había cosas que se le daban bien; en definitiva, sintió que podía formar parte de ese colegio, pertenecer al grupo de los niños «normales» y empezar a «disfrutar»; logró integrarse con sus compañeros, participar en sus juegos y, poco a poco, se fue aceptando a sí mismo, a la par que aumentaba su motivación y crecía su autoestima personal.

No todos los casos son como el de Raúl o Leticia, ¡ni mucho menos!, pero lo importante es abordarlos desde la flexibilidad, desde la comprensión y desde la determinación a encontrar una solución; la solución que mejor se adecue a las características de los niños, no a los deseos de los adultos.

Aunque a veces sea duro para el medio familiar, todo niño tiene derecho a ser tratado como la persona única y singular que es, dotada para recorrer un camino, el suyo, no el de otros; aceptarlo será nuestra misión, asumirlo, nuestro reto.

¿Qué hacer cuando no quiere comer?

Salvo cuando este hecho tenga su origen en causas estrictamente físicas, se deba a la inapetencia propia de los estados de convalecencia o surja en los períodos de incubación de alguna enfermedad, tendremos ante nosotros, sen cillamente, un nuevo caso de falta de interiorización de hábitos, pautas, normas..., y como tal lo abordaremos.

Normalmente, los adultos contribuimos a reforzar estas situaciones; son muchos los padres que se preocupan en exceso cuando los niños no comen o «dan guerra para comer»; sin darse cuenta, les están enseñando a sus hijos un medio fantástico para obtener su atención, para alcanzar ese protagonismo que tanto les gusta a los niños pequeños.

A pesar del consejo de los pediatras, son muchos los padres que aún siguen identificando niños sanos y fuertes con niños gorditos; para ellos los niños delgados son sinónimo de niños débiles o con pocas defensas ante las enfermedades.

Como siempre, las pautas que se hayan establecido desde el principio serán cruciales. Nuestra experiencia nos demuestra que si acostumbras al niño desde muy pequeño a «comer de todo», él responde perfectamente; se familiariza con todos los sabores y no busca ni necesita que sus comidas sean demasiado sabrosas o dulces, que estén llenas de anilinas, grasas o colorantes; acepta sin dificultad las ensaladas, frutas, verduras... y le encantan los productos naturales.

Por el contrario, si la comida ha sido siempre un rito, ha despertado una atención preferente y casi exclusiva, ha llegado a ser el centro de las actividades del día, el niño rápidamente aprenderá a «utilizarla».

Con frecuencia te ríes cuando, con cierta distancia, ves con qué «arte» utilizan muchos niños esta situación; al mínimo contratiempo o contrariedad «echan mano de su artimaña favorita» y consiguen que todos estén pendientes de él. Tenemos tan grabada esta experiencia en nuestras vidas, que muchos adultos, si lo pensamos un poco, siguen utilizando este medio para llamar la atención.

El siguiente caso es un ejemplo muy típico, que puede ayudarnos a situar y superar estas dificultades.

El caso de Javier

Javier era hijo único; con 3 años tenía a sus padres pendientes de él, pues todos los días organizaba una escena a la hora de las comidas.

Se trataba de un niño inquieto, curioso, observador, con un lenguaje muy desarrollado para su edad, que continuamente ejercitaba su «deporte» favorito: tener a sus padres pendientes de

él.

Los registros nos demostraban que era un «hacha» en su actuación; Javier se había dado cuenta de que a su madre le preocupaba mucho todo lo relacionado con la comida, así que pasó de comer sin dificultad a mostrarse inapetente, apático y extraordinariamente lento; pronto consiguió suscitar también la atención de su padre y, en unas semanas, cada comida era un «festejo» para él; se volvía «muy pequeño» en esos momentos, conseguía que sus padres le tratasen como a un bebé y le dieran ellos de comer, le contaban cuentos, le dejaban ver los dibujos, se mostraban tremendamente amables y simpáticos los diez primeros minutos, y descompuestos y desquiciados el tiempo restante; era «el rey de la inapetencia».

Lógicamente, los padres tuvieron que aprender a tratar este tema con naturalidad, a mostrarse seguros y tranquilos cuando el niño «les probaba», a repartir su atención al resto de las actividades y a poner unos límites y pautas a Javier que le ayudasen a superar lo que había terminado siendo un grave problema familiar.

Pusieron en marcha un sencillo programa de puntos y establecieron unos tiempos límites para conseguirlos: 15 minutos para el primer plato, 10 para el segundo y 5 para el postre (en estos casos, cuanto más tiempo les das de margen a los niños, más difícil les resulta comer sin alargarse eternamente). Utilizaron tácticas tan sencillas como ponerle un gran reloj encima de la mesa, señalándole hasta dónde podían llegar las manecillas en cada plato y asociando su atención a su conducta: si Javier comía tranquilamente y sin dificultad, ellos estaban a su lado haciendo lo mismo, hablándole, contándole cosas, riéndose..., pero si adoptaba una actitud lenta, cansina o apática, inmediatamente dejaban de hablarle, de mirarle, de prestarle atención, aunque entre ellos seguían actuando con normalidad, como si nada pasara, y se marchaban de su presencia quitándole cualquier elemento de distracción (como la tele o juguetes) cuando él había agotado los tiempos correspondientes. Al principio, hasta que Javier consiguió establecer buenos hábitos, le facilitaron la tarea no poniéndole mucha cantidad de aquellas comidas que sabían que menos le gustaban, pero había un principio inalterable: lo que le ponían en el plato debía comérselo. Si pasaba el tiempo establecido, le retiraban la comida y no le prestaban atención alguna, eso sí, no le permitían estar más tiempo con ellos, lo llevaban a su cuarto durante 15 minutos y, si era después de la cena, aunque fuese pronto, lo acostaban, pero sin dirigirle la palabra, sin mirarle una sola vez.

La primera reacción de Javier fue de sorpresa; a continuación sacó todo su repertorio, para intentar volver a recuperar la atención de sus padres y, finalmente, cuando comprendió que por mucho que les dijera: «¿Pero no veis que no he comido?», «¿A vosotros qué os pasa?», o frases parecidas, éstos no se inmutaban, terminó cediendo y volvió a comer tan feliz, a disfrutar hablando «por los codos» mientras comía y a mostrar con agrado los platos vacíos cuando terminaba.

El tiempo que tardan los niños en «volver a la normalidad» dependerá en parte de su propio temperamento, pero, sobre todo, estará condicionado por la actitud que mantengan sus padres y los adultos que presencien la escena; si éstos actúan con seguridad, con calma, con firmeza, de manera coordinada, controlando perfectamente la situación, la respuesta del niño no se hará esperar; dejará de resultarles atractiva la situación, buscarán una salida y se darán cuenta de que la única puerta abierta que hay es la que los adultos le muestran.

¿Qué hacer cuando no se quieren acostar, tienen miedo o se despiertan por la noche?

Estas son situaciones típicas, que se dan con cierta frecuencia dentro de un amplio abanico de edades.

Hemos de destacar que hay «fases de miedos» que, si se tratan con naturalidad, los niños superan sin problemas. Es muy frecuente que hacia los dos años y medio, alrededor de los cuatro y en torno a los seis años, los niños atraviesen cortos períodos de miedos; en esos momentos les cuesta más irse a la cama, se despiertan algunas noches, quieren ir a la habitación de los padres o pretenden que éstos se queden en su cuarto con ellos. Si los adultos actúan proporcionándoles tranquilidad, sin darle demasiada importancia al tema, se muestran seguros, le transmiten al niño su confianza de que no puede pasar nada, le tranquilizan, tratan que éste se relaje, se distraiga, utilizan el sentido del humor..., pronto son episodios que se superan y se marchan igual que vinieron. Por el contrario, si muestran preocupación ante estos hechos, empiezan a quedarse con ellos todas las noches hasta que se duermen, les permiten ir a su cama si se despiertan...; en definitiva, si les protegen en exceso o le prestan demasiada atención, lo que tendría que ser un corto período se alarga y, en muchos casos, cuando los niños tienen diez, once o doce años, aún siguen enquistados en estas «historias».

En otras ocasiones, algún hecho fortuito desencadena estos miedos (alguna escena que les haya impactado, alguna película de terror que hayan visto, alguna información de «sucesos» que hayan escuchado, un robo u otro acontecimiento que haya pasado en la casa o en los alrededores...); en estas circunstancias, hay niños que se sienten impotentes para solucionarlas y terminan con pesadillas, miedos o terrores nocturnos.

Vamos a tratar de ofrecer pautas claras de actuación a través de dos casos representativos de estos miedos.

El miedo de Pilar

Pilar era un ejemplo típico de los «primeros» miedos. Tenía 7 años cuando solicitaron sus padres ayuda; desde hacía año y medio no sabían cómo actuar con la niña para que superara «esos miedos» que habían aparecido de repente, sin motivo aparente.

Llevaban meses en que todas las noches ocurría la misma rutina: estaban con ella hasta que se dormía, dejaban una luz pequeña encendida en su cuarto y, hacia las 3 de la mañana, Pilar se despertaba, bajaba todas las persianas y se acostaba en la cama de sus padres. Por lo demás, presentaba algunos problemas de conducta añadidos; sus padres nos dijeron que no se esforzaba por hacer las cosas que le suponían esfuerzo; que constantemente reclamaba su atención y, con frecuencia, adoptaba una actitud de niña pequeña.

Los registros nos mostraron a una niña que «hacía todo lo que quería» y «tomaba el pelo» continuamente a sus padres; nunca encontraba el momento de hacer las tareas, no se vestía, ni se lavaba, ni recogía sus juguetes...

Vimos a la niña y le ofrecimos una serie de «trucos» para superar los momentos de miedo (unos sencillos ejercicios de relajación, distracción y cambio de pensamientos); igualmente le pusimos un Programa de Puntos, que después canjearía por pequeñas satisfacciones: ver la tele, jugar veinte minutos con el ordenador, conseguir una caja de pinturas, un collar...

Los puntos iban unidos a situaciones muy concretas y los conseguiría por: dormirse ella sola, sin la presencia de sus padres; no levantarse de la cama a media noche, no gritar y pedir que los mayores fueran a su habitación, vestirse, bañarse, no chillar...

Al cabo de dos semanas había conseguido puntos todos los días, menos uno, que su padre cedió y se quedó con ella en su habitación hasta que se durmió.

Al mes ya no se acordaba siquiera de pedir los puntos de «por la noche»; sólo reclamaba los que conseguía por hacer las rutinas diarias, por ser más autónoma y tener mejor conducta.

Cuando vemos, pasados dos o tres meses, que no se desenganchan de los puntos (normalmente, llega un momento que dejan de pedirlos), hacemos un pacto con ellos: a partir de ese momento, siempre que su conducta sea la que hemos acordado, diariamente podrán hacer o conseguir las cosas que les gustan, con el límite establecido por los padres para esos temas (tiempo máximo para ver la tele, para jugar con el ordenador, hora límite para irse a la cama...); pero si sus padres estiman que han hecho un esfuerzo muy especial, y su conducta y actitud han sido realmente extraordinarias durante dos o tres semanas, los padres podrán sorprenderlos con algún premio extra.

En definitiva, si los padres actúan con seguridad, calma y firmeza, los casos típicos de miedos se resuelven muy rápidamente; en menos de dos o tres semanas los niños se sienten libres de sus angustias, miedos, terrores o pesadillas.

El miedo de Pepe

Pepe era un niño muy «normal» en todas sus actividades y desde hacía varios años no presentaba episodios de miedos.

Tenía 13 años, iba bien en el colegio, contaba con muchos amigos y se llevaba bastante bien con su hermano mayor.

Todo surgió a consecuencia de un hecho traumático que ocurrió, por la noche, en los alrededores de su casa.

A partir de ese momento el niño dejó de bajar a jugar con sus amigos, se negaba a ir solo a los sitios y se pasaba el día «pegado a su madre».

A la noche siguiente de los hechos les pidió a sus padres que le dejasen dormir con ellos. Cuando le vimos había pasado más de un mes del suceso y aún dormía todas las noches en la cama de su

madre (su padre se iba a dormir a su habitación).

Realmente el niño se sentía muy impactado y se pasaba el día obsesionado con lo que había ocurrido; así que empezamos por enseñarle relajación y «parada de pensamiento» (cortar los pensamientos desestabilizantes), para que empezara a controlar la ansiedad y la angustia que le originaban el recuerdo de los hechos.

A la semana reanudamos todas las actividades normales: bajar a jugar con sus amigos, hacer deporte, ir al cine, ir solo a algunos sitios...

En casa volvería a sus rutinas habituales, estaría de nuevo él solo en su habitación durante el día, practicaría allí muchas de las técnicas aprendidas, se intensificarían determinadas situaciones que resultaban especialmente simpáticas o graciosas, y se establecía un sistema de «retirada progresiva de apoyos», de tal forma que al cabo de quince días fuera capaz de dormir él solo en su habitación, sin ningún tipo de ayuda.

Pepe colaboró bastante, pero se resistía a seguir las indicaciones que habíamos establecido para las noches; cuando por fin comprendió que sus padres no cederían a sus presiones practicó las técnicas que le habíamos enseñado y logró vencer «sus recientes miedos», no sin esfuerzo, pero lo consiguió rápidamente, cuando por fin «se aplicó a ello».

En estos casos, a pesar de la tendencia natural que podemos sentir, no debemos proteger en exceso a los críos, pues sólo conseguiremos alargar sus miedos y provocarles inseguridades y turbaciones innecesarias.

De nuevo una actitud tranquila, segura, relajada, que utilice mucho el sentido del humor, que inspire confianza a los niños, será la mejor ayuda que podamos ofrecerles.

¿Qué hacer cuando se les escapa el pis o la caca?

Conviene especificar y «situar» el tema, pero en todos los casos hay algo que siempre debemos hacer: «Conservar la calma.»

La incontinencia urinaria puede ser diurna o nocturna. El control de esfínteres no es sencillo para los niños; consideremos que dentro de

su proceso madurativo es lo último que el niño adquiere y, por el contrario, es lo primero que un anciano o un adulto con dificultades fisiológicas pierde.

Los niños suelen alcanzar el control diurno (tanto del pis como de la caca), entre los veinte meses y los tres años; a veces un poco antes y con menor frecuencia algo después.

Consideramos que hasta cumplidos los cinco años, el niño tiene un cierto margen para adquirir el control nocturno; hasta esa edad podemos favorecer su aprendizaje con diversos ejercicios: aumentar la capacidad funcional de la vejiga (aguantar cada vez un poquito más las ganas de hacer pis, parar el chorrito varias veces cada vez que haga pis, apretar como si fuera a hacer pis y después retener...), fortalecer el detrusor, facilitar el control quitándole los pañales...

A partir de esa edad, si el niño no ha conseguido el control nocturno, el tratamiento es algo complejo, por lo que debe acudirse a un especialista; no obstante, conviene matizar que estos casos se resuelven bien y los niños suelen conseguir el control en menos de tres meses.

En relación con el control diurno, la situación es muy distinta. Si vemos que el niño ha cumplido los tres años y aún presenta incontinencia, debemos intervenir de forma inmediata.

En ambas situaciones, incontinencia de pis o de caca, la actuación será muy parecida; aunque conviene precisar que al niño le es más fácil controlar antes las heces.

Por supuesto, si vemos que un niño presenta claras dificultades para alcanzar este control descartaremos primero cualquier causa física.

Una vez desestimado el componente orgánico, procederemos a la puesta en marcha del programa que facilite al niño la consecución de este objetivo.

En el siguiente caso podemos ver un ejemplo muy característico, donde detallamos las principales pautas a adoptar.

El caso de Eduardo

Cuando vimos a Eduardo el niño tenía 3 años y 2 meses, era

hijo único y sus padres se encontraban muy preocupados ante la evolución de su control de esfínteres.

Habían empezado hacía un año quitándole los pañales, pero aún se seguía haciendo pis y, algunas veces, caca.

Los padres le pedían que fuera al servicio, hasta hace dos meses lloraba cada vez que se hacía encima pis o caca, pero ahora había optado por «pasar» del tema y simplemente negaba los hechos y decía que no se le había escapado nada.

Obviamente, por la noche tampoco controlaba, y sus padres tenían la extendida y errónea costumbre de despertarle a media noche; en este caso lo hacían cada tres horas.

En otras áreas era un niño con mala coordinación de movimientos, se balanceaba con frecuencia y últimamente estaba «muy alterado», se excitaba e irritaba ante cualquier situación.

Una vez hechos los registros en casa, optamos por empezar tratando los problemas de conducta y la falta de asimilación de límites que presentaba; consideramos que su falta de control de esfínteres (el niño se había hecho pis los siete días y se le «había escapado la caca» en tres ocasiones) era simplemente otro síntoma de la falta de límites de Eduardo.

Pusimos un programa de choque y entrenamos a los padres a no hacer caso a Eduardo cuando cogiera rabietas, llorase, chillase..., no le dirían nada, pero si sus «escenas» eran muy molestas le llevarían a su cuarto, primero con la puerta abierta y después cerrada si salía sin su permiso; por el contrario, se mostrarían encantados con él cuando actuase con «normalidad», cuando hablase sin chillar, cuando no se pusiera exigente...

Pasada la primera semana, simultáneamente con el programa de conducta empezamos el plan para controlar el pis y la caca; le llevaríamos al servicio cada hora, y si no hacía nada, le volveríamos a poner a los cinco minutos y así sucesivamente; si se le escapaba le mandaríamos inmediatamente al servicio y después le dejaríamos treinta minutos sin mirarle ni dirigirle la palabra, actuando como si él no estuviese presente.

A los quince días apenas se le escapaba alguna vez el pis o la caca, aún chillaba de vez en cuando, pero cada vez menos.

Seguimos adaptando el programa a sus respuestas, a la par que, cuando había pasado una semana sin accidentes, aumentábamos el intervalo de ir al servicio.

Al mes y medio ya no se hacía nunca caca, raramente tenía rabietas y sólo había tenido un accidente de pis en los últimos siete días (iba ya al servicio cada hora y cuarenta y cinco minutos).

En los dos meses siguientes no tuvo ningún accidente, el margen para ir al servicio era cada tres horas, pero normalmente iba de forma espontánea, antes de ese tiempo límite. Sus rabietas eran casi inexistentes, se había hecho más sociable, menos exigente; se mostraba más alegre, más relajado, más afectivo con sus padres.

Siguió perfectamente hasta que un fin de semana, que pasaba en casa de los abuelos con algunos de sus primos, se hizo pis encima y miró, retador, a sus padres; éstos no le dijeron nada, simplemente le llevaron al baño, le bañaron y le metieron en la cama (¡a las 7 de la tarde!). El niño se mostró sorprendido, intentó protestar, pero pronto se calló; al día siguiente, nada más levantarse, dijo que no lo volvería a hacer y, efectivamente, no ha vuelto a tener más «accidentes».

El caso de Eduardo es bastante típico; los niños con problemas de control de pis o caca reaccionan rápidamente en cuanto les ponen unas pautas y unos límites claros; al cabo de unas semanas cambian su actitud y se muestran encantados y agradecidos a la ayuda que sus padres les han prestado, que no ha sido otra que ponerles unas normas tan sencillas como razonables.

Capítulo 6
Errores a evitar (breves notas)

Si somos objetivos, son muchos, y muy extendidos, los errores que en pleno siglo xxi seguimos cometiendo en nuestra relación con los niños.

Me temo que los psicólogos no podemos sentirnos muy contentos con la labor desarrollada en este campo, pues en gran medida somos responsables de la confusión que significó, en muchos ámbitos y personas, la divulgación de una serie de teorías poco realistas sobre la educación de los niños.

Tratar de exponer aquí, con la extensión que el tema merece, todos los «errores» que los adultos cometemos en nuestra relación con los niños sería un objetivo poco realista; no obstante, aunque sea de forma breve y casi enunciativa, intentaremos ofrecer unas orientaciones básicas que nos ayuden a superar esas situaciones que, de forma tan frecuente, niños y adultos vivimos.

Intentar ser «COLEGAS» en lugar de PADRES

Estar cerca de los niños no significa hablar como ellos, ni tener que hacer nuestras sus expresiones o actuar como si tuviéramos 8, 10 o 15 años.

Los niños necesitan «situarse y situarnos». Los adultos ocupan un papel en su vida: el de adultos, y pocas cosas los confunden tanto como ver a un adulto actuando como un niño.

Padres, educadores, tíos, abuelos... todos tienen su sitio, y ellos se lo dan; de la misma forma que sus amigos, compañeros, primos, vecinos... tienen el suyo. El problema surge cuando alguno de esos papeles «se cambia».

Los adultos tenemos que asumir nuestro rol, el que ellos necesitan, el que favorece su desarrollo. Para los niños, cuando son pequeños,

somos un modelo en el que continuamente se fijan, que les da seguridad, afecto, estímulo... y soporte; más adelante somos un apoyo, que siempre les ayuda a ubicarse, especialmente cuando se «pierden», en plena etapa de adolescencia y, por último, somos una referencia que, si lo hemos hecho bien, seguirá teniendo un peso importante en sus vidas.

> En resumen, los padres tienen que ser padres, no colegas; han de asumir su papel y sus funciones, aunque a veces les cueste; tienen que ser capaces de centrar a sus hijos, favorecer su pensamiento, su razonamiento, su sensibilidad, su sociabilidad, su autocontrol..., su afecto; aunque a veces les suponga un esfuerzo importante; aunque en ocasiones los niños parezcan cerrarse a sus argumentos; aunque emocionalmente les resulte muy duro; pero tienen que conseguirlo, y para ello se comportarán como adultos, hablarán como adultos, razonarán como adultos, pondrán las normas como adultos y, cuando lo necesiten, les reforzarán o les dirán «no», como adultos.

Intentar «comprarlos» haciendo de «BUENOS» o poniéndonos siempre «de su parte» (ser sus «jefes de prensa»)

La tendencia a ponerse siempre de parte del niño, o ser «el bueno» de la película, surge de forma espontánea en muchos adultos, pero sus consecuencias son tan negativas como evitables.

En un principio es la postura «más cómoda», aunque, tarde o temprano, siempre se vuelve en contra de quien la ej erce.

Últimamente esta situación no se limita únicamente al ámbito familiar, donde uno de los padres hace el papel de «bueno», también se está extendiendo al medio escolar. Cada vez son más frecuentes los casos de padres que hacen de «jefes de prensa de sus hijos», van al colegio y se enfren tan con los profesores; defienden lo indefendible, justifican lo injustificable y, encima, amenazan o intentan amedrentar a las personas que no actúan como ellos, que no se «pliegan» ante su hijo, que ejercen su auténtico papel y no le toleran su falta de límites, su ausencia de sociabilidad, de compañerismo, de autocontrol. (¡Miles de profesionales de la enseñanza están sufriendo esta presión!)

Ya hemos comentado que los niños necesitan pautas, necesitan que los adultos les razonen y les centren pero, sobre todo, necesitan verles seguros y «fuertes».

Los niños tienen un sentido de la «justicia» muy acusado; ellos, desde muy pequeñitos, son perfectamente conscientes de lo que es justo o injusto, lo que no podemos pretender es que «razonen» cuando estén enrabietados, o cuando están intentando conseguir algo a toda costa, pero ellos «razonan y entienden» muy bien cuando están tranquilos y en buena disposición; por ello, en esos momentos son capaces de asumir las consecuencias de su actitud y, por el contrario, les produce mucha inseguridad ver que un adulto cede «a su chantaje»; no comprenden cómo no se da cuenta de la «trampa»; al final, sienten la fragilidad y debilidad del adulto y «se desesperan» con ello, aunque se aprovechen en un primer momento. El siguiente caso puede ayudarnos a ver hasta dónde es perjudicial esta actitud de algunos adultos.

El caso de Amalia

Amalia tenía 7 años la primera vez que la vimos; sus padres eran dos personas muy distintas y discutían permanentemente sobre la forma de educar a su hija. El padre era muy blando, siem pre asumía el papel de «bueno», incluso quitándole la razón y la autoridad a la madre; la niña «se aprovechaba» de la situación y tiranizaba a su padre. Al cabo de unos años los padres terminaron separándose, la niña tenía entonces 14 años y se quedó con su madre, pero a los seis meses decidió que se marchaba con su padre, pues éste le había prometido que con él le iría mejor; le permitiría todo: llegar a casa a la hora que quisiera, comer lo que le apeteciera, darle el dinero que necesitara, hacer «novillos» de vez en cuando... La madre mantuvo una actitud muy serena, dejó que la niña se fuera a vivir con su padre, pues a ella le resultaba imposible luchar contra la actitud de su ex marido. Al cabo de tres meses era el padre quien venía a pedir auxilio: la niña le insultaba, le maltrataba, le ridiculizaba ante sus amigos, le decía que para lo único que le servía era para que le diese dinero, le despreciaba sin piedad y le hundía con comentarios del tipo de: «Ahora comprendo por qué mi madre se ha separado de ti: ¡eres un mierda!» El padre se sentía machacado y argumentaba que no lo entendía, que él se había dedicado siempre a darle todo lo que Amalia le había pedido y que las mayores discusiones con su ex mujer habían sido por ponerse de parte de la niña. ¡Le costó un mundo darse cuenta de su

equivocación!

Muchos padres dicen que adoptan esa actitud por cansancio, por impotencia o por debilidad; ninguna de esas razones justifica ni repara el daño tan tremendo que causan.

Protegerlos en exceso, hacer que el mundo gire «en torno suyo»

Ya hemos comentado, a lo largo de este libro, que uno de los principales errores que podemos cometer con los niños es protegerlos en exceso.

Quitarles la posibilidad de que ellos generen sus propios recursos, sus propias habilidades, sus propias defensas... es como cortarles las alas a los pájaros, con el argumento de que así volarán mejor.

No es fácil el mundo en el que deben integrarse los niños de hoy, pero lo hacemos imposible cuando, con nuestra forma de quererles, los anulamos.

El mundo no girará eternamente «en torno suyo», pero entonces ¿qué harán si no les hemos preparado para otra realidad?

Es cierto que, como adultos que les queremos, nos cuesta no protegerlos, pero si lo seguimos haciendo no será por ellos, sino porque no somos capaces de asumir y superar nuestras inseguridades, nuestros miedos, nuestra falta de equilibrio. Al final traspasaremos nuestras deficiencias a los niños, ¡qué triste legado les dejamos! Serán los típicos casos de niños inseguros, miedosos, con poca resistencia al fracaso, a la frustración, incapaces de asumir cualquier reto o el mínimo cambio en sus vidas; niños que se ahogan, que no saben «vivir», porque no les enseñamos a respirar.

> Debemos estar a su lado, por supuesto que sí, pero para ayudarlos, no para asfixiarlos. Los niños tienen que vivir sus pequeñas «crisis», y serán éstas las que les permitan generar sus propios recursos, sus propias habilidades, sus propias «salidas». El bebé no se queda traumatizado porque el padre no acuda cada vez que llora; ni el niño de un año se aleja del mundo porque otro niño le haya empujado o mordido; ni generalmente el adolescente se suicida ante su primer fracaso amoroso; ni el

joven se retira a la soledad del desierto ante la dificultad de encontrar trabajo...

El día a día, con sus diversas situaciones, riquezas y miserias, constituye la principal fuente de aprendizaje del niño; no podemos pretender que pase de bebé a campeón olímpico de 5.000 metros, saltándose las etapas de: sentarse, gatear, ponerse de pie, tambalearse, empezar a andar, aprender a caerse, a correr, a saltar...

Podemos facilitarles el camino, podemos, de vez en cuando, correr con ellos, pero no debemos correr por ellos.

El caso de Andrea y Sofía

Andrea tenía una hermana menor y una madre que se volcaba en ellas, que estaba absolutamente pendiente de sus hijas, hasta el extremo de protegerlas en exceso. La madre era consciente de esta actitud, pero lo hacía para intentar compensar la inseguridad que su marido producía en las niñas, ya que éste era una persona débil emocionalmente, que no les servía de referencia, y al que las niñas rechazaban.

Andrea presentaba desde hacía años trastornos de angustia, que empezaron a manifestarse a través de conductas de tipo fóbico, que poco a poco se habían extendido a casi todas las esferas de su vida, incluida el área social y de relación.

Su hermana Sofía, cuatro años menor, se había convertido en una niña tirana, llena de angustias y exigencias hacia su entorno, que hacía gala de una fuerte insatisfacción y mostraba una actitud constante de enfrentamiento y agresividad.

De nuevo aquí nuestra actuación no se centró en los problemas puntuales que las hermanas presentaban; por el contrario, nos centramos en trabajar conjuntamente con los padres; les mostramos las consecuencias de sus actuaciones y les facilitamos los recursos que les permitirían encauzar a sus hijas primero para proporcionarles después la estabilidad y seguridad que tanto precisaban.

Las hermanas reaccionaron con incredulidad; con escepticismo y bastante resistencia las primeras semanas, pero cuando vieron que sus padres seguían tranquilos, pero firmes con ellas, y se mostraban por primera vez seguros, unidos y coordinados en sus actuaciones, empezaron a sentirse más relajadas, más animadas, más hábiles en sus

conductas sociales, más afectivas con sus padres, más participativas y con más fuerzas para vencer «sus angustias». La relación entre las hermanas mejoró y, no por casualidad, hicieron más amigos en los siguientes meses que en toda su vida anterior.

El caso de Gema

Los padres de Gema nos contaron que su hija era una estudiante de 20 años, que siempre había manifestado algunas dificultades en sus relaciones sociales, que se mostraba en general bastante insatisfecha por todo, pero que en la actualidad lo que más les preocupaba era su «obsesión» por la limpieza, pues ésta había llegado a tales extremos que le impedía hacer su vida normal.

Gema sentía auténtico pánico ante la posibilidad de coger enfermedades; poco a poco había ido cambiando sus hábitos y costumbres, hasta el extremo de que en esos momentos no quería coger el metro u otros transportes públicos, pues estaban muy sucios; rehusaba ponerse el reloj, o anillos, o determinada ropa..., por si cogía algún virus por ahí.

En casa su vida era un ritual: llegaba e inmediatamente se tenía que lavar las manos, ¡con lejía!; introducía en la lavadora toda la ropa que había llevado puesta en la calle, ventilaba su habitación, aunque fueran las diez de la noche; limpiaba escru pulosamente sus zapatos, obligaba a todos los miembros de la casa a lavarse las manos, en su presencia, antes de comer; no comía pan, pues consideraba que este alimento había sufrido muchas manipulaciones y no estaba garantizada su limpieza...

La situación cada vez se extendía a más ámbitos: era incapaz de ver una gota de sangre, cualquier mancha que veía en la calle podía tener una procedencia peligrosa, si alguien la rozaba quizá la hubiese infectado...

El análisis de la situación de nuevo nos mostró una madre angustiosa, muy protectora con su hija, que se pasaba el día pendiente y «encima» de ella, que no la dejaba «ni respirar», que la atosigaba a preguntas y se mostraba permanentemente preocupada, agobiada e insatisfecha.

Gema cada vez era más «borde» y «tirana» con su madre, ¡no la soportaba!, generándose paulatinamente una situación insostenible en casa.

Los hechos eran claros; trabajamos simultáneamente con los padres y con Gema; nos costó mucho cambiar la forma de sentir y comportarse de su madre, de hecho no lo conseguimos hasta el nivel que hubiéramos deseado, aunque tuvimos una colaboración excelente por parte del padre; con Gema tampoco fue fácil, pero a los tres meses ya era capaz de hacer una vida bastante normal y a los seis apenas mostraba rasgos que delatasen sus anteriores crisis; no obstante, la asignatura pendiente siguió siendo la relación con su madre. Aunque se llevaban mejor, Gema aún la rehuía, pues le resultaba difícil ver a su madre con esa cara de expectación, de angustia, de sufrimiento... de incredulidad; su madre estaba convencida de que su hija era muy «rara», y que tarde o temprano volvería a las «andadas»; afortunadamente, al cabo de un año Gema seguía contro lando perfectamente sus angustias, había mejorado sus relaciones sociales y sus resultados en la universidad; se llevaba muy bien con su padre, con quien conversaba frecuentemente, pero seguía alejándose de su madre, porque seguía viéndola insegura, demasiado pendiente de ella y «dispuesta a preocuparse por todo».

Ceder para evitar «males mayores» y pensar que «esto» pasará con el tiempo

¡Por supuesto que alguna vez hay que «ceder» en nuestra relación con los niños, pero no podemos hacerlo por sistema!

Hemos insistido varias veces, a lo largo de este libro, que no podemos tomar posturas absolutas, ni creer que existen reglas universalmente válidas, que puedan aplicarse por igual a todas las personas; nuestra actitud, en gran medida, dependerá y se adaptará a las peculiaridades de cada niño; no es igual ceder un día con un niño que habitualmente es colaborador y sociable que ceder constantemente ante las presiones de los niños manipuladores, agresivos e inestables emocionalmente. En este capítulo queremos reflexionar sobre las características y dificultades de estos chavales, queremos analizar y, en la medida de lo posible, contribuir a clarificar las pautas y actitudes que debemos mantener con ellos.

Desgraciadamente, muchos adultos ceden por sistema ante su impotencia e incapacidad por hacerse con el control de la situación. Se engañan a sí mismos diciendo que ya han intentado otras vías, pero que con este niño es imposible.

El niño que es problemático aprende que «presionando» termina consiguiendo lo que quiere y entra en una dinámica que es incapaz de superar; al final cae en esa trampa, de la que no sabe salir, y que le lleva a un «callejón sin salida».

La situación se agrava a medida que pasa el tiempo, el adulto cada vez se siente más inseguro y el niño es incapaz de autocontrolarse, de autorregularse; pide y pide sin medida, exige sin limitación, sin posibilidad de razonamiento.

El final suele ser caótico, lleno de insatisfacción y agresividad. Nuestra actitud, nuestra inseguridad, nuestra falta de determinación provoca una tensión permanente. El niño, a pesar de «conseguir» casi todo lo que quiere, se muestra insatisfecho, enfrentado con la humanidad; nada es como él quisiera, los hermanos o los compañeros le estorban, los padres son débiles, los profesores incompetentes y ellos se sienten «timados» e incomprendidos. Se muestran tremendamente inhábiles en sus relaciones sociales, incapaces de vencer sus propias contradicciones, de enfrentarse a su realidad, de superar sus injustificables conductas.

La mejor ayuda que podemos prestarles es nuestra tranquilidad ante su exigencia; nuestra seguridad ante su inestabilidad; nuestra firmeza ante su insistencia; nuestro afecto ante su agresividad; nuestra racionalidad ante su irracionalidad.

El caso de Juan y Nuria

Los padres de Juan y Nuria se habían separado hacía ocho meses; los hermanos se llevaban fatal entre ellos y estaban acostumbrados a que su madre cediera ante sus peticiones o exigencias.

En aquel momento eran dos adolescentes que se escapaban a cualquier tipo de control o disciplina.

Parece que el padre era muy agresivo con la madre, aunque con los niños se había mostrado siempre complaciente y les daba todo lo que pedían. La convivencia familiar era caótica; la madre era una persona «blanda» e insegura, que se había sentido machacada en su matrimonio y que era incapaz de luchar; argumentaba que sus hijos eran imposibles y que ella, para evitar males mayores, cedía siempre.

En el colegio nos confirmaron el comportamiento atípico de los hermanos; el niño era muy violento físicamente, su hermana trataba de forma despótica a las niñas de la clase y los profesores asistían impotentes a las humillaciones que ambos infligían a su madre; creían que el padre tenía mucha culpa de la situación actual, pues siempre se había mostrado reticente a colaborar, les consentía a los niños todos los caprichos y se limitaba a insultar a la madre y a decir que a sus hijos no les pasaba nada.

Los registros mostraban una realidad espeluznante: los niños machacaban literalmente a su madre y se agredían continuamente entre ellos; la madre pasaba por todas las humillaciones imaginables, les daba todo lo que pedían, les suplicaba que no se pelearan y se mostraba incapaz para frenar la espiral de agresiones en que ambos entraban.

Los dos hermanos tenían problemas de comunicación con otros niños; prácticamente no tenían amigos y se mostraban huraños e impositivos en su relación con los adultos. Juan prácticamente se pasaba los fines de semana y las vaca ciones sin salir de su casa, Nuria iba de vez en cuando con alguna niña, aunque rápidamente se peleaba, y no le duraban las relaciones más de tres o cuatro semanas.

Todo lo que conseguía su madre con su actitud de «ceder» y «ceder» una y otra vez era que sus hijos la humillasen y la maltratasen; primero había sido Juan quien había llegado a escupirle a la cara, a tirarle todas las cosas de los muebles, a proferirle los insultos más humillantes; después había sido Nuria quien le decía que era injusta, que sólo protegía a su hermano, que no servía para nada, que le daba asco que fuese su madre.

La realidad es que la madre no llegó a recuperarse; no se sentía con fuerzas para seguir las normas y pautas más elementales, al final siempre terminaba cediendo; los chicos intentaron reaccionar al principio, pero pronto lo dejaron al ver que su madre era incapaz de asumir su papel; además, el padre dificultaba aún más la situación, metiéndose por medio y diciéndoles que su madre no servía para educarlos; al cabo de los años los niños arrastraban un fuerte fracaso escolar, seguían sin amigos y continuaban machacando a su madre. Su nivel de exigencias no tenía límites, querían todo, y en varias ocasiones habían robado a su madre para comprarse la última novedad que había salido al mercado.

Un día nos dijeron que sus padres nunca les habían dicho «no» a

algo: ¡triste lección la que aprendieron!

Éste es un caso que se quedó sin resolver; afortunadamente, es una excepción, la mayoría de los padres que piden ayuda terminan asumiendo su papel y, aunque les resulta difícil al principio, pronto se dan cuenta de que deben cambiar sus hábitos; mantener su actitud sólo contribuye a reforzar un aprendizaje erróneo en sus hijos, que les dificulta no sólo la relación con ellos, sino también con su entorno; ceder constantemente les ha conducido a una situación insostenible; poner unas pautas nuevas, unos principios básicos y unas normas elementales a seguir será un reto factible de lograr, especialmente si ambos padres trabajan unidos, formando un buen equipo.

Los problemas y las dificultades para conseguirlo son entendibles y comprensibles, pero no pueden servirnos de excusa, ya que estaríamos haciendo dejación de nuestra responsabilidad y contribuiríamos a fomentar niños infelices, egoístas, poco sociables, permanentemente insatisfechos y portadores de una agresividad y de un nivel de exigencia que marcará sus vidas.

Creer que en cualquier situación con el diálogo todo se arregla

¿Quién no ha pensado alguna vez que con el diálogo podemos arreglar cualquier situación?; desgraciadamente, la realidad nos muestra que este principio, que parece adecuado para el «género humano», no siempre es aplicable.

¿Existirían las guerras, las palizas entre bandas, las discusiones entre adultos, las peleas entre hermanos, entre amigos, entre niños..., si esta premisa fuera correcta?; ¿cómo entonces aún nos aferramos a ella y nos empeñamos en seguir manteniendo este baluarte, como si fuera un mástil que sostiene la bandera de la libertad?

Si todos somos testigos de lo difícil que es dialogar a veces entre adultos, ya va siendo hora de que «pisemos tierra» y no edifiquemos castillos en el aire, porque luego «se caen»; y lo peor no es que se caigan, sino que lleven «niños dentro».

Es verdad que muchas veces los niños son más sensibles al diálogo que algunos adultos; pero eso no quiere decir que «siempre» estén en condiciones de dialogar y puedan ser receptivos a nuestras explicaciones y a nuestros argumentos.

Como principio básico, y no excluyente, podemos considerar que a los niños les es más fácil dialogar en las siguientes situaciones:

-Cuando están tranquilos.-

Cuando hay un clima relajado y afectivo.

-Cuando se encuentran de buen humor.

-Cuando están descansados.

-Cuando acabamos de alabarlos o felicitarlos por alguna acción.

-Cuando están «arrepentidos» y con ganas de compensar lo que han hecho.

-Cuando son conscientes de que, a pesar de haber actuado deforma injusta, estamos intentando buscarles una salida «airosa».

-Cuando están interesados en conseguir «un pacto».

Por el contrario, es muy dificil dialogar con los niños, al menos, en los siguientes casos:

-Cuando estamos en medio de una discusión.

-Cuando están empeñados en conseguir algo.

-Cuando acaban depelearse.

-Cuando están excitados.

-Cuando no tienen fuerzas o tranquilidad para poder reconocer sus fallos.

-Cuando acabamos de pillarlos en alguna mentira.

-Cuando les resulta imposible justificar alguna actuación suya.

-Cuando quieren «engañarnos» o convencernos, por encima de cualquier razonamiento.

-Cuando creen que van a salir perdiendo si dialogan, y no están dispuestos a asumirlo.

-Cuando están cansados o con sueño.

-Cuando se sienten defraudados por algo.

-Cuando nos sienten «débiles» o inseguros.

Parece claro que, al menos en determinadas situaciones, es un error aferrarse al diálogo como único medio de relación con los niños. Confundir nuestros deseos con la realidad puede resultar a veces desesperante para nosotros e insufrible para los niños.

De cualquier forma, no seamos pesimistas; que a veces sea imposible dialogar no quiere decir que no podamos actuar; precisamente lo que el niño nos pide es que actuemos, que le saquemos de esa situación, que nos mostremos firmes y le señalemos, sin ambigüedades y con seguridad, lo que va a ocurrir a continuación. Recordemos que para ello no debemos limitarnos al uso del lenguaje verbal; la comunicación gestual, muchas veces, será nuestra principal aliada en esos difíciles momentos en los que el diálogo debe postergarse para la escena siguiente.

Ya hemos mostrado en varios ejemplos prácticos cómo, en ocasiones, los niños pueden desesperarse ante esa perseverancia del adulto que se empeña en no «ver» e insiste en su error de intentar resolver cualquier conflicto dialogando.

> Los niños aprenderán a dialogar, y lo harán cada vez más, cuando nos vean seguros, cuando les ayudemos a cortar sus estallidos irracionales y sientan que, una vez superados éstos, estamos permanentemente dispuestos a razonar con ellos.

Sacrificar constantemente a los otros hermanos o miembros de la familia

Ésta es una de las situaciones más injustas, pero más frecuentes en la relación familiar.

Al leer el título de este apartado quizá pudiéramos pensar que nos referimos a un hermano que, constantemente, sufre las consecuencias de tener otro hermano «insoportable» o de difícil carácter; la realidad es que estos acontecimientos no son causados únicamente por niños, también por adultos. ¡Cuántas veces les decimos a los niños que estén

callados porque papá o mamá está de mal humor!

Con frecuencia nos resulta más fácil «sacrificar» a los miembros más sociables o razonables de la familia en beneficio de los que muestran una actitud menos generosa y más agresiva. Con ello hacemos justamente lo contrario de lo que nos enseñan los principios básicos de la psicología: premiamos a la persona que muestra una conducta más irra cional e injusta, en detrimento de aquellas personas que mantienen una actitud más colaboradora, más dialogante y más racional; ¡qué papelón más indefendible!, pero, sobre todo, qué forma de favorecer, con nuestra actitud, la proliferación de conductas déspotas y manipuladoras.

Ya hemos comentado que los niños tienen un sentido de la justicia fortísimo; se sienten muy perdidos cuando ven que nos «plegamos» a sus exigencias poco razonables; hemos constatado cómo se ponen muchas veces agresivos, precisamente para favorecer nuestra reacción; ¡nos están pidiendo que les cortemos!, que les ayudemos a salir de esa «crisis» y nosotros, en lugar de entender su mensaje, les damos «alas», potenciamos su actuación y llevamos a todos «a un callejón sin salida».

Es humano, pero es un grave error, no afrontar con serenidad, con firmeza y seguridad estas situaciones; «saltar» sobre ellas, evitarlas falsamente, supone crear una trampa, a modo de zanja, en la que se hunden todos: los que tienen dificultades por controlarse, por relacionarse, por mostrar conductas más razonables, y los que siendo razonables ven con impotencia cómo prevalece la irracionalidad, el miedo, la agresividad, la injusticia... ¡Qué difícil es avanzar con estos aprendizajes!

Hemos visto en apartados anteriores las consecuencias de estas equivocaciones, pero afortunadamente a estas alturas del libro sabemos cómo superarlas. No hay disculpa que justifique un retraso en los cambios que deben adoptarse; al final todos los miembros de la familia sufren, ¡ya es hora de enderezar lo que nunca debió torcerse!

Cerrar los ojos: Negar lo evidente, pensar que los otros exageran, que los profesores son unos alarmistas y que, en todo caso, la culpa es del otro cónyuge

¡Con qué facilidad nos convencemos de lo que queremos creer!;

hay casos auténticamente inverosímiles, adultos que cierran los ojos con tal fuerza que ya no vuelven a ver, sólo saben «filtrar». Elaboran filtros «a su medida», de tal forma que lo blanco puede ser negro y viceversa, pero lo peor es que, a fuerza de practicar, sus momentos de «racionalidad» se extinguen, todo se termina convirtiendo en un mundo irreal, lleno de argumentos absurdos y de hipótesis descabelladas, casi paranoicas, que les hacen perder las coordenadas.

Afortunadamente para ellos, y para su economía familiar, esta desconexión con la realidad suele ser selectiva; es decir, no ven nada de lo que pasa con sus hijos, pero siguen siendo buenos profesionales en su trabajo; son capaces de analizar grandes balances, de planificar brillantes estrategias, de estudiar programas de fusión con otras empresas...; es decir, son aptos para otras funciones, incluso pueden alcanzar los puestos más importantes, pero son incapaces de ver lo que es evidente para todos: algo no marcha bien en la vida de su hijo, y hacen como el avestruz: meten la cabeza debajo de la tierra.

A veces podríamos argumentar que «uno no ve lo que no puede ver», pero hay casos en que eso no te lo puedes permitir; además, personalmente yo modificaría un poco esa frase: «uno no ve lo que no quiere ver», y esa actitud, con los niños, puede traer consecuencias muy graves.

> Recordemos que los mensajes de los niños son muy diferentes a los de los adultos; lo mismo pasa con las claves que utilizan. Ellos nos dicen a su manera, pero con bastante claridad, que algo no está funcionando bien y esperan y necesitan «nuestra actuación», no «nuestra huida».

Muchas veces hemos estado en conversaciones «muy dramáticas» entre adolescentes o jóvenes y sus padres. Desgraciadamente, en el transcurso de esas comunicaciones hemos asistido a escenas auténticamente desgarradoras, donde los chicos les decían a sus padres: ¡cómo pudisteis estar tan ciegos!, ¡cómo no fuisteis capaces de intervenir, si estaba cantado!, ¡cómo pasasteis por alto esas conductas mías!, ¡cómo os quedasteis tan tranquilos!, ¡cómo no escuchasteis a mis profesores!, ¡cómo eché en falta vuestra intervención!, ¡cómo me habéis hundido la vida!, ¡cómo me fallasteis...!

Estas frases suelen tener lugar después de acontecimientos muy graves, cuando ya los chicos o chicas están enganchados en un mundo

del que no saben salir; cuando han tirado por la borda sus estudios, sus amigos, su familia, su esperanza, su capacidad de luchar, su necesidad de entusiasmarse, de ilusionarse, de creer en los otros y en ellos mismos...; cuando sienten que no tienen futuro, que son incapaces de sentir, que han perdido su vida.

¡Cuántas señales ignoramos!, ¡cuántas veces llegaron a casa en malas condiciones!, ¡cuántas mentiras pasadas por alto!, ¡cuántas escenas en las que no intervenimos!, ¡cuántas voces acallamos!, ¡cuántas broncas donde nos engañamos a nosotros mismos y los justificamos!, ¡cuántas ocasiones en que los reforzamos, les dimos alas, les aplaudimos...; en definitiva, los hundimos!

¡Qué fácil recurso decir que los otros exageran!, que no conocen a vuestros hijos, que la culpa es de vuestro cónyuge, del colegio...

En el fondo, esos mecanismos que nos tapan los ojos, ¡cuánto daño hacen!; son capaces de idear las excusas más increíbles para justificar nuestro inmovilismo.

Pero, ¿se puede hacer algo para que esto no ocurra? SÍ, se puede escuchar, se puede observar, se puede volver a conectar nuestra sensibilidad, se puede dedicar el tiempo preciso, se puede priorizar .. y, al final, seguro que se podrá «ver».

¿Hay algo que dificulte nuestra mente, que entorpezca nuestra visión, que nos aleje de la realidad..., algo contra lo que debamos «estar en guardia»? SÍ, hay que estar atentos a la escala de valores que cada uno se ha fabricado; al lugar que sus hijos y su familia ocupan en la misma; al tiempo que han asignado al trabajo, a sus aspiraciones, a sus metas, a sus logros, a lo que tienen que hacer para alcanzar su «triunfo»...; hay que estar atentos a lo que les queda para sí mismos y para «el resto»; porque, ¿acaso piensan que la vida de sus hijos se para, que la vida suya se para, que los problemas se paran, que las experiencias de todos se paran, hasta que él o ella alcanzan sus triunfos?

No nos agobiemos, pero, ¡pensemos de vez en cuando." dejemos un tiempo para reflexionar, para parar, para evaluar, para analizar, para observar, para escuchar..., dejemos un tiempo para los otros, y seguro que no se nos pasan las cosas importantes, ¡seguro que podemos ver y hacer lo que debemos hacer., porque si hemos sabido escuchar y hemos «oído» lo que

hemos leído, ¡sin duda sabremos actuar!; de lo contrario, nos pasará como a los padres de Iván.

El caso de Iván

Iván era un niño de 11 años que cursaba 6.° de Primaria y que estaba a punto de sufrir la tercera expulsión de un colegio.

Precisamente fueron sus profesores quienes les dijeron a sus padres que deberían pedir ayuda psicológica, ya que el niño «no respetaba» ninguna norma del colegio, y así no podría continuar el próximo curso.

Nada más ver a los padres supimos que no había nada que hacer; ambos reconocían que el niño no tenía límites y no respetaba las normas más elementales; pero el padre pensaba que la culpa era de la madre, pues argumentaba que era muy desordenada y no le exigía nada al niño; por el contrario, la madre creía que era «un tema genético», que todo le venía porque su padre era igual, y que ella no pensaba cambiar de actitud.

Ambos nos relataron, con increíble tranquilidad, las últimas hazañas del niño: había provocado cuatro incendios en la casa en los últimos meses sobre un suelo de madera; le habían expulsado, de diferentes clases, varias veces en la última semana; llegaba tarde todos los días al colegio, pues se empeñaba en ir él «por su cuenta»... y sus diversiones favoritas consistían en organizar guerras, a modo de batidas por el campo y tirar todo lo que pillaba en la casa: albornoz, juegos, ropa...; además, no hacía nunca los deberes y su última acción había sido comprarse «un arma», de verdad, en no se sabe qué lugar. A pesar de ello, su madre decía que ella estaba tranquila, pues el niño la quería mucho y ambos se llevaban muy bien; que su única preocupación es que esa «excelente relación» continuase durante la adolescencia. (Los registros nos mostraron esa singular forma de llevarse bien; la verdad es que nos resultaba dificil recordar un caso de relajación parecida en ambos padres.)

A nuestra pregunta de si no habían acudido antes a algún profesional nos dijeron que sí, pero que éstos no entendían a su hijo y no les habían hecho caso, pues todo lo que les decían era que necesitaba límites, que le tenían que inculcar orden, disciplina y darle un «mínimo de estructura».

En el colegio nos confirmaron las peculiaridades del niño y su atracción por la «marginalidad», por romper todas las reglas. Se sentían impotentes para encauzar a Iván, pues continuamente «chocaban» con sus padres, que no respaldaban ninguna de las medidas del profesorado; el niño estaba allí como el que «oye llover», no atendía, no hacía los trabajos de clase ni los deberes de casa: ¡todo un regalito! A pesar de todo, se mostraron dispuestos a colaborar si los padres ponían un mínimo de interés.

Llegamos a un acuerdo con el colegio sobre las pautas y acciones a realizar con Iván, pero ¡fue imposible!, los padres se negaron a realizar el programa, nos dijeron que les gustaba cómo era su hijo; según ellos, el problema, de nuevo, es que los demás no lo entendíamos; se mostraron muy firmes en su decisión y nos comentaron que lo único que les fastidiaba era tener que buscar otro colegio, pero que lo tenían muy claro: ellos no pensaban «romper la originalidad de su hijo».

Cuando un padre no quiere ver, el tema es difícil, pero siempre hay esperanza, pero si, como en este caso, ambos padres no quieren «ver», no hay nada que hacer; cuando tengan que ir a sacarlo de «otros lugares menos agradables» seguirán diciendo que el resto del mundo no entiende a su hijo y éste, mientras tanto, estará tirando su vida por la borda y algún día les reprochará por qué no actuaron.

Favorecer el CONSUMISMO

Sería un error pensar que los niños más consumistas provienen de familias con poder adquisitivo medio-alto.

Hoy en día existe un consumismo tan o más arraigado en los niños de medios más desfavorecidos.

El error surge ya desde pequeños, cuando creemos que no pasa nada porque les demos todo lo que nos piden, o les compremos lo que se les antoja. Poco a poco los niños aprenden que insistiendo más o menos tranquilamente, o con un poco de «temperamento», terminan consiguiendo lo que ven en la tele, en el vecino, en el amigo del colegio o en la tienda de la esquina. Una vez que han aprendido a pedir y a obtener rápidamente su recompensa, esto no les produce especial deleite, por lo que entran en una espiral de la que no saben salir; cada vez piden cosas más complicadas, más caras, más peligrosas; pero no solamente piden artículos de ocio o ropa, también

piden jugar todos los días con el ordenador, además con unos juegos extremadamente violentos; piden ver la tele el tiempo que les apetece, que suele ser varias horas al día; piden que les hagan los deberes, que le lleven a determinados sitios, que no les manden cosas, que no les pongan normas..., que los adultos, simplemente, se limiten a proporcionarles lo que ellos reclaman.

Empiezan por no darle valor a las cosas y terminan por no darle valora las personas.

No es fácil evitar que los niños sean consumistas en una sociedad basada en el consumismo más atroz; por ello permaneceremos atentos desde el principio, desde que el niño nace. Hay padres que nos dicen que ¡tiran la toalla!, que incluso han quitado la televisión de sus casas, pero que su hijo sigue pidiéndoles de todo, porque lo ve en sus compañeros. No es un problema que se resuelva quitándoles estímulos, que también, pero se trata, sobre todo, de inculcarles un «estilo de vida», una escala de valores, un nuevo modelo, que nos permita a todos volver a disfrutar de las cosas sencillas. Si él ve que sus padres no son compradores compulsivos, que dan valor a las cosas y a su conservación; que son respetuosos con el medio ambiente, que no se llenan de objetos superfluos, que valoran las comidas caseras más que las compradas; que procuran estar juntos, charlar juntos, reír juntos, idear juegos propios, ir con ellos a lugares poco habituales, a espacios abiertos, al campo..., y se entretienen y disfrutan investigando con ellos todas las posibilidades que estos sitios encierran, pero, sobre todo, les enseñan lo que tiene más valor, lo que no se puede comprar: el afecto, la compañía, el compartir las cosas, el poder de la mente, la capacidad de pensar, de razonar, de analizar, de comprender, de aprender...; los juegos de palabras, las adivinanzas, los ejercicios de rapidez mental, los pequeños experimentos químicos que se pueden hacer en casa, en la cocina; todas las posibilidades que encierra el lenguaje, la gran aventura de leer, de escribir, de inventar historias; en definitiva, las miles de formas de pasárnoslo bien aprendiendo a aprender, a descubrir, ¡a pensar!; y todo ello SIN COMPRAR NADA, pero teniendo lo más importante, nuestra dedicación, nuestro afecto, nuestro tiempo, nuestra paciencia... nuestra ilusión.

No es fácil, pero el niño necesita que recorramos con él este otro mundo, más sencillo, más natural, más auténtico y más apasionante.

La gran ventaja es que, haciéndolo por ellos, con ellos y para ellos,

conseguiremos recuperar también lo mejor de nuestras experiencias, de nuestras vivencias, de nuestras emociones, de nuestros sentimientos, de nuestras vidas.

En el tratamiento clínico de muchos adultos, la mejor terapia ha sido volver a descubrir, de la mano de sus hijos, el auténtico valor de las cosas, de los hechos, de las personas.

Creer sus MENTIRAS y caer en las TRAMPAS y trucos que emplean

¿Son hábiles los niños o muy ingenuos los adultos? Ambas cosas; en cualquier caso, cuando un niño nos consigue engañar, lo que este hecho nos está indicando, aparte de su ingenio, es que «estamos lejos del niño», «le hemos perdido la pista».

Los chicos fabular mucho y, a determinadas edades, pueden mentir con cierta facilidad, pero una cosa son las mentiras típicas de su evolución y otra distinta que los adultos no seamos capaces de reaccionar cuando la ocasión lo precisa.

En estos casos, nuestro principal recurso será la utilización del Sentido Común, del Razonamiento Lógico. Evidentemente, nuestra capacidad de pensar y razonar es muy superior a la de los niños; no pensemos, pues, que es difícil, simplemente pongámonos a la tarea, sin miedos ni complejos, pero con ganas de descubrir la verdad.

Lógicamente, aquí tiene aplicación todo lo expuesto en el apartado de «Cerrar los ojos: Negar lo evidente...».

No obstante, si el tema se nos resiste, contamos con otra ayuda clave: la observación de las conductas y actitudes del niño, de sus manifestaciones, de nuestras respuestas.

Simplemente seguiremos las instrucciones de cómo hacer un Registro (expuestas en este libro) y al cabo de unos días veremos la situación con nitidez, con claridad; no habrá engaño que se nos pase ni mentira que se nos cuele.

El niño, en el fondo, necesita sentir que somos capaces de «pillarle», que no nos pueden mentir con facilidad; lo que precisan es que les ayudemos a buscar otras vías alternativas, más limpias, más honestas, más tranquilizadoras para ellos mismos.

¿Acaso no vemos cómo descansan después de admitir la verdad?; de la misma forma, observamos cómo están «hiperactivos o demasiado inmóviles» cuando se encuentran en medio de sus mentiras.

Si estamos cerca del niño, pronto descubrimos esas pequeñas crisis; si se nos pasan por alto, encenderemos rápidamente la «bombilla de emergencia» y nos pondremos a trabajar con él, a su lado; juntos resolveremos y encauzaremos esos primeros devaneos que, de no ser cortados a tiempo, podrían convertirse en situaciones muy desestabilizantes, llenas de «trampas» para el niño y su entorno.

La «observación» y la «cercanía» serán nuestros principales medios; el razonamiento y el sentido común harán el resto.

Capítulo 7
Pautas a adoptar (resumen)

Una vez leídos los capítulos anteriores, los lectores se han podido familiarizar con algunos de los procedimientos que se aplican para resolver situaciones de crisis o para obtener mayor información sobre el niño (momento evolutivo que atraviesa, fase en la que se encuentra, acontecimientos o amigos más significativos, dificultades que le condicionan, miedos que le bloquean...).

En esos momentos difíciles, llenos de incertidumbre y preocupación, muchos padres y educadores nos han pedido una especie de «guía» que, de forma fácil y práctica, les resumiera los principales puntos a considerar. Vamos a tratar de ofrecer un breve esquema que nos ayude «a situarnos» en esos momentos difíciles:

¿Por dónde empezar?

En primer lugar, conviene que centremos el tema; para ello nos ayudaremos con algunas preguntas:

-¿Acaba de suceder algo realmente preocupante, o es una situación que viene arrastrándose desde hace tiempo?

Si fuera esta última opción, ¿desde cuándo exactamente?; ¿qué cúmulo de circunstancias se dio?; ¿llegamos a intervenir?, ¿con qué resultados?; ¿qué falló en esos intentos previos?; ¿cómo subsanarlo?; ¿qué garantías tenemos de que no vuelva a suceder lo mismo...?

-¿Cómo ha surgido la necesidad de abordar la situación: hemos sido nosotros o nos lo han dicho desde el medio escolar u otras instancias?

-¿Cómo es el ambiente familiar: hay unidad de criterios o cada uno «va a su aire»?

-¿Cómo suele portarse el niño en estas circunstancias?; ¿qué debemos esperar?; ¿qué pautas previas debemos considerar...?

-¿Podemos abordar solos esta problemática?; ¿cómo nos encontramos anímicamente: fuertes, débiles...?

-¿Cuánto creemos que puede durar esta crisis?; ¿lo podremos soportar, aguantaremos o claudicaremos antes de tiempo?

Es importante que, antes de empezar cualquier acción de este tipo, nos planteemos si nuestra actuación obedece a un impulso momentáneo y como tal poco duradero, o si realmente estamos dispuestos a afrontar el tema con el rigor y la perseverancia que precisa. Sólo en caso afirmativo pondremos en marcha el resto de las fases.

Una vez que hemos decidido abordar la situación que nos preocupa, el siguiente punto sería:

¿Cómo acercarnos a la solución?

La respuesta es evidente: poniendo todos los medios a nuestro alcance para conseguirlo, pero el enunciado es mucho más fácil que la aplicación que encierra.

«Poner todos los medios» significará ponernos de acuerdo con el resto de los miembros de la familia, con el colegio, con el entorno del niño...; significará ponernos «fuertes emocionalmente», para vencer las posibles resistencias que tengamos; significará no «caer» en dinámicas anteriores, en conductas pasadas, en situaciones que nos conducirían a nuevos fracasos; significará ser dueños de nosotros mismos, de nuestros temperamentos, de nuestras inseguridades, de nuestras dudas y vacilaciones, para que podamos transmitir la tranquilidad, la seguridad, la firmeza, el afecto y el equilibrio que tanto precisa el niño.

Sólo en esas condiciones debemos dar el paso siguiente, pues de lo contrario habremos vuelto a «minar» nuestra credibilidad; no podemos pasarnos la vida amagando y retrocediendo; es preferible no empezar si no estamos seguros de llegar hasta el final.

Cómo hacer para que reaccionen

Si queremos conseguir que los niños «reaccionen» positivamente no podemos dejar nada al azar.

Lo primero que haremos será un Análisis objetivo de la situación; para ello utilizaremos los registros de conducta.

Ya vimos en el capítulo de «Situaciones no deseadas» cómo eran estos registros; no obstante, transcribiremos un ejemplo práctico para que nos resulte sencillo cumplimentarlos.

El caso de Ignacio

Los padres de Ignacio habían solicitado ayuda porque no sabían qué hacer con su hijo pequeño de 8 años.

Ignacio tenía un hermano de 13 años, al que incordiaba todo lo que podía; no obstante, los principales problemas los tenía con sus padres, ya que no aceptaba ningún tipo de límite o norma.

Como siempre, después de comprobar que la decisión de sus padres era firme, y que ambos estaban de acuerdo en afrontar el tema con el rigor necesario, les pedimos que nos registraran, a lo largo de la siguiente semana, todos los momentos conflictivos que se produjeran. (Normalmente, también les pedimos que nos registren algún instante de «calma o normalidad» para ver qué variables intervienen en esas situaciones.)

La forma de cumplimentar el «Registro» es muy sencilla; en la primera columna -Día y hora- los padres anotarán la fecha y la hora exacta en que comienzan a registrar la escena. Debajo de -Situación- anotarán dónde están, quiénes y qué están haciendo en ese momento; de esa forma, nos haremos una idea muy exacta de las circunstancias que rodean los hechos. En el apartado reservado a la Conducta del niño/a-, literalmente escribiremos lo que el niño/a dice o hace en ese instante (si grita, si amenaza con las manos, si insulta...), y en la última columna: -Respuesta de padres y otros presentes-, también de forma literal, transcribiremos lo que sus padres, o el resto de las personas presentes, le dicen al niño/a.

Al cabo de una semana tendremos suficientes registros para hacer un Análisis Funcional; es decir, para saber exactamente por qué el niño/a actúa de esa manera y qué pautas debemos adoptar para reconducir la situación.

Generalmente, los padres afectados, cuando rellenan los registros empiezan ya a darse cuenta de cosas que antes les habían pasado desapercibidas; ven cómo sus hijos «les toman el pelo» en determinadas situaciones, o cómo siempre ocurren las mismas secuencias en momentos especialmente críticos: cuando ellos están cansados, a determinadas horas, cuando hay otras personas por medio...

Una vez realizado el análisis conjuntamente con los padres, y algunas veces también con los educadores, se elabora un Plan o Programa a seguir, donde los adultos sabrán, de forma literal, qué deben hacer o contestar en las diferentes situaciones.

De nuevo esa semana se vuelven a registrar los momentos conflictivos, ahora ya con las nuevas instrucciones, y, basándose en esos registros, se sigue depurando el programa; se analizan las nuevas conductas, reacciones y emociones del niño y se continúa entrenando a los adultos hasta que el caso queda resuelto o perfectamente encauzado.

Vamos a intentar ejemplificarlo de forma práctica para que nos resulte más fácil familiarizarnos con la metodología. Como estábamos con el caso de Ignacio, analizaremos uno de los registros que más se repetía en la conducta del niño.

REGISTRO

Día y hora	SITUACIÓN (Dónde están, quiénes y qué hacen)	CONDUCTA DEL NIÑO/A (Literalmente qué hace o dice el niño o la niña)	RESPUESTA DE PADRES (y del resto de los presentes)
21-1 19.40	Estamos los cuatro en casa. Se le dice que haga una hoja de multiplicar, él acaba de ver la tele.	1. (Empieza a gritar y a decir que no lo hace, que quiere hacer una hoja de restas). 3. Chilla y dice que él hace lo que le da la gana. 5. Vuelve a chillar y dice que no encuentra el cuaderno, que vaya yo a buscarlo.	2. Ignacio, ya tienes empezada una de multiplicaciones, así que termínala, mañana harás la de restas. 4. Mañana harás las restas, no lo que a ti te dé la gana. 6. Bueno, Ignacio, búscalo en la habitación que estará allí.
20.00	Continúa la situación por espacio de veinte minutos, sin que Ignacio haga la multiplicación.		
22-1	Ignacio está tomando la merienda en el comedor, yo (la madre) estoy en la cocina y su hermano en su habitación.	2. (Me dice que no le da la gana y me manda a la mierda). 4. (Sigue negándose a dejarlos, me chilla, me insulta: ¡tonta, idiota!…	1. Cuando entro en el comedor veo que está leyendo; le digo que deje los libros hasta que acabe de merendar. 3. Le digo que deje inmediatamente los libros o le pondré un castigo.
18.00		6. (Vuelve a chillar y a negarse: No me da la gana, no lo voy a hacer, vete a la mierda).	5. Ya está bien, Ignacio, ¡haz lo que te he dicho!
	7. La madre se va a otra habitación por no discutir más.		

El resto de los registros eran similares; como podemos ver, Ignacio «hacía lo que le daba la gana». Sus padres intentaban por todos los medios contemporizar, pero lo único que conseguían es que el niño se sintiera cada vez más fuerte y les siguiese probando. Ignacio no comprendía en el fondo la actuación de sus padres, les provocaba para ver si reaccionaban, necesitaba ver hasta cuándo aguantarían, hasta dónde serían capaces de transigir, de resistir, de resignarse.

Los registros nos indicaban muy bien el Programa que debíamos seguir con toda la familia.

Programas (pautas, reglas, normas, hábitos, límites...)

Evidentemente, las medidas a tomar eran clarísimas; si queríamos que Ignacio reaccionara y empezara a interior¡zar los límites y las normas más elementales, sus padres tendrían que modificar inmediatamente su actitud y su respuesta con el niño.

En este caso concreto, les costó algunas semanas, pero finalmente consiguieron que Ignacio se controlase y siguiera las pautas que ellos le marcaban y no los «impulsos» que sentía en cada momento. Al final, el niño se sentía mucho mejor, disfrutaba de las cosas que hacía, estaba más cariñoso, más afectivo, más tranquilo, más feliz. De vez en cuando tenía la necesidad de comprobar que todo seguía en orden, que sus padres continuaban seguros y relajados y, tras algún intento que otro, más testimonial que real, volvía a sonreír y a decir ¡de acuerdo, vale, ya voy!; la diferencia es que ahora ¡lo hacía de verdad!

De forma resumida, las principales pautas fueron:

-Hablar con Ignacio y con su hermano, de forma tranquila, pero grave, en un momento de relax para todos; decirles que la situación no puede continuar así, que la convivencia en casa es imposible, que ellos han intentado tratar a Ignacio como a un chico mayor, pero que ha demostrado que no es capaz de controlarse, así que a partir de ese momento le ayudarán de la única forma que él es capaz de entender: «cortándole de raíz», cada vez que se «desmadre», que no obedezca, que chille, que insulte...

-En ese sentido, a los dos les dirían las cosas una sola vez, y actuarían de inmediato si no hacían caso; podrían mandarles a sus cuartos durante quince minutos para que reflexionasen; podrían quitarles el juego que tuvieran en ese momento; podrían dejarlos sin ver la televisión; sin jugar con el ordenador... (los padres les expusieron todos los casos posibles, con las consecuencias exactas que seguirían a cada actuación).

-Ambos hermanos aprenderían a autorregularse; es decir, los padres no intervendrían en sus peleas, ellos se las apañarían; siempre que fuesen capaces de controlar sus gritos, sus voces... o sus golpes; en caso contrario, su intervención sería para mandarlos a cada uno a su

cuarto durante treinta minutos; luego verían si, además, eran necesarias otras medidas con alguno de ellos o con los dos.

-Les enseñaron a los dos hermanos algunos trucos para relajarse cuando estuviesen muy excitados -principalmente Ignacio-; en caso de que no fueran capaces de hacerlo, los padres también habían aprendido otros «trucos» para ayudarles a conseguirlo.

Una vez implantado el nuevo «estilo de vida» en la casa, cuando los chavales alcanzasen las primeras metas, se establecería otro programa de estímulo, motivación y consolidación de los nuevos hábitos. Lógicamente, en cada caso hay que hacer «un traje a medida», según sean los niños, los padres y las circunstancias familiares; pero, básicamente, se trata de que todos, todos, tengan la oportunidad de ganar, de disfrutar, de descubrir el auténtico valor; no sólo de las cosas, también de las personas; en definitiva, de sentirse artífices de lo que les ocurre, «actores» de sus vidas, protagonistas de su convivencia y, en la medida de lo posible, «dueños» de sus existencias. (Parece muy grandilocuente, pero es tan factible como deseable.)

De todas formas, en éste, y prácticamente en todos los casos, siempre hay un «momento clave», cuando nos vuelven a poner a prueba.

Cómo superar el momento clave (cuando nos ponen de nuevo «a prueba»)

En todos los programas que se siguen de orientación familiar, pero también en la vida de todos los días, siempre hay algún momento o situación clave donde los niños «nos ponen a prueba». Necesitan ver lo seguros o inseguros que están los adultos, su capacidad de respuesta, de actuación, de resolución de los problemas que en esos instantes acechan a la familia o que a ellos les están ahogando.

Es cierto que muchas veces nos cogen «desprevenidos» y llega la crisis en el momento más inesperado, pero, aunque en una primera fase no lo entendamos, la verdad es que no surgen por casualidad. Cuando analizamos despacio la situación vemos que se han dado un conjunto de factores que han precipitado la «tormenta».

En cualquier caso, lo importante, de nuevo, es controlar todas las variables para que superemos este bache en el menor tiempo posible. Ya hemos aprendido cómo se cumplimenta un «registro», y de nuevo

aquí nos será muy útil, pero mientras tanto, si nos encontramos perdidos y no sabemos muy bien por dónde empezar, siempre hay una serie de medidas que nos serán de gran ayuda:

-Mantener la calma, y no poner cara de «sorpresa».

-Mirarlos con tranquilidad, largamente, esbozando una pequeña sonrisa, pero indicándoles con la mirada «que se están pasando» y que no nos asustan. (Esto los desconcierta en una primera fase, incluso puede «encenderlos», pero contribuye mucho a que nos sientan seguros.)

-No caer en sus provocaciones, en su dialéctica verbal: ¡actuar cuando sea necesario!, pero hacerlo cortando el «estallido» suyo; no seamos ingenuos y nos liemos en explicaciones y argumentos que, en esos momentos, no están en condiciones ni en predisposición de escuchar.

-Siempre que sea posible, seguir conversando con normalidad con el resto de los miembros de la familia, coordinando su actuación, para que no ofrezcan «fisuras», pero, sobre todo, para que no se preocupen ni pierdan la calma. (El niño se siente muy alterado cuando ve que alguna persona de la casa se siente inquieta.)

- Utilizar el sentido del humor todo lo que podáis, pero no de forma cáustica, en esos instantes no lo aguantarían, sino de forma simpática, divertida, que les permita engancharse y les ofrezca una «salida digna».

-Perseverar en vuestra actuación tantas veces como sea necesario, hasta que el niño se calme y se encuentre bien. Los niños nos aventajan en este campo, son más perseverantes que los adultos; por ello a veces nos sentimos agotados, pero la verdad es que, cuando nos ven firmes y sienten que tenemos muy claro cuál debe ser su actuación reaccionan antes de lo previsto, aunque más tarde de lo que nos gustaría.

-No desanimaros, ni pensar que con este niño todo es imposible, que no hay nada que hacer, que estáis agotados, cansados, aburridos, desesperados..., ¡fuera esos pensamientos!, sustituirlos por: ¡esto es un suceso lógico, que se repetirá de vez en cuando, que no tiene mayor trascendencia y que podemos controlar perfectamente!

-Premiaros un poco, desarrollad alguna de vuestras tareas favoritas,

turnaros cuando podáis y haced algo de deporte, que ayuda a «estar en forma» y facilita la superación de estos «ejercicios mentales», con los que a veces los niños nos «ponen a prueba».

-Confiar en vosotros, creer en vuestras posibilidades y éstas se materializarán.

Posteriormente, cuando hayáis hecho los registros, éstos os mostrarán las causas por las que el niño está «poniéndoos a prueba», pero también os indicarán los medios a utilizar y el procedimiento a seguir para superar la crisis; a partir de ahí sólo os queda tener confianza en vosotros y «ser más perseverantes que ellos»

Capítulo 8
Reglas de oro
(en pastillas)

¿Hay reglas de oro que nos sirvan para favorecer el desarrollo de los niños? Aunque arriesgada, la respuesta es SÍ, las hay. De nuevo, la lectura de los diferentes casos expuestos a lo largo del libro puede ayudarnos a extraer algunas de las «reglas de oro»; también vuestra propia experiencia os habrá enseñado «reglas de oro», y los muchos años que llevamos observando, estudiando y tratando niños nos han mostrado las «reglas de oro» que más útiles han resultado en la relación y desarrollo de los niños, tanto en el área social, como escolar y familiar.

La exposición detallada de estas «reglas» nos llevaría a la redacción de otro volumen tan extenso como éste; no obstante, intentaremos hacer un esfuerzo de síntesis y, aunque sea a modo de «pastillas», trataremos de enumerar aquellas «reglas de oro» que, por su trascendencia, no se nos pueden escapar en nuestra relación con los niños.

Tenemos que ser mas perseverantes que ellos. Podemos conseguirlo

Ésa es una de las reglas que no nos cansaremos de repetir nunca: ¡hay que ser más perseverantes que ellos!; no obstante, todos sabemos que este principio es uno de los más difíciles de lograr. Los niños nos llevan «años de ventaja», ellos son infinitamente más tenaces que los adultos y nos lo demuestran cada día.

La mayoría de las veces sabemos qué hay que hacer con los niños, pero no tenemos fuerzas para llevarlo a la práctica, para vencer su resistencia, para superar su perseverancia; ahí radica su fuerza y nuestra debilidad.

Afortunadamente, cuando nos entrenamos y nos mentalizamos de verdad, cuando sentimos que no podemos fallar, cuando vemos que el niño necesita vivir nuestra seguridad, captar nuestra paciencia y sentir nuestra perseverancia, conseguimos mantener «esa regla de oro» que logra vencer los obstáculos y nos facilita la meta propuesta: que el niño se tranquilice, se centre, se calme, se relaje y empiece a sentirse bien colaborando, mostrándose más sociable, siendo más generoso, más espontáneo...; en suma, más persona.

El caso de Luis puede ayudarnos a ver hasta qué punto es difícil ser perseverantes; sobre todo cuando el niño es tan recalcitrante.

El caso de Luis

La última vez que vimos a los padres de Luis, el niño tenía 13 años y su hermana Marta 11. La primera vez que solicitaron nuestra ayuda, los niños tenían 9 y 7 años.

A lo largo de este tiempo, hemos visto a sus padres cada diez o doce meses; siempre acudían en momentos de pequeñas crisis, y éstas se repetían con una precisión casi milimétrica.

Luis era lo que comúnmente se dice «un niño difícil», que continuamente buscaba los límites y la forma de saltarse las normas más elementales; sus padres y su hermana eran los objetivos a batir; entre las estrategias más empleadas figuraban: su capacidad de improvisación, de sorpresa, de volver lo blanco negro, de sembrar la duda, de agotar a los otros, de «minar la moral», de hacerles sentir marionetas; en definitiva, su capacidad de resistencia y perseverancia.

Sus padres sabían bastante bien lo que tenían que hacer, pero a veces se agotaban y, cuando se mostraban débiles, Luis sentía la necesidad de volverles a probar, de asegurarse que todo estaba perfectamente, que sus padres seguían manteniéndose seguros, que no había fisuras y que respondían sin vacilaciones, sin titubeos, con calma, pero con firmeza.

En realidad, venían a vernos para salir reforzados, para volver a coger fuerzas y ánimos, para sentir que lo estaban haciendo bien y que no había otro camino más fácil, que debían seguir «perseverando», que pronto, de nuevo, verían a Luis más tranquilo, más relajado y, pasadas unas semanas, volvería a ser el niño agradable, simpático y ocurrente que llevaba dentro.

En definitiva, primero observaremos qué está pasando, luego tomaremos las medidas que nos permitan encauzar la situación y, finalmente, perseveraremos más que ellos, no para vencerlos, sino para favorecer su desarrollo; para ayudarlos a sentirse mejor y encontrar su propio camino; en definitiva, para que puedan sacar lo mejor de sí mismos.

Entre los principios que poco a poco desarrollaremos no olvidemos otra regla de oro:

Los DISCURSOS sirven de poco. No podemos ser ingenuos

Los discursos suelen ser poco útiles con los adultos; no obstante, nos cuesta no utilizarlos. Con los niños no podemos cometer este fallo, pues, más que inútiles, muchas veces son contraproducentes.

Pocas veces vemos a un adulto más desesperanzado que cuando comprueba el resultado de sus «discursos»; de esos «rollos» brillantemente elaborados y expuestos, pero fácilmente vueltos contra sí mismo y contra lo que pretendía conseguir. Lo curioso es que, a pesar de todo, aquí sí que somos equívocamente perseverantes e insistimos una y otra vez en cometer el mismo error.

Los niños no reaccionan ante nuestras palabras, sino ante nuestros hechos.

Los discursos les aburren, les sobrepasan muchas veces provocándoles fuertes resistencias, que se traducen en enfrentamientos innecesarios y en desgastes estériles.

El caso de Silvia nos puede ayudar a comprender mejor las necesidades de los niños, lo que realmente buscan y lo que esperan de nosotros.

El caso de Silvia

Silvia era una niña de 7 años, con una hermana de 3 y unos padres encantadoramente despistados.

Cuando vinieron a vernos no comprendían por qué Silvia respondía tan poco a sus «buenos propósitos».

Se pasaban el día aburriendo a la niña con interminables

discursos; no paraban de decirle cómo tienen que ser los niños, cómo deben comportarse, qué esperaban de ella, lo que tenía que hacer en casa, en el colegio, en el parque...

Silvia, sin embargo, parecía llevarles la contraria: ¡cuantos más discursos, peor se comportaba!

Como casi siempre, primero les tranquilizamos, pues empezaban a creerse que tenían un pequeño «monstruo» en casa, y después les pedimos que durante una semana nos hicieran «Registros», tanto de los momentos especialmente conflictivos como de las situaciones más agradables.

En la segunda visita ya se mostraron más tranquilos, los registros les estaban «abriendo los ojos»; empezaron a comprender que tenían una niña típicamente traviesa, inquieta, muy movida, que era consciente de la atención que sus padres ponían en ella y que le encantaba ser «protagonista». Poco a poco fueron aprendiendo a tratar a la niña; conseguimos suprimir los interminables discursos que tanto habían abundado en su relación con Silvia, se mostraban más seguros, más tranquilos, más firmes y, sobre todo, más eficaces; ante determinadas conductas de la niña actuaban inmediatamente y la pequeña, tras las primeras resistencias, estaba reaccionando de maravilla. Sus padres nos decían aquello de: ¡parece otra niña, casi siempre está alegre y contenta!, pero no era otra niña, simplemente podía ser como había sido siempre, pues ahora sus padres la ayudaban a encauzar sus momentos de ira o rabietas, y éstos prácticamente estaban desapareciendo.

En este caso concreto, la niña presentaba además algunas dificultades en su aprendizaje lectoescritor, que nos hicieron sospechar la presencia de lateralidad cruzada; efectivamente, cuando la estudiamos en profundidad vimos que era diestra de mano, pero zurda de pie; así que le pusimos un pequeño programa de refuerzo para que su lateralidad no interfiriera negativamente en sus aprendizajes escolares.

Silvia estaba tan encantada con la nueva actitud de sus padres, que un día que estaba con los abuelos y éstos, con toda su buena intención, intentaban explicarle por qué los niños debían ser generosos, la niña, con cara de aburrimiento, les dijo: «No soy tonta, esas cosas ya las sé, no empecéis ahora vosotros, que mis padres ya no me dicen esos rollos.»

Una vez que hemos aprendido a no «soltar» continuamente discursos, es importante que lo completemos con otra de las reglas de oro:

¡Hay que intervenir; no volvamos a decir «Ésta es la última vez»!

¡Cuántas veces hemos escuchado aquello de «esta es la última vez, no te lo tolero más, es tu última oportunidad!»; ¿nos hemos fijado la cara que ponen los niños cuando oyen estas frases?; es una mezcla de alivio, sorpresa y, en el peor de los casos, «complicidad» o escepticismo; algo así como: ¡ya ha pasado el peligro, qué tontos son, ni ellos mismos se creen lo que están diciendo!

Si analizamos el estado emocional de los adultos en esos momentos, coincidiremos en que suelen estar cansados, algo abatidos, a veces derrotados, y con ganas de creerse ellos mismos lo que están haciendo; se justifican diciéndose que esta vez lo pasan, pero que será la última vez que lo hagan.

> Para que un niño empiece a cambiar su actitud o conducta previamente deberá ver que los adultos cambian la suya; deberá comprobar que ahora son capaces de llevar a efecto lo que tantas veces le habían indicado, que han empezado a actuar, y que ya no pararán hasta conseguir que ellos reaccionen, que cumplan lo que tantas veces habían pactado.

Repetir constantemente que «ésta es la última vez» sólo sirve para potenciar lo que queremos corregir. Es preferible no decir nada, mirarlos con un gesto de decepción, que implique algo parecido a: ¡cómo es posible que hagáis esto!, pero sin pronunciar palabra; al menos así no os seguiréis desprestigiando.

Los padres de Beatriz sufrieron en sus propias carnes no haber intervenido antes; afortunadamente, el caso terminó resolviéndose.

El caso de Beatriz

> Beatriz era una adolescente brillante en los estudios, pero muy insegura e inestable a nivel emocional.

Mentía de forma sistemática a sus padres para justificar actuaciones como dejar de comer, vomitar, enclaustrarse de repente, no querer hablar con sus amigas, llorar sin aparente justificación... Sus padres terminaban siempre diciéndole aquello de: «Beatriz, esta es la última vez que haces algo así!»; la niña asentía y... pronto se volvía a repetir la misma escena.

En el fondo, nuestra adolescente tenía un serio problema de autocontrol que, de esa forma, estaba pasando inadvertido y, lo que es peor, sus padres no se habían dado cuenta de que necesitaba otro tipo de ayuda.

Cuando nos pidieron orientación, Beatriz acababa de tener un intento de suicidio; a sus padres los pilló tan desprevenidos, que aún no conseguían creérselo. Por una parte estaban terriblemente asustados, y por otra muy indignados contra la niña; aún no se les había ocurrido pensar que Beatriz, a su manera, los había estado avisando muchas veces para que intervinieran, para que «cortasen» las conductas que ella era incapaz de controlar, para que actuasen, para que se mostrasen firmes y seguros y la ayudasen de esa forma a coger la seguridad que a ella le faltaba.

La niña nos explicó con claridad lo que necesitaba, y tenía toda la razón; lo veía muy claro, pero era incapaz de hacerlo.

Afortunadamente, sus padres reaccionaron muy bien, pronto comprendieron que Beatriz necesitaba su determinación, no su indecisión; su seguridad, no su debilidad; su firmeza, no su tibieza.

Al cabo de los años, nuestra adolescente nos llamaba de vez en cuando para contarnos sus progresos, sus avances, sus logros, sus éxitos -que eran muchos-; en definitiva, para comunicarnos que se estaba convirtiendo en la joven que le habíamos anunciado, en una persona fuerte, sensible, madura y estable, que había descubierto cómo disfrutar de su equilibrio, de su seguridad, de su vida.

La relación con sus padres era estupenda; los apreciaba, los quería y los admiraba por lo que habían sido capaces de hacer: por haber intervenido por fin un día y no haber vuelto a decir: «¡Beatriz, esta es la última vez!»

Para «intervenir» correctamente no nos podemos olvidar de otra regla de oro:

Hay que unificar criterios y actuar con seguridad

¡Qué dificil es ponerse de acuerdo!; si ya es complicado hacerlo con uno mismo, conseguirlo con «todo el equipo familiar o escolar» resulta una hazaña.

¡Se aprovecha de que su padre termina cediendo!, ¡al final siempre se sale con la suya porque su madre es débil!, ¡ha conseguido engañar de nuevo a su hermano, a su profesor, al abuelo...!, ¿nos suena esta historia, tan triste como real?

No hace falta que los padres se separen o estén enfrentados para que cada uno «vaya a su aire» o, simplemente, tengan criterios o posturas diferentes.

Cuando hacemos el historial de un niño, siempre preguntamos quién es el más blando y quién el más duro; la respuesta no se hace esperar; a menudo el más blando es el que más tiempo está con los niños y, en consecuencia, el que más «se quema», al que le resulta más dificil mantener «la postura»; esta regla no suele cumplirse cuando es la madre quien está poco con los niños; en esos casos se suele sentir muy culpable y trata de tapar ese sentimiento mostrándose condescendiente y blanda con sus hijos.

Es importante tener criterios claros, pero es más trascendente actuar de forma coordinada y sin fisuras.

El niño, desde muy pequeño, aprende a observar y a utilizar la falta de unidad de los adultos; sabe mejor que nadie cómo escarbar, cómo conseguir que los mayores discutan, o que alguno ceda o lleve la contraria al otro. ¡Cómo se aprovechan de esa situación!, y, lo que es peor, ¡cómo les perjudica!

Una de las primeras cosas que salen en los «Registros de Conducta» es la falta de unidad de criterios por parte de los adultos; la siguiente es cómo utiliza el niño esa situación para conseguir lo que quiere, para saltarse las normas, para llenarse de «extrañeza e inseguridad» al comprobar cómo los adultos no son capaces de coincidir en algo tan sencillo, tan claro, algo que ellos ven sin dificultad, aunque, cumpliendo su papel, pelean hasta el final, como si en ello les fuera la vida.

Cuando los adultos manifiestan esas vacilaciones, esas dudas, cuando no contradicciones entre sí, el resultado final es la confusión

en el niño; pero esa confusión fácilmente se transforma en inseguridad, en manipulación, en tiranía.

No nos podemos permitir «ir cada uno por un lado»; las consecuencias son perversas y el resultado final lamentable.

Adriana es uno de los casos típicos en que esta falta de coordinación termina convirtiendo a una niña inquieta en una niña insegura e inestable.

El caso de Adriana

Adriana era una niña muy observadora, bastante sensible, agradable, pero demasiado insegura y vulnerable. Sus padres estaban muy preocupados por ella y por su hermano, pues ninguno de los dos parecía feliz.

Los padres nos pidieron ayuda cuando un día su hija les gritó: «¡Ya está bien, a ver si sois capaces de poneros de acuerdo, no me liéis más con vuestras inseguridades!»; Adriana había realizado un excelente diagnóstico.

Los registros y las conversaciones con los cuatro miembros de la familia nos confirmaron los hechos: los padres eran muy agradables y se preocupaban bastante por sus hijos, pero casi nunca coincidían en sus criterios; la madre era una persona dulce y blanda, que pronto terminaba cediendo; el padre, por el contrario, se mantenía firme por sistema, seguramente para tratar de compensar la postura de la madre. El resultado final era caótico: Adriana se había convertido en una joven llena de dudas, que sufría por cualquier cosa; su hermano había optado por «pasar» olímpicamente del tema, pero le fastidiaba tener unos padres que eran incapaces de ponerse de acuerdo.

La verdad es que los dos hermanos eran estupendos, y colaboraron desde el primer momento; incluso con más decisión que sus padres, a quienes tuvimos que «empujar» un poco, para que lograsen romper esa inercia, que les impedía coincidir sobre cualquier tema relacionado con sus hijos.

En cuanto los adultos se pusieron de acuerdo en los temas más habituales pronto coincidieron en aquellos más esporádicos, aunque no por ello menos importantes.

Por su parte, los dos hermanos se dieron cuenta del impacto tan

negativo que causaba en ellos la falta de unidad de criterios de sus padres y se comprometieron a no tratar de «sacar partido» de la situación y no fomentar las diferen cias entre ambos; el resultado final no se hizo esperar: poco a poco, Adriana y su hermano fueron sintiéndose más seguros, más tranquilos, más relajados, más maduros... más contentos.

Pero no todos los hijos son tan comprensivos; la mayoría de los padres lo tienen más difícil.

Muchas veces nos ayudará en esta tarea la siguiente regla de oro:

A veces tenemos que asumir papeles incómodos, poco populares

De forma natural, la mayoría de las personas intentamos llegar a acuerdos; preferimos hablar antes que «pelear», consensuar mejor que presionar y pactar para «vivir en paz».

Las posturas son lógicas y constituyen sabios mecanismos de defensa; no obstante, cuando tenemos ante nosotros a chicos con bajo nivel de autocontrol y poco contacto con la realidad, a veces es necesario «ir contracorriente» y asumir papeles incómodos, que nos desgastan, pero que no podemos evitar, si queremos ayudarles de verdad.

Cuando hay acuerdo entre los padres, la situación es menos traumática y más eficaz, pero no siempre se da esta circunstancia.

A lo largo del desarrollo de los niños, padres y educadores se verán obligados a «manejar» situaciones difíciles, que requerirán toda su templanza, sabiduría y «buen hacer». Nadie puede sustituirles en esa tarea, pero en función de cómo actúen y de la seguridad que muestren, la crisis se resolverá mejor o peor, antes o después, con poco o mucho desgaste.

Hay hechos que exigen una actuación inmediata y poco popular por parte de los adultos; en esas circunstancias, cuanto más rápida y firme sea nuestra acción, antes conseguiremos sacar al niño, al adolescente o al joven, del laberinto en que se encontraba.

El caso de Víctor constituye un ejemplo muy claro de cómo aplicar esta determinación, de cómo asumir papeles impopulares.

El caso de Víctor

Víctor era un joven de 21 años, infeliz e insatisfecho; la relación con sus padres estaba muy deteriorada y su proyección académica había sido desastrosa en los últimos años.

En casa no pasaba un día que no hubiera «broncas»; le molestaba todo: si el teléfono sonaba, si le preguntaban por los estudios, si le pedían que recogiera su ropa... Cualquier excusa era buena para disparar su falta de autocontrol y provocar una crisis, en la que se veían inmersos todos los miembros de la familia.

Había cambiado dos veces de facultad y seguía sin aprobar el mínimo de asignaturas que le permitiese continuar en la carrera.

Cuando le vimos estaba ya en el segundo cuatrimestre y aún no había empezado a estudiar.

Se sentía culpable por el mal ambiente que había en su casa; reconocía que rápidamente «saltaba» y perdía el control, pero insistía que todo era debido a su «mala suerte».

Sus padres le veían como «un joven bastante desgraciado, que pensaba que todo lo que le rodeaba le era hostil, y era incapaz de asumir su propia responsabilidad».

Trabajamos conjuntamente todas las áreas, tanto con él como con sus padres. Pronto llegamos a un acuerdo para mejorar la convivencia familiar: sus padres no le preguntarían sobre sus estudios, pero se mostrarían muy firmes con el cumplimiento de las pautas y nuevos hábitos que habíamos acordado entre todos.

Víctor trabajaría intensamente en las técnicas de autocontrol y relajación que le habíamos enseñado; simultáneamente se entrenaría a fondo en una nueva metodología de estudios, que nos permitiría comprobar sus auténticas posibilidades, a nivel de aprendizajes. El pacto final era muy claro: si aprobaba los dos tercios del curso seguiría estudiando en su actual facultad, que es lo que él quería; en caso contrario, examinaríamos otras alternativas, como estudiar la carrera en otro centro menos masificado y con un plan de estudios fundamentalmente práctico, pero esta opción sólo se llevaría a efecto si él había conseguido aprobar entre la cuarta parte y la mitad del curso; en caso contrario, las otras opciones pasaban por incorporarse rápidamente al mundo laboral.

La realidad es que Víctor se esforzó como nunca, trabajó y estudió a pleno rendimiento, hasta el extremo que pensó que obtendría unos resultados espléndidos, pero en septiembre apenas había conseguido aprobar las dos terceras partes del curso, por lo que la opción era clara: dejar su actual facultad y matricularse en otro centro, con un plan de estudios más adaptado a sus características y peculiaridades. Aquí es donde sus padres tuvieron que asumir un «papel incómodo», ya que Víctor consideraba que había estudiado mucho y si no había aprobado más era por «mala suerte»; en consecuencia, a pesar del pacto, él no quería ni hablar de la posibilidad de abandonar su facultad, y presionó a sus padres hasta el límite. Éste fue un momento clave; afortunadamente, los padres se mantuvieron firmes y las opciones que le dieron fueron muy claras: o estudiaba en otro centro o empezaba a trabajar.

Al final Víctor comprendió que esta vez sus padres no cederían a su chantaje y que tenía que ser consecuente con lo acordado. Los hechos nos dieron la razón, a Víctor le cambió la vida: consiguió integrarse rápidamente en un sistema de estudios más apropiado a sus características y, a medida que iba sacando su carrera, fue ganando en seguridad, en autoestima y en confianza en sí mismo.

Sus padres recogieron los frutos, asumieron en su momento, y con gran dolor, un papel muy incómodo, pero hoy en día disfrutan de una excelente relación con su hijo y, como ellos nos decían, su mejor recompensa es ver cómo es Víctor ahora: un joven feliz, entusiasmado, seguro de sí mismo, lleno de proyectos e ilusionado con su futuro; algo que no le pasaba desde que era niño.

No podemos sucumbir en las situaciones de crisis. Tenemos que aprender a ver nuestros progresos

Las crisis son consustanciales a la infancia, la adolescencia, la juventud... Aunque parezca paradójico, las crisis son necesarias y útiles para favorecer el proceso evolutivo y la maduración de las personas; el principal problema surge cuando los adultos nos sentimos «agobiados o agotados» para superarlas; cuando nos encontramos impotentes para ayudar a los niños a vivirlas; cuando no sabemos extraer sus enseñanzas; en definitiva, cuando no hemos aprendido cómo encauzarlas.

Una de las mayores dificultades que podemos tener en nuestra relación con los chicos/as es la falta de información; con frecuencia

muchos adultos están «fuera de onda», no tienen ni idea de lo que está ocurriendo en la vida de los chicos.

Las crisis nos proporcionan una información valiosísima; si aprendemos a «mirarlas», nos indican qué momento está atravesando el niño, qué hechos le agobian, le inquietan, le interesan..., cuándo y cómo le podemos ayudar.

Los «registros», como siempre, nos proporcionarán las pautas de intervención: qué debemos hacer, cuándo y de qué forma.

Ya comentábamos en el apartado de «Cómo superar el momento clave» que, ante todo, debemos mantener la calma, no caer en sus provocaciones y actuar, pero «actuar» con sentido, con lógica, no emocionalmente. Es normal, hasta cierto punto, que los chicos tengan conductas y manifestaciones irracionales, pero es inadmisible que los adultos actuemos de la misma forma.

Por otra parte, en esos momentos de crisis debemos aprender a ver nuestros progresos; a coger «un poco de distancia» para ser objetivos, para mantener la serenidad, para darnos cuenta de que después de la tempestad llega la calma.

Los padres de Jacobo consiguieron superar esas situaciones de crisis; en esos momentos les ayudó mucho la coordinación que habían alcanzado entre ellos, así como su firme determinación de seguir adelante; pero, sin duda, su principal apoyo fue «lograr cierta distancia de los últimos hechos»; esto les permitió coger fuerzas de nuevo y animarse al comprobar y valorar sus progresos anteriores.

El caso de jacobo

Los padres de Jacobo se sentían perdidos con su hijo de 17 años; por más que intentaban razonar con él, tratarlo con cariño, con afecto, de forma comprensiva, sólo conseguían ir de crisis en crisis. Acababan de recibir la «invitación» para que Jacobo abandonase su colegio, pues sus profesores se sentían impotentes para hacer trabajar a un chico, por lo demás inteligente, que sólo pensaba en montar «escenitas reivindicativas» y que les había conseguido alterar el centro.

Los registros pronto nos enseñaron el desarrollo de las situaciones

límites que constantemente provocaba Jacobo, cómo controlaba «los hilos», manejaba los acontecimientos y conseguía sus propósitos. Los padres entendieron rápidamente las dificultades que tenía su hijo para autocontrolarse, así como la forma en que ellos podían ayudarle.

Los principios fueron muy duros, Jacobo se resistía como si en ello le fuese la vida, pero llegó un momento en que vio tan decididos a sus padres, tan calmados, tan seguros, que empezó a relajarse y «aflojar»; pasó de estar todo el día pinchando a intentar colaborar, a empezar a dialogar, a tratar de crear un ambiente más relajado y cordial para todos.

La situación iba cada vez mejor hasta que intervinieron unos amigos de Jacobo que, aburridos de haberse quedado sin líder, le incitaron una y otra vez a volver a las viejas cos Lumbres; finalmente, consiguieron que éste de nuevo se descentrara y montara los «numeritos» de antaño.

Sus padres lo pasaron fatal; no podían creer que, otra vez, se encontraban con el Jacobo irracional, con el chico incapaz de razonar, con el hijo que había conseguido llevarles en otro tiempo a la desesperación.

Afortunadamente, fueron capaces de «coger esa distancia» que comentábamos, vieron que, a pesar de todo, la situación no era como antaño; reconocieron que se sentían con pocas fuerzas, pero con las ideas claras sobre cómo actuar, cómo conseguir que su hijo volviese a lograr un mínimo de autocontrol, de equilibrio, de racionalidad.

Jacobo no se lo puso fácil, pero al cabo de unas semanas de ver a sus padres firmes, tranquilos, seguros, sin vacilaciones, terminó reaccionando y volvió a mostrar su mejor cara; él mismo se relajó y se centró en su nuevo colegio, poco a poco fue cambiando de amigos y consiguió ilusionarse por cosas más útiles que ir de gamberrada en gamberrada, de bronca en bronca.

Sus padres aprendieron que no podían relajarse con un hijo como Jacobo, pero tampoco debían rasgarse las vestiduras; si en algún momento volvía a surgir una crisis, sabían perfectamente cómo actuar, cómo encauzar y superar la situación, cómo lograr que ellos y Jacobo volvieran a sentirse bien.

Tomar un poco de distancia, recordar los progresos que habían hecho con su hijo y actuar con rapidez, sin vacilaciones, fue su mejor

estrategia, su principal apoyo.

Ellos comprendieron también otra de las principales reglas de oro:

Muchas veces no podemos permitirnos bajar el listón ni desanimarnos: ¡Hay solución!

Una vez ordenados todos los datos relevantes, y hecho el correspondiente análisis funcional, los psicólogos podemos predecir, con bastante certeza, las conductas y reacciones que van a mostrar los protagonistas del caso que nos ocupa.

Muchas veces nos sentimos impotentes para transmitir ánimo y confianza a esas personas a las que les estamos pidiendo un esfuerzo importante, pero necesario, para encauzar definitivamente la situación que están viviendo. Les sentimos agotados y, sin embargo, sabemos que están a las «puertas» de conseguir sus objetivos; el cansancio o la desesperanza los anima a «bajar el listón», y nosotros nos resistimos empujándolos en sentido contrario, conscientes del grave error que cometerían, pero no es sencillo; al final ellos son los que realizan el principal esfuerzo, los que asumen las consecuencias de sus hechos, los que sienten que ya no les quedan fuerzas, porque no ven la solución; sin embargo, la solución existe, es real, está al alcance de la mano, pero no es fácil, hay que «mantener el pulso» y no desanimarse, hay que seguir, ¡hay que actuar!

El caso de Jorge puede ayudarnos a comprender mejor estas situaciones.

El caso de jorge

La primera vez que vimos a Jorge tenía 15 años, se acababa de hacer una «escabechina» en la cabeza (para ir como sus amigos) y era un desastre en los estudios.

Sus padres estaban desorientados, no comprendían cómo un chico tan agradable hasta entonces de repente les sorprendía con esas conductas extrañas, ante las que se encontraban sin recursos.

Lo primero que vimos es que Jorge era un chico sensible, sociable, buen chaval, pero muy inseguro; necesitaba sentirse aceptado por su grupo de amigos, por eso les imitaba en todo,

incluido el corte de pelo.

Sus profesores tenían un buen concepto de él, pero lo veían muy disperso; lleno de buenas intenciones, pero incapaz de seguirlas.

La realidad es que pocas veces hemos estado con un chico tan encantador, tan noble, tan afectivo, tan generoso en sus sentimientos, tan humano en sus limitaciones, ¡tan buena persona!

Debo reconocer que ¡hasta yo sentí deseos de bajar su listón!, pero no lo hicimos; fue duro, muy duro en su momento, pero sus padres fueron capaces de aguantar el pulso; no cedieron a pesar de la presión, incluso de su propia tentación; los resultados se hicieron esperar, era mucha la desestructuración que en ese momento tenía Jorge para que pudiera reaccionar y madurar con la rapidez que todos desearíamos, pero al final lo consiguió y la espera ¡mereció la pena!

Hubo días de desánimo, de vacilación; sin embargo, sabíamos que Jorge terminaría respondiendo bien, pero era difícil transmitirlo a unos padres cansados, tristes, agobiados ante las circunstancias que estaba viviendo su hijo. Son esos momentos cruciales, cuando los psicólogos vemos que falta poco, que se puede conseguir, que la persona pronto reaccionará; pero mientras tanto, ¡hay una familia que sufre!, que ve a un ser querido perdido, desorientado, frágil, que no reacciona, que puede terminar cayéndose, hundiéndose, y ellos se sienten impotentes para sostenerlo, para levantarlo.

Jorge no se cayó; por el contrario, poco a poco fue haciéndose «una joya, una delicia de persona».

Posteriormente le hemos visto en numerosas ocasiones, hemos sido testigos de su evolución, de sus dudas, de esos momentos críticos, en los que la persona se cae o crece, madura o se pierde, se serena o se desestabiliza, coge confianza en sus capacidades o se hunde en su debilidad; él creyó en sus posibilidades, en sus logros, y ha vivido muchas situaciones de triunfo, de auténtico esplendor. Jorge hoy es un joven con luz propia, que no pasa desapercibido, que respondió espléndidamente cuando no le bajaron el listón, que demostró que podía saltarlo, superarlo, que aprovechó la inestimable ayuda y apoyo que sus padres le ofrecieron, que ha logrado convertirse en lo que llevaba dentro de él, ¡en una gran persona!

Capítulo 9
Reflexiones finales

Cómo debemos actuar para hacerlos más autónomos y seguros

Una premisa fundamental será «creer en nosotros mismos». La mejor forma de transmitir seguridad es que nos sientan seguros. Hemos comentado muchas veces que los niños aprenden por «modelado», a través de lo que ven, de lo que les enseñamos; ya nos decía Séneca que «lento es el enseñar por medio de la teoría, breve y eficaz por medio del ejemplo».

Podemos sentirnos seguros en algunas áreas de nuestra vida, pero quizá no nos sintamos fuertes en relación con lo que podemos transmitir a los niños; no obstante, actuemos con confianza; como nos señaló Emerson, «la confianza en sí mismo es el primer secreto del éxito».

Hay personas que hacen fácil lo dificil, pero no porque se consideren llenas de sabiduría y seguridad, sino porque admiten las dudas y los errores como algo natural; algo consustancial al ser humano, que nos ayuda a crecer y a madu rar. No sin razón R. Tagore exponía que «si cerráis la puerta a todos los errores, también la verdad se quedará afuera».

Estamos pidiendo esfuerzo, dedicación y generosidad; si nos aplicamos de verdad a nuestra labor, pronto nos acompañará la confianza que necesitamos para «llegar a los niños», para «transmitirles seguridad, credibilidad, tranquilidad»; en suma, para generar en ellos el equilibrio y la autonomía que necesitan.

En realidad, si seguimos las pautas expuestas en el libro, no tendremos grandes dificultades para alcanzar nuestros objetivos; no obstante, vamos a resumir algunos de los principios básicos que nos ayudarán a conseguir que los niños sean más autónomos y seguros:

-Hay que alcanzar el máximo acuerdo, en relación a la forma de actuar con el niño; padres, educadores y principales adultos de

referencia intentarán unificar criterios; y lo harán no a nivel general, abstracto, filosófico; sino bajando al terreno, descendiendo a los hechos concretos, al día a día. Este objetivo no siempre es fácil, pero será irrenunciable en el caso de los padres; no obstante, si a pesar de todo no lo consiguen, intentarán delimitar sus actuaciones para no caer en contradicciones.

-Conviene actuar con convicción, con calma, pero con decisión; dialogando, pero sin traspasar o eludir las responsabilidades que sólo a los adultos competen. Recordemos que, para los niños, un padre convencido es un padre que les transmite seguridad; y ese sentimiento es tan fuerte que prevalece en ellos, incluso aunque a veces vean cómo sus padres se equivocan.

-Hay que transmitirles nuestra confianza en ellos; siempre que nos sea posible, les intentaremos decir lo que hacen bien, les reconoceremos el esfuerzo que realizan, les animaremos en sus dificultades y nos mostraremos seguros ante sus posibilidades.

-Intentaremos que escuchen situaciones en que les decimos a otras personas lo contentos y satisfechos que estamos con ellos.

-Crearemos un ambiente relajado y cordial, donde el sentido del humor juegue un papel importante; fomentaremos al máximo las risas, los momentos placenteros, las gracias de los chavales, siempre que éstas hagan sentirse bien a los demás y no sea a costa de ellos.

-Les ayudaremos a ser realistas; no viendo la realidad como una limitación, sino como un hecho que debemos conocer, precisamente para poderlo asumir y, cuando sea factible, superar.

-Les potenciaremos sus habilidades e intentaremos mitigar sus deficiencias. Les animaremos a trabajar en lo que les gusta, pero también en sus áreas más flojas.

-Les mostraremos la importancia y el valor del esfuerzo; les felicitaremos por su tesón, por su pundonor, por su afán de superación; lo importante no será el resultado final, sino el esfuerzo realizado.

-Les ayudaremos a aceptar las peculiaridades de cada persona; las facilidades y dificultades que puedan tener en los diferentes ámbitos; lo asumiremos como algo consustancial al ser humano; valoraremos de nuevo su esfuerzo y no mostraremos sorpresa o decepción ante

resultados pobres o peores a los esperados. Si ellos han sacado todo lo que llevaban dentro, ya han alcanzado el objetivo.

-Los éxitos o fracasos escolares serán una parte más de las cosas que ocurren en la vida, no lo único importante en sus vidas. Fomentaremos más su capacidad para aprender, para razonar, para observar, para asimilar, para desarrollar su sentido común, que su afán por alcanzar determinados triunfos o éxitos.

-Valoraremos al máximo su forma de relacionarse con los demás; potenciaremos su capacidad para escuchar, para compartir, para disfrutar de las personas, para generar sentimientos de amistad, de afecto, de cariño.

-Intentaremos mostrarnos esperanzados, incluso ante hechos difíciles de explicar o asumir: guerras, actos vandálicos, terroristas... Mostraremos nuestra confianza en el ser humano, en su capacidad de afrontar y superar situaciones injustas a lo largo de la historia. Intentaremos fomentar en ellos esa objetividad, esa positividad, que no ingenuidad o debilidad.

-Asumiremos las rectificaciones, nuestras propias rectificaciones, como un hecho natural en la vida; sin dramatismos, viendo en cada fallo una oportunidad para aprender, para crecer.

-Fomentaremos el valor de la tolerancia y el aprendizaje de los clásicos; el conocimiento de personas significativas que se equivocaron como nosotros, pero que también nos transmitieron reflexiones interesantes. Trabajemos con ellos el análisis, el conocimiento; reconozcamos, con Goethe, que «con el conocimiento se acrecientan las dudas», pero, como dice un proverbio persa: «La duda es la llave del conocimiento. »

El conocimiento nos proporcionará tranquilidad en nuestra relación con los niños; nos enseñará a ser más per severantes que ellos, a no insistir en los discursos, a no ser ingenuos, a unificar criterios, a intervenir, a no sucumbir en las crisis, a confiar en nuestros progresos...; en definitiva, a transmitirles la confianza, la seguridad y la autonomía que buscamos.

¿Qué está fallando en la educación de los niños de hoy?

Esta pregunta constituye en sí un clamor. Pocas veces padres,

educadores y niños se han encontrado más perdidos.

Para responder qué está fallando en la educación de los niños de hoy quizá debamos formularnos algunas preguntas previas:

-¿Se piensa en los niños cuando se legisla sobre materias que les afectan?; por cierto, ¿qué materias no les afectan?

-¿Los cambiantes «planes de estudios» están consiguiendo aumentar su nivel cultural, sus conocimientos más esenciales, sus recursos para la vida?

-¿Nuestro sistema de vida favorece su sociabilidad, su generosidad, su flexibilidad, su compañerismo...?

-¿Acaso sólo existen como «cuota de mercado», como tramo de población que consume?

-¿Los potenciales padres lo tienen hoy más fácil?

-¿Se puede compatibilizar la paternidad con el mundo laboral?

-¿Estamos conquistando un futuro para ellos?

En definitiva, ¿Hay sitio hoy para los niños? Nos tememos que no mucho; a veces no tienen sitio ni cuando alcanzan la edad para integrarse en ese difícil, cuando no inhumano, mercado laboral.

> En la educación de los niños de hoy están fallando principios muy básicos: muchos padres se sienten sin tiempo, sin espacio, presionados y sin alternativas para acometer su labor con sus hijos; muchos educadores se sienten sin autonomía, sin recursos, sin libertad para realizar su importante misión; muchos niños se sienten impotentes, desorientados, perdidos y, lo que es peor, se sienten solos; solos ante sus miedos, sus dudas, sus experiencias; solos ante su vida.

En las últimas décadas es como si un huracán hubiese convulsionado todo lo que se mueve alrededor de los niños; ¿qué queda entonces, adónde agarrarse?

Resulta injusto echar genéricamente la culpa a los padres, a un supuesto egoísmo, que les impide sacrificarse por sus hijos.

Honestamente, muchos padres de hoy son auténticos «héroes»; se pasan el día corriendo, desde por la mañana hasta que se acuestan; viven en una continua tensión, con miedo a que les llamen al trabajo diciéndoles que el niño se ha puesto malo; con miedo a que les avisen del colegio para comunicarles que su hijo va mal; con miedo a que sus jefes les digan que tienen que renunciar a su vida familiar o a su trabajo actual; con miedo a que sus hijos les reprochen que no les hacen caso, que siempre tienen prisas, que están tensos, llenos de dudas... que son un fracaso como padres.

¿Qué está fallando en la educación de los niños de hoy? Preferimos dejar la pregunta en el aire para que cada uno encuentre su propia respuesta.

Aprender y educar son seguramente las tareas más dificiles que debe abordar el ser humano

Muchas personas nos han dejado sus testimonios; quizá sus pensamientos favorezcan nuestras reflexiones.

Para John Ruskin, «educar a un niño no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía».

El factor diferenciador de la educación queda reflejado en un proverbio taoísta, cuando nos dice: «Por naturaleza nos aproximamos mucho unos a otros; por educación nos distanciamos mucho unos de otros.»

Para M. Gandhi, «La verdadera educación consiste en invocar dentro de vosotros lo mejor de vosotros mismos. ¿Qué libro mejor puede existir que el libro de la humanidad?».

Sin duda los niños son nuestros mejores maestros, ya lo dijo Picasso: «A los doce años sabía dibujar como Rafael, pero necesité toda una vida para aprender a pintar como un niño. »

Espero que la lectura de este libro haya despertado la esperanza en los niños y en los adultos de hoy; pues, como nos enseñó Aristóteles: «La esperanza es el sueño del hombre despierto. »

Bibliografía

ALDECOA, J., et al., La educación de nuestros hijos, Temas de Hoy, Madrid, 2001.

ANTUNES, C., Estimular las inteligencias múltiples, Narcea, Madrid, 2001.

ASHER, B.A., y POSER, E.G., Modificación de conducta en la infancia (3 volúmenes), Fontanella, Barcelona, 1978.

BALLESTEROS, R. E, Evaluación Conductual hoy, Pirámide, Madrid, 1994.

BEAN, R., Cómo ayudar a su hijo en el colegio, Debate, Madrid, 1996.

Cómo ser mejores padres, Debate, Madrid, 2000.

BLACKMAN, G. J., y SILBERMAN, A., Cómo modificar la conducta infantil, Kapelusz, Buenos Aires, 1973.

CERNUDA, P., y SÁENZ-DÍEZ, M., Los hijos más deseados, El País-Aguilar, Madrid, 1999.

CERVERA, M., y FELIÚ, H., Asesoramiento familiar, Aprendizaje Visor, Madrid, 1984.

CÍRCULO DE PROGRESO, Elige tu futuro (5 volúmenes), Madrid, 2001.

COLOROSO, B., Padres respetuosos, hijos responsables, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 2000.

CORKILLE, D., El niño feliz, Gedisa, Barcelona, 2001.

-, Una vida feliz, Gedisa, Barcelona, 2001.

ESPINOSA, A., y VIDANES, J., La nueva ordenación de la educación infantil, Escuela Española, Madrid, 1991.

GARTH, J.B., y SILBERMAN, A., Cómo modificar la conducta infantil, Kapelusz, Buenos Aires.

GOLEMAN, D., Educar con inteligencia emocional, Plaza & Janés, Barcelona, 2000.

GRAZIANO, M. A., Terapéutica de conducta en la infancia, Fontanella, Barcelona, 1977.

KEVIN, S., Los 10 errores más comunes de los padres... y cómo evitarlos, Edaf, Madrid, 2000.

KUSCHICK, K., Dar amor, poner límites, RBA práctica, Navarra, 1999.

LUDINGTON, H., y K. GOLANT, S., Cómo despertar la inteligencia de su bebé, Médici, Barcelona, 2000.

MAHILLO, J., Mis pequeños monstruos, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

MARCHESI, A., y otros, Desarrollo psicológico y educación, (3 tomos), Alianza Editorial, Madrid, 1990.

NITSCH, C., y VON SCHELLING, C., Límites a los niños, Médici, Barcelona, 2001.

PEINE, H. A. y HOWARTH, R., Padres e hijos. Problemas cotidianos de conducta, Siglo XXI, Madrid, 1999.

RODAO, F., Niños difíciles, Escuela Española, Madrid, 1986.

SÁEZ, D., La psicología al alcance de los padres, Promolibro, Valencia, 2000.

SAVATER, E, El valor de educar, Ariel, Barcelona, 1999.

TERRI, A., El niño seguro de sí mismo, Edaf, Madrid, 2000.

TIERNO, B., La edad de oro del niño, San Pablo, Madrid, 1995.

TIERNO, B., y ESCAJA, A., Saber educar, Temas de Hoy, Madrid, 1993.

URRA, J., Adolescentes en conflicto. 20 casos reales, Pirámide, Madrid, 2000.

Charlando sobre la infancia, Espasa, Madrid, 2000.

VALLÉS, A., Modificación de la conducta problemática del alumno,

Marfil, Alcoy, 1997.

La inteligencia emocional de los niños. Cómo desarrollarla, EOS, Madrid, 2000.

VALLÉS, J., y E RIÑÓN, J., Hijos seguros, Martínez Roca, Barcelona, 2001.

W.AA., Educar con inteligencia emocional, Plaza & Janés, Barcelona, 2000.

VV.AA., Programa para el desarrollo de la autoestima, Comunidad de Madrid, Madrid, 2000.

' Josefina Aldecoa et al., La educación de nuestros hijos, Temas de Hoy, Madrid, 2001.

' Josefina Aldecoa et al., La educación de nuestros hijos, Temas de Hoy, Madrid, 2001.